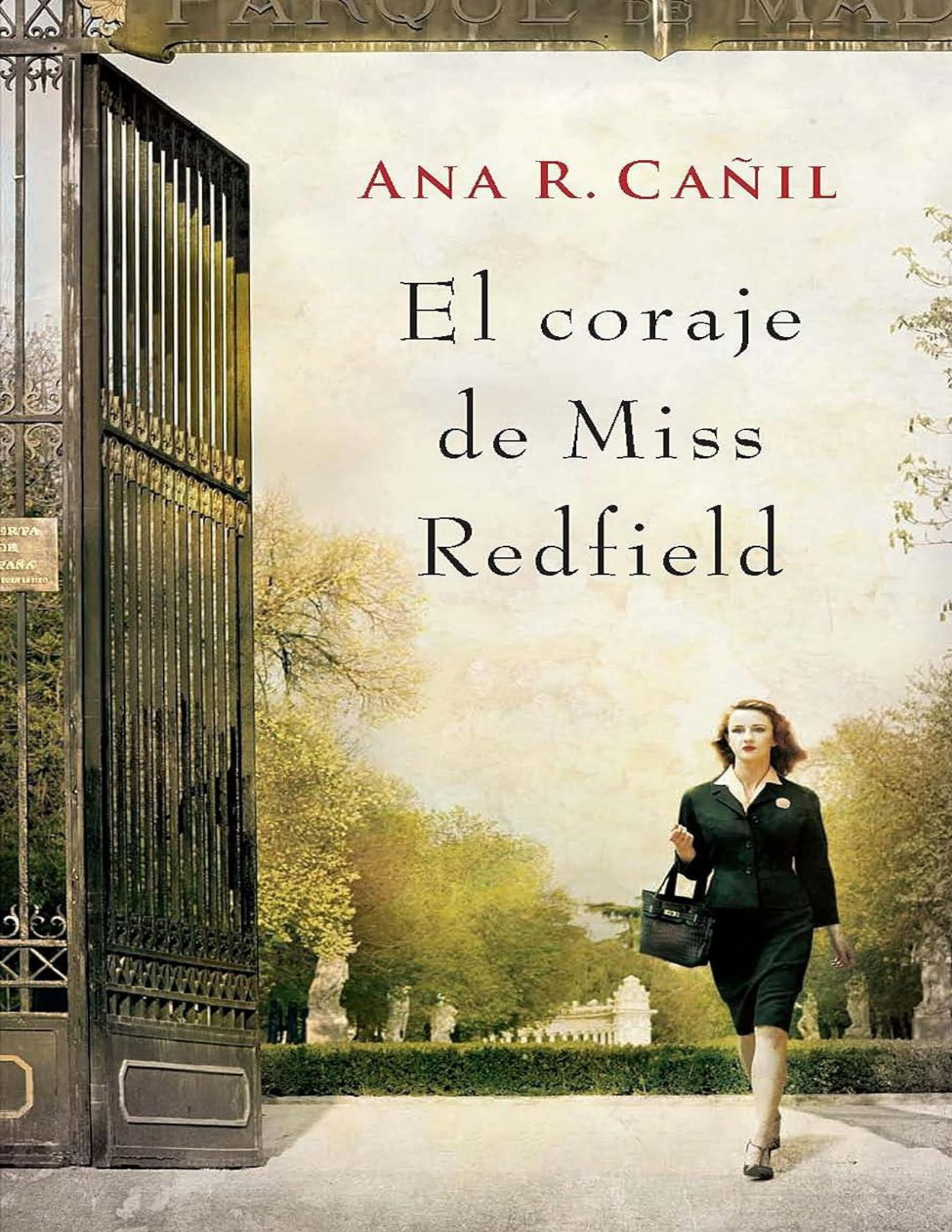

ANA R. CAÑIL
El coraje de Miss Redfield

Una fría mañana de enero de 1962 llega a la casa de doña Lily, duquesa de Peñalara y uno de los puntales de la sociedad madrileña, Elsa Redfield, una joven inglesa que ha sido contratada como *nanny* para el más pequeño de los nietos de la aristócrata. La señorita Redfield, austera, competente y capaz, acude a Madrid con una misión: encontrarse con su antigua amiga y mentora, *miss* Hibbs, *nanny* de los nietos de Franco, a la que trae un mensaje y un anillo de incalculable valor. Elsa tendrá que poner a prueba su prudencia, pues, a su pesar, se verá involucrada en los asuntos de los Peñalara, una familia que, bajo su deslumbrante apariencia, esconde terribles heridas que, sin saberlo, la joven e inexperta niñera está a punto de sacar a la luz con consecuencias insospechadas.

Ana R. Cañil

El coraje de Miss Redfield

A Natalia y a Javier, señores de Gandarilla
Para Joaquín, Carlota, Javier y Dashiell & Hammett
«Tomates verdes fritos que el viento se dejó»

ZARPASLAGUILU

UN PASEO POR KENSINGTON GARDENS

Olía a musgo y a madera húmeda, a setas y a duendes. Kensington Gardens estaba desnudo, como sus árboles. Sólo algunos abetos manchaban de verde entre las ramas peladas de los abedules, las encinas y los robles. Nubes blancas y panzonas cruzaban a toda velocidad el cielo, que lucía como fondo de tantos brazos retorcidos. Londres estaba limpio gracias al viento que había barrido la ciudad después de varios días de lluvia.

Elsa caminaba hacia el puente de Le Serpentine detrás de las dos Beryl: Beryl Grande y Beryl Pequeña. Así las distinguía desde que tenía uso de razón.

Miró hacia las ramas que se abrazaban por encima de su cabeza. Febrero era un mes desagradable para la mayoría de la gente, pero a ella le gustaba. La tierra acogía con ganas las últimas y cada vez más escasas nieves y el agua la empapaba por debajo de la capa de hierba, dispuesta a alimentar el suelo.

Elsa y su madre aprovechaban ese mes para sembrar bulbos en su casa de Saint Helier, su ciudad, su lugar en el mundo, el único que había conocido hasta hacía poco tiempo. Ahora, sin embargo, ya sabía que lo que para ella era un lugar enorme comparado con los pequeños pueblos de su isla de Jersey —sólo había estado en Saint Ouen y en Saint Peter para visitar a algún familiar lejano— parecía un barrio más que modesto al lado de la grandeza de Londres.

Pero era su hogar. Allí, pronto florecerían los narcisos, luego los iris, después las prímulas. Su madre amaba las flores. El año anterior, cuando ya los últimos nazis abandonaban las islas y pese a que mayo estaba avanzado, madre e hija se afanaron en recuperar el pequeño jardín de su casita en un vano intento de regresar a la normalidad, como si Eddie y su padre estuvieran a punto de volver. A Elsa le gustaba cavar en la tierra húmeda y olerla, mancharse el impermeable y las botas de barro. Mientras sembraba, se aplacaba el apetito que arrastraba tras los dos últimos años de hambruna vividos al final de la ocupación. En más de una ocasión había estado tentada de probar a qué sabía cada bulbo, ahora que volvía a tenerlos en sus manos. La sensación de vacío en el estómago era una herencia que se había instalado en ella para toda la vida. O eso pensaba.

Dispusieron pequeños setos de flores de una sola especie y color, tanto en la parte delantera como en el patio trasero, donde dejaron un buen cuadrado para replantar el pequeño huerto. Patatas, judías, lechugas, coles y plantas aromáticas: el romero, el tomillo y la lavanda que llenaban de aromas toda la isla, imponiéndose muchas veces al olor del mar. Desde hacía siglos, aquellos campos eran generosos con sus habitantes gracias a las suaves temperaturas.

A pesar de que todo aquello permanecía muy vívido en su memoria, a Elsa le gustaba estar en Londres y que Beryl Grande la llevara de visita a la casa de los generosos señores Salas en el

elegante barrio de Kensington. Esa misma mañana había desayunado allí huevos, mantequilla, leche fresca y pan. Los Salas eran la familia española para la que trabajaba Beryl Grande en ese momento. Hacía un año que había dejado su puesto en el hogar de los Adams, al enviar a Beryl Pequeña al internado nada más acabar la guerra, cuando regresaron las dos Beryl de Saint Helier. Beryl Pequeña ya tenía edad más que avanzada para marchar al colegio: la guerra lo había retrasado todo.

Elsa detuvo sus pensamientos para poner sumo cuidado en no meter sus zapatos relucientes —los de los días festivos y las visitas— en el barro que anegaba la orilla del camino. Observaba admirada a uno y otro lado del parque. ¡Qué poderosa era la naturaleza! Nadie habría dicho que tan sólo un año antes aquellos hermosos jardines habían acogido las baterías antiaéreas y los radares. Se lo había contado Beryl Grande al entrar en el parque. Debió de ser terrible todo lo que sucedió en Londres durante la contienda, pero ella y las Beryl en Jersey también habían sufrido lo indecible…

¡Las Beryl! Allí estaba su querida Beryl Hibss en lo alto del puente de Le Serpentine discutiendo con Beryl Pequeña. Adivinaba que se estaban peleando por el gesto contenido de la mayor y la cara desafiante de la señorita Adams. Frenó el paso al pie del puente, con la esperanza de que la situación entre ambas se relajara. No estaba dispuesta a que un día tan especial, y mucho menos después del madrugón que se habían dado para llegar a tiempo a buscar a Beryl Pequeña al internado, se fuera al traste por las impertinencias de su amiga.

«Parece muy mayor, como si fuera otra… ¿Podremos seguir siendo amigas? Quizá Beryl tenga razón y el internado la haya cambiado. Va vestida de una forma muy rara», reflexionaba Elsa, levantando y bajando su mirada alternativamente del suelo lleno de charcos que no quería pisar hasta las dos mujeres que discutían sobre el puente.

Beryl Pequeña llevaba una falda plisada verde hasta debajo de la rodilla, un chaquetón de color teja de doble botonadura con los bolsillos cortados al bies y unos zapatos sin cordones y medio tacón, con medias, en vez de con calcetines hasta la rodilla. Llevaba los rizos rubios sujetos con una cinta del mismo color que la falda. «Va muy chic», habría pensado Elsa si hubiera conocido el significado de la palabra.

Elsa había aflojado sus pasos tanto que no se percató de que estaba inmóvil al pie del puente. La escena entre las Beryl la tenía hipnotizada. Sus ojos se quedaron clavados en la mano enguantada de Beryl Pequeña. La tenía extendida por encima de la barandilla y entre los dedos índice y pulgar sujetaba algo. ¿Sería lo que ella creía que era?

Elsa tenía seis años cuando una luminosa mañana de finales del mes de junio de 1940 su hermano Eddie la invitó a subir en su flamante camioneta para ir a Port Elizabeth. Iban a recoger a su novia, Beryl, que llegaba a la isla con su pupila para pasar unas cortas vacaciones.

Nada podía entusiasmar más a Elsi que ir en compañía de Eddie, su único hermano, a cualquier sitio. La diferencia de edad entre los dos era un acicate para que el grandullón Eddie la tratase como si fuese casi una hija. Desde que tenía uso de razón, la niña se había sentido más cómoda con su idealizado hermano y su novia que con sus padres. No terminaba de entender por qué sus progenitores eran tan mayores.

Cada vez que Beryl volvía a la isla comenzaban para Elsi unos días diferentes, repletos de

aventuras y nuevas lecturas. Cuando Eddie se iba a trabajar, la pequeña se quedaba todo el día en casa de Beryl —que era la hija de los vecinos de toda la vida—. La ayudaba y, jugando, ésta le enseñaba todo aquello que formaba parte de su trabajo. Beryl era una *nanny* buenísima, de las auténticas: cuidaba y educaba a los niños de las casas más importantes de Londres, como la de los Adams.

Habían transcurrido seis años desde aquel día en que se subió a la camioneta con Eddie. Seis años que podían significar seis siglos. Elsa, clavada a pocos metros del lago, miró a ambas mujeres. Sus semblantes eran muy diferentes a los que tenían la primera vez que las vio juntas. Beryl Pequeña estaba a punto de cumplir dieciséis años y poco tenía que ver con la niña que había bajado del barco que había atracado en Port Elizabeth.

Aquel día, Elsa primero reparó en Beryl Grande, que descendía por la pasarela con un vestido camisero de color claro, con su pelo moreno recogido y tan firme como siempre. Le pareció que estaba muy guapa. Sólo con verla, Elsi se sentía más segura. Era su referente, la madre que le hubiera gustado tener. Se convertiría en su cuñada muy pronto, porque ella y Eddie habían logrado reunir algo de dinero. A sus veintiocho años, y después de doce de novios, lo tenían todo preparado para casarse en cuanto Beryl Pequeña fuese al colegio. Eso sucedería a la vuelta de ese verano, porque la señorita Adams ya tenía sus diez años bien cumplidos y era hora de que continuase el camino de sus otros hermanos estudiando en un prestigioso internado, por más que a ambas Beryl les costara separarse. Precisamente, ésa era la razón por la que los señores Adams habían dejado que *nanny* y pupila pasaran juntas unos días en el hogar de los Hibbs. Luego, *miss* Hibbs se despediría de los Adams para contraer matrimonio después de casi diez años a su servicio.

Quizá era esa perspectiva de futuro inmediato y prometedor la que le daba aquel aspecto radiante a Beryl mientras bajaba del barco llevando de la mano a otra personita tan radiante como ella. O eso es lo que pensó Elsi, quien al reparar en aquella niña, más alta y mayor que ella, se dijo que era idéntica a la Bella Durmiente. O a Wendy. Sí, seguro que aquella figura que se recortaba sobre un mar y un cielo que se fundían en un solo color era la protagonista de todos los cuentos que le había leído Beryl.

Vestía un traje blanco por encima de la rodilla, sobre unos pololos también blancos rematados con puntillas y llevaba un sombrero de paja con una cinta azul, a juego con sus ojos. Elsi se dijo que quizá era la Alicia del País de las Maravillas. Pensó que estaba en lo cierto cuando la tuvo enfrente y la pequeña le hizo una pequeña reverencia mientras se presentaba.

—Hola, yo soy Beryl, pero Beryl Adams. Ella es mi *nanny*, Beryl Hibbs. Me pusieron el mismo nombre que a ella porque mi mamá dice que *nanny* se lo merece todo. Supongo que tú debes de ser Elsa. ¿Cómo estás? Seguro que sabes que yo soy la niña de *nanny*. Estoy encantada de conocerte. Y sabrás que soy la mayor, puesto que tú sólo tienes seis años.

Beryl y Eddie, que abrazaba con ternura a su novia, rieron con ganas ante el repertorio educado y algo cursi de la niña londinense. Beryl Grande se agachó para dar un beso a Elsa y le acarició el pelo.

—Hola, Elsi, querida. ¿Qué te parece mi Beryl? Salúdala, seréis buenas amigas. Lo vamos a pasar muy bien juntas.

Elsa estaba hechizada, dilucidando aún de dónde se habría escapado aquella criatura llegada de Londres en barco. Pero ella también era muy educada. *Miss* Hibbs le había enseñado a serlo.

—Bienvenida a Saint Helier, señorita Beryl. Yo también estoy encantada de conocerte. ¿Cuántos años tienes tú? —preguntó Elsi, no sin cierta inquietud por la rapidez con que la princesa se había impuesto alardeando hasta de su edad.

—Ya veo que *nanny* no te ha dicho que a una dama nunca se le pregunta la edad, pero te perdono. Tengo diez. ¡Cómo me gustan tu pelo rojo y tus pecas!

El comentario sobre su pelo fue un bálsamo para Elsi, que se calló justo a tiempo para no replicarle a la primera parte de su respuesta. Si era de mala educación preguntar la edad, ¿cómo es que ella sabía la suya? Seguro que se la había preguntado a Beryl.

—Cogeos de la mano y seguidnos, por favor. Elsi sabe dónde está la camioneta —dijo Eddie.

Contenta de poder enseñarle el camino, Elsi le dio la mano a su compañera, que le sacaba media cabeza, y avanzaron entre las gentes que seguían en el muelle charlando, con las maletas y las cajas a sus pies, saludando a quienes les habían ido a buscar o esperando el coche que iría a recogerlos. Habían llegado muchos visitantes: era el principio del verano y la isla más grande del Canal a un paso de Francia y un poco más lejos de su país, Reino Unido, era un lugar paradisíaco gracias al clima, a sus escarpados acantilados y a sus playas. Las islas, desde siempre, habían tenido vida propia.

Las niñas intimaron en cuanto se acomodaron en la parte trasera de la camioneta y Elsi comenzó a explicar a Beryl cada lugar por el que pasaban, cada rincón, cada granja y sus animales, cada clase de sembrado o de árboles. Con benevolencia de hermana mayor, Beryl asentía, corrigiendo de vez en cuando lo que la niña le decía.

—Esa flecha que me dices, que indica de dónde viene el viento, se llama veleta, Elsi.

La pequeña asimilaba la información y sonreía con cierto agradecimiento a la mayor, que al menos no se atrevía a corregirla en el nombre de las granjas o los acantilados, algo que a menudo se empeñaban en hacer los adultos. Aquel par de cabecitas, una tan dorada y llena de encantadores tirabuzones, la otra rizada y pelirroja como las llamas, estaban muy lejos de adivinar lo largo que iba a resultar aquel verano de 1940.

Tan sólo unos días después, las tropas de Hitler invadieron Jersey y el resto de las islas del Canal.

Lo que iban a ser unas felices vacaciones antes de la separación definitiva entre la *nanny* y su pupila se transformaron en cinco años de circunstancias dramáticas pero también de buenos recuerdos en la memoria de las niñas y de la *nanny*, que ejerció como madre de ambas durante toda la ocupación.

La *nanny* sólo fracasó en una cosa: en hacerles llegar a los Adams el mensaje de que su niña estaba a salvo. Las comunicaciones entre las islas del Canal y Londres se hicieron prácticamente imposibles durante esos cinco años. Los buenos señores envejecieron más rápido que durante cualquier otra época de su vida, pensando que quizá su querida hija y la *nanny* estaban muertas.

Al inicio del conflicto, pese a la cantidad de armamento y al elevado número de soldados nazis que se instalaron en las islas, ni los más pesimistas pronosticaron que la pesadilla de la ocupación fuera a durar tanto tiempo. Por eso, por falta de imaginación, Beryl no embarcó rápidamente para regresar a Londres, pensando que en las islas estarían más seguras que en la capital. Volverían cuando terminara el verano. Y así pasaron cinco veranos.

Elsa volvió a la realidad de Kensington Gardens al oír el tono desafiante de Beryl Pequeña.

—Vamos, *nanny*, cógelo. Haz un barquito con el billete y tíralo al agua. Nunca me dejaste hacer esto y sólo es un papel. Dame el gusto de ver cómo lo haces tú. Es mi regalo de visita…

La voz de la joven era pícara. Sujetaba a su *nanny* por un brazo en el centro del puente y con la otra mano le mostraba el billete. Lucía una risita entre divertida y cínica que enseñaba sus dientes perfectos al tiempo que un destello de burla surcaba sus ojos azules. Durante unos segundos, la *nanny* miró perpleja a su niña. Fue una fracción de segundo, luego recuperó la compostura.

—Pero, Beryl… —empezó quejumbrosa, para de inmediato modificar el tono de voz—, no me puedo creer que estés diciendo en serio que quieres ver cómo un billete cruza el puente… Es repugnante. Mucha gente podría comer varios días con ese dinero. Aún hay hambre.

—Es mi dinero, *nanny*. Me lo ha regalado mi madrina. ¿Es que ni hoy me vas a dar ese capricho?

—No. Ni hoy ni nunca, aunque me estropees el día. Llevo semanas esperando verte y Elsa también, pero no voy a consentir tonterías.

—Por eso, porque llevas tiempo sin verme, podrías hacer algo que esté mal. Tú me leías el libro, entonabas aquella voz. ¿Cuántas veces te pedí que me dejaras tirar un billete a Le Serpentine para que lo encontrara Peter Pan? Mira.

Elsa llegó hasta ellas en el momento en que Beryl Pequeña abría la mano y sus dedos enguantados dejaban caer al agua el billete convertido en un barquito de papel. Lo había doblado con una destreza asombrosa mientras hablaba con su *nanny*. Entre carcajadas y sin hacer caso de las exclamaciones de ambas, la joven se asomó al otro lado del puente para esperar a que el barco-billete apareciera. Allí estaba, rodeado de hojas amarillas, las últimas que el viento de febrero había arrojado al agua.

Con la mano cubriéndose la boca, Elsa observaba atónita a la *nanny* y a quien aún creía su amiga de juegos. Por un segundo pensó que Beryl iba a abofetear a su antigua pupila, a su niña del alma, que la miraba arrogante. Pero se limitó a mirar su bello rostro. Apretó los labios, cogió a Elsa del brazo y dio la espalda a la adolescente, que las dejó marchar sin borrar la sonrisa de sus labios.

—Vámonos, Elsa. Creo que me he equivocado de lugar y de persona. Vayamos a tomar algo y luego te acompaño al barco para que regreses a casa.

Beryl y Elsa se encaminaron hacia la salida de Kensington Road casi al trote, el ritmo que imponía Beryl mientras murmuraba por lo bajo. Estaba avergonzada. Elsi era mucho más madura que aquella insensata que había criado, quizá con exceso de mimos. La hermana de su amado Eddie se portaba como si tuviera dieciséis años y la pequeña de los Adams como si tuviera doce. ¿En qué se había equivocado ella?

Elsa creyó entender «maleducada, impertinente» entre los susurros de la *nanny*. Sintió ternura hacia Beryl mientras una oleada de rencor contra la consentida jovencita le subía desde lo más profundo del estómago y le recorría el cuerpo. Temió quemar el paño de su digno y gastado abrigo azul marino, que había heredado hacía tiempo de Beryl Pequeña gracias a la *nanny*. Incluso podría abrasar la mano con la que Beryl Hibbs la sujetaba del brazo.

Mientras mantenían el paso rápido, Elsi intentó controlar su rabia, pero se le había clavado en el alma la cara perpleja de *miss* Hibbs cuando la muchacha soltó el billete. La ira se convirtió en un nudo en la garganta. ¿Cómo podía hacer eso aquella criatura a la mujer que le había cogido en brazos nada más nacer? ¿A Beryl, que la había criado y era una más en casa de los Adams? La señora Adams, consciente de que aquélla sería su última hija, de lo difícil que había sido el parto y de la entrega con que la *nanny* había estado junto a su cabecera todo el tiempo, decidió bautizar a la recién nacida igual que la niñera. Además, era una muestra de agradecimiento a los desvelos de aquella mujer con su familia. Ni a sus padres ni a su suegra les gustó el gesto, un tanto desacostumbrado, pero la señora Adams era diferente.

Por esas y por otras razones, hasta esa mañana, Elsa había creído que Beryl era mucho más que una simple *nanny* para la niña. Controlado el golpe de indignación que había transformado su cara llena de pecas en un tomate maduro, Elsa se paró en seco en mitad de Broad Walk y miró a su amiga.

—Basta ya. No vamos a ir tan deprisa. No va a venir y no nos va a amargar el día esa estúpida.

—Por Dios, Elsi, no hables así. Te parecerás a ella.

—Es bastante menos de lo que tú has venido murmurando. Y es estúpida.

—No lleva más que un curso en el internado y creo que no nos lo perdona ni a sus padres ni a mí.

—A sus padres, de acuerdo. Pero a ti, ¿qué te tiene que perdonar? No la disculpes. No voy a consentir que te trate así. Tú no se lo has consentido nunca a nadie…

En aquel momento, Elsa había dejado de ser una niña para transformarse en una adolescente madura, algo impropio de su edad si no hubiera sido por su inteligencia y por las historias que había vivido, pensó la *nanny* mientras la miraba sorprendida. La joven había hecho un enorme esfuerzo para deglutir el nudo que le atenazaba la garganta. Beryl era su norte desde hacía años y por primera vez había sentido que su ídolo era una persona vulnerable ante una mocosa estúpida. Escucharon unos pasos a la carrera detrás de ellas…

—Sabía que vendría, que se arrepentiría —murmuró *miss* Hibbs sin volverse para comprobar si los pasos rápidos que oía eran los de Beryl.

—Me da igual. Después de cómo se ha portado… Es una maleducada y una grosera, una malcriada…

Elsa no pudo continuar porque la cabellera rubia atada con cinta verde les pasó por la izquierda como una exhalación y de repente se empotró en los brazos de Beryl, escondiendo su cara en el cuello del abrigo y sacudiendo su cuerpo con fuertes sollozos.

—Perdóname, *nanny*, por favor. Soy horrible. No sé por qué he hecho eso. Estoy tan contenta y tan disgustada de verte…

—Vamos, señorita, conténgase ya. Está dando un espectáculo. ¿Qué pensará la gente? —dijo la *nanny* poniéndose seria.

—¿Lo ves, Beryl? Siempre me exiges que sea firme. El internado es peor aún que tú. Estoy harta de contenerme, de comportarme, de ser formal… Estos tiempos ya no son como los tuyos.

Elsa sacó un pañuelo blanco de su bolsillo y se lo tendió a aquella Beryl llorosa que ahora sí se parecía en algo a la niña que ella había conocido.

—Suénate. Si prefieres seguir con esta rabieta, allá tú. Que todo el mundo se entere de cómo

eres y de cómo piensas.

—Elsi, por favor, no me trates así y dame un abrazo.

—Estabas haciendo el tonto con un billete —espetó Elsa, sin retirar el tono de reproche de su voz—. Y mira qué cara te has puesto. Espero que no nos encontremos a ningún vecino o a alguno de esos muchachos que te pretenden.

Beryl se echó a reír pese al tono de su amiga. Estaba sorprendida por sus palabras, había crecido y madurado mucho. Tras mirarse unos segundos, se abrazaron. *Miss* Hibbs permanecía seria, pero observaba con indisimulado orgullo a Elsa.

—Por favor, no os riais a carcajadas. Estáis llamando la atención. Parecéis dos crías.

—Es lo que somos, *nanny*. Y ahora que me has perdonado, vayamos andando hasta la estatua de Peter Pan. ¿Te apetece, Elsa? Y me cuentas algo de tu escuela. Desde luego, seguro que es mejor que mi internado. Al menos, estás con tu madre. ¿Cómo está?

—Callada, como siempre. Pensando cada día mucho en Eddie y poco en mi padre —respondió Elsa ya sin rencor en su voz—. Estamos plantando los bulbos en el jardín y eso nos distrae. Y mi escuela no sé si es mejor que tu internado, pero han vuelto muchos niños de los que no me acordaba.

Sin transición, Elsa había pasado de compadecer a su amiga Beryl Hibbs a trasladar idéntico sentimiento de compasión hacia Beryl Adams. Desde niña, la pequeña Beryl había sido una criatura con la cabeza llena de aire.

Elsi pensaba que la cabeza de las mujeres podía estar rellena de una masa ligera, suave y bien hecha, como las que sabían hacer su madre y Beryl Grande, que, al templarse, daba lugar al mejor hojaldre del mundo, tierno y lleno de recovecos donde se escondían soluciones y recursos para todo en la vida. O bien el cerebro femenino podía ser un globo hendido en dos partes por un fino hilo, dentro sólo lleno de aire o de humo. Cada vez que el aire salía fuera de esos cerebros-globo era para lanzar una estúpida carcajada o un suspiro bobo de amor. Sí, la cabecita de Beryl Adams era de aire, por eso flotaba bajo su hermoso cabello.

¿Y sobre la cabeza de los chicos? Sobre el cerebro masculino, la muchacha aún no tenía un criterio muy claro, pero, desde luego, si se tenía que regir por lo que había visto en su padre, debía de estar repleto de lava volcánica que se convertía en sólida roca inamovible, incapaz de adaptarse a las circunstancias imprevistas. Eso era lo que había visto en su padre durante la ocupación de Jersey. Por el contrario, la cabeza de su hermano había bullido con aire caliente, con una mezcla de arrojo y de miedo.

Y de su escasa experiencia con los chicos, no sabía qué pensar de ellos. No hacía mucho que uno de los que se empeñaban en que se quedara a jugar después del colegio en vez de ir a ayudar a su madre la llevó hasta el almacén de las afueras del pueblo, porque la señorita Teckel, la maestra, quería unas semillas que se suponía que el padre de su amigo tenía allí guardadas. Regresaron sin las semillas, que nunca encontraron, y sin hablarse. El chico traía aún la cara marcada con los dedos de Elsi.

Ya habían llegado al pie de la estatua de Peter Pan, allá donde Beryl Pequeña había dirigido sus pasos. Las dos chicas habían ido todo el camino charlando, mientras *miss* Hibbs mantenía la rigidez que se correspondía con el comportamiento absurdo, sentimental y fuera de lugar de su adorada niña. Elsa se giró.

—Beryl, anda, perdónala —pidió—. Ya sé que se ha portado fatal, pero nos quedan apenas

un par de horas antes de volver a separarnos. ¿Te acuerdas de alguna de las historias que contabas sobre lo que le dicen estas dos hadas cotillas a la ardilla?

Mientras hablaba, Elsa se había vuelto a acercar a Beryl Pequeña. *Miss* Hibbs las observaba con gesto meditabundo. Tenían casi la misma estatura, aunque Elsa parecía más flaca que Beryl, que ya tenía cuerpo de mujer. Cabeza de niña sobre cuerpo de mujer, se dijo la *nanny*, ignorando que Elsi había tenido una ocurrencia parecida, sin duda influenciada por sus conversaciones.

Beryl también rogó.

—Oh, *nanny*, es verdad. Te sabías muchas cosas de por qué el escritor de Peter Pan había encargado la estatua y los relieves. Anda, cuéntanos.

—Anda, Ber —susurró Elsi.

Cada vez que Elsi ponía aquella voz suave y aquella carita el corazón de *miss* Hibbs se encogía. La niña tenía el mismo tono, el mismo gesto y la misma mirada que Eddie, el único hombre de su vida.

Sin saber muy bien cómo, se encontró entre las dos muchachas, que tiraron de ella hasta el pie de los bajorrelieves. Mientras *miss* Hibbs cedía y comenzaba a contar una historia, Elsa pensó que aquellas dos Campanillas llevaban toda una vida con esos relatos, todos ellos mentiras sobre Peter Pan. Y Beryl Adams se los había creído. Llegó a Jersey con ellos en la cabeza y había tratado de pasárselos a ella, que ya había oído aquellos mismos cuentos de boca de la misma Beryl, con más pasión que la pequeña Adams, pero sabiendo que Nunca Jamás era una hermosa mentira.

Pese a todo, Elsa sonrió a las dos hadas de bronce. Sólo ellas sabían que durante las noches más tristes, cuando desde Jersey se veían las luces de los aviones y los bombardeos sobre la costa británica, abría la ventana contraviniendo las órdenes de los mayores y de los nazis. Noche tras noche daba una oportunidad a Peter y a sus amigos para que atravesaran el Canal volando desde una casa como la de los Adams en Londres para esconderse en el cuarto de una criatura emocionada que vivía en la isla de Jersey. Sólo en sus sueños siguieron volando.

Ahora, la guerra había terminado y allí estaban de nuevo las tres. Ni *miss* Hibbs ni la señorita Adams alcanzaron a ver el brillo húmedo en los ojos verdes de Elsa, que disimuló apartando un mechón de pelo cobrizo que se había escapado del gorro de fieltro.

Con la misma mano hizo pantalla al rayo que se filtraba entre los árboles que había a la espalda de Peter Pan. Las hadas aprovecharon la luz del poniente y le enviaron una sonrisa con el aleteo de sus alas. La joven Elsa Redfield la cazó al vuelo y se la guardó en la palma. Llevó la mano hasta su boca, con la sonrisa revoloteando entre sus dedos y, avariciosa, la engulló como si se tratase de un delicioso pastel. El regalo se deslizó hasta su estómago, acompañado de una certeza: toda la vida tendría que proteger a las dos Beryl. A una, de los tristes recuerdos que se escondían en los rincones de su corazón; a la otra, del aire y el humo que invadían aquella cabeza hueca.

PRIMERA PARTE

EL TREN DE PARÍS

Cuando el expreso París-Madrid paró en Atocha tras varios tartamudeos, Elsa intentó ponerse de pie, pero el hombre con pantalón y chaqueta de tergal que estaba frente a ella fue más rápido. Con un movimiento de mano levantó la manija de la ventanilla y un olor a aceite refrito invadió el compartimento.

—¡Huele a churros! —gritó a su compañero de asiento y aspiró el aire sacando la cabeza fuera. Cuando se giró y miró a su amigo, tenía los ojos iluminados y una expresión de felicidad en la cara.

—¡Y a calamares fritos! —respondió el otro, husmeando el aroma de la fritanga.

La joven inglesa que viajaba a su lado observaba perpleja a los dos hombres. Llevaba soportándolos desde que el tren había salido de París. Aunque no habían intercambiado con ella nada más que los saludos convencionales en francés, Elsa Redfield se había preguntado toda la noche cómo era posible que aquellos dos emigrantes pudieran pagarse un compartimento que no era de tercera. Porque sin duda eran emigrantes, dada su forma de chapurrear el francés y que entre ellos hablaran en español.

Los esfuerzos de la duquesa de Peñalara para acomodarla con cierto confort en el tren no habían servido de mucho. Aunque hubiera pagado dos billetes para que nadie se sentara a su lado, el viaje había sido una pesadilla desde el principio. Pese a que los dos hombres le habían ayudado a subir el equipaje al maletero —un pesado baúl algo anticuado y un bolso de mano—, las doce horas del trayecto París-Madrid en su compañía habían sido una experiencia desagradable. Pertenecían a esa clase nueva de españoles que se desperdigaban para trabajar en Francia y en Alemania. Les debía de ir bien, a la vista de la ropa nueva de esa fibra horrible que lucían. Elsa odiaba los pantalones y las chaquetas de tergal. El olor a sudor se multiplicaba con esa tela, pese a lo rápido que se secaba y lo fácil que era de planchar.

Los puños de las camisas blancas que asomaban bajo sus chaquetas contrastaban con las manos rudas y callosas. Lo peor habían sido sus modales a la hora de comer. Elsa había tenido que salir del compartimento mientras los hombres masticaban con la boca abierta su cena de quesos y embutidos. Parecían hechos de sangre, carne y pimentón. La joven jamás había visto un chorizo y contemplar aquella longaniza roja y larga, que dejaba rastros de grasa en el papel de estraza, le produjo náuseas. Sus compañeros de viaje, además, habían empezado justo a comer cuando ella había vuelto del vagón-restaurante de tomar un caldo y un ligero trozo de pollo, comida más que suficiente para su estómago.

Después de la cena llegó el momento del cigarro. «Celtas», leyó en el paquete. La marca reforzó sus temores de que estaba llegando a un país anclado en la prehistoria. Uno de los

hombres, el que se sentaba enfrente de ella, le ofreció un cigarro en un francés rudimentario, porque él sabía que las «*mademoiselles* fumaban». Bastó el movimiento negativo de su cabeza, rectificarle con un «*mademoiselle non, miss*» en tono cortante y añadir con su excelente francés que no fumaba para que el tipo se echara hacia atrás, en un intento de empotrarse en el mullido respaldo tapizado de rojo. Ésas fueron las únicas palabras que pronunció Elsa en toda la noche.

La joven durmió poco, apenas pudo descansar. En su alma pesaban como una losa las imágenes de la visita que había hecho la víspera a Beryl Pequeña en su mansión de Lyon. La cajita de terciopelo que rozaba su mano cada vez que buscaba algo en el bolso la debilitaba. La visita le había producido una sacudida en su ánimo de la que aún no se había repuesto. En el tren, tuvo tiempo de confesarse que el desasosiego se había apoderado de ella desde que dejó la casa de su amiga de infancia con aquel encargo.

Para escapar a los recuerdos recientes, se concentró en la charla de los hombres, que la creían dormida. Desde que Beryl había trabajado en casa de los señores Salas y, sobre todo, desde que se había ido a España, había presionado a Elsa para que aprendiera un poco de español. «Elsi, somos unas privilegiadas con los idiomas. Lo único bueno que nos dejaron los cinco años de ocupación fue nuestro alemán. Ya hablamos un poco de francés, como todos en nuestras islas, y no te costará nada aprender español. Así, podrás trabajar en cualquier casa del continente, cariño», le comentó en una de las citas que mantenían en Londres los domingos, cuando la muchacha la hacía partícipe de cómo iban sus estudios en Norland. Iban tan bien como Beryl esperaba; se sentía profundamente orgullosa de Elsi.

A pesar de que se veían a menudo, hacía tiempo que no hablaban de Beryl Pequeña. La *nanny* evitaba cualquier tipo de pensamiento y comentario sobre su querida pupila. Y eso mismo estaba haciendo Elsa en ese momento, evitar cualquier pensamiento sobre Beryl mientras se esforzaba por comprender lo que decían en voz baja los dos españoles.

Sabía bastante del idioma, pero le costaba entender el acento cerrado de los hombres. Y, desde luego, se debía de haber perdido la parte de la conversación en la que hablaron de su comodidad y procedieron a descalzarse. El olfato de Elsa sufrió un impacto cuando se quedaron en calcetines. Por si todo aquello fuera poco, se pusieron a roncar en cuanto se quedaron dormidos. «¿Por qué los hombres no pueden roncar con más ritmo?», se preguntó. Se acordó de su padre, sesteando tras la comida en su casita de Saint Helier. Pero el recuerdo de su progenitor, recostado en la butaca, durmiendo con la boca abierta, vino acompañado de la imagen de los alemanes. Elsa sacudió rápidamente su pelo y su memoria. ¿No tenía algún recuerdo que no le hiciera daño?

Era mejor mirar al futuro, reflexionar sobre su nuevo destino y hacer balance de su carrera. La familia que la esperaba en España sería la tercera para la que iba a trabajar. Desde que había terminado sus estudios en Norland College, con una excelente formación, había aprendido mucho, aunque su grado de autoexigencia le hacía pensar que aún no lo suficiente.

Siempre le estaría agradecida a la señora Fischer, la dama de su primera familia en Múnich. No había sido fácil, porque llegar a una ciudad arrasada todavía por los efectos de la guerra, un lugar tan vinculado a la terrible pesadilla que supuso el nazismo que asoló su infancia y adolescencia, produjo estragos en su ánimo. Pero los Fischer habían solicitado una niñera a

Norland cuando regresaron a su ciudad natal, de donde habían escapado a mitad de la contienda porque el señor Fischer había sido catalogado de poco simpatizante del Partido Nazi e incluso tildado de projudío, pese a sus negocios y su dinero.

La petición de una *nanny* a Norland llegó justo cuando Elsa acababa de terminar sus estudios. El historial de la familia no podía ser mejor y su querida Beryl Hibbs le escribió para recomendarle que aceptara el trabajo.

No se arrepintió de haber tomado esa decisión. Durante los años que trabajó con los Fischer, la joven señora de la casa la apoyó desde el principio con los niños y fue indulgente con sus defectos de novata. Claro que *miss* Redfield tuvo que compartir protagonismo con *mademoiselle* Chaveaux, la niñera francesa, mucho mayor que ella. Pese a las rivalidades iniciales, aprendió mucho de ella. Los Fischer deseaban que sus tres hijitos crecieran con el inglés y el francés como lenguas de referencia. De paso, además, se reafirmaban en su política de proaliados, que, aunque les había causado muchos disgustos en el pasado, por fin les reportaba consideración y algunos beneficios.

Gracias a *mademoiselle* Chaveaux, Elsa encontró su segundo trabajo. Cuando los chicos Fischer ya fueron mayores para tener una *nanny*, la joven sufrió el primer desgarro al separarse del último niño de su primera familia. «Bien —pensó cuando se despidió del pequeño—, de modo que éste es el dolor que se siente cuando los dejas. Por más que nos recordemos a nosotras mismas que no son nuestros hijos, se llevan algo nuestro. No lo olvidaré».

La niñera francesa le recomendó a los banqueros Boisier, en París, una casa donde reinaba un talante bien diferente al de la familia Fischer, detalle del que *miss* Redfield se percató nada más llegar, no sólo por el estilo de la mansión, sino por algunas conversaciones que escuchó involuntariamente. La señora Boisier no podía suponer que Elsa también supiera francés.

Gracias a ese y a otros detalles, se dio cuenta enseguida de que los Boisier eran «nuevos ricos». *Madame* era una señora de primera generación y, si bien a Elsa eso no le importaba, sí que le parecía de mal gusto que utilizara un empaque y una soberbia a la hora de dirigirse a sus criados que ninguna familia de auténtico señorío emplearía nunca. De ese error la sacó pronto *miss* Hibbs.

Cuando en sus cartas comenzó a comentar a su querida Beryl las peculiaridades —léase ordinariez, mal gusto y, lo peor, falta de consideración— de la señora Boisier, su mentora le recordó que no todo el que tiene dinero y posición, aunque los blasones abunden en sus apellidos, ha de ser un auténtico caballero o una auténtica dama. Ésa era una de las poquísimas equivocaciones de Norland College, cuya filosofía establecía que si la familia tenía defectos, lo mejor era ignorarlos y aplicar uno de sus lemas —«el amor lo cambia todo»—, para que los niños a su cargo crecieran con el mayor esfuerzo y cariño posibles, en previsión de poder corregir los garrafales defectos de los padres.

Lo peor llegó cuando *madame* Boisier se empeñó en meterse en su trabajo, sin asumir que el cuidado del pequeño correspondía a la *nanny*. Beryl le recomendó que dejara esa casa en cuanto pudiera. Y apenas habían transcurrido unas semanas desde que le dio aquel consejo cuando un día la propia Beryl la llamó por conferencia desde Madrid para comunicarle que la duquesa de Peñalara necesitaba una *nanny* y que era una oferta de trabajo muy interesante.

Elsa aceptó el trabajo, aunque con cierto temor. ¿Estaría España también llena de nuevos ricos sin clase? ¿Se habría equivocado Beryl, ahora *nanny* de los nietos de Franco, los niños

Martínez-Bordiú?

No. *Miss* Hibbs nunca se equivocaba. En sus cartas le había dejado muy claro que los duques de Peñalara eran una familia aristocrática, con grandeza de España y con una buena relación con el generalísimo Franco, con los Alba y los Medinaceli. Elsa, conocedora del Gotha europeo —lo exigían en su formación— sabía perfectamente lo que la casa de Alba y la de Medinaceli significaban en los regios salones del viejo continente. Beryl, además, le había enviado un recorte de prensa de su futuro hogar: un palacio de nuevo cuño y estilo italiano cuya construcción había concluido a finales del siglo XIX.

Aunque no tenía nada que ver con sus admiradas y añoradas mansiones inglesas, el aspecto era agradable y Beryl había añadido que la señora de la casa, la duquesa de Peñalara, se lo había comprado a otro aristócrata español que había muerto sin descendencia, el marqués de Cerroalto.

«Vivirás muy cerca de *miss* Bobby, ¿te acuerdas de ella? La *nanny* de los Alba. Los dos palacios están muy cerca y los niños se tratan bastante. Mi querida Elsie, sal de ahí en cuanto puedas. España es un buen sitio y tanto *miss* Bobby como yo te queremos con nosotras. Y esa familia te necesita, especialmente la vieja duquesa y el bebé», le había escrito su amiga.

Todo esto y mucho más había pasado por la cabeza de Elsi durante la larga noche mientras intentaba acostumbrarse al ritmo de los ronquidos de sus compañeros de vagón. Pero ya era por la mañana y el episodio estaba a punto de terminar, aunque aún seguía allí, bloqueada entre dos españoles que no eran precisamente de tronío, pese a viajar en primera, y con el compartimento lleno de unos olores que a Elsie le recordaron el Barrio Latino de París. «¡Con lo que cuesta después quitar esa peste de la ropa de los niños!», se dijo en un acto reflejo.

Con un impulso impropio de ella, siempre tan comedida, *miss* Redfield se puso en pie al tiempo que hacía ademán de llevarse su sombrero a la cabeza y le dio un intencionado codazo al viajero que estaba más cerca de la puerta.

—Perdón, voy a coger mi baúl y mi bolso —dijo en francés.

Los hombres la entendieron más por su gesto que por sus palabras y se apresuraron a ayudarla con cierta diligencia. La joven era alta, de caderas anchas y cintura estrecha. Vestía un traje de chaqueta gris, con la falda por debajo de la rodilla, y llevaba zapatos de medio tacón atados con cordones. Nada en ella había llamado la atención durante más de un par de minutos a los españoles, salvo su pelo pelirrojo y las pecas de sus mejillas. Ni tiempo les había dado para que se fijaran en el color verde de sus ojos, puesto que ella los había tenido bajos toda la noche: bien fingiendo que dormía mientras pensaba, bien leyendo un libro en inglés. «Es una de esas mujeres que se visten para ser respetadas y que no se les adivine la edad», pensó uno de los hombres, que se la quedó mirando mientras ayudaba a su compañero a bajar el baúl de viaje. ¿Por qué no llevaría una maleta, como todo el mundo?

Al cabo de media hora, por fin pudo poner un pie en el andén. En el pasillo, mientras esperaba para salir del tren, había observado que alguna dama notable vestía a la última moda parisina. O quizá fuera a la moda española, porque creía recordar que la señora Boisier presumía de vestirse con el español Balenciaga. Algún caballero tenía clase, con su traje oscuro, su sombrero en la mano y un abrigo de buen paño. Lo que más le llamó la atención fue lo ruidosos que eran los españoles.

En la escalerilla del vagón esperaban contados chóferes de uniforme, con botonadura dorada y gorra de plato. Sin embargo, la mayoría de los pasajeros buscaban a los maleteros, que iban vestidos con guardapolvos de color gris y llevaban un carro para transportar las maletas. Con todo, el grueso de las gentes transmitieron a la joven una sensación de ropas raídas que le recordaron a las calles de Londres de la posguerra. Como llevaba prisa, no se detuvo a observar los remiendos en las ropas invernales.

El reloj de la estación de Atocha marcaba las diez horas y veintiocho minutos de un 18 de enero de 1962. Elsa, veintiocho años, una *nanny* británica de la isla de Jersey, formada en el prestigioso Norland College, entró en Madrid con el ánimo algo encogido y cierto desdén por lo que veía. Por alguna razón inexplicable, intuía que la cajita azul de terciopelo que le había dado Beryl Adams en Lyon y que llevaba en el fondo de su bolso guardaba mucha relación con la inquietud que la invadía.

Rodeada de un desorden que superaba con mucho al de la estación Victoria de Londres, Elsa se preguntó si no debía haber aceptado la oferta de la duquesa de Peñalara de enviarle el chófer. Desde luego, en lo que se refería a rechazar el coche cama ya estaba claro que había sido un error.

Llovía y hacía mucho frío. Con resignación, dejó que el viejo maletero se hiciera cargo de su baúl y se hizo la desentendida cuando el hombre tuvo que hacer un enorme esfuerzo para ponerlo sobre el carrito. Estuvo a punto de impacientarse al perder unos cuantos minutos en componer la frase para hacerle entender que antes de subir a un taxi necesitaba tomar un té o un café. ¿No había sido *miss* Hibbs quien le había dicho que en España lo del té sólo era costumbre entre las clases altas? Sí. Se resignaría con un café. Por fin, juntando el índice y el pulgar y con gesto de coger el asa de una taza invisible, se lo llevó a la boca y murmuró con acento aceptable: «Café, por favor». El viejo sonrió, asintió y la llevó hasta el bar que había fuera de la estación.

Mojada a causa de la lluvia, entró rápidamente y estuvo a punto de sufrir otra náusea. El local estaba lleno de gente aún más ruidosa que la de la estación. Las cucharillas tintineaban al revolver con fuerza el café y el personal mojaba una especie de picatostes redondos que a ella le pareció que chorreaban grasa. Tardaría unos días en saber que se llamaban «churros». Otros ahogaban trozos de cruasanes en sus tazas y, goteando, se los llevaban a la boca mientras hablaban. Todo esto sucedía con la mayor naturalidad. Elsa no podía más. Se dio la vuelta, le dio un toque al maletero y, con el índice, apuntó hacia la parada de taxi.

Indudablemente, tenía que haber aceptado al chófer de los Peñalara.

Una vez que estuvo sentada en el automóvil negro con raya roja —un Seat 1500, no iban a ser sus queridos London Cab de LTI— y dio la dirección del palacio de los duques en la calle Ventura Rodríguez, resopló suavemente, respiró y su cara se ensombreció. Deslizó la mano dentro del bolso y tocó el estuche azul que contenía el anillo de brillantes. Se acordó de Beryl Pequeña y un escalofrío le recorrió el cuerpo.

UNA JORNADA AGOTADORA

El vestíbulo del palacete de los Peñalara cayó sobre el ánimo de Elsa como un bálsamo después de vivir el ambiente de la estación de Atocha. Miró a su alrededor: estaba claro que el viejo marqués de Cerroalto había sido un hombre de su época. Una oleada de nostalgia la invadió mientras recorría con la mirada las enormes columnas neoclásicas, se paraba en la gran escalera, con su magnífica barandilla de hierro forjado, y levantaba la vista hacia los dos tapices que flanqueaban el escudo de armas de la casa. La antigüedad y grandeza que se adivinaba en ellos amortiguaban ligeramente la ostentación del estilo recargado y la ausencia en las paredes de la elegante pátina que dan los siglos.

En la escuela de *nannies*, además de enseñarles a cuidar niños, también les daban clase de historia del arte. La antigüedad y la nobleza de una familia se notaba en el estilo de su casa en la mayoría de las ocasiones. A no ser, claro está, que algún nuevo rico hubiera comprado la propiedad a la vieja estirpe, generalmente arruinada. Eso sucedía en Inglaterra, Francia, Italia, España y en cualquier otro país de la Vieja Europa, donde siempre habría familias con siglos de historia sometidas a los vaivenes de la fortuna, al talento de sus vástagos o a la devastación de las guerras.

Estaba claro, pensaba Elsa mientras sus perspicaces ojos seguían explorando el zaguán, que el marqués de Cerroalto no tenía predilección por el estilo de las casas de campo británicas que ella adoraba y donde sabía que no podía trabajar porque era católica. Difícilmente se sentiría cómoda cuidando de un bebé y conviviendo con una familia anglicana. Quizá hubieran podido encontrar una casa que requiriera sus servicios en la católica Irlanda, pero eso era harto complicado.

Como en el tren, desechó la nostalgia con una sacudida de cabeza y se dio cuenta de que llevaba puesto aún el sombrero. Estaba tan abstraída en el entorno, se había transportado tanto en el tiempo que no sintió unos pasos a su espalda.

—*Miss* Redfield, la señora duquesa la recibirá en el salón de confianza. La está esperando.

A Elsa le costó entender el acento cerrado y apresurado de la mujer y su verde mirada se clavó, interrogante y perpleja, en ella. Giró su cabeza hacia el enorme baúl y su bolso de mano. Estaba cansada y prefería marcharse a su habitación cuanto antes para asearse. Era indudable que la doncella que había hablado con ella, vestida de azul y blanco, no era el ama de llaves. ¿Por qué no había salido el ama de llaves a recibirla?

La mujer, morena y de cejas pobladas, rostro redondo y aspecto muy limpio, también mantenía sus ojos fijos en la inglesa, en su melena pelirroja, que brillaba bajo la cristalera emplomada del zaguán.

«Dios, vaya zanahoria. La juerga que van a traerse las chicas con ese pelo y las pecas. Y no digamos la que va a liar Basi en la cocina. Con lo preocupada que está con esta historia de la *nanny*», pensó Eugenia mientras se ajustaba el delantal con un gesto automático y, por señas, indicaba a la inglesa que la siguiera. Miró hacia el baúl y le hizo otro gesto con la mano para que lo dejara, pero en ese momento Aurelio, su marido, entró por la puerta. Vestía un uniforme de chófer del mismo color azul que el suyo, sólo que en paño, y llevaba la gorra en la mano. Venía murmurando y resoplando contra el Seat 600 que se habían atrevido a aparcar en la puerta de carruajes del palacio, pero con una mirada a ambas mujeres se percató de la situación.

—*Are you the nanny? Nice to meet you… I learned English in Suiza, I worked in a hotel*…

—Aurelio, que no te enrolles. No sé si te entiende algo. Coge el baúl y llévalo a su habitación, hombre, que la señora duquesa está esperando.

—Deja, mujer, que me ha entendido…

—*Yes, I'm Miss Redfield*.

—¿Lo ves, Eugenia? Lo ha entendido. *Don't worry, I take your luggage*…

Elsa se quedó mirando al hombre, al que a duras penas había entendido, pero sus esfuerzos por hablar en inglés le resultaron agradables. Desde luego, más que la cara de sorpresa que había puesto la criada mientras examinaba su pelo. Eugenia le estaba haciendo señas para que la siguiera a través de la puerta de cristales biselados que se abría debajo de la escalera principal. Daba a un pasillo largo donde se filtraba la luz por una claraboya en el techo. A la izquierda colgaban algunos cuadros de buena calidad, en opinión de la muchacha, que no sabía quién era Zuloaga. A la derecha, retratos sin duda de antepasados: primeros planos oscuros de hombres también oscuros, morenos. Después había algunos más grandes, de medio cuerpo o cuerpo entero, que, para el gusto de Elsa, deberían de haber estado en un salón con paredes más amplias. Allí resultaban asfixiantes. Representaban a caballeros a pie, rifle en mano, con perros a sus pies, y alguno a caballo.

El enorme corredor desembocaba en una luminosa galería en cuyo final, cerca de una puerta de dos hojas que daba paso a un hermoso salón de confianza, acababa de aparecer una dama.

Allí estaba María del Pilar Carlota del Sagrario y Milagros de Córdoba y de Santa María del Paular, duquesa viuda de Peñalara y grande de España gracias al reconocimiento de Carlos V a las hazañas de Rodrigo Osorno, antepasado de su marido y gran caballero de linaje en tierras cántabras, que sirvió al emperador en las guerras con Alemania. La dama era conocida en el todo Madrid como Lily, un nombre que se debía a sus ojos color azul lila y que se hizo famoso en los salones de las principales capitales de Europa.

La duquesa cerró a sus espaldas una puerta y salió al encuentro de Elsa con una sonrisa que despejó cualquier preocupación que la joven inglesa pudiera sentir.

Menuda, de ojos azules que brillaban como el mar Cantábrico que la había visto crecer, su pelo blanco, impecablemente recogido y ahuecado, le daba el aire de portar una nube: cierta aura alrededor de la cara. Su mirada era cálida y su sonrisa amplia, marcando las muchas arrugas alrededor de los párpados y los labios. Los llevaba pintados con un carmín rosa que conjuntaba a la perfección con las turquesas que dormían en los lóbulos de las orejas, otra turquesa más grande que lucía engarzada en un anillo en la mano derecha y el traje de chaqueta de *tweed* azul,

de corte perfecto, con medias y unos zapatos negros de salón.

Doña Lily era una de las nobles más queridas y conocidas de España. Había sido famosa en su juventud en los salones de París y Londres, que había frecuentado con su madre y el amante de ésta, un príncipe ruso arruinado que, curiosamente, según decían quienes le conocieron, tenía el mismo color de ojos, entre azul y violeta, que doña Lily, en vez del negro profundo que lució toda la vida su padre, un noble rancio y quijotesco de Salamanca. En honor del caballero español había que decir que había sido un cornudo complaciente y en honor del príncipe ruso, que nunca hizo de menos al cornudo ni a la niña. Ambos eran unos caballeros.

—*Miss* Redfield, creo que será mejor que hablemos en francés. Es el primer día. Ya acostumbrará usted el oído al español.

La dama habló un suave y bien entonado francés mientras le cogía la mano entre las suyas y la estrechaba con calor. Luego la asió del codo y se dirigieron hacia el centro de la sala, bajo una enorme lámpara de cristal de Murano que Elsa no pudo dejar de admirar. Lo mismo le sucedió con el conjunto de porcelana de Meissen que hacía compañía al juego de té inglés que estaba preparado sobre la mesa.

—Yo tuve *mademoiselle* en vez de *nanny* —continuó la duquesa—. Siéntese un segundo, por favor. Estará agotada. Ya he pedido que le preparen el baño en su dormitorio, pero antes tome conmigo un buen té del que a ustedes les gusta y un poco de bollo. Seguro que no ha desayunado aún.

Por segunda vez en poco tiempo, Elsa sintió que sus temores se diluían y que lo único que necesitaba era ese buen baño, descansar y tener al bebé entre sus brazos.

—El niño está durmiendo —dijo doña Lily como si hubiera adivinado su pensamiento—. Y las niñas, Vera y Beatriz, están en el colegio. Mi hijo no vendrá hasta la tarde, hoy no come en casa. Tiene mucho lío en el banco, porque están preparando la junta de accionistas y presentan resultados en quince días. Y mi nuera, creo que ya se lo conté en mi carta y se lo habrá confirmado *miss* Hibbs cuando habló con usted por teléfono, hace dos meses que se fue a la Argentina. Tiene que reponerse después de este su tercer parto y se ha ido a Buenos Aires a pasar una temporada con su madre porque quedó muy débil cuando dio a luz a Jaime. Ya nos irá conociendo. Pero, disculpe, ahora la estoy entreteniendo.

La duquesa no había dejado de hablar suavemente desde que Elsa se había sentado. La *nanny* sólo había tenido que sonreír, asentir con la cabeza, pasarse la mano por su cabello rojo, que requería un peine, y tomar la taza de té Earl Grey que la dama le había ofrecido. Era mayor, pero no lo parecía. Tan menuda, tan ágil en sus movimientos, tan cálida… ¿Cuántos años tendría? Puede que más de sesenta, pero llevados con mucha, muchísima dignidad. Por fin, Elsa hizo uso de su buen francés.

—*Madame*, gracias. Sí, es cierto que estoy cansada, pero me gustaría ver al bebé cuando se despierte.

—Por supuesto, querida, se suele despertar hacia las doce y para entonces quizá haya terminado usted de asearse.

—¿A las doce? Es prácticamente la hora a la que debería comer…

—Oh, ya veo que su paso por Francia no le ha hecho perder las buenas costumbres de Norland.

Doña Lily sabía que *miss* Redfield había sido una alumna aventajada de Norland,

probablemente la mejor institución de Gran Bretaña en su especialidad y con fama reconocida en toda Europa. No había dama de la aristocracia española —las que podían— y europea que no deseara tener una niñera de Norland, precisamente por eso, porque eran mucho más que simples niñeras. Eran profesionales, madres, enfermeras, suplentes del amor materno… Justo lo que hubieran necesitado sus dos nietas mayores, Vera y Beatriz, pero cuando las niñas nacieron, su nuera, Marta, aún le plantaba cara y no había podido contratar una *nanny* para que educara a las criaturas. Buena falta les hubiera hecho, opinaba la duquesa.

—Por favor, llámeme *nanny*, señora duquesa. —Por la cara de doña Lily, Elsa pensó que quizá era demasiada confianza de entrada. Ella prefería guardar las distancias, desde luego, pero ya estaba dicho.

Doña Lily sonrió más abiertamente e incluso hizo un gorjeo que disimuló la carcajada.

—En realidad, a *miss* Hibbs la llaman la nanísima, naturalmente. Es como la jefa y madre de todas ustedes. Lo de «ísima» es por el generalísimo, ya irá entendiendo el humor español, bastante alejado del de ustedes. Tengo entendido que Franco la respeta e incluso le dirige la palabra y la escucha cuando está con sus nietos. En fin, le decía que en España los horarios son muy diferentes a los de Inglaterra, como usted sabrá.

—Sí, señora duquesa. Pero habrá que cambiarlos. Los primeros ocho años de un niño son clave en su vida y cuanto antes se acostumbre Jaime, mejor.

Esta vez, la inglesa se calló a tiempo y no añadió lo que pensaba. «Es más, ojalá me hubieran llamado nada más nacer el niño. Tendré que cambiarle los hábitos. No hay problema, estoy acostumbrada, pero espero que nadie en la casa interfiera en mi trabajo como hizo *madame* Boisier».

—Seguro, querida, seguro. —Elsa oyó a la duquesa a través de sus pensamientos—. Pero hasta que se fue mi nuera, hemos tenido un ama de cría, puesto que era impensable que ella le diera de mamar. Es una antigua costumbre española que yo impuse también con mis nietas, aunque todos me dicen que estoy desfasada. Pero ya irá usted descubriendo lo anticuada que soy, pese a los guateques que organizaba mi hijo con tal de que Marta no se deprimiera. Es obvio que yo prefiero el baile… Ah, los grandes bailes de mi época, que para eso tenemos estos maravillosos salones. Pero estoy desvariando. Contará usted con todo mi apoyo para dispensar una buena educación a mi único nieto. En cuanto a mi hijo —la duquesa se alzó de hombros—, hará lo que digamos.

—Y su nuera… —se atrevió a intervenir Elsa, algo sorprendida de lo mucho que charlaba doña Lily para ser aquélla la primera vez que se veían.

—Oh, no se preocupe, es probable que tarde en volver. Los últimos meses han sido agotadores, el final del embarazo, el parto… tiene que reponerse. Además, hacía tiempo que no veía a sus padres y creo que pasan por momentos delicados… Y ahora puede usted irse a descansar, no la entretengo más.

—Gracias, señora. ¿La doncella me vendrá a buscar?

—Desde luego.

Después de dar las gracias de nuevo a la duquesa, Elsa salió al pasillo. Vislumbró al fondo a la doncella que la había recibido nada más llegar al palacete. Doña Lily se quedó pensativa, de pie en medio del salón, mientras veía a las dos mujeres desaparecer. La dulce expresión de su rostro sonriente se fue borrando lentamente mientras sus espectaculares ojos azules se oscurecían

hacia el violeta y aquellas magníficas arrugas que lucía con gracia y altura le ensombrecieron el rostro al contraerse, igual que los pliegues de los cortinones de Aubusson que colgaban de los grandes ventanales ensombrecían la luz de la primavera que intentaba filtrarse desde la calle Ferraz. Por unos segundos volvió a preguntarse si había hecho bien en contratar a la *nanny*. Pero fueron sólo unos segundos, porque cuando recordó a su nuera, no le cupo ninguna duda sobre lo imprescindible de su decisión.

Elsa atravesó la planta baja tras los pasos ligeros de Eugenia. Todo lo que vio a su paso le resultó apabullante, excesivamente recargado y con demasiados dorados: suelos de mármol en blanco y negro, fríos pese a los tapices y los entelados que cubrían la mayoría de las estancias. Aquello no casaba con su estilo inglés —«todo parece decorado por Napoleón», pensó con ironía—, mucho más sobrio y elegante, ni con su carácter austero.

Sin embargo, cuando vio sus dependencias, se disiparon sus temores. Entraron en una salita, en cuyo centro, ante un enorme balcón vestido con cortinones de paño verde, sobre unos visillos blancos y lisos, había una mesa redonda, cubierta con una falda de suave estampado floral que hacía juego con el papel de las paredes, de estilo muy británico. Sendas butacas orejeras, tapizadas como las cortinas, flanqueaban la mesa. La boca de la chimenea, que estaba encendida, era de mármol travertino, sin arabescos. Al lado, en el rincón de la derecha, había un puf leñera de asiento mullido y con grandes flecos, quizá para la noche, porque durante el día supuso que el servicio alimentaría el fuego. Ya había observado que el palacete tenía calefacción, aunque debía de haberse instalado no hacía mucho tiempo, porque algunos radiadores no lograban disimularse entre tanto mueble.

A la izquierda de la chimenea se alzaba un escritorio. Elsa pensó sin dudarlo que seguramente tendría algún cajón secreto: un buen lugar para esconder el anillo. De momento.

Le agradó la salita, aunque tenía en mente distribuirla de otra manera: pondría el escritorio al pie de la ventana y la mesa redonda con las dos butacas entre el balcón y la chimenea. Así tendría los sitios perfectos para leer, escribir y bordar.

Después pasaron al dormitorio, que también era muy agradable. Elsa se quedó prendada del cabecero de la cama, decorado con una pintura renacentista que representaba a la Virgen y a su madre, Santa Ana, cuidando de un niño pequeño. Por alguna razón, le emocionó.

—Y tiene usted baño —dijo Eugenia, y abrió la puerta que había al pie de la cama. Le enseñó, orgullosa, un baño blanco e impoluto. La bañera estaba llena y humeaba. Elsa no pudo adivinar en ese momento que el orgullo de la criada se debía a que había crecido en un hogar sin retrete.

La joven regresó a la sala, seguida de la doncella, que parecía no estar dispuesta a abandonarla ni para asearse. No sabía cómo hacerle entender que quería estar sola. Cuando volvieron al gabinete, Eugenia le abrió despacio la otra puerta que había en la estancia. Se llevó el dedo índice a los labios y, con una sonrisa y un movimiento de cabeza, la invitó a entrar.

En el centro de la alcoba, toda decorada en azul, había una enorme cuna, también azul y de diseño moderno, como el resto del mobiliario, en la que dormía plácidamente un bebé. Aunque los balcones tenían las dobles cortinas echadas, la chimenea encendida —el único vestigio del pasado en ese cuarto— proporcionaba una penumbra cálida. Por fin, *miss* Redfield pudo admirar

a su nueva criatura: un niño de abundante pelo moreno, largas pestañas, mofletes rellenos y manos regordetas, aunque estaba demasiado arropado para el gusto de la *nanny*. Embelesada, esbozó la primera gran sonrisa en muchas horas.

La ternura que la invadía era un sentimiento que ya había experimentado en las otras dos casas en las que había trabajado, primero, cuando se sentó frente a los rubios y blanquitos niños Fischer, de uno y tres años; y después con Jean-Jacques, el más pequeño de los Boisier, que no había cumplido ni los seis meses cuando lo cogió por primera vez en brazos. Jaime iba a ser el bebé más pequeño del que se iba a hacer cargo, pero la situación era diferente, porque, por lo que había entendido, el niño había pasado ya por las manos de varias mujeres.

Absorta en sus planes, no retiraba sus ojos de la cuna. De repente, pegó un respingo y estuvo a punto de pisar a la doncella. Si no hubiera sido por los reflejos de Eugenia, habrían tropezado. Elsa se acababa de percatar de la pasión con que se chupaba el bebé el pulgar de la mano derecha. ¿Quién podía cuidar al niño como para dejar que se chupara así el dedo?

Eugenia sintió una enorme sensación de triunfo al ver la cara de beatitud de la pelirroja ante la cuna. Ella y Basi, la cocinera, llevaban semanas ocupándose de Jaime encantadas: desde que la señora Marta y el ama de cría, a Dios gracias, se largaron cada una de donde nunca debían de haber salido. La primera, a Buenos Aires; la segunda, a su pueblo del Valle del Pas.

Eugenia, rota la solemnidad por la confianza del tropezón, se dirigió de puntillas hacia una puerta que había en el extremo de la habitación de Jaime e hizo un gesto a la *nanny* mientras la abría muy despacio. Un raudal de luz iluminaba un enorme dormitorio de cabeceros blancos, limpios y modernos, con colchas de color rosa y paredes empapeladas con motivos psicodélicos, redondeles en rosa, gris y blanco que marearon a *miss* Redfield. Cuando vio el enorme televisor, estuvo a punto de tener que sentarse en una de las butacas: aquellas cajas que vestían la realidad de blanco y negro le producían cierta desconfianza. No tenía nada claro qué efecto ejercían sobre los niños, más allá de distraerlos de sus tareas y buenas costumbres.

Sobre el espantoso papel de redondeles colgaban fotos de Elvis Presley, banderines con motivos de diferentes ciudades de Europa y dos retratos de una niña rubia de ojos azules, bonita sonrisa y vestido blanco con merceditas y calcetines. «Con cariño para mi amiga Vera de Marisol». Lo mismo rezaba en la otra foto, pero ésta dedicada a Beatriz.

Sobre la mesilla que separaba las dos camas, decoradas como bomboneras de color rosa, había una foto grande enmarcada en plata de una mujer esbelta, de larga melena rubia que asomaba bajo una pamela de paja, con un vestido estampado, largo y atado al cuello, unos brazos llenos de pulseras y los pies descalzos. La *nanny* pensó que era un retrato de la famosa Brigitte Bardot, pero Eugenia la sacó de dudas.

—Es doña Marta. Las niñas piensan que su madre es guapísima, pero para mí es una extravagante.

—Bueno, es su madre y parece muy hermosa, efectivamente —cortó *miss* Redfield, temerosa de que añadiera algo inapropiado—. No veo ningún retrato del señor duque…

Elsa se arrepintió nada más mencionar la ausencia de una foto del padre y temió que la doncella la considerara una cotilla, pero, si fue así, no se dio por enterada.

—Es que a su padre le tienen aquí, le ven cada noche y cada mañana. Y su madre, sabe Dios.

La *nanny* tomó nota del comentario, pero no se dejó arrastrar por el cebo que le acababa de tender Eugenia para que se interesara sobre el regreso o la vida de la joven señora. Beryl ya le

había dicho en las cartas que eran la señora duquesa y su hijo quienes necesitaban ayuda para criar al niño. Ya se enteraría de los pormenores de la madre, de eso estaba segura. Dejó a la doncella con la miel en los labios, porque sin duda alguna le hubiera contado encantada algo más de la bella señora que se parecía a B. B., y siguió con el repaso a la habitación.

Instintivamente, *miss* Redfield buscó las mesas de estudio, pero no las vio. Supuso que habría otro gabinete para estudiar y jugar tras la puerta que se abría en una esquina de la habitación. Sea como fuere, todo aquello le pareció un espanto, algo totalmente excesivo y fuera de lugar en una casa con la historia de los Peñalara. Pero las niñas no eran su problema. Ella era *nanny* y no institutriz.

Se giró y, con el rostro pétreo y sin mirar a Eugenia, volvió sobre sus pasos despacio, sin hacer ruido, a pesar de que llevaba zapatos de tacón medio. Era la ventaja de las suelas de goma. Necesitaba asearse. Se dirigió a la puerta de su gabinete, la abrió y esperó a que Eugenia reaccionara y saliera. Saludó con una inclinación de cabeza y cerró en cuanto la criada se marchó.

Se metió en la bañera y mientras se enjabonaba el cuerpo dentro de un agua para su gusto poco caliente, como había temido, Elsa se sintió aturdida. Le ocurría siempre que llegaba a una nueva casa.

Y en el hogar de los Peñalara había algo más: dos mundos con medio siglo de diferencia separados únicamente por un tabique. Estaba claro que Jaime debía educarse en el círculo de la duquesa, no en el de sus hermanas. No sabía aún por qué resquicio del palacete se colaba ese ambiente.

Elsa no ignoraba los estragos que estaban causando en la juventud parisina y londinense músicas como el *rock* o el *twist*. Eran modas que no le agradaban, aunque en algunos casos procedieran de su querida Inglaterra. Sin saber bien los motivos, había deducido que en Madrid el ambiente sería más auténtico. Sin embargo, a la vista de la habitación de las niñas, ese mundo anterior se extinguía hasta en las mejores familias, aunque éstas pervivieran bajo una dictadura tan terrible y rancia como la del general Franco.

La joven inglesa estaba entrenada para huir de la charlatanería, pero cultivaba su capacidad de reflexión y análisis, por eso era consciente de que nunca se había parado a examinar sus gustos. En su cabeza no cabía tal posibilidad de elección. No había tenido oportunidad de planteárselo porque, una vez que terminó la guerra y pudo estudiar en Londres, siempre bajo la orientación y gracias a la generosidad de Beryl Hibbs, nadie le había preguntado —ni siquiera ella misma— quién era o qué quería hacer. Con su madre consumida, sólo tuvo como referente a la novia de su hermano. Si cuidar niños era bonito, sería el camino que ella seguiría.

Pero una cosa era criar niños a los que podías moldear y otra hacer carrera de algunas criaturas, cuando ya llegabas tarde a su educación. Las niñas del duque no eran su problema, desde luego. Ahora bien, aquella televisión que seguro que pondrían alta y el ruido que harían al lado de la habitación de su bebé no le parecían convenientes e iba a cortarlos de raíz. También tendría que guardar las distancias con la doncella y el chófer. No había ama de llaves en la casa, o eso le parecía. No disfrutaban de mucho servicio, aunque era cierto que los electrodomésticos habían eliminado criados. Aun así, el protocolo era el protocolo… Mejor, se ahorraría los

enfrentamientos tradicionales. Y hablaría con la duquesa, e incluso con su hijo. «¿No tendrá suficiente dinero que tiene que trabajar en un banco pese a ser aristócrata? ¿Tendrá el patrimonio embargado como muchos en Francia de los de su clase?». Puede que cuando le presentaran al duque saliera de dudas.

Terminó de bañarse y se envolvió en una agradable y enorme toalla blanca de felpa. Llevaba el pelo cobrizo recogido con una graciosa redecilla de moño en lo alto de la cabeza. Se dirigió hacia el armario, que tenía dos espejos en el interior. Sin duda no tendría buena cara, tras unas horas tan agotadoras. Y el día aún no había terminado. Se acercó al espejo y se miró las ojeras y las pecas. Había aprendido a convivir con ellas, pese a lo que le habían hecho sufrir desde pequeña.

Dio un paso hacia atrás y dejó caer la toalla a sus pies, como había visto que hacían algunas actrices en el cine. Tenía una figura bien proporcionada. Los pechos, no muy grandes pero perfectos, iban acompañados por una cintura estrecha, que desembocaba en unas curvas rotundas gracias a las caderas anchas y bien formadas, que se apoyaban sobre unos glúteos igual de firmes. Se ladeó y observó el perfil de sus nalgas. Quizá estuvieran un poco rellenas para lo que se empezaba a estilar en las pasarelas de modelos de aquellos años. En París, *madame* Boisier no hacía más que mirar revistas de moda y se quejaba de que las maniquíes eran cada vez más escuálidas, algo que le hacía sufrir. A ella no. Las piernas largas, firmes y bien formadas finalizaban en unos pies algo grandes para una dama. Sus pies y las pecas eran los defectos que más le habían molestado en la adolescencia. Ahora, cuando estaba a solas y se daba tregua para examinarse como mujer, sólo se quejaba del tamaño de sus pies.

Hacía ya tiempo que se había reconciliado con su piel blanca de pelirroja. A algunos hombres, aquellas pecas esparcidas por su escote, hombros y espalda les resultaban atractivas. Se dio cuenta en Múnich, cuando el distante y serio señor Fischer le dedicaba más de una mirada cada vez que, en pleno verano, se ponía sus camisas blancas con los primeros botones desabrochados. Nunca supo que el alemán soñaba de vez en cuando con que aquellas manchas eran lunares colocados por un pintor puntillista y le asaltaban unas enormes ganas de recorrerlas con el dedo para ver si se podían borrar.

Aunque la *nanny* no podía suponer cuál era la ensoñación del sobrio señor Fischer, sí que advertía su mirada soterrada. Estaba aún estudiando en Norland cuando percibió que no resultaba en absoluto indiferente a los hombres, algo que no concordaba con la imagen que tenía que dar una profesional como la que ella quería ser. De ahí su esfuerzo en la sobriedad con su vestuario, más propio de *nannies* mayores, como *miss* Hibbs o *miss* Bobby, que el que llevaban las niñeras recién salidas del College, que utilizaban tonos más claros e incluso se permitían alguna nota de color.

Descalza sobre la tarima, se acercó hacia el ventanal del gabinete de puntillas para no hacer ruido y no despertar al niño y apartó los visillos. Daba a un jardín de estilo italiano, con un estanque que reflejaba los bustos romanos que había alrededor. La estatua de un enorme jabalí llamó su atención. Suspiró. Necesitaba respirar el verde, mirar las flores y los árboles más aún que la luz del sol; que esa luz de Madrid que tanto había impactado a *miss* Hibbs, según le había comentado en alguna de sus largas cartas. Ni siquiera trabajando con los Franco se permitía su querida Beryl abusar un poco del teléfono.

Elsa se dirigió hacia el baúl y buscó sus libros. Había cogido los cuentos de Beatrix Potter

para cuando Jaime fuera un poco más mayor, los libros de *Alicia* (aunque a Beryl no le entusiasmaba Carroll, por sospechoso, a ella le gustaba muchísimo) y todo lo que tenía sobre Peter Pan y Barrie. Posó su mirada en *El pajarito blanco* y no supo si tendría valor para leerle alguna vez a Jimmy, el nombre que le había adjudicado mentalmente al niño, la historia del billete que cayó a Le Serpentine. Desde su visita a Lyon, aquella visión que nunca la había abandonado estaba más fresca que nunca en su cabeza. Colocó los libros en una de las baldas de la única estantería que había en la habitación.

En otra balda ordenó con pulcritud a Colette, Vita Sackville-West y Elizabeth von Arnim, tres escritoras, como Beatrix Potter, que amaban las flores. En el tercer estante dejó *Por quién doblan las campanas* —desconocía que estaba prohibida por el franquismo— y *Fiesta*, de Hemingway. Le gustaba el americano y esperaba aprender cosas de España gracias a él. De su autor favorito, Scott Fitzgerald, tenía tres novelas. Aunque había sido una lectora empedernida de Austen y las Brontë —¡cuántas veces había lamentado no ser hija de un párroco y estar enamorada!— hacía tiempo que había agotado el filón de las escritoras victorianas.

Desde muy niña, cada vez que su hermano o Beryl le regalaban un libro —muchos procedentes de la casa de los Adams—, hundía su nariz entre las páginas. A veces, durante las larguísimas noches de la ocupación en Saint Helier, Elsi le rogaba a Beryl que parara de leer para que le dejara oler las letras. Cuando Elsa se vestía de *miss* Redfield, como se disponía a hacer en ese momento, tenía claro que su amor por los libros era una debilidad. Pero cuando cada noche, en su dormitorio, *miss* Redfield se transformaba en Elsi, se decía que era su mejor virtud.

Colocó la ropa en el armario —tres trajes, varias camisas, dos pares de zapatos, ropa interior y un abrigo de buen corte— y dejó para el final la búsqueda del cajón secreto del escritorio. No le costó encontrarlo y pronto supo cómo accionar el mecanismo de cierre y apertura. Había llegado el momento temido desde que la doncella de Beryl le había entregado el estuche de terciopelo azul. Abrió la cremallera lateral del interior de su bolso y sacó la cajita. Se había convertido en una pesadilla. ¿Por qué había aceptado aquel encargo? De nuevo se intentó convencer a sí misma de que no había tenido otro remedio. Con manos temblorosas, apretó el cierre del estuche y lo abrió, dejando al descubierto un maravilloso anillo de oro, engarzado con hermosos brillantes que recogieron toda la luz que filtraban los balcones. Cerró la cajita con fuerza. Le abrasaba los dedos. La metió en el fondo del cajón secreto y cerró el escritorio. Tenía la sensación de que en aquel pequeño hueco había encerrado al diablo.

Se puso la chaqueta de otro austero traje, éste con doble botonadura y falda a media pierna, y sus zapatos de suela de goma y cordones con unas medias gruesas. La joven y atractiva pelirroja del espejo quedó sepultada. Con todo, se permitió un detalle: se sacó el cuello de la camisa cruda por encima de la chaqueta. Se dirigió hacia la habitación de Jaime. El baño, aunque breve, había sido un buen reconstituyente. Estaba deseando que el bebé se despertara.

RIVALIDADES DOMÉSTICAS

Al rato de despertarse Jaime, Eugenia entró con su comida. Nada más observar el contenido del plato, Elsa se dio cuenta de que era imposible saber de qué estaba hecha aquella cosa espesa y grumosa. Sospechó que tenía demasiada patata y grasa. Lo comprobó al probar el puré.

Le quitó a Eugenia el plato y la cuchara de las manos.

—Quédese un momento con Jaime, por favor —le ordenó con su vacilante español. Acto seguido, se encaminó hacia las cocinas pese al último intento de Eugenia por frenarla en la puerta. Bastó una fría mirada de la *nanny* para que la criada se apartara.

—Allá tú, maja. Te vas a enterar —murmuró la mujer, y entró a coger al niño, que estaba en la cuna. Qué lástima, se iba a perder la primera bronca entre la cocinera y la *nanny*.

Mientras atravesaba los pasillos y descendía unos pocos escalones, *miss* Redfield encontró otro defecto al palacete de Cerroalto: no le gustaba estar casi en la misma planta que las cocinas. Tanto en casa de los Fischer como en la de los Boisier, las cocinas y los almacenes estaban en el semisótano. Arriba y abajo, como mandan los cánones. Y en la planta baja, las dependencias comunes y nobles —salones, bibliotecas, salas de música y de baile— con acceso directo al jardín. Elsa creía que el modelo había sido exportado de su Inglaterra natal al resto de Europa, dado el alto concepto que tenía de la cultura británica.

Ella y los niños deberían tener sus dependencias en la primera planta, no en el entresuelo, que estaba separado de la planta baja por un pequeño tramo de escaleras. Una vez que se bajaban éstas, había que ir hacia otra de las alas del palacete, en dirección opuesta a sus habitaciones. En el trayecto hacia las cocinas, se pasaba por las oficinas, donde estaba el despacho del administrador. Aurelio le había dicho que éste iba dos o tres mañanas a la semana, aunque cada vez había menos cosas que administrar en el patrimonio de los Peñalara. También trabajaba allí una secretaria ya mayor que atendía las necesidades de papeleo de la duquesa y del duque. «¿Para qué irá entonces don Manuel al banco?», se preguntó Elsa de nuevo.

Llegó a la cocina, pero no pasó del umbral. Aunque se oían voces al otro lado de una gran puerta que debía de ser la despensa, allí no se veía a nadie y la enorme mesa que ocupaba el centro le recordó a los puestos callejeros de los mercados de los barrios de las afueras de las grandes ciudades. Un cordero desollado, cuya cabeza colgaba de la mesa y la miraba fijamente, goteaba aún sobre el suelo manchas pequeñas de sangre; al lado, un gallo mantenía la cresta roja —cresta que se incrustó en la retina de la *nanny* con ánimo de permanecer allí varios días—, y a su lado había toda clase de hortalizas: tomates, acelgas, berzas, judías verdes. Retrocedió con un gesto de espanto mal disimulado y volvió por donde había venido, pensando si sería capaz de comer alguna vez algo en aquella casa.

Volvió a la habitación de Jaime. Eugenia tenía al bebé en brazos y le estaba haciendo carantoñas. La criada se la quedó mirando expectante, pero la *nanny* no dio ninguna explicación; se limitó a coger al niño.

—Gracias, Eugenia. Ya puede marcharse.

—Pero me gustaría ayudarla… Y le resultará más fácil llamarme Genia, como hacen todos aquí —sugirió solícita la criada, que no tenía ninguna gana de separarse del niño. Era la primera vez que una extraña iba a darle de comer.

—No la necesito. Y por lo que acabo de ver, seguro que en la cocina hace más falta que aquí.

Nada más hacer el comentario, Elsa se arrepintió. No iba a entrar con buen pie con el resto del servicio. Aunque estaba dispuesta a guardar las distancias, como era de rigor, no pretendía ser maleducada. Tenía la esperanza de que Genia no hubiera entendido su pobre español.

La esperanza fue vana, porque la mujer la entendió perfectamente. Es más, recordó que era día de mercado y seguro que Basilia, la cocinera, estaba con los mozos en el almacén o ante las neveras en la despensa, ordenando la compra de toda la semana. Sus sospechas quedaron confirmadas nada más franquear la puerta de la cocina y ver la mesa, que estaba hasta arriba de cosas. No pudo evitar una oleada de regocijo. En cuanto los mozos del mercado se marcharon, le contó a Basi el incidente con la niñera.

Ajena por completo a su papel de protagonista en la cocina, Elsa intentó que Jimmy tomara un poco de aquel engrudo, pero no le forzó. Acto seguido le cambió los pañales y le sacó al jardín para que respirara el aire del mediodía. En ese momento *miss* Redfield tuvo su primer encontronazo con Basi.

Jimmy iba en su cochecito Arrue. Ya se encargaría Elsa de cambiar al modelo adecuado: había comenzado a apuntar todo lo que necesitaba en su inseparable cuaderno de notas. Le había vestido con ropa de lana azul y un gorrito a juego, y encima sólo le había puesto una manta de lana. Tenía la capota del cochecito bajada y había inclinado un poco el respaldo hacia delante: los niños debían respirar aire puro. Eran poco más de las dos y media de la tarde y la *nanny* observaba intermitentemente el rostro placentero del niño, que ya había logrado que le sonriera a base de rascarle la barriguita cuando le había cambiado, y el cielo azul, limpio de nubes por el momento.

De pronto, de una ventana abierta que daba a ras de suelo a una esquina del jardín —Elsa confirmó que no tan grande como habría deseado, aunque era hermoso— brotó una música militar y una voz de locutor elevadísima. Jimmy, que estaba a punto de dormirse, se sobresaltó y comenzó a llorar. *Miss* Redfield movió suavemente el coche del niño, dio un resoplido inapropiado en ella, respiró hondo y se dirigió hacia la ventana por la que salía el ruido. Llamó con un «*Ehh, please*…» universal, y una mujer asomó la cabeza a los pies de Elsa. Tenía la cara colorada y unas gotas de sudor le perlaban la frente. Llevaba el pelo recogido en un moño de trenza bien sujeto y agitaba un paño con el que se secaba las manos.

—¿Qué le pasa? Es usted la inglesa, está claro. Va a despertar a Jaimito. ¿Qué dice? Que no la entiendo…

La *nanny* le hacía señas para que bajara el volumen de la radio. Luego echó la cabeza hacia un lado, apoyándola en las dos palmas de la mano al tiempo que cerraba los ojos y pronunciaba: «JJJJJaime, bebé, *¡dogggrmir…!*». Al final dio con las dos palabras mágicas: «*¡Rrrradio* despierta al bebé!».

—Ah, ya. La radio para que Jaimito duerma. Pues vas lista, maja. Queremos escuchar el parte, que parece que ha habido grandes nevadas en Segovia y el Alto de los Leones está cerrado. Pero ¿y esta mujer por qué tiene al niño en el jardín con el frío que hace? Eugeniaaa… ¿dónde estás? —Basilia se volvió desde la ventana, apartando los ojos de los zapatos de la extranjera y buscando a la doncella, pero debía de estar en otra ala del palacete. Ante la insistencia de la *nanny*, que pisoteaba al pie de la ventana, Basi tuvo que pedirle al chico del pollero, que estaba esperando en la cocina, que volara a buscar a Genia por la parte de arriba.

El empeño de Genia y de Basilia de convencer a Elsa de que el bebé tenía que volver a la habitación, que el viento del Guadarrama era peligrosísimo y cogería una bronquitis, no sirvió de nada. La *nanny*, sentada en un banco de granito del jardín, con el coche del niño al lado, el pequeño cuaderno de notas en su regazo y una bolsa de tela acolchada en la que parecía llevar cosas para Jaime, aguantó impasible el charloteo de ambas mujeres.

Su mirada imperturbable mientras Genia y Basilia se quitaban la palabra la una a la otra y el gesto que hizo al abrir el cuadernillo y comenzar a apuntar lo que parecía una lista sin mirarlas siquiera, sacaron de quicio a las dos españolas, pero especialmente a Basilia.

—Pero esta cacho zanahoria… ¿quién se ha creído que es? Ahora mismo voy a hablar con la señora duquesa. Ya sabía yo que no podía traer nada bueno otra extranjera en casa. Más nos valía la Pura, la nodriza.

—Pero, Basi, ¡si no la soportabas! —exclamó Eugenia de camino a las dependencias de la cocina. Esta vez iba detrás de la cocinera, una matrona ya entrada en una avanzada cincuentena pero aún de buen ver, con unas carnes bien colocadas, unos ojos marrones expresivos, unos pechos que le ahuecaban en demasía el delantal blanco y unos zapatos negros de cordones, sobados pero relucientes, sobre unas medias tupidas imitando el color carne, de las que en los últimos tiempos se llamaban «medias de descanso». Basi padecía de varices de estar tanto tiempo de pie y del calor de los fogones, pero ésos eran todos sus males. A no ser que se pudiera entender también como un mal trabajar como una burra y creer que los habitantes de Cerroalto eran todas personas que estaban bajo su exclusiva responsabilidad.

Así, consideraba que el señor duque era como su hijo, que doña Lily era lo único que tenía en la vida y mataría por ella y que don Alejo —el ahijado de doña Lily e íntimo amigo de don Manuel, que vivía en el palacio largas temporadas— era su criatura adoptada desde que la loca de su madre le había abandonado por última vez. A menudo olvidaba que tanto Manuel como Alejo estaban a las puertas de los cuarenta. Para la cocinera, el comportamiento de los dos hombres algunas ocasiones demostraba que quizá nunca habían abandonado del todo la adolescencia. A veces aún sentía ganas de darles un buen sopapo.

A quien Basi habría dado todos los bofetones del mundo con muchas ganas era a doña Marta, la esposa de don Manuel. Jamás olvidaría lo que había hecho sufrir a doña Lily y al señorito. Bueno, al señor. Basi siempre le llamaba señorito. Cada vez que recordaba a la policía por la casa, la cara de su señora y de su hijo cuando supieron que la loca de la argentina era una de las amigas del asesino aquel… Cuando la memoria de Basi se escapaba a lo sucedido hacía tan pocos años, le temblaban todas las carnes, como si fueran más blandas de lo que aparentaban.

La cocinera y la doncella entraron resoplando en la gran cocina. Pegados a la pared, había dos

fogones de bilbaína. Las placas soportaban unas enormes cacerolas que hervían en una danza lenta. Al lado, muda, esperaba una cocina de gas nueva, blanca, de marca Corberó. La cocinera se empezó a desatar el delantal delante de la mesa gigantesca que había espantado a Elsa. Sobre aquellos enormes tablones macizos de pino, bien pulidos a base de fregarlos con lejía, no había ni rastro de todo con lo que se había topado la inglesa unas horas antes. La mesa estaba en el centro, donde, gracias a los fogones de leña y el olor a guiso, siempre se respiraba una atmósfera propicia para que el personal, fuera quien fuese, terminara sentado en alguna de las banquetas que se guardaban debajo de la mesa. En aquel reino nadie se resistía a confesar a Basilia todas sus cuitas.

Genia observó el forcejeo de la cocinera con el nudo del delantal, sacó una banqueta y se sentó a la mesa.

—Basi, yo que tú esperaría. No lleva más que unas horas en la casa. La señora ya te dijo que su trabajo iba a ser el niño en exclusiva. ¿Adónde vas? Está comiendo con doña Terelu, la condesa de Viga.

—¿Es que me vas a decir tú con quién está comiendo? ¿Se te olvida quién ha preparado el menú o eres tonta?

Eugenia se calló. Nadie en los palacios y casas de postín que quedaban en Madrid ignoraba que Basi era la mejor cocinera de la capital. Ni siquiera la igualaba el francés que se habían traído los Villalonga a los nuevos y maravillosos salones de doña Marita, unas calles más abajo. Hasta el chef del Ritz le había ido a pedir consejo a Basi sobre el magnífico «menú romántico» que había preparado para el príncipe Juan Carlos, su señorito don Manuel, don Alejo y el resto de amigos. Esa cena se había hecho famosa en los salones por lo que habían presumido de ella algunos de los caballeros ¡en el Pasapoga!

Quedaban apenas unos meses para que don Juan Carlos se casara en Atenas con doña Sofía, esa princesa griega que parecía tan mona, y Basi esperaba que si el príncipe pasaba unos días antes por Liria, como acostumbraba, volviera a visitar a don Manuel y le recordara a Basilia la gran cena. El joven príncipe —no se sabía aún si sería el heredero, aunque tenía muchas papeletas— era jovial y capaz de entrar hasta la mismísima cocina, decía la cocinera.

Aunque a la mujer no le entraba en la cabeza que los amigos de su señorito terminaran en esas salas y algunos de ellos fueran unos locos de los guateques —como doña Marta y aquella inglesa que le gustaba a don Alejo, que trajeron el libertinaje a la casa—, siempre era condescendiente con ellos por la propaganda que le hacían. Al chef del Ritz le había confesado, entre resignada y orgullosa, de dónde había sacado aquel menú romántico: de los tarjetones que guardaba su madre, que había sido la cocinera del marqués de Cerroalto y en varias ocasiones había preparado para el rey Alfonso XIII y otros miembros de la nobleza banquetes gloriosos. ¡Era ni más ni menos que de hacía cuarenta años!

Todas esas historias y muchas más convertían a Basilia en la columna vertebral del palacete. Casualidades, o no, cuando Basi entró siendo muy joven al servicio de la duquesa de Peñalara no pensó nunca que llegaría a reinar en la misma cocina en la que su madre lo había sido todo unos años antes. *Miss* Redfield lo iba a tener difícil, porque doña Lily sentía una debilidad especial por la recia cántabra, y el sentimiento era mutuo.

Genia sospechaba que ambas debían de haber pasado mucho juntas, más de lo que ella había averiguado en los diez años que llevaba en la casa, desde que los Peñalara se mudaron al palacete

de Cerroalto. Ella había llegado para ocuparse de Vera y Beatriz cuando Aurelio ya llevaba varios años trabajando con la familia y se habían terminado casando.

Las jovencitas eran las que de verdad volvían locas a Basi y a doña Lily, igual que a todas las niñeras que habían pasado por el palacio, por culpa de las tonterías de doña Marta, que ni sabía educarlas ni tenía tiempo para dedicar a sus hijas. Lo peor era que deshacía el trabajo de todas las niñeras. Afortunadamente, hacía un par de años que asistían al Colegio de la Asunción.

Genia dejó a Basilia gruñendo en la cocina y volviéndose a atar el mandil mientras ella subía para ver cómo iba el asunto con Rosa, la segunda doncella. La habían traído hacía poco de Cebolla, en el mismo Toledo, y aunque era espabilada, aún estaba un poco verde en lo de atender la mesa, pese a que doña Lily y doña Terelu no necesitaban ningún protocolo cuando estaban las dos solas.

Elsa regresó a sus aposentos una vez que se hubo convencido de que Jimmy había tomado el suficiente aire fresco. Tendría que sacarlo al campo, eso era evidente. No bastaba con el jardín —que todavía no había visto en detalle— y el parque que había vislumbrado en la parte delantera del palacete al bajarse del taxi. Sintió ruido y risas en el cuarto contiguo al de Jaime. La televisión, con el sonido de un programa infantil —era la perrita Marilín y Herta Frankel—, confirmó sus sospechas de que aquello no podía ser. Iba a tener mucho trabajo en esa casa. Levantó las barras de la enorme cuna del niño, le dejó mirando unas bolas de colores que había traído de Inglaterra y que había colgado de un lado a otro de la cuna para que pudiera patearlas y llamó a la puerta del dormitorio de las chicas. No hubo respuesta. Tras el segundo intento, abrió.

Vera y Beatriz estaban sentadas en el suelo, frente al televisor. A su alrededor había envoltorios de caramelos y migas de pan mezclados con los zapatos y los calcetines de ambas. Ni la miraron.

—Supongo que vosotras sois Vera y Beatriz, ¿no es cierto?

Las dos cabezas rubias se dignaron girar sus ojos. Un par de ojos azules y otro avellana examinaron a la inglesa y se rieron.

—¡Qué español! —exclamó Vera, que a sus once años ejercía ya de adolescente precoz—. Supongo que tú eres la niñera de Jjjjjaime, ¿no?

Beatriz se dobló sobre su estómago, muerta de risa por la imitación del acento de la inglesa que su hermana había hecho. Se llevaban un año y su dependencia con respecto a Vera era absoluta. La mayor, más viva, coqueta y respondona, imponía sus reglas sin que la otra rechistara, pese a que era más reflexiva y menos espontánea.

Elsa decidió que aquél era el momento de cortar por lo sano. Ahora o nunca.

—Señoritas, yo soy *miss* Redfield, la *nanny* de su hermano Jaime. —Y de inmediato cambió al inglés—. Espero de ustedes educación y modales como les corresponde. En cuanto al idioma, yo me molesto en entender el suyo. Y ustedes, ¿saben algo de inglés? Por favor, apaguen la televisión, su hermano tiene que descansar antes de la cena y nos molestan.

La parrafada en inglés dejó descolocadas a las muchachas, así como el sobrio aspecto y el frío talante de la *nanny*. Pero no era fácil amilanar a Vera.

—Tú estás en nuestra casa, eres empleada de mi padre y no tienes por qué hablarnos en inglés. En cuanto a bajar la tele, ni hablar. Es nuestra hora infantil mientras llega la *au pair*

americana, que, por cierto, sabe mejor inglés que tú.

Elsa se disponía a contestar más secamente aún cuando entró doña Lily en la habitación. Ninguna de las tres la había oído.

—¡Vera! Retira esas palabras de inmediato y discúlpate. Y tú lo mismo, Bea. Quitad la televisión, pedid perdón a *miss* Redfield y marchaos a vuestro cuarto de estudio. Ya. Y sin rechistar.

—Pero, abuela, es injusto —protestó la mayor—. Es la hora de la perrita y la *au pair* no ha llegado aún. Ha sido ella la que ha empezado.

—Ella es *miss* Redfield. Y he dicho que sin rechistar, Vera. De inmediato.

Elsa tomó nota del asombroso tono frío de doña Lily. Adivinó que a la anciana le costaba mucho trabajo meter en vereda a las jovencitas y no hacía falta ser un lince para comprender cuánto le disgustaba su actitud. Las niñas se levantaron, recogieron los zapatos y los calcetines, no sin soltar bufidos por lo bajo —sobre todo Vera, que tenía pasta de líder— y se marcharon al cuarto de estudio. La duquesa se dirigió a la *nanny*.

—Lo siento, *miss* Redfield. Como verá, éste es uno de los asuntos que tengo que arreglar.

Cruzó el gabinete con paso firme y sin mirar a Jaime. Cuando ya se perdía por el pasillo, Elsa reaccionó y recordó que había otra cosa muy importante que necesitaba una solución inmediata. Apresuró el paso tras la dama. Desde luego, la cena de Jimmy la prepararía ella.

—*Madame, madame* —llamó la *nanny*.

Doña Lily se volvió a mirarla y la esperó en el centro del pasillo.

—Usted dirá, *miss* Redfield. —De su cara había desaparecido cualquier sombra de enojo.

—Por favor, perdóneme que la moleste con otro asunto, pero es importante. Quizá debería usted buscarme un hueco lo antes posible. Ya he hecho una lista de las cosas que necesito de Londres para Jaime. Sólo son las imprescindibles… —le dijo en francés a la duquesa.

Doña Lily la miró perpleja.

—¿De Londres? Me temo que mi hijo no irá en lo que queda de mes y, aunque fuera, dudo que sepa hacerse cargo. ¿No puede comprar esas cosas aquí?

—Creo que no, *madame*. Pero no se preocupe, seguro que *miss* Hibbs y *miss* Bobby podrán ayudarme. No quiero entretenerla, ¿me indica el camino a la cocina? Me parece que voy a tardar un poco en saberme el palacio.

—Palacete, *miss* Redfield, palacete. Si la duquesa de Alba o la de Medinaceli, que tienen palacios con cientos de habitaciones, se enteran de que usted llama a esto palacio, tendremos problemas —dijo doña Lily con ironía, buscando la complicidad de Elsa, pero no la encontró—. Mejor la acompaño yo a la cocina. ¿Necesita algo de allí?

—Voy a preparar la cena de Jaime.

Doña Lily lanzó una especie de cómico gemido.

—Por Dios, se me ha olvidado decirle a Basilia que tiene usted que entrar en su territorio para hacer la comida al bebé.

—Es una parte muy importante de mi trabajo señora —respondió Elsa, no exenta su voz de consternación.

—Lo sé, lo sé, pero será mejor que yo la acompañe hasta las cocinas, querida. Veremos si Basilia no nos despedaza para la cena.

Elsa tampoco entendió esa broma. ¿Una cocinera podía atreverse a despedazar a su señora?

¿Una cocinera? ¿Tanto poder tenía sobre la duquesa? Si hubiera sido la doncella personal o un mayordomo, lo habría entendido, pero no con la cocinera.

Doña Lily y Elsa hicieron una entrada triunfal en las cocinas. La *nanny* sacó una lista de su bolsillo y comenzó a enumerar en su español las verduras que necesitaba para preparar el puré del bebé: zanahoria, puerro, acelgas, repollo, lechuga, un poco de apio y, por último, una pieza de gallina que ella misma herviría aparte. Necesitaba, además, un pasapurés, dado que no tenían batidora-exprimidora Hamilton-Beach, «un artículo imprescindible, por cierto», añadió mirando a doña Lily.

La duquesa repitió la lista no sin cierto tono de picardía en la voz mientras veía cómo su cocinera se congestionaba por momentos, con una mano en la oronda cadera y la otra sujetando una cacerola que doña Lily mentalmente rogó que no terminara de sombrero sobre la *nanny* recién llegada.

—*Puego, puegggo, lechuggga*… —dijo Basi imitando el acento de Elsa—. ¿Es que esta mujer se ha creído que Jaimito es un asno y que sólo come verde, señora duquesa?

Los ojos azules y pícaros de doña Lily se oscurecieron tanto como su tono de voz y se dispuso a zanjar una disputa que podía eternizarse durante toda la tarde.

—Basilia, a partir de hoy *miss* Redfield se ocupará de cuidar al niño día y noche. Es su única obligación y tú tendrás que suministrarle todo lo necesario y dejarle que prepare sus comidas.

—¡Pero, bueno! ¿Y va a entrar en mi cocina?

—Sí, Basilia, va a entrar en la cocina de la casa de los Peñalara. Y no sigas, hay sitio de sobra para las dos y tu ayudante. Para eso la hemos cambiado de arriba abajo y acondicionado. Te ruego paz y ni una palabra más sobre este asunto.

—Ya… ¿Y cómo nos vamos a entender?

—*Miss* Redfield habla un español muy aceptable y dentro de unas semanas lo hablará mucho mejor. Si te diriges a ella en buen tono y despacio, te comprenderá. Si no, me obligarás a bajar cada mañana para traducirte lo que necesita. Asunto zanjado, ¿verdad que sí, Basilia?

La cocinera se quedó mirando unos segundos a su señora y después a la inglesa, y cuando iba a callarse, se percató de que detrás de ellas, bajo el dintel de la puerta, Rosa y Eugenia seguían atentamente la refriega.

—Si usted lo ordena así, así se hará, señora. Pero hasta ahora y desde que llegamos a esta casa, de todo eso me he encargado yo y nadie ha entrado aquí, excepto Genia o Rosa. Ahora, si usted quiere cambiar las cosas… Y con respecto a las señoritas Vera y Beatriz, ¿también va a hacerles ella la comida?

Doña Lily tardó unos segundos en darse cuenta de que Basilia no iba a dar su brazo a torcer delante de las otras mujeres.

—¡Ay, Basilia! Te he dicho que sólo se ocupará de Jaime. Tú, Eugenia y los demás seguiréis con vuestros quehaceres diarios y vuestras responsabilidades. Creo que esto ya lo hablamos cuando te dije que vendría una *nanny*, ¿o no? *Miss* Redfield vendrá sólo a preparar la comida del niño. Y si tú no quieres enseñarle dónde están las cosas, que lo haga Rosa. Lo entenderé, Basilia.

—Bien, señora. Así se hará.

La cocinera hizo una seña a Rosa para que entrara y le repitió de memoria, sin olvidar ni una verdura, los ingredientes que Elsa había pedido. La señora se marchó de la cocina y esbozó una sonrisa. Conocía a Basi desde su nacimiento. Siempre había pensado que la cocinera de sus

padres, la madre de Basilia, había esperado a estar en su pueblo, al pie de los montes cántabros, para tener a su hija. La niña había heredado la sangre y el carácter de su tierra. Era testaruda y peleaba por todo incluso con ella, que era algo más mayor y la señora de la casa. Sintió un golpe de nostalgia.

EL DUQUE

Elsa acababa de regresar al dormitorio con Jimmy en brazos y estaba pensativa. Con el permiso de la señora, Aurelio la había llevado hasta el teléfono del despacho del administrador para que pudiera llamar a Beryl y avisarla de que había llegado esa misma mañana.

—¿Beryl?

—Buenas tardes, *miss* Redfield. ¿Ha llegado usted sin contratiempos?

Elsa se dio cuenta inmediatamente de que Beryl estaba hablando delante de más gente. Se reprendió a sí misma por haberse olvidado de que su amiga era la niñera de los nietos de Franco. ¡Pero tenía tantas ganas de oír su voz, de hablar con ella!

En su disculpa argumentó que había sido un día tenso y también que se había aturullado ante la formalidad con que le habían respondido desde el palacio de El Pardo al preguntar por Beryl.

—Perdón, señora o señorita, ¿se refiere usted a doña Beryl Hibbs, a *miss* Hibbs? —le había preguntado quien ella supuso que era un mayordomo. No se imaginaba, desde luego, que quien atendía el teléfono era un oficial del general Franco. No volvería a cometer esos errores. Sin duda, comenzaba a estar cansada después de un día tan ajetreado. Tal vez tendría que haberse tomado la jornada libre hasta instalarse completamente en vez de pretender asumir las riendas de todo en un primer momento. Era impropio de ella. De inmediato, rectificó el tratamiento hacia su querida Beryl.

—Perdone, *miss* Hibbs. Sí, sí. He llegado esta mañana temprano. Y ya he empezado con mi trabajo. Sólo quería comunicarle que estoy instalada y que todo va bien.

—Me alegro, *miss* Redfield. Nos veremos en cuanto usted considere que tiene todo bajo control. —Hubo una pausa y después oyó cómo Beryl hablaba en voz baja—. Elsi, cómo me alegro de que estés aquí, pero ahora estoy rodeada de gente.

—Ya lo he supuesto, Beryl, no te preocupes. Bueno, creo que hoy he avanzado bastante. Quizá nos podríamos ver pronto. ¡No sabes cuánto lo deseo!

—Oh, lo siento, querida amiga… —La voz de Beryl volvió a ser la de *miss* Hibbs—. Mañana mismo salgo de viaje con doña Carmen y los niños. Se van a esquiar. Tendrá que esperar unos días, *miss* Redfield. Mientras, haga esas listas de necesidades y dudas que tan bien prepara. Quizá la semana que viene nos podamos ver. Un abrazo, querida Elsa, y bienvenida a España.

—Gracias, *miss* Hibbs —respondió Elsa en el mismo tono formal que había empleado su amiga.

Meditaba sobre la breve charla que había mantenido con Beryl mientras cambiaba a Jimmy cuando llamaron a la puerta.

—¡Entre! —se le escapó en inglés.

Aunque no entendió nada, Eugenia entró. Le hizo una seña a Elsa —un dedo por debajo de la nariz indicando un bigote— y añadió una frase que la *nanny* entendió perfectamente, pese al acento cerrado de la doncella.

—El señor la espera en su despacho.

Elsa se sintió contrariada. Primero, por el gesto de la criada, dando por hecho que no iba a comprenderla. Segundo, porque era tarde, estaba cansada y quería controlar las horas de sueño del bebé y las tomas de la noche. Además, aunque había vaciado casi todo el baúl, quería organizar el armario. Y necesitaba sentarse, reflexionar y dormir. Sin embargo, por otra parte, también estaba esperando a que el señor la recibiera y le diera la bienvenida, como era preceptivo. Seguramente, acabaría de llegar del banco.

Se recompuso la ropa y, con Jaime en brazos, siguió a Eugenia hasta el ala de invierno del palacete. Franquearon el gran portal donde no hacía mucho tiempo debían de haber parado los coches de caballos. Allí arrancaba la imponente escalera de honor que conducía a la planta principal.

Avanzaron por un pasillo y llegaron a un deslumbrante y abigarrado comedor de gala. Después había dos enormes salones y una sala de billar. Al final de una bellísima galería en chaflán que daba al jardín y que tenía las cortinas echadas pararon ante dos puertas. Eugenia golpeó con los nudillos.

—¡Adelante! —dijo una voz masculina sin matices.

Eugenia abrió una de las hojas y cedió el paso a *miss* Redfield, que seguía con el bebé en brazos. No se atrevía a dejar al niño con la doncella. Ésta cerró la puerta y Elsa se encontró frente a Manuel Victorio Julián Ramírez de Córdoba, duque de Peñalara.

Decepcionante: ésa fue la primera impresión que *miss* Redfield sacó del aspecto del duque de Peñalara. Era más bien bajo, moreno, con unas entradas que amenazaban una calvicie prematura; llevaba unas gafas de pasta marrón de cristales gruesos y la nariz tenía dos arrugas que desembocaban en la comisura de la boca. Los labios, gordos y marcados, remataban en una barbilla prominente y enérgica. El rostro era más bien redondo y comenzaba a tener algo de papada. Su cuello, ni muy largo ni muy corto, estaba rodeado por el de una camisa a rayas grises y una corbata burdeos mal anudada que se perdía en un chaleco cruzado debajo de la chaqueta azul marino, a juego con los pantalones. La confirmación de que estaba a punto de ser un hombre grueso, y antes no lo había sido, la daban los botones del chaleco, que a la altura del estómago se abrían ligeramente, y las pinzas de los pantalones, abiertas un poco en exceso por la incipiente barriga.

El hombre que estaba de pie, delante de la mesa de despacho, y que trataba de abrocharse el botón del cuello de la camisa y de colocarse el nudo de la corbata no era precisamente un caballero inglés, pero tampoco parecía vulgar. Su aire algo descuidado no impedía ver que tenía modales y Elsa lo confirmó al observar las manos largas con las que se atusaba el pelo. El hombre avanzó hacia ella con la mano extendida y su rostro se convirtió en agradable y expresivo cuando abrió la boca y sonrió, dejando asomar una dentadura blanca perfecta. Era lo único que había heredado de él una de sus hijas. La genética de la madre de las niñas y de doña Lily había sido la triunfadora. La expresión amable y sonriente que adivinó en su mirada quedó

oculta porque los cristales de las gafas reflejaban la luz de la lámpara de araña que colgaba en la estancia, sobre las dos sillas modernas, con ruedas y de oficina que había ante la mesa de trabajo.

—Señorita, bienvenida a España —dijo en perfecto inglés mientras extendía su mano en busca de la de ella. Elsa le tendió la izquierda, porque con el brazo derecho sujetaba al niño, que comenzó a agitarse en cuanto vio a su padre cerca—. Hola, Jaime, cariño.

El duque se aproximó para besar a su hijo. En un gesto instintivo, la *nanny* retrocedió. Fue cuestión de segundos. Cuando Elsa, muy sorprendida, comprendió la intención del duque, sujetó al niño también con la mano izquierda y le sostuvo para que el padre pudiera besarle en la cabeza. No estaba acostumbrada en absoluto a tales muestras de cariño. Si algo había aprendido en las casas en las que había trabajado, era que los caballeros normalmente no tenían una especial inclinación hacia los bebés. La distancia entre padre e hijo debía respetarse.

—Perdón —se excusó Elsa—. Lamento acudir con Jaime, pero no pensaba que usted me llamaría hoy y no quería dejarle solo. Apenas hemos empezado a conocernos.

—Lo entiendo. Quizá debería haber esperado hasta mañana, pero acostumbro a ver al niño cada noche y mi madre me ha dicho que iba usted a adoptar los horarios ingleses. Y quería darle la bienvenida cuanto antes. Supongo que estará usted muy cansada, habrá sido un día muy duro.

—Gracias, señor, los primeros días son muy importantes. Puede que esté algo cansada, pero le aseguro que mañana estaré como nueva.

—Me alegro. Espero que se encuentre usted cómoda entre nosotros. Pídame lo que quiera y, si no, hable con mi madre. Señorita Redfield, sé que quizá le va a extrañar lo que le voy a pedir, dado que no entra en los usos y costumbres de ustedes, pero dado que mi mujer estará fuera una larga temporada me gustaría que cada día, cuando yo vuelva a casa, usted me dé el parte de cómo está Jaime. Si algún día no nos vemos, basta con que me deje una nota sobre el escritorio.

—Como usted diga, señor. Lo haré encantada.

—Gracias, no sabe cuánto deseo que Jaime se encariñe con usted. Es bueno y tranquilo.

—Sí, señor, ya lo he notado, aunque tendré que introducir algunos cambios en su vida cotidiana si, como la señora duquesa me dijo, quieren ustedes que se eduque en la cultura británica.

—Desde luego. Mi madre me ha informado ya de algún detalle. Precisamente fui yo el que presionó para contratar una *nanny* y no una institutriz. Quiero que luego Jaime vaya a un internado y me parece que los tiempos de las institutrices han pasado ya. Admiro Inglaterra y los mejores años de mi vida fueron los que pasé en el Beaumont College.

—Tiene usted un acento impecable, señor.

—Gracias, *miss* Redfield. ¿Me permite que me despida de mi hijo?

De nuevo, Elsa se quedó sorprendida cuando el duque estiró sus brazos para coger al niño. Le dio un beso, le frotó la enorme nariz en la mejilla, le pasó la mano por la cabeza y se lo devolvió a la *nanny*.

—Buenas noches, *miss* Redfield. Que descansen. Mi hijo suele dormir ya casi de un tirón.

—Gracias, señor. Si no es así, estoy acostumbrada. Buenas noches.

Se giró y sintió en la espalda la mirada curiosa del duque.

«¿Y cómo le explico yo a este hombre que no es conveniente que tenga esas confianzas con su hijo? Si ha estudiado en Inglaterra, sabrá de sobra cómo debe ser la educación del niño. En fin, no es un caballero impecable —pensó Elsa— pero es amable».

—Vamos a dormir, Jaime, si es que sé desandar el camino —susurró al niño.

Pero Eugenia estaba fuera, esperándola con mirada expectante. Elsa no hizo ningún comentario y siguió a la mujer. Al pasar por la sala de billar no pudo resistir la tentación de pararse un segundo, coger la mano de Jaime y llevarla hasta la bola blanca, que le ayudó a empujar. El niño se quedó maravillado cuando observó el movimiento de las bolas, que chocaron sobre la mesa.

Cuando Elsa por fin se metió en la cama, le asaltó un tumulto de emociones al repasar los acontecimientos del día. La duquesa le gustaba, don Manuel parecía un buen hombre y el niño era un encanto. Balance positivo por esa parte. Sin embargo, no sucedía lo mismo con las chicas y Basilia, aunque concluyó que no eran su problema. En cuanto el matrimonio formado por Genia y Aurelio, los estacionó en territorio neutral.

Estaba a punto de cerrar los ojos cuando desde la cama reparó en la esquina del escritorio que asomaba desde el gabinete. El anillo se hizo presente en su mente, como si fuera un círculo de fuego con el que la estaban quemando. Beryl no le había dado tregua al teléfono. Había dejado muy claro que no se verían hasta pasados unos días, por tanto, los brillantes seguirían encerrados en el cajón secreto del escritorio. Seguro que cuando sacara el papel y la pluma estilográfica para escribir, del cajón saldría mal olor. Se llamó tonta. Era impropio de una *nanny* con experiencia inventarse semejantes supersticiones.

Durmió poco y mal.

TÉ CON DOÑA LILY

A Elsa le costó unos días organizarse. Además de ordenar todas sus pertenencias, los enseres de Jimmy y las dependencias de ambos, también tenía una clara necesidad de establecer límites en su territorio con el resto del servicio, empezando por Basilia, claro referente de la casa incluso para la señora duquesa de Peñalara.

La cocinera, Genia y Aurelio y Rosa —que ayudaba tanto a Basi como a Genia— eran el servicio que pernoctaba en el palacete. Casi a diario entraban y salían el jardinero y la profesora americana que se suponía que ayudaba a las niñas, sobre todo con el inglés, cuando llegaban del colegio y hasta la hora de la cena. Un par de días a la semana aparecía un profesor de piano y se instalaba ante el magnífico Steinway del salón rojo con Vera y Beatriz.

Una de las dos tenía oído y la otra oreja, concluyó la *nanny*. No había más que escuchar las dos horas de clase, una para cada una. No siempre la que tocaba mejor daba clase la primera o viceversa. Por las voces de alguna tarde, supo que peleaban y que volvían loco al profesor, de forma que éste debía turnarlas cada día para iniciar o terminar la clase.

Ni don Manuel ni doña Lily tenían ayuda de cámara o doncella particular, como sospechó Elsa desde el primer día. Le sorprendió. Así que una mañana, en un momento que consideró apropiado, cuando Genia limpiaba las dependencias de Jimmy y de ella, preguntó amablemente a la criada.

—Eugenia, debe de ser mucho trabajo para usted y Rosa, ¿no? Haga lo imprescindible, que ya sabe que yo ordeno nuestras cosas.

—Huy, *miss* Redfield, esto no es nada. Peor es cuando se instala el señorito Alejo, que llena todas sus dependencias de humo y de libros. Por no hablar de cuando vivía aquí doña Marta. No se preocupe, una vez al mes viene una empresa de limpieza para quitar todo el polvo de los guerreros con armadura, los escudos, las vitrinas con las colecciones, todo eso que me da miedo…

—Perdone… ¿Quién es el señorito Alejo?

—¡Anda! Como hace meses y meses que no viene por aquí, se nos ha olvidado hablarle de él. Bueno, lleva usted poco tiempo. Don Alejo es el ahijado de doña Lily y el íntimo amigo de don Manuel. Su madre es prima de la señora duquesa, y muy amigas desde la infancia, como luego lo han sido sus hijos. Pero la madre de don Alejo es una tarambana. En fin, no quiero hablar demasiado. Don Alejo, o conde de Gandarilla, como le molesta que le llamen, vive aquí a temporadas. Tiene sus habitaciones al lado de la biblioteca y del despacho de don Manuel. ¿Desea algo más, *miss* Redfield? Tengo que limpiar aún el salón amarillo.

Elsa contuvo sus ganas de seguir preguntando. ¿Cómo era posible que nadie la hubiera

hablado aún del tal Alejo, un conde que a temporadas vivía en el palacete e incluso tenía sus habitaciones allí? Aguantó la curiosidad, pero la breve charla con Genia tuvo sus efectos. Cuando poco después pasó por la cocina, Basilia la llevó con una seña hasta la puerta de los «cuartos trasteros», como ella los llamó.

—Somos pocos, pero bien organizados y muy trabajadores ¿sabe, usted? —le espetó a la *nanny* mientras le mostraba «estas máquinas infernales», como la cocinera denominó a la lavadora, el frigorífico, la aspiradora y un gran lavavajillas. Estos electrodomésticos tampoco eran fáciles de introducir en el servicio de las clases altas inglesas o francesas, especialmente el lavavajillas, porque consideraban —y con razón, pensaba Elsa— que era un crimen meter sus delicadas porcelanas en aquella máquina.

Pese a los avances de la técnica, Elsa tenía la suficiente experiencia como para darse cuenta de que en Cerroalto habitaba una estirpe antigua, cuyos antepasados habían sido importantes caballeros, pero los Peñalara actuales estaban muy lejos de la abundancia que reinaba en la mansión de los Fischer y aún más de los ostentosos banqueros Boisier. Una de las muestras de austeridad era, sin duda, el control que Basilia llevaba de todo lo que entraba en las grandes despensas de su cocina y el reparo de Aurelio en pedirle a la duquesa dinero para la gasolina del Mercedes, que, aunque estaba muy bien cuidado, tenía más de veinte años.

Elsa no estaba dispuesta a perder detalle de las costumbres de la casa y mientras preparaba la comida a Jimmy en el reino de Basilia prestaba atención a todo. Doña Lily mantenía el ritual de cortesía en las comidas con sus amistades, aunque fueran muy cercanas, pero sin restarles intimidad. Les recibía en el comedor de diario y luego pasaban al gabinete para el café. Utilizaba las vajillas y los juegos de porcelana que había en el chinero del comedor de gala, al que también llamaban comedor de respeto.

Para sorpresa de la *nanny*, la duquesa había decidido que hablarían cada día de los asuntos del niño tomando un té, algo totalmente fuera de lugar, pensó ella; pero Elsa ya había intuido que doña Lily no era una dama al uso. Una tarde le preguntó a la señora de dónde era el servicio de porcelana que estaban utilizando. Estaba segura de que no era inglesa ni de Sèvres ni de ningún otro lugar característico de Francia, y tampoco era apropiado dar la vuelta a la taza y ver la marca. Y mucho menos preguntarlo en la cocina, donde la mirarían más raro de lo acostumbrado.

Doña Lily sonrió más que satisfecha ante la pregunta.

—Es porcelana de El Retiro. Una herencia familiar. Mi amigo el marqués de Cerroalto tenía mucho gusto para coleccionar antigüedades, como las dichosas armaduras, los grandes tapices, las monedas u otros restos arqueológicos que usted ha visto ya por la casa, pero enviudó muy pronto y a su mujer no le dio tiempo a hacerse con el ajuar que correspondía con un palacete como éste. Yo lo remedié incorporando una parte de lo que había en las casas de mi marido y de mis padres.

—Es muy hermosa, señora. —El té sabía diferente en una taza como aquélla. Aunque se quedó con ganas de escuchar más, no insistió, esperaba que doña Lily continuara. Llovía y se acordó de unas palabras que le había dicho Basi: «Mire usted, *miss*. De momento, lo único que tiene usted en común con doña Lily es que les gusta largar cuando llueve, pero no se equivoque. Eso es porque ella y yo somos muy norteñas, tanto como usted», le había espetado la cocinera sin ton ni son una vez que Rosa no estaba disponible para servir el té y la *nanny* se prestó a avisar a Basilia.

Elsa se iba acostumbrando poco a poco a las brusquedades de Basilia, consciente de que al cabo de los días encajaba las piezas de lo que la mujer le decía. Con Genia la relación era cada vez más fluida, Elsa ya sabía que los Peñalara se habían trasladado al palacete a la muerte de Cerroalto y habían dejado el lugar tal y como estaba en aquellos momentos, como si fuera un museo y sobrecargado por la pasión del marqués por el coleccionismo y la arqueología. Sólo habían modernizado la zona del servicio, las habitaciones de los niños y las dependencias de don Manuel y doña Lily, que, aunque clásicas, contaban con radio, televisión y tocadiscos.

—Y esta sala es muy acogedora y bonita —continuó Elsa.

—Le agradezco sus palabras. Cuando nos trasladamos aquí, no tenía muchas posibilidades de innovar. Le prometí a mi amigo Cerroalto que no tocaríamos nada. A menudo me pregunto si hicimos bien mudándonos a este palacete. Nos cuesta mantener esto, *miss* Redfield.

Elsa ya había reflexionado sobre este asunto. Una buena parte del edificio no se usaba, al menos es lo que ella había percibido. Muchos rincones despedían el sabor de la Belle Époque, algo pesado y dulzón, de cuando Europa aún era una orgía y la nueva burguesía, compuesta por empresarios ricos que se casaban con apellidos de la nobleza más bien arruinados, pensaba que el mundo por fin iba a ser perfecto. Desde que comenzó a trabajar nada más finalizar sus estudios, Elsa no dejaba de asombrarse de lo lejos que habían estado aquellas personas —ya fueran sus profesoras o sus señores en las grandes mansiones— de imaginar que dos grandes guerras mundiales se llevarían por delante tantos sueños, tanto futuro y, en el peor de los casos, tantas vidas, como ella sabía muy bien.

Los señores Fischer llevaban grabadas a fuego las marcas dejadas por el nazismo. Elsa había escuchado cómo el matrimonio hablaba horrorizado y en susurros con otros amigos que regresaban del exilio sobre la vergüenza que sentían de pertenecer a la nación que había alumbrado a Hitler, aunque ellos no hubieran sido culpables. El señor, sobre todo, vivía atormentado, pese a que los años iban pasando.

En casa de los Boisier Elsa pronto adivinó que no habían tenido problemas con la ocupación. Cuando llegó a aquella mansión, a principios de los sesenta, era visible una foto de Pétain con el padre del señor en el salón.

Ahora estaba en el palacete de los Peñalara, en un país que aunque no había estado inmerso en las dos guerras mundiales, como sus anteriores hogares, había sufrido una guerra fratricida.

—¿Sabe, doña Lily? —comentó Elsa, dejando la taza en la mesa de malaquita y dudando si coger o no un trozo de bollo—. Cada hogar tiene su alma, como cada familia. Y aunque habitualmente suele ser un buen retrato de lo que acontece dentro, hace ya tiempo que aprendí que no todo es lo que parece, señora. Éste es su hogar, el lugar en el que vive con su familia y otras personas, pero ha tenido que respetar lo que heredó y dice mucho de usted cómo lo ha hecho.

—Gracias, querida. Ya sabía yo que esto iba a ser el inicio de una gran amistad —subrayó la duquesa, sonriendo ante su cita—. Pero mi hogar, mi única y auténtica casa, donde tengo mi alma, es la Casa de las Ánimas, y está lejos. Algún día le hablaré de ella. E incluso iremos allí con los niños.

Doña Lily había hablado de «casa», de su auténtica casa, pero no se extendió más sobre ello ni sobre las «otras personas» que Elsa había mencionado con la esperanza de que en algún momento se refiriera a su nuera o al tal don Alejo, al que Genia idolatraba incluso más que a don

Manuel. Quizá era porque Basi monopolizaba al señor.

Para Elsa, la casa —*home*— era el hogar, el nido o el refugio que uno compartía con sus seres queridos. Había comprobado en Múnich y en París que la percepción de hogar que ella tenía —el primoroso cuidado aprendido de su madre y después en Norland College por el lugar donde uno pasa el mayor tiempo de su vida— era una sensación difícil de compartir. Incluso con doña Lily. En todo caso, para la duquesa sí existía tal «casa auténtica», la Casa de las Ánimas. Se había equivocado con respecto a ese juicio. Desde luego, doña Lily era un pozo de sorpresas.

La conversación transcurría agradablemente, pero Elsa tenía un asunto pendiente que tratar con doña Lily. La tarde anterior había tenido que entrar en la habitación de Vera y Beatriz para pedir a la profesora de inglés que bajara el volumen del *pick-up*. Iban a despertar a Jaime. Al abrir, se quedó impactada con el aspecto de la americana: pelo cardado, una falda estrecha y corta que dejaba ver las rodillas, medias que parecían invisibles si no hubiera sido por el brillo y zapatos de punta afilada y tacón fino. En la habitación olía a tabaco mentolado.

—Doña Lily, tengo que hablar con usted de un asunto algo desagradable —se atrevió a decir por fin Elsa cuando la duquesa hizo una pausa en sus recuerdos para tomar un poco de té—. Y prefiero que se entere por mí antes que por las niñas.

Doña Lily suspiró.

—*Miss* Redfield, desgraciadamente, mis nietas están entrenadas por mi nuera para que me cuenten lo menos posible. ¿Qué han hecho ahora?

—Oh, nada especial, señora. Quizá me he expresado mal. Es que cuando está la muchacha americana —Elsa era incapaz de llamarla *au pair*— ponen el *pick-up* muy alto y suele coincidir con la hora de la siesta de Jimmy. Ayer entré, porque no me oyeron cuando llamé a la puerta y, francamente, señora, no me gustó lo que vi ni lo que olí. Debe de fumar delante de las niñas, lo cual me produce verdadera alarma. Y todo, desde la ropa a los deberes, estaba tirado por el suelo. Señora, no es asunto mío, lo sé, pero me parece excesivo el trabajo y Genia se enfada, con razón. Todo ese ambiente se traslada a nuestras dependencias, ¿lo sabía usted?

—Sí, querida. Lo sé desde hace tiempo. La pobre Genia pelea contra los elementos, a veces creo que inútilmente. No me parece raro que la americana fume delante de mis nietas, y debo confesarle que tampoco creo que ellas se espanten. Mi nuera, doña Marta, hacía eso y otras cosas similares sin tener en cuenta si las niñas estaban o no presentes. Verá, *miss* Redfield, mi nuera era un personaje muy especial.

—¿Era, doña Lily?

—No, no. Quiero decir que es un personaje muy especial. Mi hijo y Alejo la conocieron en Londres, cuando estudiaban allí. Tienen la misma edad, pero Marta venía ya rodada de Buenos Aires y de San Francisco, donde había pasado unos meses. Ella siempre estaba a la vanguardia de todo. En fin, da igual… Dejémoslo. Y no se preocupe, hablaré con la *au pair* y con mis nietas. O mejor, hablaré con Vera. Beatriz simplemente es la sombra de su hermana.

La duquesa dio por concluido el té y Elsa se dio cuenta de que habían abordado un asunto doloroso. No le dio tiempo a preguntar quién era Alejo y doña Lily no reparó en que Elsa no tenía por qué saber nada de su existencia.

LA MERIENDA DE LAS INGLESAS

Era un día frío y limpio cuando Elsa y Jimmy se subieron al Mercedes para que Aurelio les llevara al Club Puerta de Hierro, dispuestos a pasar la jornada con los niños más pequeños de las otras *nannies*. Unos días antes, *miss* Redfield había conocido al grueso del grupo de la mano de *miss* Hibbs y *miss* Bobby. Sin duda, eran el mejor aval que podía haber tenido para entrar en aquel prestigioso círculo donde sólo se movía lo más granado de la aristocracia y las grandes familias de banqueros y empresarios españoles. Además de *miss* Hibbs y *miss* Bobby, había otras *nannies* de postín. *Miss* McHuge, una gran profesional, trabajaba con los March, y la encantadora *miss* Mary, irlandesa, con los Coca. Cuando hablaban entre ellas o la mencionada estaba ausente, se trataban sólo con el apellido. *Miss* Hibbs se había esforzado por presentar a Elsa a todas ellas, pero la joven no recordaba todos los nombres.

Elsa iba ensimismada en el coche mientras miraba por la ventanilla y sujetaba a Jimmy en su regazo. Pensaba en Beryl. Había encontrado a su amiga más imponente si cabía que la última vez que se habían visto en Londres, cuando aún trabajaba en la casa de los Salas, en Kensington. Aunque los Salas ya estaban pensando en volver a España, a Elsa le había extrañado la premura con la que Beryl se había marchado de la casa de Kensington para incorporarse al servicio de los Martínez-Bordiú.

Seguramente, lo de ir a trabajar a casa de la hija de Franco justificaba tales prisas, pero lo cierto era que Beryl nunca le había contado con detalle su traslado. Según recordaba Elsa, los Salas conocían a los Martínez-Bordiú. En todo caso, en los últimos años Beryl y ella no habían disfrutado de muchos momentos juntas. Cada una trabajaba en un país diferente y era difícil encontrarse.

Elsa sospechaba que igual que había disminuido la comunicación entre ella y Beryl por culpa de la distancia, entre Beryl Grande y Beryl Pequeña también habían escaseado los contactos. La complicada adolescencia de Beryl había influido seriamente en la relación, aunque le constaba que para *miss* Hibbs la niña de los Adams seguiría siempre siendo su predilecta.

Como no conocía a fondo el estado de la relación entre Beryl y la señorita Adams, Elsa se había abstenido de comentarle que a ella sí que le escribía de vez en cuando, sobre todo postales desde distintos lugares de Inglaterra. Aunque también le habían llegado algunas desde España y París, donde solía pasar temporadas.

Cuando Elsa supo que Beryl se trasladaba a España, ni más ni menos que para trabajar con los Martínez-Bordiú, con los nietos del generalísimo Franco, le envió una carta a la pupila favorita de *miss* Hibbs contándole la noticia. La respuesta de Beryl desde París no se hizo esperar. Fue una brevísima nota, más que una carta.

Querida Elsi:

Tengo amigos españoles que estudiaron conmigo en Londres y conozco muy bien las barbaridades de ese fascista que es Franco. No entiendo cómo nuestra Beryl puede marcharse a la casa de esa bestia sanguinaria. Sinceramente, me temo que a partir de ahora será sólo *tu* Beryl y no la mía.

Un abrazo de tu

Beryl Pequeña

A Elsa le pareció tan fuera de lugar la agresividad de la misiva que se quedó perpleja y algo preocupada. De todo eso, naturalmente, no le había hablado a Beryl Grande. Ni antes ni después de que decidiera trasladarse a El Pardo, en busca de luz, sol y otra vida, algo que se merecía. Los hijos de los Salas le habían hablado tan a menudo del clima cálido, del sol de Madrid y de las pocas lluvias que a *miss* Hibbs le tentaba profundamente el cambio de país y, desde luego, el puesto de trabajo en una casa de tal renombre. Una *nanny* no debe entrar nunca en política, ni siquiera aunque arrastre un triste pasado precisamente por esa circunstancia.

Pensó en sus vidas: ni ella ni Beryl estarían en España si, en aquellos primeros días de la guerra, el gobierno británico no hubiera dejado abandonadas a su suerte las islas del Canal.

Su padre y su hermano discutían cuando Eddie acusaba a Churchill de olvidarse de los habitantes de las islas. Lo cierto era que la mayoría de ellos —muchos jóvenes, como Eddie— se sintieron profundamente humillados y olvidados por el gobierno de Londres mientras Hitler ocupaba su tierra consciente de su posición estratégica.

Por el contrario, Elsa recordaba lo elegantes y simpáticos que le habían parecido los alemanes a ella, a su madre, a Beryl Grande y a Beryl Pequeña. Con sus uniformes tan limpios y relucientes, tan simpáticos y habladores con las chicas y los niños, a los que repartían galletas y caramelos. ¡Cómo las engañaron al principio!

Las cinco islas tuvieron el discutible honor de ser el único territorio británico que pisaron los nazis y el último en el que se rindieron en Europa. Para entonces, de todos modos, la percepción de Beryl y de Elsa de los alemanes había cambiado mucho. No murieron de hambre gracias a la pericia de Beryl, pero su futuro se arruinó.

Eddie había luchado contra los alemanes desde el primer día. Al principio, siempre a espaldas de Beryl, pero cuando pasó el tiempo y ésta le tuvo que dar la razón con respecto a la brutalidad de los ocupantes, la informaba de alguna actividad, más bien insignificante, para justificar sus repentinas ausencias nocturnas. Sólo le contaba lo imprescindible para no ponerla en riesgo. Pese a que las acciones de resistencia que se hacían eran más bien simbólicas —la desproporción entre la enormidad de las tropas ocupantes y los habitantes de las islas era descomunal—, al menos mantenían la moral de una población que inicialmente había adoptado una actitud de bienvenida. Todo cambió a medida que afloró la brutalidad nazi.

Fue entonces cuando Eddie decidió escapar de la isla hacia Inglaterra porque sospechaba que estaba a punto de ser descubierto, junto con otros compañeros. Al parecer, alguien les había visto

pintar la V en las fachadas de los edificios oficiales tomados por los alemanes y era cuestión de tiempo que les delataran. Una noche una barca les recogería. Sin embargo, la barca nunca llegó a su destino y el cuerpo de Eddie apareció ahogado en la playa unos días después.

Aquélla fue la primera y última vez que Elsa vio abatida a Beryl. Habían matado al hombre de su vida y ni siquiera los cariños y abrazos de Beryl Pequeña y de ella la consolaban. Con todo, sólo se pudo permitir sufrir poco tiempo, pues la ocupación continuaba y llevaba una gran carga a sus espaldas. El padre de Eddie y Elsa, destrozado y quizá llevado por el remordimiento a causa de las peleas con su hijo, se ahorcó poco después. La madre se consumió lentamente. Beryl decidió que lo que restaba de la familia de quien había sido el amor de su vida quedaba bajo su responsabilidad. Sería la madre y el padre de Elsi. Y Beryl nunca volvió a ser la misma.

Los pensamientos de Elsa se detuvieron cuando el Mercedes aparcó ante la puerta principal del chalé del Club Puerta de Hierro. Lo habían reconstruido después de la Guerra Civil y era lo más *british* que existía entonces en la capital española. Acudían en tropel los aristócratas fieles a la monarquía que sobrellevaban el régimen del general Franco con sus más y sus menos. Aunque prácticamente todos habían apoyado a los militares sublevados contra la República, desde hacía más de dos décadas esperaban con inquietud a que Franco decidiera quién sería su heredero. Y ese día parecía aún muy lejano, dada la afición del dictador a divertirse con aquel asunto. Al generalísimo le entretenía humillar a aquellos engolados nobles que aún intentaban conspirar a sus espaldas con don Juan de Borbón. Y aunque el príncipe Juan Carlos tenía la mayoría de las papeletas para adjudicarse el cargo, siempre cabía esperar una última sorpresa. Elsa permanecía todavía ajena a esas circunstancias de la política nacional.

La *nanny* sacó del coche a Jimmy en sus brazos y dejó que Aurelio se encaminara hacia el *hall*. Justo en la entrada había una estancia en la que se guardaban los enseres de las familias socias del club. El viento fresco del Guadarrama no arredraba a las inglesas e irlandesas que cuidaban de los niños. A través de los grandes ventanales del comedor, *miss* Redfield distinguió a *miss* Hibbs persiguiendo a una de las niñas Martínez-Bordiú, al lado de otras *nannies* que hacían lo propio con sus criaturas. La *nanny* también divisó en la terraza del club a algunos caballeros. Aquél era un buen lugar para despachar asuntos de empresa antes de ponerse a jugar al golf.

El primer día, *miss* McHuge, la *nanny* de los March, le había contado que Puerta de Hierro tenía uno de los mejores campos de golf de Europa gracias a un compatriota, Tom Simpson, aunque los aristócratas españoles golfistas nunca se lo agradecieron bastante e incluso le habían discutido el diseño de los hoyos. *Miss* McHuge era una entusiasta del golf como *miss* Bobby lo era del *bridge*.

Miss Redfield se contuvo a tiempo de preguntarle si don Manuel acudía a jugar a menudo. O tal vez lo hiciera el misterioso don Alejo, del que seguía sin saber gran cosa. Pero le pareció indiscreto. Ya tendría tiempo de comentarlo con Beryl.

—Elsa, qué alegría verte de nuevo. No me acostumbro a tenerte tan cerca, aquí en España, querida… Es como un sueño —la saludó efusivamente Beryl. Aunque rodeadas de niños, estaban solas—. De momento, sólo hemos llegado *miss* Bobby y yo, cariño. En un rato vendrá la

nanny de los Fierro, pero hoy no creo que haya mucha gente hasta después del almuerzo, cuando los niños salgan del colegio. *Miss* Mary vendrá también más tarde.

—Me alegro, Beryl. Tengo muchas cosas que contarte… Es una lástima que no nos hayamos podido ver a solas todavía…

Aunque sabía de sobra que no era el lugar, Elsa no veía el momento de hablarle del anillo de brillantes. No se le quitaba de la cabeza que el diablo estaba metido en su escritorio. Beryl la situó en un segundo con su respuesta.

—Recuerda, aquí soy *miss* Hibbs…

—Lo sé, lo sé. ¿Dónde está *miss* Bobby? ¿Tardará en volver?

—No creo. Ha ido a llevar a Jacobo y a Francis a las caballerizas para la clase de hípica. Con la guerra que dan, tenemos un rato. Te ayudo a desplegar el cochecito. Merry ha corrido tanto que ahora se me ha quedado dormida. ¿Va todo bien?

—Sí, por supuesto. Aunque me está costando establecer las normas, la señora duquesa es impecable y el duque también, pese a eso de que todas las noches quiera ver a Jimmy. Las chicas me resultan insoportables. Es demasiado tarde para hacer algo con ellas. Casi todos los días va una joven americana a darles inglés. El otro día me miró como si yo fuera de otra época.

—Bueno, así es. Cada vez quedan menos *nannies* en España y también en Europa. La guerra ha dejado maltrechas a muchas grandes familias. Y mira las institutrices, con los colegios en Suiza son una especie a extinguir, querida. Tú eres la más joven de todas nosotras… No pasamos de una docena, y eso que hemos desplazado a las francesas, igual que las francesas sustituyeron a las *fräulein* alemanas. Pero, dime, ¿qué es lo que te preocupa?

—Doña Lily me ha concedido que hay que buscar una doncella más, a la que yo enseñaré cómo cuidar a Jaime. Seguí tu consejo…

—El mío y el de Norland…

—La cuestión es el señor. Todas las noches, sobre las ocho y media o las nueve, cuando Jaime debería estar ya a punto de dormirse, me llama para que baje a su despacho con el niño. A veces está solo, pero pocas. La mayoría está reunido con dos o tres caballeros que tienen la habitación ahogada en humo por la cantidad de habanos que fuman. Y el niño tiene que respirar ese aire… —contó Elsa mientras metía a Jaime en el cochecito Silver Cross que doña Lily había conseguido ante su petición.

—Bueno, pero eso puedes decírselo perfectamente… Sólo es cuestión de que vea al niño en otra sala.

—No es tan fácil…

—Elsa, no digas bobadas. Hasta yo he enseñado al doctor Martínez-Bordiú y al generalísimo que cuando fuman no pueden tener a los niños delante. Ni besarlos. Si te contara la que tuve hace unos días con Carmencita…

—¿Con la nietísima? —Rápidamente, Elsa se percató de su metedura de pata—. Perdona, creo que es así como la conocen todos. No quería ofenderte.

—No me has ofendido. Carmencita es la nietísima y yo la nanísima. Y es una lástima que yo no pueda ser una auténtica generalísima: se me acabarían los problemas con la mayor. Pero todo se andará —añadió *miss* Hibbs, permitiendo durante unos segundos y delante de su querida Elsi un poco de humor.

—¿Me vas a contar qué te ha hecho esa jovencita o te lo tengo que rogar, *miss* Hibbs? —

apremió Elsa, en idéntico tono.

—No creas, fue desagradable aunque ahora me ría. Ambas tenemos un carácter fuerte y esa criatura mimada ha llegado a mis manos con trece años. Es el ojo derecho de su abuelo y de su padre, y eso que mis niños ven poco a sus padres por la vida social tan intensa que tienen. Me cuesta hacerme con ella. No quiere comer hígado. Si hubiera caído en mis manos cuando nació… El caso es que la tuve una comida, una cena y un desayuno delante del mismo filete de hígado. Le daban arcadas, pero al final, al día siguiente por la tarde, cedió.

—¡Qué duro es nuestro trabajo a veces! Pobre niña…

—Terrible. Oí cómo lloraba encerrada en su cuarto y cómo su hermana le decía: «Carmen, no llores, no te rebeles. Cuando *nanny* dice sí, es que sí. Si dice una cosa, aunque sea comer hígado, hay que hacerlo. Ya lo sabes y es mejor hacerlo cuanto antes». No me sentí bien, aunque era mi obligación.

—¿Hiciste luego las paces?

—Naturalmente. En cuanto se comió el filete, que estaba como una suela y hasta a mí me daba no sé qué, le preparé para la cena un pastel y por la tarde hicimos galletas de jengibre.

—¡Qué suerte tienen de que estés con ellos, Beryl! Ojalá las nietas de doña Lily hubieran tenido una *nanny*. Ésas sí que lo necesitan. Pero volviendo a lo del señor y el beso de por las noches a Jimmy… Tú eres tú y tienes la autoridad ganada en El Pardo. Yo llevo aún poco en la casa. Aparte de estos asuntos, necesito hablar contigo a solas, Ber. Tengo muchas cosas que contarte…

—Claro, Elsa, por supuesto. Yo estoy deseando que me cuentes cómo se lo tomó la señora Boisier… Pero va a ser complicado quedar a solas, porque estas semanas hay mucho lío en casa. El doctor Martínez-Bordiú y doña Carmen se marchan a un congreso médico. Me quedo sola con todos los niños y…

—Es importante, Beryl. Estuve de viaje en el sur de Francia antes de venir a Madrid…

—¿De turismo? Siempre está bien conocer nuevos lugares. Oh, mira, ahí viene *miss* Bobby.

Elsa sintió que la invadía la frustración. Nunca habría imaginado que fuera tan complicado estar un rato a solas con Beryl.

«Lo cierto —reflexionó— es que tampoco he pensado en la carga que debe de ser tener tanta responsabilidad en la casa de unos jefes de Estado. Bueno, no lo son, pero como si lo fueran… Han elegido bien los Martínez-Bordiú: nadie hará de madre para sus hijos durante las veinticuatro horas del día como Beryl. Quizá todavía hoy encuentre un hueco a solas y le pueda avanzar una parte. Mejor lo del anillo… lo de la salud… Ya veremos».

Si *miss* Hibbs imponía por su tamaño —aunque delgada, era grande— y su sobriedad, además de por su gesto autoritario, aunque era afable y los niños la adoraban, *miss* Bobby, que pasaba ampliamente de los cincuenta, impresionaba por su clase y su porte, tan aristocrático.

Las tres mujeres se dirigieron con los cochecitos hacia la cabaña de los niños y la zona de arena y pinos. *Miss* Hibbs llevaba a la aún soñolienta Merry de la mano mientras Cristóbal, con cuatro años, iba sentado en una sillita Marmet Pram, el Rolls de los cochecitos de bebé.

—¡Qué barbaridad! —comentó *miss* Bobby, que empujaba a Fernando, de tres años—. Espero que estas obras acaben pronto y para el verano tengamos lista la piscina de los niños, quizá antes de que nos vayamos todas de vacaciones.

—Qué cantidad de obras hay en el club… —comentó Elsa.

—Bueno, la guerra destrozó prácticamente todo lo que había, como en casi toda España. Hasta ahora no habían podido reconstruirlo y lo están haciendo gracias a los esfuerzos del gobierno del generalísimo —adujo *miss* Hibbs.

Elsa se calló y no respondió a la mirada de advertencia que le lanzó *miss* Bobby. Era una característica de casi todas las *nannies* mimetizarse con la familia con la que trabajaban. A Elsa le torturaba en lo más profundo de su ser aquella peculiaridad: si bien había querido a todos los niños que había cuidado, nunca había logrado asumir como propias las ideas de la familia para la que prestaba sus servicios.

Así, *miss* Bobby era monárquica hasta el extremo y estaba de parte de su señora Cayetana y su marido Luis Martínez de Irujo a favor de don Juan y de don Juan Carlos, y *miss* Hibbs había aparcado su antinazismo y sentía una simpatía manifiesta por el general Franco. Adoraba a su única hija, doña Carmen, que estaba embarazada de su sexta criatura y nada le hacía más ilusión a la nanísima que pensar que dentro de muy poco tiempo tendría otro bebé Martínez-Bordiú entre sus brazos.

Detrás de las tres *nannies* avanzaban dos mozos del club con las cestas de mimbre para el pícnic, mantas de cuadros y balones para cuando los chóferes trajeran del colegio a los niños mayores. Elsa suspiró. Aquella tarde había accedido a que Aurelio le llevara a Vera y a Beatriz, porque la profesora americana no podía darles clase. Hasta que ambas jovencitas llegaran, iban a acercarse al cerro de los Locos para ver el hermoso *green* y para que a los niños les diera el aire puro de la sierra del Guadarrama que tanto horrorizaba a Basilia y a Eugenia.

Pese a que el día se presentaba agradable, el desánimo se apoderó de Elsa. Allí, entre los pinos, estaba ya la simpática *miss* Mary con los niños Coca y *miss* McHuge con los March. Tampoco ese día tendría ocasión de abordar con Beryl la maldita historia del anillo. O lograba sacarlo de su escritorio o no descansaría nunca mientras estuviera en España con esa losa a su cargo.

Como una película de terror, mientras avanzaba con las otras *nannies* y los niños hacia los pinos, las imágenes de la mansión de Lyon volvieron a trastornarla, más si cabía que cuando recibió la llamada del marido de Beryl rogándole que antes de tomar el tren de París a Madrid pasara por allí. Su amiga estaba enferma y pedía verla con urgencia. En ese momento, Elsa tuvo un presentimiento, pese a lo que luchaba contra aquellos ramalazos irracionales que de vez en cuando la atrapaban. Y el presentimiento se convirtió en certeza al llegar a la villa de Lyon. Fue la vieja Beth —la doncella que había trabajado en casa de los Adams con Beryl— quien la llevó al dormitorio tras saludar brevemente a un marido de aspecto desgraciado, encogido y con barba de días. Al parecer, la anciana era la única persona que entraba en aquella habitación a petición de su ocupante.

Elsa se quedó helada cuando vio a aquella figura postrada en la cama. La joven y antes bella Beryl Adams se escondía detrás de un rostro cadavérico, que si algo reflejaba era resignación. La expresión de sus ojos azules cambió al reconocer a Elsa. La cogió de la mano.

—Al fin estás aquí, Elsi —murmuró una voz que le costó reconocer—. Perdóname por haberte hecho venir. Tengo que hacerte un encargo para traer un poco de tranquilidad a mi conciencia antes de morirme y no tengo tiempo que perder en preámbulos. Lamento ser tan directa.

—Por favor, Beryl, no digas eso. Te repondrás —respondió Elsa, sintiéndose igual que las embusteras piadosas de los cuentos y novelas.

Beryl sonrió y apretó la mano de su amiga de la infancia con sus dedos huesudos.

—Sé que te vas a España. No pongas esa cara, me he enterado por Beth, que sigue en contacto de vez en cuando con *nanny*.

Pese a que la voz de la mujer era apenas audible, Elsa percibió cómo su barbilla temblaba ligeramente al referirse a Beryl Grande.

—Elsi, no tengo tiempo de contarte una historia fea, ni tienes por qué conocerla. Estoy segura de que sabes que me he portado mal con *miss* Hibbs. Necesito que me hagas un último favor, sin preguntas. Si quiere, ella te lo contará. Llévale el anillo que te va a dar Beth ahora, por favor.

Beryl se calló y cerró los ojos. Elsa fue consciente del esfuerzo que había hecho para pronunciar aquellas pocas frases. Se inclinó sobre la cabeza que reposaba entre almohadones y le dio un beso en la frente.

—No te preocupes. Haré lo que me pidas, como cuando éramos pequeñas. ¿Te acuerdas?

El rostro agotado esbozó una mueca parecida a una sonrisa.

—¿Te llevarás entonces el estuche con el anillo y una nota sin rechistar? ¿Como cuando te quitaba el lápiz más bonito y no protestabas?

—No me lo quitabas, yo te lo daba porque tú eras la mayor, escribías mejor y, además, siempre me lo devolvías porque te daba pena.

—¿Sabes que a veces huelo a Saint Helier y oigo los tanques alemanes por la calle? No me trae malos recuerdos.

—A mí tampoco —mintió Elsa—. Ahora descansa y, por favor, come todo lo que te dé Beth y esfuérzate en ponerte bien.

—Estoy tan cansada, Elsa. Es como si me hubiera bebido la vida de un trago, no lo he digerido y está dentro de mí, hecho una bola que me consume. No puedo hablar más. Vete ya. Y perdonadme las dos. Anda, vete.

Elsa no pudo responder. Tenía un nudo en la garganta. Besó de nuevo a su amiga, le pasó una mano por la sudorosa cara —el esfuerzo que había hecho era notable— y se puso en pie para salir.

—Elsi, no te lo pongas. Aunque es muy hermoso, está manchado de sangre.

Beryl la había sujetado por el vestido mientras le decía esto. Con la mano le dijo adiós.

Nadie, ni siquiera la vieja doncella, le había contado qué historia encerraba aquel anillo. Sólo que estaba maldito. Así se lo advirtió su amiga primero y Beth después, cuando sacó del bolsillo del delantal el estuche azul de terciopelo.

—No te lo pongas nunca, Elsi. Mi vieja amiga Beryl sabe muy bien que es un anillo endemoniado. Está matando a nuestra niña. Ella sabrá qué hacer con él.

—Oh, Beth, no me asustes más. Parece una de esas historias que os gustaba contarnos de niñas para amedrentarnos.

—No, *miss* Redfield. —Beth usaba el tratamiento formal, como *miss* Hibbs, cuando una cosa no admitía réplica y era solemne—. No te quiero asustar, pero dale este estuche cuanto antes a Beryl. En cuanto llegues a Madrid. Lo siento, pero temo que adivine que su niña se está muriendo.

La doncella se enjugó las lágrimas mientras conducía a Elsa hacia la puerta principal de la villa y le decía adiós sin ningún protocolo, como si le faltaran segundos para estar al lado de su señora. Aunque era de día y lucía el sol, Elsa sintió que todos los vampiros de capa negra que invadían sus sueños de infancia se instalaban en su ánimo.

Elsa abandonó sus tristes recuerdos y volvió a la realidad. Respiró fuerte el aire de la sierra madrileña, miró a sus colegas con expresión ausente y se resignó a soportar la carga del anillo hasta que Beryl pudiera dedicarle tiempo a solas. Alguna noche, pese a la inquietud que le producía el estuche, abría el cajón secreto silenciosamente y comprobaba que permanecía allí, con su magnífica joya dentro, para saber que no había soñado la visita a Lyon.

Un nombre en la conversación entre las otras *nannies* terminó de sacarla de su ensimismamiento. *Miss* Bobby llevaba la voz cantante.

—Diga lo que diga el Conde Rojo, don Juan y doña Victoria nunca se apoyarán en los comunistas. Si lo sabré yo.

Por el tono, difícilmente nadie le llevaba la contraria a la *nanny* de los Alba. Por supuesto, nadie osó responder, aunque la conversación había derivado hacia los reyes, la monarquía y la sucesión de Franco una vez más, ante la inminente boda del príncipe don Juan Carlos. No había asunto que más entusiasmara a aquellas mujeres —aparte de sus bebés y sus niños— que los príncipes, los reyes y su aristocracia. Todas sabían que Luis Martínez de Irujo, duque de Alba, era el jefe de la Casa de la Reina Victoria.

A Elsa aún se le escapaban muchos detalles y entresijos de las claves que, sobre todo, manejaban *miss* Hibbs y *miss* Bobby, en una admirable y elegante rivalidad.

—¿Quién es el Conde Rojo? —se atrevió a preguntar.

Se sorprendió de la mirada no exenta de asombro de las otras mujeres. *Miss* Hibbs salvó la situación.

—*Miss* Redfield aún no ha tenido ocasión de conocer a don Alejo Campos de Sola, el conde de Gandarilla. Ése es el Conde Rojo, querida. Vive en tu palacete. O mejor, vive a temporadas. Creemos que es un comunista infiltrado entre las grandes familias y él tampoco lo disimula. Es ahijado de doña Lily y como un hermano para el duque de Peñalara. Lo llaman el Conde Rojo, lo que le molesta profundamente, más por lo de conde que por lo de rojo. Lo han detenido en más de una ocasión por agitador universitario. Todo Madrid conoce un dicho sobre él: «Alejo, conde en Cerroalto y rojo en la universidad».

—Tarde o temprano, siempre termina regresando al amparo de doña Lily. Así que no te preocupes, *miss* Redfield, cualquier día lo conocerás. Don Manuel y doña Lily le deben mucho. Gracias a su tío el general salvó la piel tu duquesa doña Marta cuando el escándalo de los asesinatos de Jarabo —añadió *miss* Bobby sin percatarse del impacto que el comentario causó en Elsa, pendientes como estaban las otras de los chismes en torno a la futura boda en Atenas.

La *nanny* de los Alba no estaba dispuesta a dejar que las demás perdieran el hilo de tan gran acontecimiento entre el príncipe y la princesa griega por otro del pasado, al parecer mucho más desagradable y que todas debían de conocer bien, porque no movieron una ceja al oír hablar de los asesinatos de un tal Jarabo. ¿Y doña Marta estaba en ese lío?

Consternada y falta de reflejos, Elsa no se atrevió a preguntar más. El tal Conde Rojo

empezaba a tener demasiados claroscuros.

Con resolución se impuso un mayor acercamiento a Genia y a Basi. Seguro que sabían algo de esos asesinatos. La palabra la mantenía agarrotada. Una gota de sudor frío resbaló por su espalda. Reconoció la sensación, la misma de cuando era pequeña y oía los tanques en la calle. El miedo se había instalado en ella al pensar en asesinatos y recordar los oscuros pasillos del palacete de Cerroalto, repletos de armas antiguas, cuadros demasiado sombríos y armaduras de siglos en cada rincón de los corredores y salones.

EL CONDE ROJO

La tarde era lluviosa. Aurelio aparcó en el zaguán del palacete y dejó a *miss* Redfield con Jimmy, Vera y Beatriz. El hombre estaba conmocionado: Juan Belmonte, su torero, el maestro único, se había suicidado. O al menos eso había oído en Puerta de Hierro a unos señores cuando fue a recoger a los niños.

Elsa sabía cuál era el motivo de la inquietud del chófer. No bien salieron a la puerta del club, Aurelio se lo había contado. La *nanny* tuvo que preguntar quién era. Le costaba entender que un maestro genial no fuera un músico, un pintor, un filósofo, en fin, un artista o intelectual. Pese a su repugnancia por los toros, respetó el dolor del chófer y no hizo ninguna broma, lo contrario que las niñas.

—Pero si era un viejo ya, Aure —espetó Vera—, ¿por qué no se iba a morir?

Una mirada de la *nanny* al chófer bastó para que éste comprendiera que no merecía la pena entrar en detalles, aunque ella sí intervino.

—La muerte es igual de dura para todos, con independencia de la edad, Vera.

El tono fue suficiente para que las muchachas se callaran. Pese a la relación neutra que Elsa se había impuesto que iba a mantener con las adolescentes, había comprendido tarde que había cometido un error por aceptar que ese día el chófer las acercara a Puerta de Hierro para estar con ella y Jimmy.

Hasta ese momento, la chicas habían ido al club más por obligación impuesta por su abuela Lily que por devoción de su madre. La duquesa deseaba que sus nietas se movieran en el ambiente que les era propio: el de sus viejas amistades. A la nuera, por el contrario, todas esas personas le parecían grises y pacatas. Incluso se permitía chanzas sobre el rancio club. Marta también se había empeñado en que sus niñas tuvieran *mademoiselle* y *au pair* de Estados Unidos, que resultaba mucho más chic que una *nanny* de la vieja Inglaterra. Ella había estudiado allí: su padre la había enviado con la esperanza de que el Imperio Británico amueblara la cabeza de su hija, por más que éste supiera que era una tarea complicada.

Como resultado de las tensiones entre abuela y madre, las chicas habían tratado poco a lo más granado de la aristocracia.

Ocurrió, sin embargo, que ese día Vera y Beatriz descubrieron la clase de hípica, que encabezaba el mayor de los Alba, Carlos, además de un Urquijo. Y sus caras se transformaron también al observar a muchos chicos de su edad entrenando al polo. ¡Qué chicos! Y seguro que les encantaban el *rock* y los guateques en cuanto sus padres se dieran la vuelta, dedujo Vera con bastante acierto.

Doña Lily se mostró gratamente sorprendida del giro que daban sus nietas con respecto a su

querido club —sus padres estaban entre los fundadores, junto con Jacobo Fitz-James Stuart y otros nobles partidarios de Alfonso XIII—, pero no desaprovechó la ocasión de imponer sus condiciones. Sólo podían ir a Puerta de Hierro y tratar con esos chicos si se apuntaban a las clases de hípica. La condición fue inmediatamente aceptada, para satisfacción de la duquesa de Peñalara. Al fin, y pese a los estúpidos esfuerzos de su nuera, las niñas volvían adonde debían haber estado siempre. La señora valoraba mucho la importancia de las amistades y los círculos en los que uno se movía. Pensando con idéntico criterio, rogó a *miss* Redfield que uno de los dos días a la semana que las chicas iban a hípica coincidieran con ella y el resto de las *nannies* con su chiquillería, empezando por los chicos Martínez-Bordiú, Domecq, Fierro, Urquijo, Coca o Alba.

Elsa estaba aún sacando las cosas del coche, ante la huida momentánea de Aurelio y de las chicas, que corrían ya camino de sus habitaciones gritando —para irritación de la *nanny*— cuando Eugenia se plantó en el zaguán.

—Deje todo eso. Aurelio lo recogerá luego en un periquete. La llama el señor. Está en la biblioteca —dijo mientras hacía una carantoña al niño.

Elsa estaba satisfecha. Aunque había sorprendido a sus colegas por comprarse una gramática para mejorar su ya buen español en las pocas horas que tenía libres, su progreso era notable. Apuntó mentalmente la palabra «periquete» mientras miraba sorprendida a la doncella: era demasiado pronto para que don Manuel la llamara, y más cuando tenía que bañar rápidamente a Jimmy y darle la cena o se haría tarde. Le desestabilizaría todo el horario.

—¿Ahora? —preguntó con más acento del habitual.

—Ahora —respondió Eugenia con una sonrisa e imitándole el tono. *Miss* Redfield prefirió pasar por alto la broma de la doncella.

Elsa estaba ansiosa por obtener más información sobre los crímenes y doña Marta, y Genia era una fuente segura. Había mejorado mucho su relación con la doncella, pero desde que *miss* Bobby se había referido a aquellos asesinatos, estaba tan asustada y temía tanto ser indiscreta que no encontraba la fórmula de tratar el asunto con la criada, que seguro que luego se lo diría a Basi y ésta a doña Lily. Por nada del mundo desearía que la consideraran una cotilla. ¡Qué horror!

Concentrada como estaba en no demostrar lo que la contrariaba la llamada del duque y sus inquietudes, no se fijó en la expresión de Genia.

—No está solo, *miss* Redfield —susurró Eugenia, dispuesta a provocar el interés de la inglesa.

—Ya… ¿Y para qué me necesita entonces? —Elsa se negaba en redondo a preguntar con quién estaba para no darle el gusto a la doncella de que supiera que sentía curiosidad.

—La necesita. Va a conocer usted a don Alejo. Ha vuelto muy flaco —añadió la mujer, meditabunda—. Espero que se quede aquí una temporada. En cuanto se marcha, deja de comer y lleva mala vida. Ya sabe… En fin, la que no quiero saber soy yo, que luego me preocupo demasiado por él, igual que doña Lily.

Elsa reprimió a duras penas su gesto de sorpresa. ¡Vaya, por fin el fantasma era de carne y hueso! Naturalmente, no le dijo a Genia que ella aún no sabía nada del conde, ni de su vida, ni preguntó por qué les preocupaba a la duquesa y a ella. Sólo había oído aquel comentario de *miss* Bobby y le había llamado la atención el tono con el que *miss* Hibbs había hablado del comunista

Conde Rojo. Así que era verdad que siempre regresaba a Cerroalto…

Elsa hizo lo que unas semanas antes jamás habría pensado hacer: le pidió a la doncella que cogiera al niño y que fuera preparando el baño.

Se dirigió hacia la biblioteca. Se sabía bien el camino porque muchas noches, cuando el duque tenía visita, la recibía allí o en su despacho en vez de en sus dependencias. Le fascinaba la biblioteca, repleta de libros de viajes, arqueología, literatura, historia, religión, plantas… El señor ya le había dicho que la tenía a su disposición y le había indicado dónde estaban las obras en inglés, francés y alemán, además de los incunables, distribuidos en unas preciosas vitrinas.

A Elsa le gustaba especialmente la segunda altura de la biblioteca, recorrida por una balaustrada de madera, a la que se accedía por una escalera escondida detrás de las contraventanas del enorme balcón. El día que había estado viendo los libros que allí se guardaban tuvo la sensación de que se encontraba en una auténtica casa inglesa.

Sus pensamientos quedaron en suspenso cuando llamó y, tras escuchar el «¡adelante!», abrió las puertas. Los dos hombres que se sentaban al pie de la chimenea encendida se levantaron. Saludó mirando a don Manuel de frente.

—Buenas tardes, señor. Tengo entendido que me ha mandado llamar.

Por el rabillo del ojo no perdió de vista ni un segundo al hombre que se situaba a su lado mientras se hacía cargo de su indumentaria.

Iba vestido con un pantalón de sarga azul marino, suelto, con pinzas y bolsillos, con una camisa a rayas azules y blancas, mitad dentro del pantalón, mitad fuera. Encima llevaba un chaleco de lana con el cuello en pico. No llevaba chaqueta. Era muy alto y tenía el pelo demasiado largo para su gusto, pero, pese a su aspecto deportivo y desastrado, tenía porte. Unas gafas grandes, de pasta, se sujetaban en una nariz también grande y recta que nacía de una frente despejada. Todo en él parecía grande, salvo el abdomen, que se hundía debajo de las costillas a la vista de la holgura del chaleco, que colgaba un poco. Tenía una mirada irónica que a Elsa no le gustó y esbozó una sonrisa que no supo interpretar si era tímida o divertida, o ambas cosas a la vez. El duque de Peñalara les presentó.

—*Miss* Redfield, éste es mi primo y mi mejor amigo, Alejo Campos de Sola, conde de Gandarilla. Es profesor de filosofía en la Complutense, aunque ahora no da clase por pensar lo que no debe y encima decirlo. A pesar de todo, aún se empeña en escribir lo que piensa, pero entre líneas y en una revista de comercio exterior. En fin… que todo Madrid le conoce como el Conde Rojo y es un renegado de su clase social —explicó don Manuel en un tono jovial que ella no le había oído nunca antes.

El comentario provocó una carcajada divertida y profunda en don Alejo, que se quitó las gafas y estrechó la mano de la *nanny* mirándola desde arriba. Elsa deseó no tener ni uno de sus pelirrojos pelos fuera de su sitio. Llevaba el cabello recogido en una trenza. «Tenía que haber ido a peinarme un segundo antes de venir aquí», pensó, mientras sentía que todas las pecas de su rostro se ponían rojas. «Soy ridícula», se dijo a sí misma al levantar sus ojos verdes hacia Campos de Sola. La amabilidad con la que el hombre le habló, así como su voz bronca y baja, la tranquilizaron de inmediato.

—*Miss* Redfield, no haga usted caso a Manuel. Siempre está de broma.

Don Alejo hablaba un inglés tan bueno como el del duque.

—Estudiamos juntos en Beaumont College, *miss* Redfield —explicó don Manuel como si le leyera el pensamiento—. Pero el dinero que sus padres, los condes de Gandarilla, invirtieron en él no ha servido de nada, como usted podrá comprobar.

Y don Manuel señaló con la mano la indumentaria desharrapada de su amigo, que tenía los pantalones ligeramente caídos, el cinturón fuera de la trabilla y la camisa y el chaleco arrugados. Elsa se confesó a sí misma que le resultaba inquietante, tan alto y desgarbado. ¡Ridículo a sus años! Tenía unos ojos color miel que no retiró de los suyos y que resultaban… ¿cálidos, irónicos? Las dos cosas se dijo la *nanny*, dispuesta a no sentirse intimidada.

El hombre había repasado también el traje impoluto de Elsa, con su medalla de Norland, y su mirada había bajado por sus piernas hasta los zapatos de cordones. La *nanny* se había percatado de ello aunque no sabía si el recorrido era por curiosidad o por algo más, aunque al observar la expresión del hombre se sintió como si fuera una yegua a la que él estuviera valorando.

—*Miss* Redfield, ya sé que es la hora del baño de Jaime, pero le ruego que se siente unos minutos con nosotros —pidió don Manuel mientras acercaba una silla isabelina y la ponía entre las dos butacas.

—Por Dios, *miss* Redfield, siéntese en mi sitio —dijo inmediatamente Campos de Sola—. ¿Sabe que yo tuve una de las primeras *nannies* de Norland que vinieron a España? Era dura, muy dura, pero entrañable. Vino a España con mi familia de Bilbao nada más terminar aquí la guerra, poco antes de que empezara la de ustedes. Mis abuelos estuvieron exiliados en Inglaterra durante nuestra guerra. Naturalmente, eran fascistas.

—Pero, hombre, Alejo, modera tu lenguaje. *Miss* Redfield ni entiende ni se mete en política —se apresuró don Manuel a socorrer a la inglesa.

—Ah, pues hace lo mismo que Franco y la mayoría de los españoles. ¿No se lo ha dicho *miss* Hibbs, señorita Elsa? Su jefe, el generalísimo, no se mete en política.

A la *nanny* no le gustó en absoluto el tono con el que Campos de Sola se había referido a Beryl.

—¿Conoce usted a *miss* Hibbs? —preguntó con sequedad sin poder reprimirse.

—Por supuesto. ¿Quién no conoce a la nietísima y a la nanísima en España? —Don Alejo suavizó el tono al observar la cara que ponía la *nanny*—. Perdone, es broma. Carmencita es íntima amiga de una prima y adora a *miss* Hibbs y todo lo que su amiga representa.

—Señor, no quisiera molestarles, pero Jaime me espera —cortó Elsa, pendiente del niño e incómoda ante aquel hombre que exhibía un descaro político poco habitual, por lo que había observado en el poco tiempo que llevaba en España.

—Oh, sí. Perdónenos. Verá, *miss* Redfield, me voy a primeros de junio cuatro o cinco días a Múnich, a una reunión muy importante. Voy al hotel Regina, como otros muchos amigos, pero mi primo Alejo no quiere mezclarse con nosotros. Sólo queríamos pedirle que pensara en algún hotelito cerca de ese hotel, puesto que usted conoce Múnich muy bien, donde podamos buscarle una habitación y que llame usted por teléfono para hacer la reserva. Marga, mi secretaria, no sabe alemán. ¿Nos podría ayudar?

Elsa, aparentemente, no mostró ningún síntoma de extrañeza, aunque se sorprendió. ¿Por qué mezclaban los asuntos? Lo que le estaban pidiendo no formaba parte de sus tareas. Estuvo a punto de poner una excusa, pero no la encontró a tiempo y los dos hombres la miraban. Además,

¿cómo no iba a ayudarlos si uno era el señor de la familia y el otro el ahijado de doña Lily? La *nanny* cada día estimaba más a la duquesa.

—Claro, señor, por supuesto. Haré memoria. ¿Podría llamar a mi antigua familia en Múnich? El ama de llaves y yo nos hicimos buenas amigas y me dirá si los hoteles que recuerdo siguen funcionando. Y ahora, si me disculpan, ¿podría retirarme?

Don Alejo soltó una carcajada que sobresaltó a Elsa al tiempo que ambos hombres se ponían de pie.

—Perdóneme, *miss* Redfield. Sus modales y su tono son, sin duda, como los de mi vieja *nanny*, sólo que ella no era tan atractiva ni tan joven. Tu madre ha sabido elegir muy bien —le dijo a su amigo con ironía y cariño.

Elsa no sabía si dar las gracias o mirar gélidamente a aquel hombre, porque no tenía claro si estaba siendo amable, maleducado o ambas cosas a la vez. Consciente de su azoramiento, don Manuel acudió en su ayuda.

—*Miss* Redfield, no haga caso a Alejo. Ya le irá conociendo. Es de los que prefieren no tomarse la vida muy a pecho. Me temo que justo lo contrario que usted.

Elsa optó por el silencio. ¿Qué sabían aquellos dos hombres cómo se tomaba la vida?, pensó irritada. Ella había sido educada en la contención. No recordaba cómo ni en qué momento exacto había aprendido de sus mayores el valor del silencio, de las palabras a medias, de las miradas profundas. Seguramente desde que los *jeeps* alemanes empezaron a recorrer las calles de Saint Helier. Si oían el traqueteo de un motor cuando estaban en el patio jugando ella y Beryl Pequeña, rogaba mentalmente que los pájaros del árbol se callaran y que su caprichosa amiguita no gritara por nada del mundo.

Otras veces se recordaba entre neblinas, en camisón y bajando descalza la escalera, porque a través de la ventana abierta había escuchado voces alemanas en la casa de al lado. Al principio pensó que era en la de los Hibbs, pero tras un par de portazos no fue la campana de la puerta de Beryl la que sonó. Elsa sabía cómo repicaba cada una y se dio cuenta de que era en la casa de los vecinos de más allá. La figura de su madre en la entrada, observando por la mirilla, encogida y con el dedo en la boca al oír los crujidos de la escalera le demostraron que ella no era la única que esperaba despierta cada noche.

Bajo aquel silencio opresivo y la ceguera como envoltura de la dura realidad había comenzado a fraguarse el carácter de la futura *miss* Redfield. Había madurado antes de tiempo, había aprendido que se puede sobrevivir con el miedo en el cuerpo, aunque era una enfermedad que se debía combatir.

Beryl les había enseñado un juego que consistía en que cada una tenía que contar las cosas que más miedo le daban. Empezó Elsi. ¿Y si el vecino al que los alemanes se habían llevado esa noche no volvía nunca, como la señora Hastings, la maestra? Se la habían llevado hacía meses y meses con la promesa de que pronto regresaría, como a otras gentes de la isla que luego no volvían. El miedo era libre, pero había que controlarlo. Todo el mundo tenía miedo, incluso los alemanes. Y si éstos se daban cuenta, hacían como los animales salvajes: devorar a la pieza que se quedaba agarrotada por el pánico. El ejemplo servía tanto para las bestias como para las personas, Elsa lo había aprendido con el juego.

Ahora, la niña Elsi que tenía miedo sólo emergía de las profundidades del cuerpo y el alma de *miss* Redfield cuando la *nanny* estaba sola y nadie podía hacerle daño.

Elsa temió que Campos de Sola adivinara sus emociones. Ella misma estaba desconcertada tras reconocer que tenía miedo de repente sin motivo aparente. Había algo en los ojos de aquel hombre desgarbado que le recordó a su hermano.

Avanzó por la biblioteca para marcharse y sintió que su espalda ardía bajo la mirada del Conde Rojo. Se iba inquieta y contrariada. No se podía permitir esas sensaciones. Quizá Elsi sí, pero la *miss* Redfield que apresuraba sus pasos por los enormes corredores del palacete de Cerroalto no podía caer en esas ñoñerías.

REVELACIONES INESPERADAS

Elsa tomó una decisión en cuanto entró en sus dependencias. Estaba empezando a acumular demasiadas incógnitas en su cabeza. Genia estaba jugando con Jimmy.

—Muchas gracias, Genia. ¿Le ha dado guerra? Yo creo que está feliz con usted, ¿no le parece?

A la doncella le sorprendieron el tono casi alegre y las preguntas de la *nanny*, siempre tan parca en palabras y hasta algo seca, aunque cada vez menos, ésa era la verdad. Con todo, como estaba hecha de buena pasta, a Eugenia le resultó muy grato y reconfortante sentir que la aún un poco estirada zanahoria reconocía sus méritos.

—Claro, *miss* Redfield. No olvide usted que Jaimito estuvo unos meses sólo con Basi y conmigo. Aunque yo sé que usted piensa que hacemos algunas cosas mal.

—Por Dios, Genia. No es que yo piense que hacían ustedes algunas cosas mal, no se trata de eso. Se trata de que a mí me han contratado para educar a Jimmy como don Manuel y doña Lily quieren. Las costumbres y usos de mi oficio son diferentes, sólo es eso, Genia.

—No, si yo lo entiendo —admitió la mujer, aún sorprendida de lo habladora que estaba la *nanny*—, pero tiene que reconocer que a Basi y a mí nos disgustó. El niño engordó con nosotras desde que se largaron doña Marta y la pasiega. Pero usted…

—Lo lamento, no era mi intención —respondió Elsa. Y se dirigió hacia el baño para abrir los grifos y preparar las toallas en vez de quitar a Jimmy de los brazos de la doncella—. Tráigalo usted, Genia, vamos a hacerle feliz con el agua. —Y sin transición, sin darle importancia, cambió de tema—. Me hablaba usted de doña Marta. El otro día me llevé un susto de muerte, porque en Puerta de Hierro hablaron de la joven duquesa y de los crímenes de un tal Jarabo. No entendí nada.

La doncella no se dio cuenta de cómo la *nanny* contenía la respiración ante su propio comentario.

—¡Pues anda que sí que son ustedes raras! Yo pensé que cuando usted decidió venir a trabajar a esta casa, su amiga, la nanísima, ya le habría contado lo que pasó con la argentina y ese bestia. ¿Nadie le ha dicho que Jarabo era un señorito rico, de buena familia, que mató a dos mujeres y dos hombres? ¿No le han contado que una de las mujeres estaba embarazada? ¿Pero usted dónde ha vivido? Claro, fuera de España… Aunque yo creo que por ahí también se ha hablado de este horror. Al fin y al cabo, había extranjeras metidas en el lío.

Elsa tuvo que sujetarse fuerte a la bañera y clavar los ojos en el agua para que la doncella no descubriera la expresión de su cara. El relato había sido tan conciso y brutal que estuvo a punto de perder el hilo y, con ello, su oportunidad de avanzar en aquel horror. Genia seguía detrás,

como si acabara de relatar un cuento y haciendo gracias a Jaimito mientras le desnudaba. Elsa tragó saliva y respiró hondo.

—¿Un rico que se hizo asesino? No entiendo… ¿Y qué tenía que ver con doña Marta? —preguntó a la doncella sin atreverse a mirarla.

—Pues anda, que Jarabo era su amante. Como lo fue de otras muchas de estas señoras, por lo visto estaba muy bien…

En ese punto, Eugenia se detuvo. Esta vez, Elsa no pudo evitar girarse y la miró fijamente.

—¿Qué me está diciendo, Genia?

—¡Ya está! Otra vez he hablado demasiado. Pero es que lo sabe todo el mundo. Bueno, lo sabemos todos los de esta casa y unos cuantos ahí fuera. Demasiados. Doña Lily y el señorito ya pagaron suficiente por ese escándalo… Verá, perdone, *miss* Redfield, Aurelio dice que tengo la lengua muy larga. No tenía que haberle dicho nada, pero he supuesto que sus amigas extranjeras, las otras *nannies*, se lo habrían contado todo. Perdone, tenga, tenga, coja a Jaime. Me voy a ayudar a Basi…

—Pero, Eugenia —murmuró Elsa con el tiempo justo para coger a Jimmy en sus brazos—, por favor, no se preocupe. Las otras *nannies* también han supuesto que yo sabía esa historia. De veras, no se alarme, no diré que usted me lo ha dicho. Me tenía que haber enterado antes. Supongo que todos creen que lo sé. Qué cosas.

—*Miss* Redfield, ¿de verdad que no dirá usted a Aurelio y a Basi que se lo he contado yo? —pidió Genia ya desde la puerta.

—De verdad. Además, usted sólo me ha relatado unos acontecimientos que debieron de salir en todos los periódicos.

—Sí, los asesinatos, sí, hace ya más de cuatro años, pero no el nombre de doña Marta y de las otras mujeres importantes que fueron sus amantes. He sido una indiscreta. Buenas noches.

—¡Genia!

La criada se detuvo con apresuramiento.

—¿Dígame? No quiero seguir con esto.

—Sólo quería darle las gracias.

Elsa acompañó el agradecimiento con una sonrisa mientras enjabonaba al niño mecánicamente.

¿Un asesino rico amante de mujeres también ricas? ¿Cómo había dicho Genia? ¿De otras mujeres como doña Marta? ¿Aristócratas elegantes, señoras de familias millonarias de elevada posición?

Recordó la larga noche que pasó en el tren de camino a Madrid. Cuando el recuerdo de Beryl Pequeña aflojaba y con los ojos entornados miraba a los dos emigrantes que la creían dormida, se había preguntado cómo sería la vida en ese país al que ellos regresaban y ella visitaba por primera vez. Suponía que si estaba gobernado con mano dura por un dictador que ante todo reverenciaba a la Iglesia católica, se encontraría con una sociedad pura y recatada, menos ansiosa de vivir a lo grande que la sociedad que había visto en Múnich o en París, donde sus gentes respiraban la vida con esperanza tras la catástrofe de la Segunda Guerra Mundial. Sólo que tras la esperanza y las ganas de vivir a menudo se escondía el vicio. Ahora se preguntaba si no estaría también escondido en Madrid.

La sonrisa de Jaime, que le tocaba la cara mientras le secaba con la suave felpa, no la distrajo

de una idea que rondaba por su cabeza tras escuchar a Genia: ¿no debería haberle adelantado algo Beryl sobre las peculiaridades de la casa en la que iba a trabajar?

Rechazó la idea con un inadvertido movimiento de cabeza. Sólo alguien que conociera muy bien la dedicación y la discreción que una auténtica *nanny* británica ponía en la educación de sus niños entendería el hecho de que dos viejas amigas —más, mucho más, casi una madre y una hija, que es lo que eran Beryl y Elsa— no hubieran tenido tiempo en tantas semanas para sentarse y hablar largo y tendido. Y en cuanto a advertirla antes, ¿cómo iba Beryl a contarle por teléfono o por carta temas tan delicados?

Si Jimmy hubiera podido hablar, seguramente le habría dicho: «*Nanny*, esa respuesta no te va a servir durante mucho tiempo».

Era un jueves frío y luminoso, como correspondía a un día que en Madrid había amanecido con una fina capa de nieve. Cinco mujeres estaban sentadas en el chaflán acristalado de la cafetería Manila, en la avenida de José Antonio, la antigua Gran Vía, esquina con la plaza del Callao. Resultaba imposible que pasaran desapercibidas. Pese al desusado tono bajo de sus voces, llamaban la atención. Su aspecto, entre seglares y Socorro Rojo, su cabello claro, sus redondeces ya maduras y sus bufandas de paños excelentes y clásicos denotaban que eran de otro mundo. Sus trajes sastre de *tweed*, en tonos camel, gris o negro, no estaban al alcance del español de a pie. Se adivinaba que eran extranjeras.

Pese a la curiosidad que despertaba todo lo que venía de fuera, de aquellas damas sólo Elsa, la más alta junto con *miss* Bobby —y también la más delgada—, obligaba a algún hombre a fijar la mirada en el atípico grupo. Su pelo rojo recogido en una coleta, las pecas en sus saludables mejillas y el porte de su cabeza sobre un cuello largo y blanco marcaban la diferencia con las mujeres españolas.

Elsa se había incorporado pronto a las meriendas de los jueves. *Miss* Hibbs y *miss* Bobby le dijeron que era imprescindible si quería integrarse en su círculo y en el de las familias de las que formaban parte. Las *nannies* decían que Manila era uno de los pocos lugares donde se podían permitir tomar tortitas con chocolate y nata —*pancakes* que, a pesar de todo, mucho tenían que envidiar a los que cada una de ellas hacía a sus niños— o churros con chocolate, una de las pocas cosas de la capital que había terminado apreciando alguna de ellas.

La mayoría aún comparaba cada pequeño detalle con su amada Gran Bretaña, algo que a Elsa le molestaba. Sin embargo, ya había aceptado que sus colegas mantuvieran aquellas poses —olvidando los humildes orígenes de muchas de ellas— como otra forma de mezclarse con sus aristocráticas familias y marcar la distancia con respecto a la supuesta vulgaridad nacional. Era una cuestión que ya había observado en Múnich y París, por eso había dejado de frecuentar aquellos círculos. Prefería gastar sus tardes libres en la lectura o en el cine. Pero en Madrid todo era diferente por la presencia de Beryl.

Aquellas mujeres eran conscientes de que formaban una especie a extinguir, como antes lo habían sido las institutrices y los tutores, hasta que los aristócratas y banqueros comenzaron a enviar a sus vástagos a los grandes colegios. Salvo en el caso de los chicos Alba, que se habían incorporado ya con diez y once años, los demás comenzaban a asistir al Pilar, al Rosales o al Británico. La tónica general era que en cuanto cumplían los ocho o diez años se matricularan

para preparar el ingreso en el bachillerato o en el primer curso.

Algunas familias de banqueros y empresarios del norte los enviaban a Inglaterra, con los jesuitas. Lo mismo que algunos bodegueros de Cádiz y Jerez. Una parte mínima de las niñas iba a Suiza, pero ése no era el caso más corriente, puesto que la aristocracia madrileña no estaba sobrada de dinero, aunque sí los empresarios y banqueros con los que sus retoños buscaban casarse. Los industriales ricos del siglo XX, mucho más ricos aún tras el triunfo de Franco en la guerra, buscaban los títulos nobiliarios de los viejos terratenientes, cuya fortuna menguaba generación tras generación ante la pérdida de privilegios y lo caro que era mantener castillos, palacios y prebendas, amén de miles de hectáreas improductivas mal explotadas. Tierras que daban señorío, pero ni una peseta de sobra. Así que los matrimonios entre la alta burguesía empresarial y apellidos rimbombantes eran una costumbre dominante desde finales del siglo XIX.

Las *nannies* hablaban sobre estos y otros temas, con el debido respeto, naturalmente, cada vez que llegaba una nueva colega, como había sido el caso de Elsa. Era la última y la más joven, con mucho, de todas ellas. En esos jueves de tortitas con chocolate —siempre había alguna que protestaba por la falta de buenos salones de té en Madrid, excepto Embassy, pero allí iban sus señoras y, por tanto, no podían ir ellas—, Elsa se enteraba de los detalles más significativos de los Peñalara.

Aquella tarde, sin embargo, estaba decidida a averiguar algo más de Jarabo. En casa no se atrevía a retomar el asunto con Eugenia. La doncella estaba más temerosa aún que tras contarle esa historia. Cada vez que estaban juntas, la miraba con ojos suplicantes. Elsa suponía que para que no dijera nada a Aurelio, a la cocinera o a la duquesa y que éstos no descubrieran que había hablado demasiado.

La joven inglesa iba con pies de plomo para no despertar sospechas y no demostrar demasiada curiosidad. Decidió sacar el tema empezando por algún asunto poco espinoso para que las otras *nannies* no se dieran cuenta de su desmedido interés. Comenzaron hablando de la atrevida juventud de la duquesa de Peñalara.

—Pero ¿cómo doña Lily terminó casándose con Peñalara? —intervino Elsa—. En la única foto que he visto de la boda parece un tipo muy oscuro, muy español. Con los hombres tan guapos que había por Europa en el período de entreguerras.

Su tono no estaba exento de cierto toque romántico, sin duda influenciada por las novelas que había leído sobre los magníficos años veinte.

Aunque temió dar alguna pista sobre sus debilidades, los temores estaban injustificados: o bien aquellas damas bajaban la guardia en tardes como aquélla y se permitían rozar el amor o bien ella había sido más discreta de lo que pensaba arrastrada por su ansiedad.

—Sí, querida —asintió *miss* Scott, la *nanny* de los Urquijo—. Un caballero de corte nacional típico: moreno, pelo rizado, algo agitanado. Y lo más importante: uno de los pocos nobles que supo sacar partido a sus tierras salmantinas.

Miss Scott se recreó en la historia. Disfrutaba con los relatos abundantes en detalles coloridos y era en lo único que podía superar a la nanísima *miss* Hibbs y a la aristocrática *miss* Bobby.

Había sido en Salamanca precisamente donde el futuro marido de doña Lily trabó amistad con su futuro suegro, gracias a la ganadería y luego a los viñedos que fue comprando y plantando

con mimo por tierras salmantinas para extenderse después por La Rioja. Peñalara, después de mucho correr y trastabillar por el norte y por el sur —había coqueteado con las chicas Ybarra y Echevarrieta por Bilbao y con las múltiples Domecq y O'Kean por Jerez—, cayó rendido a los pies de la joven Lily y se la robó, literalmente, a otro amigo mucho más triste, sabio y algo siniestro. Las malas lenguas decían que afeminado. Así veían sus amigos al marqués de Cerroalto: afeminado porque amaba la arqueología y lo más refinado de las culturas asiáticas y árabes. Era algo excéntrico y fue de los primeros que tuvo en su palacio un gabinete de estilo árabe para fumadores, incluso para fumar opio, que por entonces no estaba mal visto. El gabinete, después de ser muy criticado al principio, acabó por convertirse en referencia de todos los palacios y casas de la capital que se preciasen de saber algo de gustos y vicios, decoración y *avant-garde*.

—Según mi señora, que es amiga de doña Lily, se decía que Peñalara había sido el encargado de difundir lo supuestamente poco hombre que era Cerroalto. En fin, querida Elsa, que tu señora duquesa, encantadora y bella, cayó en manos de quien querían sus padres, que, por cierto, andaban escasos de dinero. El pobre Cerroalto se apañó con una viuda muy culta. Y la viuda y el marqués abandonado dedicaron su vida a atestar de trastos ese palacete en el que vives ahora: tapices, armaduras, restos arqueológicos, armas, libros…

—Pobre Cerroalto… —comentó Elsa—. Pero ¿por qué compró el palacio doña Lily?

—¿Lo compró? Bueno, yo no diría tanto —intervino *miss* Bobby—. Por lo que he oído al ama de llaves y al mayordomo de casa —*miss* Bobby siempre establecía distancias recordando que los Alba sí que tenían ama de llaves y mayordomo, como las grandes casas inglesas—, el marqués de Cerroalto enviudó y poco a poco fue languideciendo en ese mausoleo. Doña Lily, siempre cariñosa con él, iba a verle muy a menudo con su hijo Manuel. Tenían una amistad excelente, aunque cuentan que Cerroalto nunca dejó de amarla. Y fue Cerroalto quien consoló a doña Lily…

—¿Que la consoló de qué? —no pudo evitar preguntar Elsa.

—La consoló cuando todo Madrid se enteró de que Peñalara tenía una amante, como todos, por otra parte, pero él fue poco discreto. Una belleza de Salamanca con la que al parecer, decían, había tenido algún niño o niña, no recuerdo bien. Él tuvo la caradura de traerla al palco del Teatro Real una vez que tu señora estaba en su casa de Santander con los niños, Manuel y Alejo, su ahijado. Cuando volvió a Madrid y se enteró gracias a alguna buena amiga, en vez de tragar, como hacen todas, y lavar los trapos sucios en familia, doña Lily le echó de casa.

»En aquel entonces vivían en el paseo de la Castellana, en un pisazo enorme por José Abascal. Esa casa era lo mejor que doña Lily había heredado de sus padres, junto con las fincas de Santander, que, aunque muy queridas por la duquesa y los niños, no son gran cosa. El duque de Peñalara tuvo que instalarse en el palacio que tenían en el centro de Salamanca, con la otra moza. En Madrid quieren tanto a la duquesa que mucha gente le hizo el vacío. Doña Lily no se escapó, pero confió mucho en su admirador de toda la vida, el marqués de Cerroalto.

—¡Y bien que hizo mi señora! —adujo Elsa mientras se abría una breve discusión entre la media docena de *nannies* que por enésima vez escuchaban la historia de los Peñalara.

La conversación avanzaba mientras en la calle se encendían las luces del cine Avenida y del Palacio de la Prensa.

—¿Tú crees que hizo bien? —preguntó *miss* Hibbs—. Yo tengo mis dudas.

Elsa le rogó a la *nanny* de los Urquijo que continuara. Su interés era real y tenía la esperanza de que cuando acabara la historia de doña Lily, podría preguntar por su nuera.

—Vaya, se me ha enfriado el chocolate —dijo *miss* Scott—. Bueno, el caso es que cuando Cerroalto murió, dicen que de pena por lo que Peñalara había hecho sufrir a su amada, dejó escrito en el testamento que el palacio y todas sus pertenencias eran para doña Lily a cambio de una ridícula cantidad de dinero que él sabía que la duquesa tenía disponible de su dote. La única condición era que ella y su hijo Manuel tenían que vivir en el palacete de Ventura Rodríguez. Cuando doña Lily muera, se convertirá en un museo.

—Cómo son de rotundos en el amor los españoles, qué delicadeza la de Cerroalto…

—Querida, rotundos y apasionados, tienes razón, pero si ves una foto del marqués comprobarás que es uno de los señores más feos que hayas visto en tu vida, con una nariz y una barbilla que parecían que se tocaban entre sí. Sin embargo, dice mi señora que ese gran mentón y esa nariz ganchuda se olvidaban de inmediato en cuanto comenzaba a hablar. Era un sabio, todo un personaje, le encantaba contar historias de Egipto, Arabia, China y demás lugares exóticos.

—Y la nuera de doña Lily, doña Marta, ¿cómo es?, ¿qué es aquello que me contasteis el otro día sobre ella y unos crímenes? —se atrevió por fin a preguntar Elsa.

Un silencio se extendió por la mesa. Una cosa era hablar de acontecimientos de hacía medio siglo y otra bien diferente de asuntos actuales y vivos. La joven esposa de don Manuel era un asunto mucho más que vivo.

La historia de Marta Schwarsky era una cuestión escabrosa. Elsa observó las caras de sus compañeras y dedujo que todas sabían que la argentina había estado en el centro de la polémica en el episodio de los asesinatos.

Miss Bobby rompió el espeso silencio. Era obvio que no recordaba que tan sólo unos días antes ella misma había hablado de Marta.

—Querida *miss* Redfield, esa historia aún nos resulta… ¡tan desagradable! —murmuró sin mirar a ninguna de las *nannies*—. Fue una verdadera pesadilla para muchas señoras, pero especialmente para tu estimada doña Lily y todos cuantos la quieren. Cuando creíamos que todo estaba a punto de finalizar, que por fin la joven se iba a marchar, se quedó embarazada de Jaime. Yo creo que fue un disgusto para tu señora y para muchas de las nuestras. Y alguna tenía miedo de lo que Marta pudiera saber o contar…

En ese punto, y para asombro del resto, la nanísima se puso en pie y cogió su bolso.

—Querida *miss* Redfield —cortó Beryl—, creo que eso es mejor que te lo contemos otro día. Hoy se nos va a hacer muy tarde para volver a casa. ¿No os parece? Hace frío y ya ha anochecido.

Pese a la sorpresa general por el abrupto corte, las *nannies* asintieron y se pusieron sus sobrios abrigos. Dos de ellas se encasquetaron unos sombreros muy británicos antes de colocarse los guantes.

Como hacían siempre, *miss* Bobby y *miss* Redfield emprendieron el camino juntas, aunque Elsa no se atrevió a retomar la conversación que *miss* Hibbs había interrumpido. Le parecía una traición a Beryl.

Al pasar por el cine Rex, a Elsa le pareció ver a Alejo Campos perdiéndose en una de las salas, acompañado de dos mujeres y un hombre. Sintió una punzada en el estómago, como si la hubieran pillado en falta.

Segundos después se llamó tonta. ¿Por qué iba a sentirse incómoda si la hubiera visto si justamente ése era el camino que cada jueves hacían ella y la *nanny* de los Alba tras despedir a *miss* Hibbs? A Beryl la recogía el chófer.

Se sentía inquieta y continuó estándolo cuando llegó al palacete. Fue inmediatamente a sus dependencias. Genia estaba en la habitación del niño, con la puerta entreabierta, observando cómo dormía Jimmy. Elsa saludó con la cabeza a la doncella con un mudo «buenas noches». Cansada, se sentó ante la chimenea encendida. No se atrevió a abrir el escritorio: del cajón secreto salía ese extraño e insoportable olor. Tenía que hablar con Beryl cuanto antes porque aquel asunto se estaba convirtiendo en una pesadilla absurda.

PREPARATIVOS DE BODA

Jimmy estaba dormido en su cuna, tras la primera toma de biberón, limpio y aseado. Elsa preparaba la ropa de lana sucia del niño para lavarla. Sacó el Woolite que escondía en el armario y que subía y bajaba cada vez que lavaba lana, para que Basi no fisgara.

Las cosas se iban asentando. Como había supuesto, las *nannies* le habían proporcionado la imprescindible leche Cow&Gate, entre otras cosas. Los March habían estado en Londres y la eficiente *miss* McHuge les había dado la lista con todo lo que necesitaban para una larga temporada. Como era de esperar, el pedido llegó a Madrid puntualmente para alegría de las *nannies* y fue diligentemente repartido.

Otra cosa bien diferente fue soportar la mirada de Basilia en la cocina cuando vio que preparaba las papillas y los biberones de Jimmy con leche en polvo. La cocinera estaba empeñada en que la inglesa iba a matar de hambre al niño y que aquello parecía la leche de los americanos que se repartía en las escuelas. A veces la tensión con la cocinera amenazaba con una bronca como la que habían tenido por usar Woolite, en vez de Norit, «el del borreguito, como se ha hecho siempre», según Basi.

Genia trataba de mediar entre ambas con argumentos de todo tipo.

—Discúlpela, *miss* Redfield. Ella no se lo ha dicho, pero el borreguito de Norit es como uno que tuvo de pequeña y le parece una traición que usted no lo use —le suplicó un día la doncella para regocijo y comprensión de Elsa.

Basi presionaba a doña Lily hasta con estos asuntos tan nimios. Para Elsa, lo más irritante era que la mujer parecía tener bula con la duquesa. Qué carácter tenía.

Llamaron suavemente a la puerta. Por las formas, Elsa adivinó que se trataba de la duquesa. A Eugenia aún no había logrado domesticarla del todo con la cuestión de los ruidos. Abrió despacio para no tener que contestar y despertar al niño.

La dama asomó su cabello blanco y su hermoso rostro arrugado.

—¿Puedo pasar? —susurró.

Elsa se hizo a un lado y se llevó un dedo a los labios. Esperó a que doña Lily entrara y observara la carita del bebé, que dormía plácidamente. Los ojos de la abuela se iluminaron. Después se dirigió al gabinete.

—Me gustaría hablar un momento con usted, ¿la interrumpo? Seguro que sí, pero siga con lo que está haciendo.

—¡Oh, no importa, señora duquesa! Estaba ordenando la ropa de Jimmy y luego iba a leer. Estoy encantada con su compañía.

—Termine de ordenar, no se preocupe.

—Doña Lily, no sabe qué contenta estoy de que esté usted aquí. Siéntese, por favor.

Doña Lily se instaló en uno de los cómodos y pequeños orejeros que había enfrente de la lumbre y observó complacida todo lo que la rodeaba. Al igual que ella y su hijo habían hecho en sus aposentos —aligerarlos de los pesados muebles y colecciones de su amigo Cerroalto—, *miss* Redfield había quitado algunas cosas y había logrado crear una gran calidez en aquellas dependencias. La luz se filtraba a través de los dos balcones que daban al jardín, que tenían apartados los pesados cortinones verdes. La chimenea crepitaba suavemente. Doña Lily observó que el suelo estaba tapado con una alfombra de lana virgen en color crudo que cubría la lujosa alfombra de flores procedente de la Real Casa de Tapices. Sin duda, su nieto era feliz gateando por aquel cuarto y se preguntó de dónde habría sacado Genia la alfombra.

Al lado de la chimenea, sobre una mesa cubierta con una piedra de mármol, había un infernillo eléctrico de dos resistencias en el que Elsa calentaba los purés del niño y los biberones, y donde tenía su tetera metálica para hervir el agua, traída desde su misma casa de Jersey.

«Es lo único que me ha acompañado desde que me marché de Saint Helier. Me la regaló mi madre y también me la llevé a Norland» —le había contado Elsa a doña Lily en una de sus primeras charlas.

—¿Le preparo un té? —preguntó en un susurro a la duquesa mientras con pasos silenciosos gracias a las suelas de goma se dirigía a entornar las puertas del dormitorio del niño.

—Oh, no, *miss* Redfield. He desayunado hace un rato con mi hijo. Siéntese un momento, necesito su ayuda y me da cierto pudor lo que le voy a plantear.

—No se preocupe. Usted dirá, señora.

—Verá, Elsi. —Hacía unas semanas que doña Lily le había pedido permiso para llamarla así, una tarde que ella le preguntó cómo la llamaban su madre y *miss* Hibbs cuando vivían en Jersey —. Como usted sabe, el 14 de mayo se casa en Atenas el príncipe don Juan Carlos con la princesa Sofía de Grecia. Estamos invitadas muy pocas personas de aquí. Ha habido ciertos problemas entre don Juan y el generalísimo, pero eso no es asunto nuestro. Mi familia siempre ha estado al lado de don Juan y allí estaré, y espero que Manuel venga conmigo.

»No me extiendo. El caso es que Cayetana Alba es otra de las invitadas, naturalmente. Ya sabes que Luis Martínez de Irujo es el jefe de la Casa de la Reina Victoria. No me gustaría coincidir con ella en el color del vestido y tampoco en que sea la misma modista, dada además nuestra diferencia de edad. ¿No habrá oído por casualidad decir a *miss* Bobby a quién piensa Tana encargar el vestido?

—Por favor, señora duquesa, no se inquiete por eso. Creo que el vestido se lo está preparando Flora Villarreal, pero me será fácil sacarlo a colación mañana en Puerta de Hierro, con *miss* Bobby. Dígame, ¿irán a la boda doña Carmencita Franco, doña Carmen Polo y el generalísimo?

—Ni hablar, mejor que se queden aquí. Perdón por la expresión, y por Dios, no lo repita usted fuera de esta casa. Yo frecuenté a Franco en tiempos de mi marido. Verá, don Juan invitó tarde y mal al general: lo hizo por teléfono mientras Franco pescaba desde el yate *Azor*. Y parece que la cosa no funcionó. Además, como diría Alejo, el general no sale de Madrid así como así. Y menos para sentirse acomplejado ante toda la realeza europea. De todos modos, creo que finalmente don Juan Carlos ha insistido en invitarle.

No era la primera vez que la duquesa hacía referencia a Alejo Campos, sobre todo cuando

hablaba de política. A Elsa le hubiera gustado preguntar algo más para dirigir la conversación hacia el dichoso ahijado que se acababa de instalar otra vez en el palacete, pero no sabía cómo intervenir y dejó que la dama siguiera hablando.

—Como usted sabrá ya, está en juego la sucesión. Se cree que Franco va a nombrar a un sucesor… Candidatos no le faltan: tiene tres o cuatro para elegir. El propio don Juan Carlos, su padre, don Juan, su primo, Alfonso de Borbón Dampierre, y el pretendiente carlista, Carlos Hugo, que le hubiera entusiasmado a mi querido Cerroalto. Pero no sé si Franco se fía de él y los carlistas, de Franco. En todo caso, todo esto son asuntos para caballeros, *miss* Redfield. ¿Me avisará cuando sepa quién le va a hacer el vestido a Tana y de qué color será?

—Por supuesto, señora. No me costará nada.

—Pero ¿se siente usted incómoda con el encargo?

—Por Dios, no, doña Lily. Me parece un detalle muy elegante por su parte tratar de no anular a doña Cayetana.

—Eso sería imposible, hija. No sólo por los años, sino por el estilo —murmuró irónicamente la duquesa.

—Señora, permítame dudar muy en serio que a usted le impresione la juventud.

—No, claro que no es la juventud. Ya sabe el dicho: es la única enfermedad que se cura con el tiempo. No tengo ganas de dar ni un solo motivo a más habladurías en este Madrid tan aburrido. Y le aseguro que nada podría divertir más en Puerta de Hierro que despellejarnos a Tana y a mí por intentar competir con vestidos y colores similares. Por una u otra razón, ninguna de las dos frecuentamos el club, aunque allí van todas nuestras amigas y nuestros hijos.

Elsa vio un resquicio para poder intervenir.

—Muy aburrida tiene que estar esta ciudad, doña Lily, si alguna vez ha tenido tiempo para dedicarse a habladurías sobre usted o esta casa.

—Elsi, estoy segura de que ha oído usted hablar más de una vez de mi nuera. Aún despierta el morbo en la sociedad madrileña. Cada vez que mi hijo aterriza en Puerta de Hierro a jugar al golf, siempre hay alguien nuevo, ya sea en las partidas de *bridge* de la condesa de Marone o en la cafetería, dispuesto a escuchar su desgraciada historia e incluso algunos, que se las dan de enterados, la de Alejo.

Elsa sintió que el corazón se le aceleraba estúpidamente. ¿El tal Alejo también tenía historia?

—Sólo he oído algún comentario a medias sobre su nuera, señora. Pero comprenderá que delante de mí no voy a consentir que nadie diga impertinencias. Si es que las hay, que no lo sé.

A doña Lily cada día le gustaba más Elsa y a menudo buscaba su complicidad, aunque conocía las reticencias de la *nanny*: cada una en su sitio, naturalmente. La duquesa no tenía nunca miedo a perder su sitio ni sus modales: era uno de los privilegios que le proporcionaba haber sobrepasado las seis décadas. Lo cierto es que necesitaba una confidente de plena confianza. Estimaba a Basilia… ¿cómo no la iba a estimar si se conocían desde niñas y ambas sabían muy bien por todo lo que habían pasado? La cocinera había enjugado las lágrimas de la duquesa cuando se enteró de las humillaciones de su marido. Luego hizo lo mismo con las de Manuel ante los líos de Marta. Y hasta cuidaba de lejos del cariñoso pero distante Alejo, sin quitarle protagonismo a Genia, que había elegido al Conde Rojo de Gandarilla como causa de sus desvelos. Pero por más que estimara a Basi como a alguien de la familia, había asuntos que requerían de una cierta sensibilidad y cultura, para lo cual el sano pragmatismo de la cántabra no

era suficiente. Respecto a su ahijado, que era la otra persona en la vida en la que confiaba ciegamente —también en su hijo, pero éste ya había demostrado que no era la persona más idónea en cuanto a temas delicados—, había asuntos que no se podían tratar ni siquiera en una relación tan especial como la que mantenían una madrina peculiar y un ahijado aún más extraño. Y sobre sus amigas… Bueno, hasta con su querida Terelu la historia de su nuera y el monstruo ajusticiado era tabú.

Doña Lily se desangraba por dentro con todo aquello, pero ni su hijo ni Alejo se merecían aquel calvario. Alejo tenía fuerza y personalidad y era capaz de salir adelante por sí mismo; pero Manuel era diferente, esta vez a Alejo le iba a costar mucho tirar de él, como había sucedido desde que ambos eran niños. A Alejo, las locuras y los abandonos de su madre le habían hecho fuerte como un roble. A Manuel, la traición de su progenitor con su madre y él mismo no había hecho sino agudizar sus inseguridades.

A menudo, doña Lily tenía que hacer serios esfuerzos para aferrarse a su creencia absoluta en Dios, porque no lograba entender la razón por la que le había castigado con un marido tan cruel y crápula. Y no le había bastado al Altísimo con su sufrimiento, sino que ahora el daño se lo infligía a su hijo.

—¿Sabe una cosa, Elsi? —preguntó con voz ensimismada a la *nanny* mientras miraba el fuego—. Nunca me arrepentiré lo suficiente de haber permitido la boda de mi hijo con esa argentina descerebrada. No supe ver a tiempo todo aquello que rodeaba al grupo de degenerados e indeseables que merodeaban alrededor de mi hijo y de Alejo cuando ambos regresaron de Inglaterra.

—Pero, señora, ya eran casi unos hombres que estaban a punto de ir a la universidad, supongo —sugirió Elsa, apenada por la expresión de doña Lily.

—Puede ser. Siempre he pensado que cuando uno vive fuera, adquiere experiencia. Pero me equivoqué, y ahora soy incapaz de quitarme de encima este horrible sentimiento de culpabilidad. Estaba tan ocupada en mantener mi dignidad frente al escándalo de mi marido y el asunto de Salamanca que no presté la atención que debía a los chicos. Habría preferido que Manuel me hubiera salido comunista, como Alejo, con tal de que no hubiera caído en las garras de Marta y del monstruo ese.

»Mejor habría sido tener que ir a sacarle de la cárcel, como tuvo que hacer el general Campos de Sola, el tío de Alejo, que se pasaba la vida sacando las castañas del fuego a su sobrino y a los hijos rojos de otros cuantos amigos que montaban líos en la universidad, que descubrir todo lo que descubrió.

El sufrimiento que doña Lily padecía con todos estos recuerdos era tan palpable que la *nanny* permaneció en silencio, escuchando retazos del relato de la duquesa sin atreverse a preguntar sus propias dudas.

¿El monstruo del que hablaba la duquesa era el tal Jarabo, el asesino? ¿Le conocían en Cerroalto? ¿Qué tenía que ver Alejo con Marta y Manuel y la historia del matrimonio de su hijo? Por primera vez, Elsa se dio cuenta de que la señora era casi una anciana. En el gabinete sólo se oía su voz como un murmullo, acompañado del crepitar de la leña. De no haber estado sentada enfrente de la dama, no habría podido oír sus palabras.

Tanto dolor y tristeza se habían atenuado hacía apenas unos meses, cuando Marta se marchó a Buenos Aires después de dar a luz a Jaime, «el ansiado niño», decía doña Lily. La excusa para

irse había sido que estaba muy débil y tenía que recuperarse. Nadie se lo creyó.

Sin sospecharlo siquiera, Elsa había llegado a la vida de doña Lily en un momento crucial, quizá el más importante, en el último tramo de su vida. Necesitaba una confidente, una amiga que la escuchara y no la juzgara, y que al menos opinara con sentido común.

La duquesa sacudió la cabeza para ahuyentar pensamientos desagradables. Apartó la vista del fuego y miró a la *nanny*.

—No la quiero aburrir. Es usted tan amable. Como ya le habrá contado *miss* Hibbs…

Elsa estuvo a punto de saltar. Y aunque procuró permanecer tranquila, hasta su tono le sonó brusco a la propia duquesa cuando la cortó en seco.

—Señora, *miss* Hibbs no me ha contado nada.

Doña Lily abrió los ojos con sorpresa.

—¿De veras? ¿No le ha dicho cómo nos conocimos ni cómo llegó a Madrid?

Elsa se sintió incómoda.

—Sé que vino a España porque la familia Salas le había hablado mucho de este país. A ella siempre le han gustado la luz y el sol, el calor. Cada vez que Londres se sumía en su habitual lluvia y grisura, los niños hablaban de las bondades de este clima, la calidez, en fin, ya sabe usted. Eso iba calando en *miss* Hibbs, que echaba de menos la luz de Jersey. Así que trabajar con los Martínez-Bordiú era una oportunidad. En cuanto a cómo se conocieron ustedes, lo ignoro por completo. Lo lamento.

El tono de la *nanny* no pasó inadvertido a la duquesa.

—No se disguste, Elsi, no lo sabía. Tenía que haberme preguntado usted. Supuse que Beryl Hibbs se lo contaría, al fin y al cabo son ustedes como madre e hija, por lo que tengo entendido.

Elsa estuvo a punto de decir que ya no sabía lo que eran Beryl y ella, pero su parte de *miss* Redfield ganó la partida en educación.

—No estoy disgustada, señora, nosotras somos muy discretas con las cosas de ustedes, nuestras familias. —Se guardó de decir que empezaba a pensar que demasiado discretas—. Por otra parte, Beryl está siempre muy ocupada. No hemos podido estar ni unos minutos a solas. Lo que estoy es incómoda, porque en los últimos días he escuchado retazos de conversaciones, dando por hecho que yo estaba al tanto de todo. Eso es bastante inquietante. Perdóneme, señora. Estoy algo nerviosa precisamente con lo que se supone que debería saber y no sé.

Lily la creyó de inmediato y se compadeció de ella. Unos por otros, nadie le había advertido de las peculiaridades de su casa. Aunque para ella también era complicado pensar que Beryl Hibbs fuera a ser tan exageradamente silenciosa. De repente, un destello de luz brilló en alguna parte de su cerebro y supo la razón por la que *miss* Hibbs no había tenido ni ganas ni prisas por contar a Elsa nada del asunto Jarabo. Miró con ternura y simpatía a la joven pelirroja, que la seguía observando con expresión interrogante.

Desde luego, por lo que podía comprobar, las excelentes referencias que le había dado la nanísima sobre la muchacha eran más que solventes.

—Siéntese cómodamente, querida. Voy a intentar ponerla al día. Interrúmpame cuando quiera. Beryl Hibbs y yo nos conocimos hace ya unos cuatro años, a raíz de unos hechos terribles. Yo hice todo lo posible por encontrarla, era fundamental para esta casa, y dimos con ella en Londres. Pero voy a empezar por el principio.

»En Madrid había un hombre de buena familia, conocido nuestro, por cierto, yo incluso traté

a su madre, que se llamaba José María Jarabo Pérez Morris. Había llegado a España a principios de los años cincuenta. Lo que no sé del todo bien es cómo le conoció Marta. Y si lo sabía, supongo que mi memoria ha sido tan hábil que he logrado olvidarlo.

»El tal Jarabo mató a cuatro personas durante un puente del mes de julio de hace cuatro años, aquí, en Madrid, en unas circunstancias espantosas que aterrorizaron a todo el país. Cuando la policía le descubrió, también se encontraron otras cosas muy sucias, como que aquel tipo, que era muy guapo, había sido amante de muchas mujeres, algunas de ellas de la mejor sociedad de este país.

Elsa no la interrumpió en ningún momento, no sólo por no descubrir a Genia, sino por recopilar más detalles. En aquellos momentos, era incluso dudoso que aunque Jimmy hubiera llorado despertándose, ella le hubiera oído, tal era la atención que tenía puesta en las palabras de la duquesa, que seguía hablando más bien bajo, mirando a ratos la lumbre, a ratos a sus ojos. En más de una ocasión tuvo que contener las ganas de pedir a la dama que acelerara el relato.

—Como supongo que habrá adivinado, o medio adivinado, pronto supimos que una de sus amantes era mi nuera. El tipo tenía un chalet en la zona de Arturo Soria y ahí llevaba a todas sus queridas.

En ese punto, Elsa no pudo aguantar la curiosidad. Temía que la duquesa se fuera por los cerros de Úbeda, lugar que ignoraba por completo dónde estaba, pero ahí decía Aurelio que se iba Genia cuando tenía que contestar algo.

—Perdone, doña Lily, me he perdido. ¿Por qué era importante para usted encontrar a mi querida *miss* Hibbs?

Con una triste sonrisa, la duquesa trasladó de nuevo sus maravillosos ojos azules manchados de destellos naranja hacia el rostro ansioso de la joven. Elsi era tan joven e ingenua aún…

—Querida Elsi, Marta tenía una amiga inglesa que también era amante de Jarabo. Se llama Beryl Adams y tengo entendido que usted la conoce muy bien.

Elsa no pudo evitar que un gemido saliera de su garganta.

—¿Me está usted diciendo que Beryl Pequeña estuvo aquí, en Madrid? ¿Y que Beryl Grande lo sabía?

Doña Lily no se percató de la palidez de la *nanny*. De nuevo, la luz anaranjada del fuego acudió en su ayuda. La escena empezaba a adquirir tintes negros.

—¿Así es como usted las distingue? ¿Beryl Grande y Beryl Pequeña?

—Sí, señora, desde que nos pilló la ocupación en Jersey a las tres juntas. ¿Cómo conoció Beryl Pequeña a ese hombre y a su nuera? —preguntó Elsa con un hilo de voz y a punto de que los ojos se le humedecieran recordando la última vez que la había visto.

Ante la intranquilidad de la joven, Lily se reprochó haberse dejado llevar por la tristeza y la calidez de aquella habitación. Elsi y su sobriedad, su nieto durmiendo feliz en la cama, todo en aquella estancia, además de sus propias ansiedades, habían jugado a favor de las confidencias. Tenía que pensar cómo retroceder o frenar la historia para no terminar de desestabilizar a aquella muchacha, que no se lo merecía. Si alguien tenía que contárselo con todo tipo de detalles, debía ser *miss* Hibbs. Pero no podía dejarla en la ignorancia. Sería muy cruel.

—*Miss* Redfield —la duquesa retomó el protocolo y el tono de repente—, Beryl Adams era amiga de mi nuera. Eran inseparables. Se conocieron en Londres, en la misma época en la que también vivían allí Manuel y Alejo. Por abreviarle el cuento: todos se vinieron a España de

juerga. Y todo terminó mal. Pero esa historia pertenece al pasado y me duele profundamente torturarla con ello.

—Pero, señora, ¡más tortura es no saber! ¿Cómo llegaron a conocerse usted y *miss* Hibbs?

—Cuando la policía citó a declarar a Marta y a Beryl, porque en el chalet había huellas de ellas, su amiga de la infancia se aterró. Mientras que mi nuera tuvo todo tipo de ayuda inmediatamente, ya que mi hijo, Alejo y yo movimos todas nuestras influencias, su amiga parecía no tener a nadie que respondiera por ella.

»A Alejo y a mí nos daba muchísima pena y un día, en la Dirección General de Seguridad, nos dijo que más que a su familia a quien había que avisar era a una señora que se llamaba Beryl Hibbs, que trabajaba en Londres, en casa de unos españoles apellidados Salas. Yo conozco a los Salas, querida, desde hace décadas. Lo demás lo puede usted imaginar.

»Hablé con ellos por teléfono y con *miss* Hibbs, que estuvo a punto de desmayarse. Avalamos a Beryl Pequeña, como usted la llama, porque los Salas adoraban a *miss* Hibbs. Su amiga no se hablaba con sus padres desde hacía tiempo. ¿Usted lo sabía? Pasaba largas temporadas en París, igual que mi nuera.

—De las malas relaciones con sus padres sí que estaba al tanto. Y también me envió postales desde París. Y sé también que las cosas no iban muy bien con Beryl Grande. Se metió en una espiral de años locos y le perdimos un poco la pista. O al menos eso pensaba yo.

—El caso es que Alejo y yo fuimos unos días a Londres después de dejar a las dos aquí, bajo la tutela de mi hijo Manuel. Bueno, en realidad dejamos a los tres bajo la tutela de Basi, porque en aquellos momentos ninguno estaba para nada. Mi hijo estaba tan trastornado que no era consciente de lo que estaba ocurriendo. Sólo cuando el general Campos de Sola, mi viejo amigo y tío de Alejo, influyó en las más altas instancias para que se suprimieran sus nombres del sumario, empezó a tomar conciencia de la situación. Pero se lo tuvo que explicar el propio general, ni siquiera prestaba atención a Alejo.

—¿Para qué fueron a Londres?

Doña Lily suspiró. Estaba extenuada.

—Querida, Beryl Hibbs tenía que llevarnos a casa de los señores Adams. Necesitábamos avales para su amiga, influencia y dinero, ¿o se cree que aquí no se pide dinero por esos favores? Su amiga estaba tan aterrada que ni siquiera nos dijo que estaba casada con un francés. Ya ve, ya está. Así es como nos conocimos *miss* Hibbs y yo.

»Más tarde, los Salas quisieron regresar a España y justo coincidió con que los Martínez-Bordiú necesitaban una *nanny*. *Miss* Hibbs era, sin duda, lo que Carmencita Franco quería para su prole y a los Salas les hizo felices poder recomendar a alguien de probada capacidad y a quien querían como si fuera de la familia. Afortunadamente, cuando hace un par de años Beryl llegó a España, el escándalo había remitido, su amiga había vuelto a Lyon con su marido y Marta aparentaba estar bien encaminada. Al menos, eso creía mi hijo. Yo había hablado con su padre, un hombre que sabía bien cómo era su hija y estaba harto de ella, y tenía mis dudas de esas buenas intenciones de mi nuera. Hubo un momento en que creímos que regresaría a Buenos Aires y que con ayuda de sus padres y un psiquiatra empezaría algún tratamiento…

»Comprenderá usted que después de conocer a *miss* Hibbs, cuando necesité una *nanny*, acudí a ella. *Miss* Hibbs había sido la discreción personificada durante estos años, así que deduje que usted, *miss* Redfield, debía de ser idéntica. Tengo la esperanza de que tome por esta casa el

mismo cariño y fidelidad que Beryl Hibbs siente por los Martínez-Bordiú.

La duquesa hizo ademán de levantarse y Elsa tuvo que ayudarla. Se la veía cansada. Mientras la sujetaba del brazo, la joven hizo también un esfuerzo para contenerse. Por suerte, la disciplina impuesta en Norland y la contención practicada desde su infancia le fueron de gran utilidad una vez más.

Elsa la llevó del brazo hasta la puerta y se pararon. Miraron al niño, que dormía plácidamente.

—Lamento haberle causado este disgusto, querida Elsi —murmuró Lily—. No imaginaba que *miss* Hibbs no le hubiera contado nada o que las otras compañeras no le hubieran ido con el cuento completo. Ya veo que la fidelidad de las *nannies* británicas va mucho más lejos de lo que yo suponía. Perdóneme por haberla inquietado de esta forma tan boba. ¿Ve como ya estoy mayor?

Elsa sólo pudo negar con la cabeza y le acarició la mano. Era un gesto desacostumbrado en ella, tan poco dada a las muestras de cariño. Su cabeza era un huracán de sensaciones y le temblaban las piernas. Al acompañar a Lily hasta la puerta, recordó su secreto. Estaba segura de que el anillo guardaba relación con el relato de la duquesa.

¿Debía contarle que allí, en aquella misma habitación, había un anillo que Beryl Pequeña le había dado para *miss* Hibbs? ¿Sabría aquella Beryl moribunda que ella iba a trabajar en la casa de don Manuel y Marta Schwarsky?

Mientras sentía el calor de la mano de la dama sobre la suya, una extraña certeza penetró en su corazón. ¿Estaría siendo de nuevo una marioneta, un juguete para Beryl, como cuando recién llegados los alemanes a Saint Helier la niña de seis años estaba deslumbrada por la rubia y magnífica niña de diez, llena de tirabuzones, y jugaban a que la pequeña Elsi era su muñeca preferida, pero de carne y hueso?

No podía ser. La mujer que descansaba en la cama de la mansión de Lyon estaba demasiado enferma, demasiado cerca de la muerte como para pensar en mantener ningún juego y utilizarla. Al final, se impuso la cordura en su mareada cabeza. Doña Lily no estaba para más sorpresas. El tema la destrozaba.

Más o menos repuesta, fue capaz de llenar el espeso silencio que se había instalado.

—Doña Lily, hace tiempo que aprendí a controlar mis inquietudes —le dijo Elsa sin retirar la mano, con el fin de que el contacto disminuyera la dureza de la frase—. Por otra parte, no termino de entender por qué piensa usted que puedo inquietarme. Es lógico en una persona como *miss* Hibbs mantener la más absoluta confidencialidad sobre las familias con las que ha trabajado. Y eso incluye a todos sus miembros. Beryl Adams es muy especial para ella.

—Estoy segura, *miss* Redfield —dijo doña Lily retirando la mano suavemente.

Aunque todo había vuelto a una aparente normalidad, un lazo diferente se había establecido entre aquellas dos mujeres ese día.

Ni la duquesa ni la *nanny* sabían a la velocidad que viajaban sus respectivas mentes, pero ambas intuían que cada una tenía una carga, un pasado nada lejano. Y aunque Elsa estaba entrenada para adoptar sólo a los hijos de otras mujeres como si fueran de su propia sangre, y con igual sabiduría mantener la distancia con la familia de los bebés, no dejaba de asombrarse cada día ante el sentimiento de dulzura y cariño que le inspiraba doña Lily.

Era mejor que *miss* Hibbs y *miss* Bobby no se enteraran de la confianza que tenía con la

duquesa, porque una cosa era la entrega a la familia para la que una trabajaba y otra bien diferente creer que la *nanny* puede hacerse amiga de la señora de la casa. Gran error. «Tarde o temprano, esa madre, en este caso esa abuela, querrá ponerte en tu sitio y recuperar a su vástago», le decía *miss* Redfield a Elsi.

Presentía que en el palacete, además de Jaime, doña Lily también la necesitaba, aunque de forma diferente. Era la primera vez que se sentía parte de la familia, aunque aquello contraviniera la filosofía de Norland. Pero ¿no había en la cultura británica viejas historias de la larga e íntima amistad, de la lealtad existente entre la señora de un palacio y su primera doncella, aunque en este caso fuera una *nanny*?

Doña Lily y Elsa miraron a Jaime, que dormía felizmente en su cuna, y la paz que se respiraba en el entorno les dio fuerzas suficientes para pensar que podían alejar las sombras venideras, fueran las que fuesen.

Las dos mujeres seguían el mismo criterio para ordenar los valores de la vida, pese al casi medio siglo de edad que las separaba. Compartían que el respeto y la lealtad comienzan por quienes tienes al lado, que la solidaridad puede practicarse con los sobrinos andrajosos de Aurelio y Genia que pasaban por el palacio una vez a la semana, sin necesidad de esperar a que llegue el día de pedir con la hucha del chinito y del negro para los niños de África —esas huchas que tanto gustaban a las nietas de doña Lily—. Pero también era mejor que de puertas afuera guardaran las distancias y la posición, sobre todo para evitar futuros conflictos, envidias y comentarios de mentes estrechas y pobres de espíritu.

—He pasado un rato muy agradable, querida. Me temo que este gabinete resulta más acogedor que el salón de confianza —dijo la duquesa, abriendo la puerta y guiñándole un ojo.

Elsa sonrió. Salieron al pasillo y doña Lily retomó la palabra.

—*Miss* Redfield, se me olvidaba. Nunca voy a acabar de darle noticias hoy —añadió—. Mi hijo se va dentro de unas semanas a Múnich, a una reunión muy importante. Creo que ya se lo comentó él. Esta mañana, antes de irse al banco, mientras desayunábamos, me ha dicho que esta noche la espera en la biblioteca con unos amigos. Casi se me olvida decírselo.

Elsa no pudo evitar un gesto contrariado. Duró un segundo, pero no escapó a los perspicaces ojos de la señora.

—Escuche, Elsi. Me parece que Manuel y Alejo le han cogido cierta confianza, pero usted no tenga ningún pudor en frenarla. Aunque son algo más mayores que usted, le aseguro que tienen un punto de insensatos. Acaba de verlo con todo lo que le he contado. —Elsa pensó que no, que no había detectado bien ese punto de insensatez, pero se calló—. Frénelos, y manténgame informada de si le piden algo que a usted no le agrade. Seguro que serán asuntos de tipo político o algo parecido. Me atrevo a aventurárselo. Dígales que no en cuanto se sienta incómoda, y cuente con mi ayuda.

LOS CONSPIRADORES

Como siempre que se daba la circunstancia, a Eugenia se le iluminó el rostro cuando *miss* Redfield le dijo que se quedara con Jimmy mientras ella se reunía en la biblioteca con el señor y unos amigos, tal y como le había avisado Rosa.

Pasado el susto de la confidencia sobre los crímenes de Jarabo, a Genia se le había ido ya el miedo de que la *nanny* la delatara ante su Aurelio y Basi. La relación entre ambas mejoraba día a día, incluso la cocinera se había percatado. La doncella ya no se reía con lo del mote de la «zanahoria».

Habían bañado al niño entre las dos. Genia se maravillaba con las lorzas que lucía Jaime en las piernas. Al final, tras meses de darle aquella leche que a ella y a Basi les parecía un horror al principio, resultaba que la criatura no había adelgazado ni un gramo. Más bien al contrario, había que reconocer que el invento de la *nanny* lucía en el bebé.

—¡Mire qué piernas, *nanny*! Estoy segura de que no hay otro niño más hermoso en Puerta de Hierro. ¿Lo hay? —preguntó la doncella sujetando al niño mientras Elsa lo enjabonaba.

—Para mí, desde luego que no. Y creo que para los demás tampoco, Genia. —El pataleo del niño, feliz en el agua, las interrumpió y les empapó la cara.

—Pero mírelo. Si es que sólo le falta hablar… Ya quiere andar. Mire qué fuerza tiene en las piernas…

Elsa sonrió mientras cogía la toalla para envolver al niño. La *nanny* ya consentía que Genia le diera el biberón o la papilla, pero bajo su estricta supervisión. Algún atardecer incluso permitía que la doncella se recostase en el quicio de la puerta entornada mientras Jaime se dormía solo y satisfecho. Aquella conquista le había costado lo suyo a *miss* Redfield, porque Jimmy estaba acostumbrado a dormirse en los brazos de Basi o de Eugenia hasta que ella llegó. Poco a poco, puso fin a las malas prácticas. Unos cuantos llantos nocturnos durante unos días y se acabó.

Otro motivo de satisfacción para Elsa era que don Manuel hubiera adelantado su regreso a casa una media hora, de forma que lo primero que hacía nada más volver del banco y antes de ponerse a leer el periódico y ver las noticias era ver al niño. A veces incluso se pasaba por el gabinete de la *nanny*, pero el duque ya había notado que ella ponía distancia y marcaba su territorio mejor que los perros cazadores. En todo caso, el padre del niño no podía quejarse si se comparaba con la cara que le había puesto a don Alejo una tarde que éste pasó por las habitaciones con intención de ver a Jaime.

El Conde Rojo, tan imprevisible como siempre, olvidó llamar a la puerta del gabinete, algo imperdonable para Elsa.

—Hola, *miss* Redfield, ¿qué tal está Jaime? ¡Hola, chico…! —Y se abalanzó sobre el niño,

que gateaba por la alfombra.

—La próxima vez llame a la puerta. No le coja en brazos, por favor.

—Oiga, Elsa, que es mi ahijado…

—Me parece muy bien, pero eso no le autoriza a desbaratar mi trabajo. Si le coge, cuando le deje en el suelo empezará a llorar. Usted se irá y yo me tendré que quedar y volver a empezar.

—Ustedes, las *nannies*, siempre tan severas —comentó don Alejo con tono divertido—. Pero si lo prefiere, no me voy. Me quedo aquí toda la tarde jugando con él. Y con usted, si quiere…

Don Alejo ya se había arrodillado y estaba inclinado sobre Jaime, que, sentado, le ofrecía un perro de madera. El padrino comenzó a lanzar ladridos.

—Lo lamento, señor conde, pero preferiría que se marchara. Le tengo que dar de cenar y si usted empieza a alterarle, después comerá mal y dormirá peor.

—Primero, me llamo Alejo, ¿lo entiende? Ya sé que a ustedes, los ingleses, les cuesta lo de la jota, pero no me vuelva a llamar conde.

—Pero usted lo es —dijo Elsa, ligeramente ufana, sintiéndose dueña de la situación por primera vez.

—Es un accidente y sospecho que lo hace para molestarme. Se lo habrá contado Genia. En cuanto al niño, por favor, ponga usted en la puerta las horas de visita.

Y la figura alta le dio la espalda, cerrando la puerta algo más fuerte de lo que la buena educación imponía. Elsa no pudo evitar esbozar una sonrisa por su primer éxito: irritar al conde. Aunque acto seguido se dio cuenta de que quizá, si no hubiera sido tan inflexible, podría haber hablado con él sobre Marta y Beryl Pequeña. La curiosidad le corroía las entrañas y el Conde Rojo la desasosegaba, se lo confesara *miss* Redfield o no.

Aquel incidente con don Alejo había tenido lugar hacía unas semanas y desde ese momento apenas se había cruzado con él por el palacete, excepto una tarde que interrumpió su té con la duquesa para darle un sobre y un beso en la frente a su madrina. Fue de lo más correcto, tanto en su entrada como en su salida del saloncito. Doña Lily observó la escena, pero no hizo ningún comentario. Elsa seguía sintiendo un hormigueo cada vez que veía a don Alejo, y tan pronto la parecía un caradura por vivir allí, a costa de doña Lily —los Peñalara no nadaban en la abundancia— como le recordaba a su hermano cuando veía a Genia suspirar preocupada por él en cuanto había problemas políticos de algún tipo. La doncella daba por hecho que el Conde Rojo se metía en todos los líos universitarios y obreros que había en España.

Elsa había empezado a pensar en don Alejo en cuanto doña Lily le dijo que su hijo la esperaría esa noche en la biblioteca con otros caballeros. No mencionó a su ahijado, pero mientras cruzaba el gran vestíbulo para dirigirse al ala de invierno se dijo que ella sí que se había preguntado si Campos de Sola estaría allí.

Subió las escaleras y cuando iba a girar por el pasillo de los cuadros para atajar, se acordó de que estaba clausurado. El duque había decidido pintarlo de nuevo, tapar la claraboya que a ella tanto le gustaba y dejarlo en penumbra, con focos tenues, porque temía que los importantes grabados —alguno de ellos del mismísimo Goya— se dañaran con la luz cenital. Eso significaba que tenía que pasar por la armería, un lugar tenebroso repleto de viejas armaduras, espadas, dagas, petos y cascos de todo el mundo, resultado de la manía coleccionista de Cerroalto. A Elsa no le agradaba nada, por más distinción que diera a la noble casa. Además, sus zapatos de suela de goma de poco le servían sobre la magnífica tarima, que crujía a su paso e incluso daba la

sensación de que alguna de las tablas se movía hasta los pies de una armadura que tenía un alto copete de plumas.

Pasó junto a la espléndida silla de manos cerrada y estaba girando hacia la sala de columnitas cuando de la puerta de la silla francesa salió una enorme mano que la atrapó con fuerza, sujetándola por el vuelo de la chaqueta. Elsa pegó un respingo y un grito quedó estrangulado en su garganta justo en el mismo momento en que otra garganta a su espalda soltaba una carcajada.

—¡*Miss* Redfield! ¡Soy yo! No pretendía asustarla. Bueno, miento, sí que quería asustarla —dijo don Alejo deslizando sus dedos por la espalda de la *nanny* mientras con asombrosa agilidad escapaba de aquella caja en la cual era difícil saber cómo había logrado encajarse con su estatura. Una vez en pie, la sujetó con delicadeza por el codo y, como si adivinara sus pensamientos, se explicó—: Desde pequeño me ha fascinado esta silla. Muchas veces incluso he intentado que Manuel y algún otro amigo la levantaran conmigo dentro. Perdóneme, pero habría sido peor que me hubiera metido en una armadura. La he oído cruzar el vestíbulo y me he escondido. Tal vez no haya sido una buena idea. Parece usted un fantasma delicioso que se desliza por estas salas, pero hoy ha hecho ruido. ¿Sabe que aquí, entre tantas armaduras, espadas y pistolas, Manuel y yo hemos pasado nuestra adolescencia y algunas otras cosas más? A Marta, ya sabe, la mujer de Manuel, le dábamos unos sustos enormes. Y a muchas de nuestras amigas. Una vez me metí en la armadura más alta y me caí. Luego no podía ponerme en pie. Me encontraron Basi y Aurelio, que oyeron los golpes que di con los estribos sobre la tarima. Dejé tales marcas en el parqué que creo que tía Lily es lo único que no me ha perdonado de las muchas trastadas que he hecho en esta casa.

Campos hablaba sin parar y sujetaba el codo de la *nanny* con su mano mientras atravesaban las estancias.

—Supongo que va usted a la biblioteca, ¿no? Yo llego tarde a la reunión.

—¿Y no le parece a usted de mal gusto llegar tarde?

—Pero, mujer, si la estaba esperando a usted para asustarla. —Ante la cara de pocos amigos de la *nanny*, añadió serio—: Ya veo que lo suyo no es el humor. Señorita —dijo—, llego con retraso para que puedan decidir si mi presencia es útil y necesaria o no. Yo también sé de modales.

Elsa optó por el silencio mientras sentía cómo aquellos dedos le quemaban en el brazo. Durante el corto trayecto, había sido incapaz de retirarlo de la mano de don Alejo. Aquel hombre la desconcertaba tanto como la irritaba. Y lo peor era que anulaba su capacidad de reacción ante la naturalidad con la que él actuaba. Cada vez que se encontraban, era como si se hubieran visto la tarde anterior y hubieran dejado una conversación a medias. Como si fueran amigos.

Iba a dar un tirón del brazo cuando a la altura de la mesa de billar Campos la soltó para empujar con la mano las bolas sobre la gran mesa, tal y como ella hacía cuando pasaba con Jimmy. La lámpara enorme de tres tulipas iluminaba el fieltro verde y algunos tacos habían quedado sobre las esquinas, como si una partida estuviese inconclusa. El conde estropeó la carambola, porque su mano jugó con las bolas un segundo.

—Quizá llego demasiado tarde —siguió hablando como si ella hubiera comentado algo—, pero le aseguro que estos cochinos monárquicos tienen que ir aprendiendo.

La *nanny* volvió a dar otro respingo, esta vez retrocediendo y girando ligeramente la cabeza al tiempo que la levantaba para mirar asombrada la cara de aquel hombre alto, atractivo y

malhablado.

—¿Qué ha dicho usted? ¿Está insultando al duque y a sus amigos?

—Pues sí, les he llamado cochinos. Si quiere y le suena más fino, se lo digo en francés: *cochons*.

Estaban parados en mitad de la sala, al pie de la gran mesa de billar. Las tulipas iluminaban el pelo rojo recogido en un moño de trenza y la cara pecosa de la inglesa, que en ese momento estaba sonrojada. Campos se rio con una mezcla de cinismo y ternura.

—¿Sabe que sus pecas resaltan más aún cuando se enfada? No se sulfure. Manuel y mi tía Lily saben perfectamente cómo soy y quién soy. Creo que voy a tener que darle un curso acelerado. Los tres sabemos que usted tiene la cabeza bien amueblada y lo que ha vivido —dijo con cierto misterio—. ¿No ha notado usted nada raro estos días en su Puerta de Hierro? ¿No ha notado los nervios entre franquistas y monárquicos? ¿Es que ustedes, las *nannies*, no se enteran de nada de lo que se cuece en sus casas?

Miss Redfield estuvo a punto de contestarle que los asuntos de las casas en las que sus compañeras y ella trabajaban eran privados, que la lealtad hacia esas familias era absoluta, pero pensó que todo le daría igual a aquel tipo que se conducía con semejante desfachatez. Además, en aquel momento, don Manuel avanzaba por el salón hacia ellos. Venía de la biblioteca y, a su espalda, arrastraba una nube de humo que olía a habanos y el ruido de unas cuantas voces que se callaron al saludar a Campos y a *miss* Redfield.

—Alejo, tú tarde, como siempre. Querías una puesta en escena, ¿no es cierto? Gracias, *miss* Redfield, usted siempre es puntual, aunque estoy seguro de que mi amigo ha intentado entretenerla, ¿no es así?

—No, señor, simplemente me ha asustado ligeramente al tropezarnos en la armería.

—¿Tropezarnos? No sea usted discreta. He estado a punto de matarla del susto cuando he salido de la silla de manos. —Y dirigiéndose a don Manuel, añadió—: Menos mal que no me ha dado tiempo a ponerme un yelmo, que si no te dejo sin *nanny*.

Miss Redfield, con la barbilla alzada, la cabeza recta, serena y recompuesta de la extraña conversación en la sala de billar, entró en la biblioteca. Las grandes puertas de roble con doble hoja que se abrían al despacho estaban abiertas y daban mayor amplitud de visión a los cuatro caballeros expectantes que estaban allí sentados. Se pusieron en pie al verla y Elsa reconoció a los dos mayores, que vestían canas. Los había visto en la terraza del club en diferentes ocasiones mientras mantenían animadas conversaciones, siempre con papeles, algún libro y puros de por medio.

—*Miss* Redfield, le presento al señor Ridruejo, al señor Álvarez de Miranda, al señor Satrústegui y al señor Prados Arrarte. Todos son buenos amigos. Estoy seguro de que a alguno de ellos le ha visto por el club, pero le tengo que rogar discreción, aunque sé que no hace falta. El señor Ridruejo, que ha estado en Alemania, querría oírla hablar en ese idioma, ¿le importaría decirnos algo?

A Elsa todo aquello le resultó un tanto ridículo y sorprendente. Una cosa había sido encargarse de buscar algún hotel en Múnich, aunque no entrara en sus tareas, y otra que quisieran oírla hablar en alemán. Iba a dar las buenas noches en ese idioma, pese a lo extraño de la situación, cuando escuchó de nuevo la desinhibida risa de Alejo.

—¡Dionisio, hombre! ¿Tú crees que pese a tu experiencia en la División Azul y tus amigos

alemanes vas a distinguir un buen acento alemán? Ya no necesito vuestra protección. Vengo a deciros que he recibido un mensaje de París. Saben que a la reunión acude también Llopis. No va a ir nadie de mis amigos, desde luego.

El señor que respondía al apellido de Álvarez de Miranda dio un paso al frente y miró enfadado a Campos de Sola.

—No vais a ir ni os hubiéramos invitado. Eso ha sido un malentendido entre tu amigo Manuel y tú. Ninguno de los presentes queremos a los comunistas en esa reunión.

Manuel se adelantó a Ridruejo, que quería hablar también.

—Caballeros, si esto que dice Alejo es así, no hace falta que sigamos hablando con *miss* Redfield. Debe de pensar que estamos todos locos. Perdónenos, *miss* Redfield, hablaré con usted mañana para anular la habitación que tan gentilmente reservó. Puede retirarse.

—Yo me retiro con ella. Miranda, no te preocupes y, por favor, no vayas con el cuento a mi tío el general. Es todo lo que tenía que deciros. Y no vuelvas a hablar en plural. No me incluyas en ningún partido.

—No seas infantil, Campos —le dijo Ridruejo—. Te crees que somos idiotas. ¿Quedamos mañana a tomar el café en el Comercial?

—Como quieras —respondió Campos de Sola, que de nuevo cogió a *miss* Redfield del brazo y se encaminó con ella hacia la sala de billar.

Elsa inclinó la cabeza a modo de despedida y los caballeros hicieron lo mismo. Nunca en su vida había asistido a una reunión y a una escena tan extrañas. Al salir, observó los ojos de preocupación con que la miraba don Manuel tras sus gafas de pasta. Sólo le dio tiempo a sostener la mirada unos segundos.

—Lo sé, no entiende usted nada —le dijo Campos—. Supongo que en Norland, además de enseñarles a cuidar niños, también les enseñan a pensar, ¿no?

—Señor Campos, en Norland nos enseñan a cuidar niños como si fueran nuestros hijos, a pensar como si formáramos parte de cada familia para la que trabajamos y a guardar las distancias, algo que me temo que usted no sabe o no quiere hacer.

SOLA EN EL PALACETE

La duquesa de Peñalara partió hacia Atenas entusiasmada con el viaje. Cuando Aurelio volvió del aeropuerto, pasó por la cocina y contó que la dama iba radiante. De camino a la capital griega, iba a pasar unos días en París y en Roma, y estaba entusiasmada.

Para asombro de Elsa, Basi cortó en seco al buen chófer.

—¿Y qué si le gusta volver a París? Al fin y al cabo, ella fue la reina de esos lugares…

—No empecemos, Basi, que ya lo sabemos —metió baza Genia, temiendo que su marido y la cocinera se enzarzaran en una de sus habituales disputas delante de la *nanny*.

Aquel roce apenas esbozado confirmó a Elsa lo que ya sospechaba: que en ausencia de doña Lily, Basi tomaba las riendas no sólo de la cocina, sino del buen nombre de la casa, como si don Manuel o don Alejo no existieran o sólo se dedicaran a sus asuntos.

Sin embargo, a la cántabra no le quedaba todo el campo libre, porque en aquel palacete cada uno tenía su parcela de propiedad sentimental adjudicada, sobre todo, en ausencia de la duquesa, cuando más se sentía el vacío. Elsa se dejaba caer por la cocina con cualquier disculpa, porque era una fuente primordial para sonsacar información. Además, de paso, observaba la guerra soterrada e involuntaria entre Basi y Genia. La disputa sorda entre ambas no era por el poder, como con Aurelio, sino por el territorio de los sentimientos de don Manuel y don Alejo.

Un día Genia estaba preparando una bandeja con un *cake* y unas tazas de té.

—Es un pastel, pero al estilo cántabro. Se llama quesada —dijo la doncella al ver entrar a Elsa—. Lo llevo a la biblioteca. Don Alejo siempre me dice que es la única manera de soportar esas reuniones tan pesadas.

—Déjate de charlas y pon también un sobao para don Manuel. Vete ya con el té, que se te va a enfriar. En cuanto te pones a hablar de don Alejo, se te anula la chaveta. Tiene razón Aurelio, le has maleducado.

—Perdona, pero llegó aquí así. Y anda que tú al otro…

—No, maja. Llegó aquí al mismo tiempo que tú, prácticamente, y tú le adoptaste y maleducaste. En cuanto a don Manuel, te recuerdo que le ayudé a nacer.

Elsa sonrió por dentro al escuchar a ambas mujeres hablar de sus respectivas debilidades. Lo que habían dicho, además, era interesante: Campos de Sola seguía yendo a las reuniones. ¿O serían otras? Cada vez que vislumbraba su alta figura por el palacete, su corazón empezaba a saltar como una pulga. «Es ridículo», se decía *miss* Redfield, que siempre recordaba que una vez había leído que las pulgas pueden saltar más de cien veces su tamaño. Como si no tuviera suficientes problemas… Hacía un par de días que no sabía nada de él y temía que quizá se hubiera vuelto a marchar una temporada. Pero no, Genia acababa de decir que el té y el *cake* eran

para él y a Elsa se le hizo un nudo en el estómago.

La noche anterior, Elsi —para disgusto de *miss* Redfield— se había confesado lo mucho que le disgustaba pensar que el Conde Rojo no estuviera en palacio. Tanto como la zozobra que invadía su cuerpo cuando se metía en la cama, cerraba los ojos y reparaba en que Alejo y ella dormían bajo el mismo techo.

—Tienes razón, *miss* Redfield, es todo ridículo —le concedió a su enemiga.

Pero esta vez, la concesión de Elsi a la rígida *miss* Redfield no sirvió para tranquilizar ni a la una ni a la otra. Fue incapaz de centrarse en la novela que estaba leyendo. Vencida, dejó el libro sobre la mesilla y pensó en las sensaciones descubiertas las últimas semanas. No acostumbraba a engañarse.

A sus veintiocho años, *miss* Redfield era una *nanny* cualificada, entregada por completo a su trabajo, pero también era una mujer de carne y hueso. No era virgen, pero por casualidad. Durante uno de sus años en la escuela de Bath, Elsa había salido algún fin de semana con un muchacho algo soso, pariente de uno de los dueños de los mejores hoteles de la ciudad.

Denis era insustancial, pero guapo, y todo había sucedido sin ningún drama. Una tarde, cuando ya llevaban un par de meses quedando, el chico fue a buscarla con el coche de su tío. Se lo había prestado por la mañana, para que llevara unos encargos a Hastings. Al anochecer, en el coche aparcado al lado de la carretera y en el asiento de atrás, Elsa comprobó que no le desagradaba en absoluto que el insípido Denis le tocara el pecho debajo del sujetador. Luego que tampoco le desagradaba que perdiera los dedos por su entrepierna, buscando los bordes de su braga blanca de algodón. Y por último, y sin saber muy bien cómo, terminaron fuera del coche, ella sintiendo el tierno y cosquilleante jadeo de Denis en su cuello y en el lóbulo de su oreja mientras sus manos actuaban como si tuvieran vida propia y le empujaban entre sus piernas. Ya fuera por su nula educación sexual o por la falta de amor con respecto al primer y único hombre que había conocido, era incapaz de acordarse de la cara de Denis aunque lo intentara. Seguramente no la recordaba porque durante «el acto», como lo denominaba, no había abierto los ojos, pendiente como estaba de las sorpresas que le proporcionaba su propio cuerpo, altamente estimulado por las manos del muchacho.

La única secuela que le quedó de la escena en el asiento de atrás fue el miedo que pasó durante el mes siguiente. Sintió tal terror que decidió no arriesgarse jamás. Denis ni siquiera le interesaba mucho, aunque hacer el amor había sido todo un descubrimiento.

El sobrino del hotelero de Bath se perdió en su memoria tras negarse a salir con él una media docena de veces. Elsa estaba dispuesta a no fallar en Norland con sus notas, a no fallar a Beryl Hibbs y mucho menos a no fallarse a sí misma. En cuanto a su cuerpo, logró hacer el amor consigo misma sin faltarle el respeto a nadie. Eso sí, siempre echaría de menos el cosquilleo de un aliento cálido en el cuello y el peso de alguien encima de ella.

Todo había ido bien hasta que apareció la imagen del Conde Rojo en su mente cuando por las noches jugaba para dormirse. Sentía como fuego en su cuerpo el calor de la mano del conde apretando su brazo cuando quiso asustarla y se dirigió con ella a la biblioteca.

Tuvo tiempo de madurar sus sentimientos durante los diez días que doña Lily estaba pasando en Atenas. Temía y deseaba encontrarse con Campos cada vez que llevaba al niño al despacho de su padre, donde se mantenía una actividad desenfrenada tardes y noches en cuanto el señor llegaba del banco. Siempre había caballeros esperándole, e incluso Marga, la vieja secretaria, había sido requerida un día para que pasara a máquina unos documentos, un papel repleto de indicaciones para el Congreso del Movimiento Europeo que iba a tener lugar en Múnich los días 7 y 8 de junio.

Elsa lo sabía porque don Manuel le había rogado que, una vez que él hubiera pasado al inglés las notas que tenía Marga en español, ella lo tradujera del inglés al alemán con la máxima corrección y cuidado bajo la supervisión del tal señor Ridruejo. Se lo comunicó una tarde en que la llamó a la biblioteca, pero sin que llevara al niño, según le comentó Rosa.

Cuando entró en la biblioteca, había varios señores. Hizo como que no se fijaba mucho en ellos, pero se dio cuenta de que Campos de Sola no estaba, aunque dos de ellos habían estado presentes la vez anterior. Elsa no se engañaba casi nunca a sí misma, así que cuando dejó la biblioteca tras escuchar a don Manuel y al tal Ridruejo, se dijo que lamentaba que el Conde Rojo no hubiera estado allí.

Al poco de partir doña Lily de viaje, la *nanny* observó una mañana desde sus ventanas que Aurelio estaba trabajando en el jardín, seguramente intentando ahorrarse alguna llamada al jardinero y, con ello, unas pesetas a doña Lily, y también porque, como a ella y a la duquesa, le gustaban las flores.

Elsa decidió que ese día no le pediría que la llevara al club. Lucía una mañana estupenda y podía ayudarle a limpiar los primeros rosales, que ya tenían alguna flor seca.

Cuando Aurelio vio a Elsa en el jardín, se le iluminó la cara y se acercó a hacer unas carantoñas a Jimmy, que estaba sentado en el coche jugando con unas piezas de colores.

—¿Le puedo ayudar, Aurelio? He sentido el olor de las rosas y las margaritas desde mi ventana. Nos podemos quedar hoy aquí, si le parece.

—Por mí encantado, *miss* Redfield.

—Bueno, ya sabe que me gusta todo lo que tenga que ver con el jardín, como a doña Lily. —Y seguidamente, Elsa cambió de tema radicalmente—. Por cierto, el otro día, antes de irse, me habló del crimen de Jarabo y me quedé muy preocupada. Se la ve muy dolida con todo lo que ocurrió, aunque haya pasado ya tanto tiempo.

Miss Redfield se preocupó por la escasa naturalidad con que había sacado el asunto: temió que el hombre se diera cuenta. Por suerte para ella, la sencillez mental de Aurelio y, seguramente, su lealtad hacia doña Lily ahuyentaron la ya de por sí escasa perspicacia del chófer.

—Ay, mi pobre señora… ¿Cómo no va a estar dolida? Como todos en esta casa. Nunca podremos olvidar lo que sucedió, pero me temo que ella y don Alejo son los que peor parte tuvieron en esta historia. Al fin y al cabo, son los que cargaron con el peso de todo lo que estaba pasando.

—Sí, ya sé que se fueron a Londres y todo…

—Mucho más. Sin querer, los dos se dejaron muchos trozos de corazón, como dice mi Genia. Pero en eso tiene razón.

Elsa estaba demasiado concentrada en su objetivo de conocer hasta el más mínimo detalle como para dejar que Aurelio se desviara con la compasión por los demás.

Se agachó para coger de la cesta unas tijeras pequeñas de podar y lanzó lo primero que se le ocurrió.

—Menos mal que la policía le cogió pronto… Qué miedo…

—No se haga ilusiones, *miss* Redfield. Le cogieron por casualidad. Se sentía tan tranquilo que llevó el traje manchado de sangre al tinte.

A partir de ahí, Elsa ya no tuvo que interrumpir mucho al chófer, que siguió con su relato mientras removía la tierra y levantaba las prímulas ya pasadas. Ella, a su lado y de pie, cortaba con suma delicadeza algunas rosas para hacer un ramo.

Así se enteró de que el asesino, después de matar a tres personas en la misma casa —según algunos, una de las víctimas estaba embarazada, puntualizó Aurelio—, se quedó a dormir entre los muertos sin limpiarse la sangre siquiera. Entre líneas, el chófer daba a entender que a saber qué habría hecho con las mujeres después de matarlas.

Mientras le escuchaba, Elsa se imaginaba como en una película los detalles macabros de esa noche, en un Madrid vacío por el puente de julio. En su mente, tan alimentada por las lecturas, se había desdibujado el hombre del cuchillo que paseaba con Marta por Cerroalto y ahora le veía nítidamente merodeando por el barrio de encima del Retiro, donde vivían el joyero, su esposa y la criada que Jarabo había asesinado.

De pronto, Elsa se quedó paralizada cuando Aurelio comentó que el móvil de los crímenes había sido encontrar el anillo de su amante, una inglesa, por lo visto. Todas las espinas del ramo que la *nanny* sujetaba en la mano se le clavaron en la palma, pero no sintió nada.

Aurelio siguió contando que Jarabo y la extranjera habían empeñado juntos en su día una sortija por una porquería de dinero, pese al valor que tenía.

Era obvio que Aurelio se sabía la historia al dedillo y, como todos, se guardaba algo. De hecho, no mencionó a Marta ni una vez, quizá dando por hecho que la duquesa se lo había contado todo.

Elsa respiró hondo un par de veces. La sospecha de que el anillo del que hablaba Aurelio era el mismo que tenía guardado en el cajón secreto estaba más que justificada.

—¿Qué le pasa, *miss* Redfield? Está usted más blanca que la cal —comentó Aurelio al dejar la azadilla, levantar la cabeza y percatarse de la expresión de la *nanny*.

—Perdone, Aurelio. Estoy destemplada. Y me temo que a Jimmy le pase lo mismo.

Cogió al niño en brazos y se encaminó hacia la casa, dejando al chófer perplejo. Tenía que hablar con Beryl o se iba a volver loca. Y otra duda más rondaba en su cabeza tras oír a Aurelio: ¿por qué doña Lily y don Alejo lo habían pasado tan mal en vez de don Manuel, como hubiera correspondido?

Era todo macabro, siniestro, horrible, estúpido. Si lo que pensaba era cierto, ¿cómo había podido Beryl Pequeña dejarse arrastrar hasta aquel infierno?

PRESAGIOS CUMPLIDOS

La primavera estaba en su esplendor y en el Club Puerta de Hierro olía a hierba segada, a lilas en flor, e incluso a resina húmeda y setas, porque había caído lluvia las últimas tardes. El olor de las setas transportó a Elsa a otro día muy lejano, cuando las dos Beryl discutieron en Kensington Gardens. Si alguien les hubiera dicho a aquellas dos muchachas y a la *nanny* todo lo que les quedaba aún por vivir… seguramente no le habrían creído.

Elsa estaba escuchando la charla vacía de sus compañeras y esperando ansiosa a que *miss* Hibbs llegara a Puerta de Hierro porque de ese día no podía pasar que no abordara el asunto del anillo.

—*Miss* Redfield, es sorprendente el cambio que han experimentado Vera y Beatriz —comentaba una de las *nannies*—. Supongo que la duquesa estará muy contenta contigo. Con Doña Marta no había manera de traerlas aquí. Parecía que a esa mujer le repugnaba todo esto. Las niñas están monísimas…

La *nanny* tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para atender lo que le estaban diciendo. Seguía con la mirada a *miss* Bobby, que se había llevado consigo a *miss* McHuge y a *miss* Mary hacia el campo de golf, tal y como habían acordado la tarde anterior. Elsa le había pedido que la ayudara a quedarse a solas con *miss* Hibbs porque tenía que hablar de un asunto de familia con ella.

No contaban con que la *mademoiselle* de los Ubierna fuera a sentarse con ellas en los alrededores de la terraza. Elsa hizo un esfuerzo para no parecer descortés mientras con la mirada buscaba un lugar donde charlar con calma con Beryl en cuanto ésta llegara y *miss* Bobby acudiera a quitarle los niños de encima.

—Sí, cada día están más guapas. En cuanto al cambio, les gusta montar, pero su mayor atracción para venir aquí son Cristóbal Bordiú y Jacobo Alba —deslizó con desgana.

—Son adolescentes, Redfield. —La francesa pasaba sin transición del apellido al título, como todas cuando estaban solas—. Y estoy segura de que esa amistad le gustará a la duquesa de Peñalara. Peor sería lo que le sucede a mi amiga, la *mademoiselle* de los Castelló, con sus dos chicas. Son más o menos de la misma edad que Vera y Beatriz y están absolutamente enamoradas de los hermanos Gallardo. Si se enteran los condes de Castelló, les da un síncope.

—Perdóname, pero no sé quiénes son los Gallardo —dijo *miss* Redfield sin fingir el menor interés.

—La familia de empleados de Puerta de Hierro. Prácticamente viven aquí y los socios les tienen mucho cariño. Los dos chicos, Fali y Pepi, son excelentes jugadores de golf, mejores que nuestros señores. Y uno de ellos, también de tenis. Nacen aquí, con el palo de golf entre los

dientes y hacen de *caddies* de los señores. Al final, terminan jugando mejor que ellos y les ganan. Menos al polo, claro, porque los Gallardo no tienen dinero para tener una cuadra de caballos, si no también serían mejores.

—Ya… ¿Y cómo se lo toman los señores? —preguntó Elsa con cortesía y con el mismo tono desinteresado, buscando desesperadamente una salida para dejar sola a la francesa, pero sin querer moverse, pues estaba en el mejor sitio por si llegaba *miss* Hibbs.

—Bueno, guardan las apariencias y, desde luego, unos mejor que otros. Algún aristócrata intenta miserablemente que no compitan. Pero hay otros, como tu señor, don Manuel, que ha peleado para que puedan ir en los equipos internacionales representando a España. El problema es que las niñas Castelló confunden… ¿cómo se dice en español?… la velocidad con el tocino. Los Gallardo son guapos y simpáticos, pero no tienen categoría social para ellas. Y si bien los muchachos lo saben de sobra, les cuesta quitarse de encima a las chicas. La pobre *mademoiselle* no sabe cómo hacérselo entender. Pero, claro, estas niñas se han educado al revés: primero fueron al internado inglés y al alemán, y ahora han vuelto aquí, a la Asunción. Vienen rodadas. Me temo que han corrido demasiado fuera y han olvidado que los escalones no pueden saltarse de tres en tres en determinadas clases sociales.

Elsa ya no disimulaba cuánto le aburría aquella conversación. Además, le parecía de pésimo gusto juzgar a esas chiquillas. Justo cuando la impaciencia la carcomía y estaba más que saturada, vio avanzar a la imponente *miss* Hibbs rodeada del chófer y uno de los empleados de El Pardo que le ayudaba a transportar toda la parafernalia de los niños Martínez-Bordiú.

Salió a su encuentro casi al mismo tiempo que *miss* Bobby, que también estaba pendiente del coche de El Pardo. Ésta se adelantó unos segundos y habló con su amiga.

—Hibbs, suelta todo y déjame a tus niños mientras te instalas. Redfield quiere consultarte algo. Es una orden. Ustedes, vengan conmigo —pidió al chófer y al criado que transportaba las cestas de mimbre del pícnic y los cochecitos.

Miss Bobby era la única persona en España —y puede que en el mundo, si se excluía a la anciana doncella de Beryl Pequeña— a la que *miss* Hibbs podía permitir darle una orden tan clara y contundente. Para alivio de Elsa, la nanísima dejó que los chicos fueran tras *miss* Bobby y los dos hombres y se dispuso a seguirla.

«Calla para siempre o habla de una vez», ordenó *miss* Redfield a Elsi.

—Beryl, tengo que hablar contigo. Es urgente e importante. Aunque no sé si éste es el lugar adecuado ni si tendremos tiempo.

Ya estaba. Ya lo había dicho. Beryl la miró con cierta suspicacia.

—Ya… ¿Y por eso Bobby se ha llevado a todas las demás?

—Sí, por eso.

—¿De qué quieres hablar, Elsa? ¿Algún problema en casa de los Peñalara?

—Sí y no. Doña Lily y don Alejo Campos…

—Ah, ese insensato de comunista, que va a matar a su tío el general a disgustos y a su madre… Bueno, sabe Dios dónde andará su madre…

—Beryl, no me interrumpas. Me cuesta mucho hablar de esto. La duquesa me ha contado lo de Beryl, lo de nuestra Beryl Adams y ese asesino, Jarabo.

Beryl se llevó una mano a la boca.

—¡Dios mío! ¡Baja la voz! Ya me temía yo que esto sucedería. ¿Es necesario que hablemos de esa barbaridad? Debes aprender que no siempre los niños que educamos salen como nosotras deseamos. A mí me pasó con Beryl. Quizá la mimamos mucho entre todos, quizá son los tiempos de excesiva libertad que corren, pero lo cierto es que esa bestia la convirtió en una pervertida. ¿Qué más quieres saber?

La nanísima de los Franco, que era una de las inglesas más influyentes en España en esos momentos, la mujer de confianza absoluta de la hija del caudillo, una mujer profesional, fría y británica hasta lo indecible, parecía descompuesta e incluso asustada. Aunque Elsa ya se esperaba una reacción así, no dejó de sorprenderla el temblor de miedo de su voz.

Si a ella misma le habían espantado los detalles escabrosos que Aurelio le había contado y sentía la presencia en su escritorio del anillo causante de tanta muerte como un grillete que lastraba sus pies y su alma, era fácil suponer la conmoción que debió de vivir Beryl cuando doña Lily y don Alejo se presentaron en Londres.

Cómo la señorita Adams había terminado de querida de aquel asesino debía de ser otra parte de la pesadilla que Beryl querría olvidar, pero Elsa necesitaba saberlo. Había mucha gente que le debía una explicación e incluso disculpas. La rabia había sustituido a la consternación que la invadía por todo aquello.

Aún le faltaba madeja por desenredar y, sobre todo, tenía que cumplir con el encargo de Beryl Adams. Pero la horrorizada *miss* Hibbs parecía estar atenta sólo a lo que las rodeaba y no al pasado, no al purgatorio que ella vivía.

—¿Que qué más quiero saber? Quiero saberlo todo, Beryl. El anillo de brillantes está en mi bolso. —Elsa, previendo que por fin podría hablar con Beryl, había sacado el estuche del cajón y lo había llevado al club.

Beryl se quedó blanca como un cadáver.

—¿Qué estás diciendo? ¿Qué estupidez es ésa? —preguntó en un tono bronco, con el rostro descompuesto.

Elsa rogó mentalmente que en ese momento nadie viera la cara de *miss* Hibbs o todo el mundo en Puerta de Hierro pensaría que le estaban anunciando el fin del mundo para el minuto siguiente. Pero la joven ya no podía parar.

—No es ninguna estupidez. Estuve en Lyon antes de venir a Madrid. Beryl está muy enferma, muy muy enferma. Me dio el anillo y me encargó que te lo entregara.

—¿Y has estado aquí sin decirme nada desde que llegaste? ¿Sabes lo que significa ese anillo?

—¿Y tú por qué no me advertiste de esta horrible historia cuando me hablaste de la casa? —espetó Elsa en un tono sordo—. ¿Cuándo querías que te dijera que te traía un anillo? No has encontrado ni un segundo para que estemos a solas, y eso que lo he intentado muchas veces. Ya veo que te importa más lo que significa el anillo que la salud de nuestra Beryl.

—¿Nuestra Beryl? ¿Tu Beryl? ¿Desde cuándo es tuya? No la defiendas. Ha estado a punto de acabar conmigo. ¿Así paga mis desvelos? —estalló *miss* Hibbs, poniéndose de pie e intentando pasar por delante de Elsa.

Las palabras de Beryl hundieron a Elsi. Ni en la peor de sus pesadillas hubiera pensado que oiría aquellas frases de boca de su amiga. Pero no estaba dispuesta a que todo terminara así, quería saber más. Necesitaba saber más. Ni siquiera la opción que había barajado de coger un

avión y marcharse de Madrid era ya una solución.

—Jamás hubiera imaginado que te escucharía decir esas palabras —dijo Elsa con voz gélida. Se puso de pie y obstruyó el paso de *miss* Hibbs—. Al menos, los Adams te pagaron por tu obra, sus hijos. Yo ni eso, ¿no? Beryl se está muriendo. Coge este maldito anillo, haz lo que tengas que hacer con él y dime qué tiene que ver Alejo Campos con todo esto.

La mano de *miss* Hibbs se transformó en un garfio alrededor de la muñeca de Elsa, que sujetaba una bolsita de regalo en la que había metido el estuche de terciopelo azul.

—Aparta eso de mí. Huele a sangre desde aquí. Así que la duquesa no te lo ha contado todo, ¿no es cierto? Y ese sinvergüenza del Conde Rojo tampoco. Aún será capaz de decir que le arrastró ella. ¡Que Dios nos perdone a todos!

El tono de Beryl le quemó la cara y a punto estuvo de tropezar cuando la empujó con escaso miramiento para quitársela de en medio. *Miss* Hibbs salió a la terraza y, a toda velocidad, encaminó sus pasos hacia los pinos, donde estaban los niños y las otras *nannies*.

Iba totalmente trastornada. Tanto que no había asimilado que Beryl Pequeña se estaba muriendo. La presencia del anillo y los malditos recuerdos habían ocultado el detalle más grave: la salud de su niña. El anillo seguía en la mano de Elsa, que había descubierto, de repente, que todos sus referentes en el mundo tenían miserias que esconder y sentían miedo. ¿Qué iba a hacer ahora? ¿Explicarle a doña Lily la situación? ¿Abordar el asunto con don Alejo, dado que había ido también a Londres a buscar a *miss* Hibbs y todos lo mencionaban cuando hablaban del asunto?

No tenía tiempo para compadecerse de sí misma. Se estaban acercando *miss* Bobby y *miss* McHuge con las demás *nannies*. *Miss* Hibbs iba más envarada de lo habitual. Las dos mujeres ni se miraron, aunque mantuvieron las formas. Algo se había roto entre ellas por primera vez en su vida.

EL REGRESO DE ATENAS

La duquesa de Peñalara optó por Asunción Bastida y Pedro Rodríguez para que le confeccionaran la ropa que llevaría a la boda de Atenas. Se había permitido pensar en el mismísimo Balenciaga, a quien había acudido en otras ocasiones, pero doña Lily tenía también sus miserias. Ella, que había sido una víctima del todo Madrid y de su marido por el asunto de la querida de Salamanca, sentía cierta antipatía por el modisto desde que éste tenía a Sonsoles de Icaza, marquesa de Llanzol y amante de Serrano Súñer, como principal musa y clienta. Aunque se decía que el escándalo había terminado hacía años gracias a la intervención de la mismísima Carmen Polo ante su marido, doña Lily sospechaba que las cosas no eran así y sentía compasión por Zita Polo, la esposa del cuñadísimo de Franco.

Por más que su amiga Terelu le repitiera que los grandes como Balenciaga no se paraban a mirar esas minucias y miserias de la corte, sólo pensar que en alguna de las pruebas podía encontrarse con la marquesa de Llanzol le ponía de los nervios. Así que había optado por Asunción Bastida para que le hiciera un vestido de ceremonia en gris perla, discreto, cortado a la cintura y apropiado para su edad, con un tocado ligero en forma de diadema y una sola pluma. Pedro Rodríguez le diseñó el vestido largo para la cena la víspera de la boda.

Doña Lily seguía siendo a sus sesenta y dos años una mujer elegantísima, menuda y bella, con una clase innata.

—Acerté optando por la discreción, querida amiga —le decía una tarde por teléfono a Terelu a la vuelta de su viaje—. Ni llamé la atención, ni pasé desapercibida… Oh, sí, Cayetana llamó la atención, como siempre. Acabó bailando descalza en el baile de después de la ceremonia. En fin, ya sabes que sigue siendo muy joven de espíritu… Ya te contaré esta semana, que ahora tengo a *miss* Redfield esperándome con el té. Aún estoy muy cansada… Gracias, querida, estoy deseando. *Miss* Redfield también. Un abrazo.

Doña Lily colgó y se sentó al lado de Elsa. El viaje a Atenas la había rejuvenecido, pensó la *nanny*. Sobre una manta extendida en el suelo que tapaba el parqué, Jaime gateaba entre las dos, unas veces a los pies de su abuela intentando aferrarse a sus medias, otras a los de *miss* Redfield. El niño quería jugar con los cordones de los zapatos de la *nanny*, que le miraba con arrobo.

Esta escena en el salón de la señora duquesa habría sido impensable en cualquier otra de las familias de sus compañeras. Eso lo sabía muy bien Elsa, pero cada casa tenía su afán —palabra que le entusiasmaba y que acababa de incorporar a su buen español—, y sus compañeras no tenían por señora a alguien como doña Lily. Es más, las señoras de las otras casas solían ser madres más bien jóvenes a las que en muchas ocasiones era fácil imponer las normas de Norland sin dar explicaciones. Ella nunca haría eso con doña Lily. Sí tendría que hacerlo si un día doña

Marta regresaba de Buenos Aires. Genia le había dicho que eso era difícil. «Creo que hasta Alejo, que no sabe rezar, lo hace para que no vuelva». Pero Elsa no se había atrevido a preguntar más.

El motivo por el que don Alejo aparecía mencionado cada vez que alguien le relataba aquella historia la atormentaba. No sabía si abordarle o no. Nunca antes un hombre había entrado de forma tan clara en la intimidad de la joven como lo había hecho Campos de Sola. Encima, con tan pocas razones a su favor y tantas en contra. Aunque había estado muy ocupada los días en que la duquesa había permanecido en Atenas —tuvo que asumir el control de las adolescentes, de la americana y del profesor de piano y se había esforzado para que Basi no se sintiera desplazada—, el desasosiego la perseguía.

Se había hecho cargo de todas las tareas a petición de la señora duquesa, pero estaba agotada. Era consciente de que el cansancio era más emocional y psíquico que físico. Y también había tenido su recompensa: había mejorado mucho su relación con la cocinera.

—Era mi amiga Terelu. Quería noticias del acontecimiento. Ya quedaré con ella. Ahora, Elsa, cuénteme cómo han ido las cosas por aquí. Basi me ha dado alguna noticia agradable. La tiene usted en el bolsillo. La felicito.

La *nanny* sonrió.

—¿Se refiere usted al susto con Jimmy? Fue culpa mía, señora. Le dejé un segundo en la cocina porque Aurelio me avisó de que me llamaban por teléfono.

—Ya me han contado, pero no es propio de Basi dejarle solo con las fabes en la mesa…

«O sea, que hasta las que van de frente, como Basi, tienen sus temores», pensó Elsa. Porque el niño no se había quedado con las fabes, blancas y duras, con las que se atragantó. Fue Basi quien le dio un puñado para que jugara ante lo pesado que se estaba poniendo porque ella seguía al teléfono. Beryl la había llamado desde Lyon.

Pero no iba a ser ella quien cambiara el más insignificante detalle de tal narración. Basi estaba en su derecho de proteger su reputación ante la señora duquesa. Por lo que había percibido muy bien la *nanny*, era la persona a la que más respetaba y quería la cántabra, aparte, naturalmente, de don Manuel.

—Por suerte, fue sólo un susto. Cuando oí las voces de Basi y llegué a la cocina, el niño estaba ya morado y ella le estaba dando en la espalda, pero no había forma. Enseguida me di cuenta de lo que pasaba y no hice más que aplicarle la maniobra de Heimlich. Seguro que usted la conoce, es uno de los primeros auxilios que nos enseñan en Norland. Debo decirle que Genia y Aurelio llegaron al momento. Los gritos de Basi se oyeron por todo el palacete.

—De eso estoy segura, querida —comentó doña Lily con una sonrisa—. Y no se quite méritos. Es muy probable que ni Basi ni yo, ni siquiera Genia, hubiéramos hecho esa tal maniobra correctamente. Además, se equivoca, yo no sé quién es ese Heimlich. Ni lo había oído. El caso es que se ha convertido usted en la heroína de Basilia y eso es como escalar el Himalaya en un día, querida. Debo darle las gracias.

—Es mi trabajo, señora —respondió Elsa, algo azorada y deseando que la duquesa volviera a conversar sobre la boda de Grecia.

—Sofía estaba hermosísima y parecen muy enamorados. Fíjese, los anillos de boda estaban hechos con sendas monedas de oro de la época de Alejandro Magno. La princesa llevaba un velo de encaje de Bruselas, de su madre, la reina Federica. Y tengo que decir que la boda por el otro

rito, el ortodoxo, también fue bonita, pero muy larga y nada comparable a la católica. Nunca había estado en dos ceremonias, *miss* Redfield, y con tan poco tiempo entre ambas. Estoy agotada, pero todo fue precioso. Me emocioné cuando el rey Pablo sujetó las coronas encima de Juan Carlos y Sofía… Sí, todos los que estábamos allí, creo que la reina Victoria incluida, sentimos que aquellos jóvenes tendrían que ser los reyes de España algún día. Pero a ver quién se lo dice a don Juan, con el carácter que tiene, lo que ha aguantado y según están las relaciones entre él y Franco.

—¿El menú estuvo bien?

—Desde luego. Le he traído una copia a Basi, porque estaba en español y en griego. Pero verá como ella le saca defectos. Bogavante, suprema de ave, legumbres frías, patés, helados, frutas… No sé, por ahí está. Pero debo decirle, Elsi, ahora que no nos oye nadie, que nada comparable a los banquetes de mi época.

La duquesa lanzó una carcajada suave, irónica y exenta de rencor ante su propia acidez. Luego se inclinó para coger en brazos a su nieto, bajo la mirada reprobatoria de la *nanny*, que se contuvo a tiempo. Se inclinó ella también, cogió a Jaime y le sentó sobre las rodillas de doña Lily. El niño estaba guapísimo, comenzaba ya a intentar sostenerse sobre sus piernecitas y gateaba que era un primor.

—Está precioso, Elsi. Mírelo. Es el vivo retrato de su padre y tiene mis ojos. Nada que ver con sus hermanas, ambas tan rubias, como su madre. Bueno, Beatriz tiene los ojos almendrados de Manuel y el golfo de mi marido.

Indudablemente, a la duquesa le había sentado muy bien cruzar los Pirineos, volver a Europa y reencontrarse con sus viejas amigas y antiguos pretendientes. Había regresado fresca de vocabulario. La *nanny* adivinó a la arrojada, inteligente y simpática duquesa que había triunfado en los salones europeos en los años veinte.

Aquella tarde, a pesar de la agradable conversación, Elsa abandonó preocupada el salón de confianza de doña Lily. Llevaba a Jaime en brazos y el niño le hacía carantoñas con sus manitas. Pero, raro en ella, no las disfrutaba. Le había ocultado a la duquesa la tensa conversación que había mantenido con Beryl en Puerta de Hierro. Tenía que decirle a doña Lily que el anillo estaba en su casa. Y contarle la llamada que había recibido desde Lyon…

Elsa estaba atormentada, debatiéndose entre las voces de *miss* Redfield y Elsi. No sabía a quién de las dos escuchar y hacer caso.

—Pero vamos a ver, *miss* Redfield, ¿por qué te castigas continuamente? —preguntó Elsi a su *alter ego*—. Con la que tienes encima, ¿no te parece lógico olvidarte de lo del anillo o esperar un momento más apropiado?

—No, creo que no. Es una historia horrible —respondió *miss* Redfield a la joven.

—Ya, tú siempre tan pluscuamperfecta, como ese tiempo verbal que te costó tanto aprender. Se te ha olvidado un pequeño detalle, Redfield: esta gente está acostumbrada a tratar con canallas. Piensa en la tal Marta Schwarsky. No has oído aún de ella ni una palabra caritativa. Está claro que aquí no la quiere nadie, al margen de sus hijas, que sólo hablan de ella para decir las naderías que les ha enseñado.

Elsa llegó a sus dependencias. La encantadora Elsi había derrotado a *miss* Redfield. Mientras

daba de cenar a Jimmy, se confesó que aquella noche no podría alejar de su mente al Conde Rojo. Es más, tampoco lo deseaba: «Me merezco una tregua. No sé si es pecado, pero me gusta ese hombre. Y vete a paseo, *miss* Redfield, que bastante tengo con lo de Beryl Pequeña».

Elsa durmió unas horas esa noche, pero no descansó lo suficiente. Estaba inquieta e irritada. Su debilidad por don Alejo era patente —circunstancia que enfrentaba continuamente a sus dos yos, a los que hasta entonces la joven administraba con humor— y temía que no haberle contado lo del anillo a doña Lily era signo de deslealtad.

Sin darse cuenta, se encontró maldiciendo la discreción de *miss* Hibbs: si la hubiera puesto en antecedentes, se habrían evitado muchos problemas. Beryl se había limitado a contarle algunos aspectos de su futuro trabajo en Madrid, le había hablado someramente de doña Lily y poco más. Como no carecía de compasión, se dijo que tal vez Beryl, en un esfuerzo para olvidar los acontecimientos acaecidos en torno a Beryl Pequeña, había preferido que permaneciera al margen, pensando que no tendrían importancia en su trabajo. Pero una punzada la atravesó: quizá Beryl siempre había querido más a Beryl Pequeña que a ella.

«No seas ridícula —se dijo—, lo que sucede es que Beryl sabe perfectamente que Beryl Pequeña es mucho más débil que tú. Lo sabes muy bien».

Sin embargo, el cosquilleo de la duda, por alguna razón —quizá por el anillo y su siniestro pasado—, había anidado en la mente de Elsa.

Y las disputas sin cuartel que se libraban en su interior entre Elsi y *miss* Redfield no la ayudaban en nada, todo lo contrario: eran un peligro para su estabilidad emocional. Hasta ese momento, su lucidez, su envidiable equilibrio y su madurez se habían sustentado en esos dos pilares de su personalidad.

Cuando Elsi tenía dudas sobre su trabajo —¿qué hacía cuidando niños que no eran suyos?— y sobre su futuro, hecho a imagen y semejanza de *miss* Hibbs, *miss* Redfield le recordaba quién era y las escasas o nulas oportunidades que había tenido en la vida. «Querida Elsi, entre las mujeres de tu generación y en las circunstancias en las que viviste tu infancia y adolescencia, te puedes considerar una privilegiada», sentenciaba finalmente *miss* Redfield. Y la joven Elsi terminaba plegándose a sus deseos, aunque nunca cerraba la ventana a la ilusión.

El mecanismo que hasta ahora le había funcionado como si estuviera hecha de idéntica pasta que *miss* Hibbs estaba a punto de resquebrajarse. Con todo el bagaje que llevaba en sus espaldas, la irracionalidad parecía no tener fin ni siquiera para alguien tan cuerdo como Elsa. En cuanto a Campos de Sola, el hombre se había convertido en una sombra a la que ella se encontraba persiguiendo por aquel palacete todo el día.

Como soportaba tanta tensión, había momentos en que estaba tan cansada que declinaba ir a tomar el té con la duquesa. Ponía como disculpa que le dolía la cabeza, lo que no era del todo falso. Y así, pasaba las tardes en su dormitorio, tumbada en la cama —algo inusual en ella—, reflexionando. Incluso sopesó la posibilidad de llamar a Norland para comunicarles que estaba disponible para un nuevo destino. Siempre había familias que necesitaban *nannies*.

Una tarde en la que ya no había podido poner más excusas para faltar a su té con doña Lily,

la duquesa, tras charlar de naderías y del niño, no pudo evitar hacerle un comentario.

—Elsi, perdóneme, pero tiene usted mala cara. Ojeras, diría yo. Está pálida y ha adelgazado. ¿Se encuentra bien? Quizá son esas jaquecas. Tal vez la sobrecargué de trabajo los días que me fui de viaje.

—Oh, no, señora, no se preocupe. Siempre que entra de lleno el calor me duele la cabeza y se me quita el hambre. De todos modos, me gustaría salir con usted un día de éstos a dar un paseo.

—¡Perfecto! No sé cómo no se me ha ocurrido antes. ¿Recuerda las veces que hemos hablado de mi querido Jardín Botánico? Alguna tarde voy con Terelu a pasear por allí. ¿Le parece que mañana o pasado vayamos? Prepare al niño y nos vamos las dos. No hay cosa que más me agrade que conversar con usted sobre árboles y plantas, ya lo sabe.

Desde que Elsa le había hablado a la duquesa de su afición por las plantas e intercambiaba algunas opiniones sobre siembra de verduras y tubérculos con Basi, las mujeres del palacete charlaban muchas veces sobre esta cuestión. Con doña Lily conversaba sobre jardines y flores —modestas, decía siempre Elsi—; con la cocinera cántabra, sobre huertos y las hortalizas de temporada. Cualquier coincidencia era más que bienvenida. Así que el plan del Jardín Botánico no podía ser más atractivo y la ocasión perfecta que Elsa estaba buscando para poder sincerarse con doña Lily.

Un par de días más tarde fueron por fin al Jardín Botánico, tal y como le había prometido la duquesa. Después de dar un agradable paseo, se sentaron a la sombra de un árbol imponente.

—Este pino no es un pino cualquiera. Se llama pino llorón del Himalaya. Me encantan sus ramas, sus largas agujas —explicó doña Lily—. Y es llorón porque se supone que por ellas resbalan las gotas del rocío cada mañana. Veamos, mi querido Jaime —le hizo una carantoña al niño, que le regaló la mejor de sus sonrisas—, ¿estás contento? Pues a la silla.

—Hace calor, pero bajo el árbol se entretendrá en el coche. Le he traído las bolas de colores.

—Gracias, Elsie. Hasta los juguetes que usted le da son entretenidos y diferentes. Pronto le podré regalar unos soldaditos, ¿verdad?

—¡Oh, no! Se podría tragar los accesorios, son muy pequeños. Si voy a Inglaterra este verano, le traeré juguetes de allí.

—¿Quiere ir a su casa este verano?

—En realidad, no lo he pensado. Como es el primer verano que paso con ustedes, haré lo que considere, doña Lily. Puedo dejar las vacaciones para más adelante.

—*Miss* Redfield, ¿está usted contenta en mi casa?

La pregunta era directa y no había escapatoria.

—Por supuesto, doña Lily. Usted sabe que sí. No sería propio que yo le dijera lo buenos que me parecen ustedes.

—Mejor que decir «propio», diga «adecuado». En fin, se lo preguntaba porque la he encontrado cambiada desde que volví de Atenas. Sus dolores de cabeza, sus ojeras… No sé. ¿Ha pasado algo en mi ausencia? Yo estaba muy contenta porque las relaciones entre usted y Basi han mejorado mucho. Basi la tiene ahora a usted en un altar.

Una vez más, Elsa reconoció que la duquesa era una persona muy especial. ¿Dónde iba a encontrar una señora que se preocupara por sus ojeras y sus dolores de cabeza? De pronto, se

sintió estúpida. ¿Por qué no le había contado ya a doña Lily el extraño encargo de Beryl Pequeña si ella le había confesado lo de su nuera y el asesino?

—Doña Lily, estoy perfectamente, pero creo que, si me lo permite, señora, voy a abusar de su bondad. Desde que me dijo que conocía a Beryl Adams, antes de marcharse a Atenas, no paro de dar vueltas a una cosa. ¿La conoció usted mucho?

La duquesa negó con la cabeza, pero Elsa estaba decidida y no la dejó hablar.

—Verá, debo confesarle que antes de venir a Madrid, justo dos días antes, recibí una llamada de Beryl Pequeña. Ya sabe usted que somos amigas desde la infancia. Pasamos juntas los cinco años de la ocupación de las islas, señora.

—Lo sé, *miss* Redfield. *Miss* Hibbs me lo ha contado.

—No sabía que ustedes se conocieran tanto.

—No se olvide, *miss* Redfield, que está usted en mi casa porque la nanísima la recomendó. Después de aquella triste visita a Londres, seguimos en contacto, aunque siempre guardando las distancias. Ya sabe cómo es *miss* Hibbs.

—Lo sé, señora, lo sé. Beryl es muy poco dada a las confidencias…

—¿Se refiere usted a las confidencias entre una *nanny* como ella y una duquesa como yo o a que no le contó nada de mi casa, como usted me señaló antes de irme?

—Me refiero a lo segundo, así es.

—Hay muchas cosas de *miss* Hibbs y mi casa que usted no conoce. Pero hoy no hemos venido aquí para hablar de eso, sino para hablar de algo que la inquieta, ¿o me equivoco? ¿Qué le sucede, Elsi? ¿No me lo quiere contar?

«Elsi, o lo cuentas ahora o te vuelves a Inglaterra con el anillo», se dijo. Cazó al vuelo la oportunidad.

—Bien… Si usted ya sabe que Beryl Pequeña y yo somos amigas, no le extrañará saber que me llamó poco antes de venir a Madrid para que fuera a verla a su mansión de Lyon. La encontré muy enferma, señora. Se está muriendo. Sabía que venía a trabajar a Madrid y me dio un anillo para que se lo entregara a *miss* Hibbs; un anillo hermosísimo, de brillantes, que mi amiga, moribunda, y su vieja doncella, a la que conozco desde hace décadas porque trabajó con *miss* Hibbs, me rogaron que no me pusiera nunca, que se lo diera a Beryl, que ella sabría qué hacer con él.

—¡Qué zorra! —soltó doña Lily sin el menor pudor.

Elsa se quedó de una pieza.

—Señora, ¿cómo ha dicho?

—Perdóneme. Quería decir que su amiga ha sido muy astuta.

—¿Muy astuta? ¿Por qué? ¿Qué significado tiene ese anillo? ¿Sabe usted algo? Por lo que veo, sí que sabe algo. Señora, tiene mala cara, ¿se encuentra bien?

—Perfectamente, hija. Tranquilícese. Claro que sé de qué anillo se trata. ¿Le ha dicho usted a Beryl Hibbs que lo tiene?

—Ahí está el asunto, señora. Tras hablar con usted, comencé a angustiarme y a pensar en mi amiga, postrada en la cama y moribunda. Lo que me contó de los asesinatos me trastornó. Así que decidí que no podía esperar más y que tenía que darle el anillo a *miss* Hibbs. Un día que pudimos quedar a solas en Puerta de Hierro hablé con ella y se lo intenté dar, pero casi enloqueció y no lo quiso coger. Estaba tan fuera de sí cuando le puse en la mano el estuche con

el anillo que creo que incluso pasó por alto lo que le conté de que Beryl se estaba muriendo. Me dejó allí en medio, plantada. Por Dios, doña Lily, dígame qué sucede con ese anillo. ¿Acaso mi amiga lo robó?

—No, querida. Ése es el asunto. El anillo pertenece a su amiga Beryl. Se lo regaló su marido y vale una fortuna. Por esa fortuna que vale, Beryl se lo entregó, se lo prestó, lo que fuera, a un hombre que era su amante, el tal Jarabo. Como ya le conté, era amante de Marta, de Beryl, y de muchas otras.

—Me imagino que la sentencia fue terrible…

—Lo ajusticiaron a garrote vil. Dicen que tardó mucho tiempo en morir, porque tenía el cuello muy fuerte. Ya le dije que era un tipo tan canalla como atractivo. Acudió con un traje nuevo a su ejecución. Prefiero no contarle en qué consiste el garrote vil. Este país y este gobierno hicieron un espectáculo de una historia cruel, de un personaje repugnante, de un ser vil que engañó a muchas, muchísimas damas y a otras menos damas, como mi nuera, Marta, y su amiga Beryl.

—¿Cómo pudieron ser las dos amantes de un mismo hombre, de un asesino?

—No lo sé, querida. La depravación puede resultar muy apasionante en determinadas circunstancias y supongo que ellas no sabían que aquel tipo era un asesino potencial, aunque sí sabían otras muchas cosas que compartieron. Vámonos, *miss* Redfield. Me pongo enferma con todo esto. Antes, le voy a contar un detalle para que no juzgue mal a *miss* Hibbs. Cuando Alejo y yo fuimos a Londres, se portó con toda la familia Adams como la señora que es, pese al dolor que le infligió esa criatura estúpida.

—Oh, doña Lily… No hable así de ella. Está muy enferma… Y sola… La muchacha que yo conocí no es la misma que la que conoció usted.

—Querida, los canallas, si además son asesinos, nos convierten en trapos sucios. Eso hizo Jarabo con Beryl y Marta, aunque en mi nuera, desde luego, ya había buena materia prima para convertirse en un trapo.

Elsa no pasó por alto el durísimo comentario de doña Lily sobre su nuera, pero quería conocer más detalles del asunto.

—¿Cómo recuperó Beryl el anillo?

—No quiero hablar más de esto. Si tiene usted ganas y fuerzas, pregúntele a Alejo. —Elsa estuvo a punto de soltar un exabrupto por primera vez en su vida—. Vámonos. Aurelio nos está esperando fuera con el coche. Y tómese una tila cuando lleguemos a casa. Lamento de veras haber sido tan brusca. No soy la persona más indicada para contar esta truculenta historia. Sólo Alejo y *miss* Hibbs conocen los detalles, aunque no sé cómo están las cosas entre ellos. Si puede, recupere la relación con *miss* Hibbs, querida.

Elsa pensó que sería muy difícil. Luego recordó la ironía con la que el conde se había referido a *miss* Hibbs la primera vez que se vieron.

—Doña Lily, perdóneme. Pero todo el tiempo sale el nombre de su ahijado en estos acontecimientos. No entiendo… ¿qué tiene que ver don Alejo con todo esto?

—Elsi, Marta era, y es, la mujer de mi hijo. Mi nuera, mal que me pese. Beryl fue el gran amor de Alejo.

Elsa no se desmayó de milagro. El manillar del cochecito le sirvió de asidero.

—Y, por cierto, otro asunto, *miss* Redfield, sé de sobra lo prudentes que son todas ustedes,

pero no hable de lo de Múnich ni en Manila ni en el club delante de *miss* Hibbs o de las otras *nannies*. Es otro favor que le pido.

Elsa se limitó a asentir. Se puso de pie mecánicamente y, como si fuera una marioneta y una mano invisible la guiara, empujó el coche de Jaime detrás de la duquesa hacia el paseo del Prado, donde les esperaba Aurelio.

UNA CONFESIÓN INDESEADA

Elsa no tuvo mucho tiempo para pensar ni para compadecerse de sí misma porque las prisas llegaron en su ayuda. Faltaban pocos días para que don Manuel y los otros caballeros marcharan a la reunión de Múnich. El habitualmente tranquilo palacete de los Peñalara se había convertido desde hacía unos meses en un lugar de ajetreo.

Además, desde el regreso de doña Lily de Atenas, no había tarde que a la duquesa no fueran a visitarla sus amigas, dispuestas a que les contara los detalles de la boda real en la capital griega, y, sobre todo, los cotilleos sobre los asistentes.

Como Franco había decidido no acudir al enlace, pese a que don Juan Carlos lo había intentado, envió al ministro de la Marina Felipe Abárzuza y Oliva, lo que en opinión de doña Lily fue una decisión acertada, porque el uniforme de almirante siempre daba una buena imagen del ejército español.

—Sí, fue lo mejor, queridas, que fuera un almirante. Y tendríais que haber visto la elegancia del uniforme del rey Pablo. Y doña Federica, esa mujer ha nacido para ser reina, desde luego. Iba de color beis, con una estola de visón y un tocado a juego con el vestido, con un collar y una cruz creo que de esmeraldas… Veréis, no es que nuestra reina Victoria Eugenia no fuera elegante… Iba de azul intenso, pero está, ¿cómo decirlo?, un poco obesa. Y el bolero que llevaba encima del vestido no sé si no le acentuaba ese pequeño defecto.

—Tana cuenta que se descalzó y metió los zapatos en una cómoda, ¿es verdad, Lily? —le preguntaban invariablemente todas sus amigas.

—Bueno, creo que sí. Desde luego, si Cayetana lo dice, será así. Sí, sí, también es verdad que bailó con don Juan Carlos. Pero debo deciros que, aparte de estos cotilleos que a todas nos encantan, había cosas más interesantes.

Los ojos violeta y en ese momento pícaros de la anfitriona se pararon en cada una de sus invitadas; las observaba con atención: eran todas acomodadas damas. Estaban tomando el té en el salón amarillo del ala de verano. Tras unos segundos de suspense, continuó:

—Lo que más me gustó fue la carroza, una copia de la que utilizó el zar Nicolás II de Rusia cuando visitó Francia y que los reyes griegos han restaurado para esta ocasión. Era de cuento de hadas, os lo aseguro. La misma Federica me contó que se había fabricado para la coronación de Enrique V, el conde de Chambord, ese que pudo ser el último Borbón en reinar en Francia. Creo que Federica lo considera todo un símbolo de lo que no debe pasar con don Juan Carlos. Fue emocionante…

Apenas terminaban las visitas a doña Lily, y Rosa y Eugenia aún estaban recogiendo el servicio de té, cuando comenzaban a llegar las visitas para don Manuel, que seguía viniendo

apresuradamente del banco a casa. Se detenía un momento a ver a su hijo y después aceleraba el paso en dirección a la biblioteca.

Esa misma tarde, Elsa tenía que pasarse por la biblioteca para entregar la traducción al alemán que le habían pedido.

Aun sin tener ideas políticas preestablecidas, salvo las de que el régimen de su país era el mejor, siempre y cuando se respetaran las tradiciones, no le había pasado desapercibido en absoluto el significado de los dos párrafos que había traducido. Los hombres que se iban a reunir en Múnich querían:

El establecimiento en España de Instituciones representativas y democráticas para garantizar que el Gobierno se apoya en el consentimiento de los ciudadanos.

Y la garantía efectiva de todos los derechos de la persona humana, especialmente de la libertad individual y de opinión, y la supresión de la censura gubernativa.

Lo más difícil de entender para Elsa, aparte de los términos políticos, había sido la expresión «persona humana». ¿Acaso había en España personas no humanas? Lamentablemente, no podía hablar del asunto con nadie. Su relación con Beryl estaba en punto muerto, aunque de todos modos, si no hubiera sido así, tampoco habría podido contarle nada, porque si *miss* Hibbs supiera que don Manuel le había pedido ese tipo de ayuda, le habría ordenado marcharse inmediatamente de Cerroalto.

Por las noches, en la soledad de su dormitorio, cuando dedicaba su tiempo a reflexionar y a intentar poner en orden los acontecimientos, se sublevaba. La asaltaba a menudo el sentimiento de que era una marioneta en manos del destino o de un grupo de personas que la estaban utilizando.

Tenía que ser muy Elsi para que la pragmática *miss* Redfield no hiciera aflorar el miedo y, con él, las miserias del alma, llevándola a pensar lo poco considerada que había sido Beryl Adams, la reacción egoísta de Beryl Hibbs y el comportamiento esquivo de doña Lily. Habían pasado varios días desde su paseo en el Botánico y no se había interesado en ningún momento por saber cómo estaban las cosas.

En medio de aquella confusión y sensación de abandono, la presencia del Conde Rojo ganaba terreno en su corazón pese a la aterradora herida que le había infligido saber que había estado enamorado de Beryl. Eso al menos era lo que había dicho la duquesa: que la señorita Adams había sido el amor de Alejo. ¿Cómo sabiendo esto permitía que el conde siguiera escalando puestos en su corazón luchando contra toda su capacidad de raciocinio? ¿Acaso era masoquista? Una vez, la señora Boisier le había dicho que, según Pascal, «el corazón tiene razones que la razón ignora». Lo dijo refiriéndose a su debilidad por un amigo de su marido y debía de ser la única cita de un sabio que la francesa conocía. Elsa la había archivado en los recovecos de su mente. Y ahora se acordaba de ella cada vez que se encontraba pensando en Alejo Campos.

En ese momento, con la carpeta con la traducción al alemán sobre el escritorio, se preguntaba si también don Manuel estaría utilizándola. Elsi frenó a *miss* Redfield: «Hay que ver, querida,

cómo te gusta hacerte la víctima por más práctica y fría que te creas».

Siguió dándole vueltas a sus cuitas. Para no cruzarse con ninguno de los invitados, tomó la resolución de salirle al paso a don Manuel. En cuanto sintió el ruido del coche y la voz de Aurelio, dejó al niño con Genia, cogió la carpeta y se dirigió al despacho del duque.

Oyó voces desde el comedor de gala y se paró. Don Manuel estaba discutiendo con alguien.

—Te digo que no vamos a incluir nada de los sindicatos. Es precipitado y peligroso. Además, Solís está en Asturias, a punto de llegar a un acuerdo con los mineros…

—Y yo te digo que la huelga se ha extendido ya demasiado y no va a firmarse nada. Sé muy bien cómo son los dirigentes de la Mina La Camocha. Si no queréis que la reunión de Múnich sea una patochada, tendréis que incluir algo de las reivindicaciones obreras. Los sindicatos y el partido son la única fuerza que trabaja en serio y se la juegan cada día. Hay otra vez detenidos a mansalva y la represión está siendo atroz…

Sin duda, era la voz del Conde Rojo. Le dolió el alma. No podía verle, le fallaban las fuerzas. Y no quiso oír más. Se estaba dando la vuelta cuando unas zancadas apresuradas la detuvieron.

—¿Adónde va, *miss* Redfield? ¿Cuánto ha escuchado y entendido de la conversación?

Don Alejo la alcanzó en la sala de billar y la sujetó por el brazo.

—No he oído nada —respondió la *nanny*.

—Ya veo que sabe mentir. No me importa que nos oiga, siempre terminamos discutiendo desde que Manuel escogió el mal camino político en la universidad.

—¿Y usted escogió el buen camino, señor Campos?

La *nanny* deseó haberse mordido la lengua a tiempo.

—¿Alguna vez podría llamarme por mi nombre? Me llamo Alejo, ¿sabe? Ya se lo dije.

—Lo sé muy bien. Y ahora, ¿puede dejar que me marche, por favor? —espetó Elsa como si fuera una orden mirando los dedos que le sujetaban el brazo.

Don Alejo hizo oídos sordos.

—¿Qué lleva usted en esa carpeta?

—No es de su incumbencia.

Campos se la arrebató y la abrió.

—Vaya, vaya… Un borrador para el comunicado en inglés y en alemán. Pero ¿qué ha subrayado aquí? ¿Persona humana?

Tras unos segundos leyendo los dos párrafos en inglés, don Alejo soltó una de sus frescas carcajadas.

—Ya, comprendo su sorpresa. Persona y humana. Elsa, es usted tan lista como siempre he sospechado. Ya ve, éste es el estilo de redactar que tienen las fuerzas vivas contra Franco…

—Déjala en paz, Alejo. Y dame esos folios ahora mismo. *Miss* Redfield, puede retirarse. Y tú, desaparece por donde quieras. Están a punto de llegar los demás y no creo que sea conveniente que te vean aquí después de lo que sucedió en la última reunión.

No habían oído llegar al duque.

—Olvidas que mi habitación está a dos pasos de aquí —soltó Campos de Sola, sin inmutarse en absoluto por el tono con el que había hablado su primo—. ¿Tienes miedo de que piensen que eres un confidente de los comunistas?

—Eres un idiota, Alejo. *Miss* Redfield, lléveselo de aquí ahora mismo. Y perdónenos, por favor.

—Más bien me la llevo yo a ella. ¡Que os vaya bien y que te diviertas en esa payasada de Múnich!

Elsa estaba desconcertada. Para no cruzarse con los invitados, a los que ya se les oía llegar por la salita imperio, Alejo giró con Elsa, aún sujetándola del brazo, atravesó el salón chaflán y la sacó por la escalera principal. Cruzaron el *hall* y subieron al ala de verano. Elsa se dejó llevar hasta el salón rojo.

—Adiós, señor Campos. Tengo mucho que hacer.

—Ya me imagino, por eso iba usted a entregarle su traducción a Manuel.

—Sí, precisamente por eso. No quería encontrarme con los señores de la reunión.

—¿Está segura de que no tiene nada que hablar conmigo? Sé que ha estado charlando con mi tía. ¿Sigue siendo usted una cobarde y aún no le ha dado el anillo a *miss* Hibbs?

A Elsa le flaquearon las piernas y sintió ganas de abofetear a aquel tipo. Era un canalla. Además de haber enamorado a Beryl y estar implicado en el asunto, aún no sabía cómo, se permitía insultarla llamándola cobarde. Elsa estuvo a punto de perder los estribos totalmente. Como si le leyera el pensamiento, el hombre le sujetó la otra mano. La tenía prisionera.

—No lo haga, Elsa. Puede que me lo merezca, pero usted luego no se lo perdonaría. ¿No podemos ser amigos? Esta casa también es la mía, soy amigo de su patrón y como otro hijo para mi tía. Ya sabe el dicho: los amigos de mis amigos lo son también míos.

—Dudo mucho que yo pueda ser amiga de alguien que ha engañado a mi querida Beryl Adams y que se ha visto envuelto en semejante asunto.

—¡Sorpresa! Sabe usted decir varias frases seguidas. Así que da usted por sentado que yo engañé a su Beryl y que poco menos la empujé a sus líos. Graciosa conclusión. ¿No se le ha ocurrido pensar que mi tía, Manuel y yo sabíamos que usted tiene cabeza? Claro que lo sabíamos. Yo lo supe incluso antes de que mi tía lo confirmara con *miss* Hibbs. Me lo contó la propia Beryl. No me mire así. Me ha oído bien. Hablo de vez en cuando con ella.

El suelo se abrió bajo los pies de Elsa. Se quedó clavada en el centro de la sala. ¿Cómo que hablaba con ella de vez en cuando? ¿Aún seguía habiendo algo entre ellos? Se sintió palidecer y las piernas le temblaron. Si era así, ¿por qué no le había dado el anillo a aquel hombre?

Campos de Sola pensó que tendría que sujetar a la *nanny* entre sus brazos, pues parecía a punto de caerse. La cogió suavemente de la cintura y la llevó hasta un saloncito cercano.

—¿Por qué en este puñetero palacete no hay ni un lugar donde uno pueda sentarse y charlar cómodamente como corresponde a una casa llena de secretos? —bromeó mientras obligaba a Elsa a sentarse en uno de los incómodos y antiguos divanes de la sala.

Allí estaban los dos, rodeados de muebles rococó, espejos y cortinas floreadas con guardamalletas.

—Tranquilícese, Elsi. —La joven no pudo evitar un cosquilleo en el estómago ante el diminutivo, pese a la violencia de sus sentimientos—. Soy su amigo, no su enemigo. Y le aseguro que la estimo. Sé perfectamente todo lo que pasaron ustedes durante la ocupación, cómo ha sido su infancia e incluso la historia de su hermano y *miss* Hibbs. Es todo más sencillo de lo que piensa. ¿Tiene tiempo? ¿Quiere que se lo cuente? —preguntó Campos mirándola de frente y profundamente a los ojos mientras apoyaba un codo sobre el velador que había frente a ambos.

Elsa se quedó en silencio, sostuvo su mirada y valoró el ofrecimiento. Necesitaba el apoyo de alguien. Del semblante del Conde Rojo había desaparecido todo rastro de cinismo y su voz era

seria y cálida.

—Por favor, cuéntemelo todo. Pero retire ese codo del velador. El tablero es de malaquita, una joya —respondió con una voz que consiguió que sonara normal.

Don Alejo se rio. La cogió del brazo y la obligó a ponerse en pie.

—Vayamos a un sitio cómodo y recogido de este siniestro palacete donde podamos hablar. ¿Jaime está con Genia?

—Sí, está dormido. Y doña Lily se ha marchado con doña Terelu al Teatro Real.

—Iremos al pabellón. Mi madrina se cargó el jardín cuando mandó construirlo nada más llegar aquí, pero es el único sitio civilizado de esta casa donde uno se siente en el siglo XIX.

Era la primera vez que Elsa oía a Campos de Sola llamar madrina a la duquesa. Y lo había hecho con un tono entrañable.

Atravesaron el jardín. Don Alejo abrió la puerta del pabellón, que estaba en un rincón. A Elsa no le gustaba mucho por el aire pretencioso que le daba el templete que lo coronaba y porque quitaba espacio al jardín. Le parecía incluso anacrónico.

Era la primera vez que entraba allí. Siempre había pensado que estaba lleno de aperos y trastos para el jardín, pues había visto a Aurelio y al jardinero salir de él con útiles de jardinería.

El lugar olía a cerrado y a humedad. Hacía frío, pese a lo avanzado de la primavera. Las ventanas estaban cerradas con contraventanas y el Conde Rojo encendió algunas luces.

—Bienvenida a la guarida de los piratas de Beaumont —dijo Alejo, inclinándose y llevándose una mano al corazón mientras con la otra simulaba quitarse un gran sombrero—. Tía Lily construyó este pabellón durante el primer año que estuvimos en Londres. Echábamos mucho de menos todo esto; Manuel más que yo. Ha tenido la suerte de estar enmadrado. Claro que si tía Lily hubiera sido mi madre, yo también lo habría estado. La mía era un ser peculiar, siempre han dicho que estaba un tanto trastornada.

—¿Era? —murmuró Elsa—. No sabía que su madre hubiera muerto.

—Señorita —dijo con tono irónico—, mamá no ha muerto, pero ha desaparecido con un rico italiano que no tiene nada de aristócrata. No soportaba a mi abuela ni la enfermedad de mi padre. Imagínese el escándalo, *miss* Redfield. La hija de un protomártir, fusilado por los rojos, fugada con un italiano que seguro que es un mafioso, según dicen. Hace años que no sabemos nada de ella y, por mi parte, entiendo que se haya largado. ¿De verdad que las *nannies* no le han contado nada de esto? ¿Son ustedes tan hipócritas como las gentes a las que sirven?

—Si me va a insultar, me voy inmediatamente.

—Perdóneme, no se vaya. No puedo evitar que me salga el lado panfletario, lo reconozco.

—¿No iba usted a hablarme de Beryl? —le recordó Elsa mientras se acomodaba en uno de los dos sillones que había junto a la chimenea—. ¿Tiene cerillas?

—¿No me diga que fuma?

—No. Es para prender la chimenea.

—Ahora mismo. Además, aquí huele a humedad —asintió don Alejo.

Campos de Sola encendió el fuego. El papel y las astillas prendieron rápidamente, extendiendo una bocanada de humo por la estancia. Pronto se oyó cómo crepitaban los primeros leños de pino. Alejo sirvió un par de copas. Elsa estaba a gusto: una chimenea con un buen fuego

siempre le relajaba el alma. Sin decir palabra, miró a su interlocutor, acomodado en el otro sillón, frente a ella, y se dispuso a escuchar.

—Muy bien, *miss* Redfield. Le voy a contar la parte de la historia que sé que la atormenta. Prométame que me va a escuchar sin interrupciones.

—Le aseguro que no le voy a interrumpir.

—Buena chica —añadió con una sonrisa cariñosa.

Alejo comenzó a hablar con un tono de narrador de viejas historias que a Elsa le recordó los tiempos de la ocupación cuando, de pequeña, Beryl le leía ante la vieja chimenea de casa y ella dominaba el miedo a duras penas, pensando en los tanques de fuera.

Ahora también tenía miedo, pero era diferente. Estaba fascinada y hasta agradecida ante el hecho de que fuera Alejo quien le revelara lo que tanto ansiaba saber. Le miró a los ojos.

—Manuel y yo regresamos de Beaumont College dispuestos a comernos España, que era un país gris, atrasado y con un dictador que nos avergonzaba, sobre todo porque nuestras familias eran partidarias de Franco en mayor o menor grado. La mía más, la de Manuel, aún depende de si el caudillo elige a Juan Carlos como futuro rey o no. A mí ese asunto me da igual. Ni dictadura ni monarquía. No se inquiete, no voy a empezar ahora con la política.

»Nuestra forma de protestar y de ser contestatarios contra todo lo que nuestros padres representaban fue salir de juerga. Queríamos romper moldes. El alcohol y algunas drogas que habíamos conocido en Londres nos divertían. ¿Cree que podrá escuchar este tipo de cosas? No sé si sus tiernos oídos están preparados.

Elsa ni se molestó en responder, simplemente le miró inquisitivamente.

—Está bien. No me mire así, no hable. Quédese ahí sentadita. El fuego le ilumina las pecas y está usted guapísima.

—Si sigue por ese camino, me voy —advirtió Elsa. E hizo ademán de levantarse.

—De acuerdo, no seguiré por ese camino, pero baje la guardia, que no la voy a violar, y ya sé que a estas alturas se muere por que se lo cuente todo. Me cuesta hablar de ello —dijo Campos en un susurro casi conmovedor—. Y si ironizo es para quitar trascendencia al asunto, ¿lo entiende? Sigamos.

»Por supuesto, a todo lo anterior se sumaron las mujeres. A la mayoría las habíamos conocido en Londres, a través de compañeros que también estudiaban en el Beaumont. A Marta la conocimos por su hermano Iván, que era amigo mío. Su familia es argentina, riquísima. El padre, un tirano y la madre, una afrancesada loca por Europa. La señora, porteña por más señas, quería que sus hijos se educaran en Inglaterra. Allí tienen una magnífica casa en Londres, en pleno Kensington. Y después conocimos a las amigas de Marta, entre ellas, a Beryl Adams.

»Los fines de semana lo pasábamos de miedo. Siempre había alguna casa en la que se organizaba un guateque con música *rock*, *pippermint* y vodka con naranja. Yo preparaba unos Dry Martini de muerte.

»El caso es que cuando regresamos a Madrid, toda la grisura del país se nos cayó encima. Nuestras familias querían que fuéramos a la universidad y que estudiáramos derecho y económicas. Un horror, vamos. Así que antes de convertirnos en universitarios, decidimos quemar el verano. La hermana de uno de nuestros amigos ingleses nos habló de un magnífico pueblecito de pescadores, blanco y maravilloso en la Costa del Sol. Se llamaba Marbella. Un príncipe alemán, Alfonso de Hohenlohe, estaba levantando un imperio allí, el Marbella Club, y

una urbanización de lujo, Puente Romano.

»A los Hohenlohe les conocíamos desde nuestra infancia. Mi madre incluso está emparentada con ellos y una parte de mi familia fue accionista de Puente Romano. Aquel nido de impresentables ricachones que era Marbella y que nosotros despreciábamos se había puesto de moda entre las chicas más modernas, las que nos gustaban a nosotros.

»Ni cortos ni perezosos pusimos rumbo a Marbella. A una casita maravillosa de ultralujo que tenía el padre de Manuel, ya se puede usted imaginar con quién la disfrutaba, porque Lily jamás puso un pie allí, e invitamos a nuestra pandilla de Londres.

»Puede usted suponer el *glamour* que ejercen apellidos como Hohenlohe, Von Bismarck, Mora y Aragón o Alba entre las chicas, sobre todo en el caso de Marta y Beryl, ambas de buenas familias, pero no precisamente aristocráticas.

»En Marbella, tras muchas parrandas y noches locas en los yates de los personajes más renombrados de Europa, recuerde que Manuel y yo también tenemos apellidos rimbombantes y títulos sonoros, al final, al cabo de tres semanas, sólo quedábamos Marta, Manuel, Beryl y yo.

»Manuel y yo estábamos enamorados como dos imbéciles de aquellas dos rubias, mucho más liberadas que este par de papanatas que usted ha conocido en esta casa. Y en Marbella se desataron aún más. Beryl era un par de años mayor que nosotros y creo que ya se había acostado con Iván, el hermano de Marta, y con unos cuantos más. Cada día montaban alguna y nosotros las seguíamos como unos pipiolos que descubríamos la bohemia y el amor libre.

»Yo estaba loco por Beryl, que, por supuesto, nunca me dijo que estaba prometida y que se casaba ese otoño con un francés, otro pipiolo pero más viejo que yo. Estaba forrado, pero por apellidos le ganaba yo. Creo que la sangre azul estuvo a punto de inclinar la balanza de mi parte, *miss* Redfield.

Elsa abrió la boca para protestar y defender a Beryl, pero un gesto de Campos la detuvo.

—A mediados de verano, y cuando Alfonso de Hohenlohe ya había logrado que Gunilla von Bismarck, el Aga Khan, Ava Gardner y no sé cuántas celebridades más se pasearan por Marbella y abrieran las revistas del corazón, en una fiesta nos presentaron a un tipo que parecía el Rodolfo Valentino de la época. Se llamaba José María de la Cruz Jarabo Pérez-Morris. Decían que era guapo. Planta sí que tenía. Mire usted por dónde, su madre era conocida de nuestras familias e incluso había sido amiga de juventud de tía Lily. Ahora la señora estaba en Puerto Rico, desde donde le mandaba dinero religiosamente a su hijo, además de pagarle un magnífico chalet en Arturo Soria.

»Jarabo era un tío divertidísimo, siempre dispuesto a la jarana. Tiraba de cocaína que era un gusto y mezclaba con alcohol unas pastillas maravillosas que, según él, sólo se podían comprar en España. Nos poníamos hasta las cejas y, aunque era mayor que nosotros —pasaba de los treinta ampliamente—, siempre se nos arrimaba. Decía que los amigos de Hohenlohe eran demasiado esnobs, pobres niños ricos, mientras que a nosotros se nos notaba que teníamos intereses intelectuales. Fíjese si éramos ingenuos que nosotros nos lo creíamos.

»Jarabo había estudiado en los mejores colegios. Primero en El Pilar de Madrid y después, cuando nada más acabar la guerra su familia se fue a Puerto Rico, en colegios estadounidenses. Con Marta y con Beryl hablaba en inglés, tenía acento yanqui. Era buen conversador. Cada noche nos traía a una amiga diferente y eso nos daba morbo a todos. Hubo un día en que propuso una cama redonda para los seis: su nueva amiga, él y nosotros cuatro.

Elsa protestó.

—Por favor, es usted insoportable. Ni hablando de temas así puede…

Alejo no la dejó continuar.

—No se levante, *miss* Redfield, no tengo intención de entrar en detalles, pero le aseguro que algunas partes escabrosas son imprescindibles.

»Al principio, Manuel y yo nos resistimos al *ménage* a seis. Era obvio que él salía ganando, puesto que la chica de esa noche era ya madurita y estaba trabajada, parecía una putilla de lujo. Beryl y Marta, sin embargo, estaban en su plenitud y tenían clase. Y Manuel y yo estábamos enamorados de ellas como idiotas. Especialmente yo de Beryl. Me volvían loco aquel cuerpo y aquella piel algo pecosa, como la suya.

—Me voy…

—¡Joder, *miss* Redfield, no sea tan puritana! Me ha prometido que estaría callada. Además, en Norland les enseñan a ser *nannies*, pero no monjas, ¿no?

Arrellanada en el sillón, Elsa le clavó sus ojos verdes. Permanecía rígida y fría como una estatua. Campos continuó.

—Estábamos en la discoteca de Puente Romano, uno de los lugares más chics del mundo donde, además de correr el alcohol, corría de todo. Esa noche, Jarabo se encargó de que no faltara nada. No sé cómo fue la cosa, pero el caso es que terminamos todos en su habitación, una *suite* magnífica que daba a la piscina del hotel. Íbamos muy borrachos. Yo me espabilé cuando en un momento dado vi cómo Beryl hacía el amor con aquel tipo, que, por cierto, estaba más que bien dotado sexualmente. Hasta los policías lo confirmaron años después. Creo que nunca he superado esa visión. Manuel soltó a Marta y a la otra chica, y Marta también vio a Jarabo y a Beryl. Una coyunda perfecta que Beryl disfrutaba mientras nos miraba. Manuel y yo hicimos el ridículo. Sin mediar palabra, buscamos como pudimos nuestra ropa y, humillados, nos fuimos con el rabo entre las piernas, y nunca mejor dicho. Le aseguro que es una expresión muy española.

»Sí, ya lo sé. Eso es lo que usted quiere hacer ahora mismo: marcharse. Pero se irá sin saberlo todo. Queda ya poco, se lo aseguro.

—¿Es necesario que sea usted tan desagradable, obsceno y gráfico? —preguntó Elsa—. Y no, no soy ninguna monja. Sin embargo, usted parece un maníaco.

Alejo continuó sin hacer caso a las palabras de la *nanny*.

—Como le decía, Manuel y yo nos fuimos de allí absolutamente humillados. Pero Manuel, al día siguiente, recompuso su relación con Marta. Estaba muy enamorado de ella, y según nos contó Marta, ella se marchó inmediatamente después de nosotros. No sé si sería cierto, pero Manuel, que estaba encoñado, la creyó. Yo, sin embargo, no pude seguir con Beryl. Los hombres somos así. Y, además, Beryl se quedó enganchada a Jarabo todo el verano.

»Me volví a Madrid, a matar mi desesperación en las terrazas de la Castellana y de El Pardo. Cada madrugada terminaba borracho como una cuba. Beryl volvió a Inglaterra, y Marta y Manuel se instalaron en una larga relación que, con sus tiras y aflojas y pese a las presiones de tía Lily, terminó en boda con la ayuda de los padres de Marta, que le compraron un apartamento en la Castellana para que se quedara aquí. Cuando se comprometieron formalmente con una pedida de mano que se celebró en este palacete, hubo un baile y un banquete que hicieron historia. Y eso que a tía Lily no le gustaba nada que su hijo se casara con aquella argentina, por

mucho dinero que tuviera.

»En Madrid somos pocos los que pertenecemos a esta clase social, de la que yo reniego, es cierto lo que dice Manuel. Frecuentamos los mismos clubes y locales y a tía Lily enseguida sus amigas le fueron con el cuento de los escándalos y los descoques de Marta y también de cómo Manuel le seguía el juego. Yo me arrastraba todas las noches por Parsifal o Pasapoga, dependiendo de la compañía. De madrugada conocí a intelectuales, escritores y poetas en algunos cafés de mala vida. Y en la universidad, un grupo político contactó conmigo a través de un amigo.

»Supongo que el hecho de querer olvidarme de Beryl y Jarabo me ayudó a interesarme por la política… Por Dios, *miss* Redfield, ríase en algún momento. Lo que le estoy diciendo es tan cómico como cierto: por el miembro descomunal de un hombre terminé haciéndome rojo para disgusto de toda mi familia.

Elsa no abrió la boca. Simplemente se limitó a menear la cabeza, dándole por perdido. ¿Cómo era posible que la fascinara aquel tipo si representaba todo lo que le desagradaba?

—Cuando Marta y Manuel volvieron del viaje de novios —retomó el hilo Alejo—, trajeron novedades de todo tipo. Nos instalábamos a menudo en el salón árabe y fumábamos el opio que sabe Dios dónde conseguía Marta. Me contó que Beryl, mi amada y nunca olvidada Beryl, se había casado con el francés bobo y rico, pero que seguía haciendo escapadas a España para encontrarse con su amante. Creo que Marta estaba celosa de Beryl.

»Yo me había topado con Jarabo unas cuantas veces por la noche. Ya le he dicho antes que no somos muchos y que siempre frecuentamos los mismos lugares. Jarabo parecía cada vez más desmadrado e iba con las peores compañías. Seguía gastando dinero a manos llenas. Luego nos enteramos de que cuando volvió aquí de Puerto Rico, su madre le había dado una fortuna, diez o quince millones de pesetas, que se fundió en un par de años. Un dineral. Tenía familiares muy poderosos, altos cargos de la justicia que yo dudo que le ampararan pero que él aprovechaba para relacionarse. Fue uno de los primeros en introducir la cocaína en España, en nuestro círculo, y repartirla a buen precio.

»Unas veces me decían que era de la Social, la policía política de Franco que nos espía y persigue; otras, que era uno de los nuestros, pero infiltrado como soplón entre la pasma. Todos le teníamos cierta envidia; yo, desde luego, tenía mis razones. Las mujeres se lo rifaban y no sólo por su virilidad. Era un tipo elegante, siempre vestido con unos trajes de un corte impecable.

»Cuando nos encontrábamos en algún antro de moda, siempre me saludaba amablemente e incluso a veces quería invitarme a una copa, algo que yo no podía soportar. Unos años después todo cambió: se quedó sin un duro, entre otras cosas porque su madre no le enviaba ya dinero desde Puerto Rico y sus familiares de aquí no querían saber nada de él. Ya le habían tenido que pagar en más de una ocasión la fianza para sacarle de la cárcel tras una noche de borrachera o de pelea por defender a alguna dama.

»En fin, que cuando Marta me dijo un día que Beryl se iba a instalar varios días en el chalet de Arturo Soria con Jarabo, engañando a su marido con mil artimañas, se me cayó el alma a los pies. Marta también me contó, no sin cierto morbo, que siempre que Beryl venía, traía su buena suma de francos para mantener a José María. Lo que Marta nunca me contó era la cantidad de damas de esta supuesta alta sociedad que pasaban por ese chalet.

»Yo seguí con mi vida, bastante entregado a la política. Entré y salí de la cárcel durante unos

meses, y en una de esas salidas, de las que siempre me salvaba gracias a la influencia todopoderosa de mi tío el general, amigo del mismísimo caudillo, Manuel me dijo que celebraríamos que ya no estaba en la prisión con una fiesta aquí, en Cerroalto. Por aquel entonces, yo estaba enamorado otra vez. Mi novia era una poeta con la que acabé viviendo, a pesar de que era anarquista. Nos habíamos conocido en un encuentro clandestino, peleando por tirar panfletos a ciclostil en una imprenta secreta. Ella imprimía para la FAI y yo para el PCE.

»La fiesta fue un éxito. Vinieron los amigos más cercanos, la poeta, por supuesto, y muchos otros conocidos. No cabía la gente. Se llenó el salón de baile, la sala de billar y el salón chaflán. Y entre todas aquellas gentes que me abrazaban, todas mezcladas, comunistas con socialistas del FLP, democristianos y monárquicos, la vi de lejos. Bueno, más bien la adiviné. Allí estaba Beryl, rubia, alta, despampanante. Me di cuenta de que nunca la olvidaría. Y a grandes rasgos, querida *miss* Redfield, ésta es mi historia con su amiga la señorita Adams.

»Tuvieron que pasar muchos otros acontecimientos, aún recientes y todavía con las heridas sin cerrar, para que tía Lily y yo nos enteráramos de que Beryl había sido criada por otra Beryl a la que debía el nombre. Se trataba de una *nanny* maravillosa, de nombre Beryl Hibbs, que trabajaba en Londres con una familia amiga de todos nosotros, los Salas. Tía Lily dice que todo fue gracias a Dios, porque para entonces el nombre de Beryl ya estaba en todos los periódicos unido al de José María Jarabo. No lo pude evitar. Cuando ocurrió el crimen era pleno mes de julio y yo estaba perdido por Ibiza. Pero Manuel y Lily sí que pudieron silenciar el nombre de Marta en la prensa, al igual que el de otras muchas mujeres, jóvenes y maduras, con las que ahora usted se cruza por el Club Puerta de Hierro que acudían como locas a la casa de Arturo Soria a ver a Jarabo, o mejor, a ver lo que Jarabo tenía y que no le voy a repetir para que no se enfade.

»Por hoy no le cuento más. Sólo le digo que fue la propia Beryl quien me llamó, ya muy enferma, para decirme que, casualidades de la vida, usted venía a trabajar a esta casa y traía algo que debe entregar a *miss* Hibbs y que yo vi hace media docena de años. Y colorín colorado, querida señorita Redfield, o mejor, Elsa, esta historia se ha terminado hasta que usted se atreva a finiquitarla con *miss* Hibbs. ¿A qué espera?

Campos de Sola se había puesto de pie y miraba el rescoldo de la lumbre. Unas pocas ascuas aún daban calor, pero no iluminaban ya el rostro de Elsa. Tras unos segundos de sorpresa, levantó la cabeza.

—Pero no me ha contado qué sucedió con el anillo de mi amiga.

—No. Sabe lo que debe saber. Usted conoció a Beryl de niña, no se meta en más líos. Ella dice que usted siempre la quiso y que por eso la llamó y le dio el anillo. No me deja ir a verla. Está profundamente arrepentida de todo lo que le ha hecho a su marido, a *miss* Hibbs y a su familia. No puede pisar España, pero no quiere morir sin el perdón de su *nanny*, que es como su madre. Más que su madre. Yo lo veo difícil. Beryl rompió todo lo que *miss* Hibbs construyó. Debería darle el anillo a *miss* Hibbs cuanto antes. Seguro que se ha convertido en una pesadilla para usted, ¿no es cierto?

El conde se inclinó hacia delante y le estrechó las manos. Elsa estuvo a punto de devolverle el apretón, de acariciárselas y de contarle que *miss* Hibbs no le hablaba, que el anillo seguía en el escritorio de su habitación y que saber que lo tenía se le hacía más insoportable cada día. Se reprimió para no rogarle que continuara hablando, que le dijera si amaba aún a Beryl.

Elsa había esperado que *miss* Hibbs reaccionara y pudieran volver a abordar el asunto, pero ésta sólo le dirigía la palabra lo imprescindible cada vez que se veían en Puerta de Hierro. Todo aquello era una locura y en ese momento, por primera vez en mucho tiempo, Elsa sintió que las manos de Alejo le resultaban reconfortantes. Eran una caricia.

No estaba acostumbrada a los gestos de cariño. Desde que murió su hermano, no había recibido mucho: su madre, que nunca había sido una persona especialmente afectuosa, se convirtió en un ser triste. Y en Norland nadie se tocaba. Mejor dicho: los ingleses no tenían la costumbre de tocarse, no como en España, donde la gente se rozaba continuamente. Cada vez que Genia hacía algo bien y la felicitaba, la doncella intentaba cogerle la mano en muestra de agradecimiento, pero ella retiraba las suyas como si quemaran. No entendía la necesidad de los españoles de tocarse todo el tiempo. Sin embargo, en ese momento lo entendió: cuando las fuertes manos del Conde Rojo pasaron de sujetar las suyas a acariciárselas.

No tuvo tiempo de pensar. Alejo la cogió de una mano, y sin esperar respuesta, se inclinó hacia ella y la besó en la frente.

—Voy a ver qué hay en la cocina. Una copa de vino nos vendrá bien a los dos.

—Disculpe, pero yo no bebo.

—Me temo que hoy ambos necesitamos beber una copa y alguna vez tiene que ser la primera —dijo mientras su enorme estatura se perdía en la pequeña puerta que se dirigía a la cocina—. Creo que Manuel sigue viniendo aquí por las noches. A estar solo y compadecerse de sí mismo, estoy seguro. Hay una botella de Vega Sicilia.

Descorchó la botella, olió el vino y sirvió un par de copas. Le dio una a Elsa, que miraba absorta el fuego.

—¿Podría usted dejar de lado un rato la ironía?

—Creía que era usted muy británica y que le gustaba el humor.

—Me temo que su sentido del humor, señor Campos, no es muy británico.

—Es una lástima que usted no lo aprecie. Le aseguro que en Beaumont College arrasaba.

—Será que yo no fui a Beaumont, señor. ¿Podría contarme exactamente qué sucedió con el anillo después de todo lo que pasó?

Alejo se volvió a sentar enfrente de ella, al pie del fuego, y acercó el sillón. Si estiraba la mano, podía tocarla.

—Supongo que habrá ido recomponiendo el rompecabezas a retazos con lo que le han contado, ¿no?

—Desde luego. Y no sabe usted lo que me ha costado. Por alguna razón que ignoro, todo el mundo daba por hecho que yo conocía la historia. Ha sido espantoso.

—Lo suponía por lo que me ha contado tía Lily. —Sonrió y se inclinó hacia ella con la copa en la mano—. Habían empeñado la joya. Les dieron una miseria y tuvieron que tragar. Después, Jarabo intentó recuperar el anillo a petición de Beryl. Su marido había venido a buscarla a Madrid. Beryl estaba completamente enamorada de aquel tipo. Y, al parecer, Jarabo de ella. Dicen que fue la única mujer a la que amó, lo cual no sé si es un buen detalle para con nuestra querida amiga.

»Beryl terminó regresando con su marido después de que éste le perdonara más o menos todos los líos en los que estaba metida y las cosas funcionaron un tiempo. Pero ella y Jarabo siguieron escribiéndose y pensaban reencontrarse de nuevo. Un día, el marido le dijo a Beryl que

por qué no se ponía el anillo de brillantes más a menudo. Supongo que ella le contaría que lo había perdido o que no sabía dónde estaba, pero el cornudo complaciente no estaba dispuesto a seguir siéndolo. Estaba claro que sospechaba algo.

—¿No podría usted ser menos brusco con su lenguaje?

—Elsa, creía que ya me conocía un poco. Mi crudeza es sólo una forma de desdramatizar todo esto. No me interrumpa o se quedará sin saber cómo llegó el anillo de nuevo a manos de la niña bonita de *miss* Hibbs.

—No es la niña bonita de *miss* Hibbs. Beryl es una de las mejores *nannies* que hay y crio a esa niña, la primera de la que se hizo cargo nada más nacer, con todo el amor del mundo. Usted no puede entender esas cosas.

—Claro que las entiendo. Por Dios, calle un rato y escúcheme. Pensaba que ustedes, las niñeras, estaban mejor entrenadas para mantenerse en silencio. —Elsa estuvo a punto de intervenir de nuevo, pero se contuvo a tiempo—. Beryl escribió a Jarabo y le contó el aprieto en el que estaba. Y por lo que yo sé de primera mano, el tipo intentó desempeñar el anillo, pero le dijeron que tenía que ir con ella en persona, una treta para pedirle más dinero del que les habían dado por la joya. Jarabo volvió con una carta en la que Beryl se lo pedía, pero no hubo manera. Creo que fue entonces cuando Beryl me envió una carta urgente y un telegrama al día siguiente para pedirme que rescatara el anillo o toda su vida se vendría abajo. Fui a Jusfer, la casa de empeños, hablé con aquellos dos elementos, lamento que luego les asesinaran, pero no eran trigo limpio tampoco, y me pidieron un dineral por el anillo. Les pregunté si me lo darían sin ningún problema si llevaba esa cantidad al día siguiente. Y así lo hicieron. Volví con el dinero, pese a la cara que puso mi asesor en el banco cuando se lo pedí en efectivo, y salí de la casa de empeños de Sáinz de Baranda con ese estuche que usted tiene guardado no sé dónde. ¿Sigue siendo azul la cajita de terciopelo?

Elsa asintió.

—No tardé ni dos días en hacérselo llegar a Beryl. Lo que no se me ocurrió, ni siquiera se me pasó por la cabeza, fue buscar a Jarabo.

»Ese verano yo tenía muchas cosas en la cabeza: problemas políticos y personales. Aunque estaba enamorado de la poeta, entre mis compañeros comunistas estaba mal visto que viviera con una anarquista, partidaria incluso de la violencia. Además, tenía discusiones con la cúpula del partido, ya que en Francia no se enteraban de lo que pasaba aquí. Cuando el 21 de julio, nunca se me olvidará la fecha, tuve noticia del crimen, comprendí que se nos había ido el asunto de las manos. A Jarabo no le importaba Beryl, y mucho menos salvar su matrimonio. A él lo único que le importaba era conseguir el anillo para seguir manteniendo sus vicios.

—Y cuatro personas inocentes murieron por nada —apuntó Elsa.

—Exacto. Me quedé paralizado. Los asesinatos fueron brutales. En fin, no quiero entrar más en eso, porque todavía hoy cuando lo pienso me dan ganas de vomitar. Los periódicos hicieron su julio y su agosto, nunca mejor dicho, con la historia. Y vivieron todo un año de ese drama, con especulaciones sin fin, hasta que se celebró el juicio al año siguiente. Al juicio acudieron, por supuesto, las señoras con las que usted se cruza habitualmente y que habían pasado por la cama de Jarabo, igual que Marta y Beryl. Pero eso no salió en la prensa, porque las familias del régimen eran lo suficientemente poderosas como para borrar todas las pistas. Bastante tenían ya con que el asesino fuera de una familia pudiente, un caballero.

»Durante el juicio, y no me pregunte de dónde sacó el dinero, Jarabo estrenó un traje diferente cada día. Marta no se perdió ni una sola sesión de esos cinco días, para desesperación de tía Lily. Manuel se enteró mucho más tarde.

—¿Cómo vivió Beryl todo esto desde Lyon?

—No lo sé. No volvimos a hablar hasta que me avisó de que usted venía a Madrid y traía el anillo. En su día, Beryl debía de estar desesperada para meter a *miss* Hibbs en el lío. Tía Lily y yo nos fuimos a Londres a ver a *miss* Hibbs y a los Adams. De lo que sucedió entre *miss* Hibbs y tía Lily no he querido saber nunca nada, pero me lo imagino. En esta casa, además, había que torear el toro de Marta, que estaba como loca con esta historia y odiaba a su suegra a muerte. Del chalet de Arturo Soria la policía recuperó dos maravillosas litofanías, grabadas en porcelana. Estaban justamente en la habitación de Jarabo, una en cada mesilla. Eran de un gran valor y pertenecían a la herencia familiar de tía Lily. Afortunadamente, un alto cargo del gobierno la avisó porque las había visto encendidas con las velas en el comedor de gala de esta casa hacía unos años. Ésa fue la prueba que tía Lily mostró a Manuel para que supiera que había sido Marta quien las había tomado «prestadas» para el chalecito de Jarabo. Sin duda, todos tenían buen gusto. Hasta aquí, lo que yo sé. Ya tiene el rompecabezas bastante completo. ¿Por qué no le devuelve ese maldito anillo a *miss* Hibbs?

—¿Y cómo sabe que no lo he hecho ya? —susurró Elsa con un hilo de voz y sin apartar la mirada del fuego.

—Porque tiene ojeras, porque ha adelgazado, porque sus maravillosas pecas están pálidas y sus traviesos ojos verdes, esos que casi nunca deja reír y que yo me esfuerzo para que chispeen, están apagados. ¿Sigo?

Elsa se tapó la cara con las manos y comenzó a sollozar. Alejo se sorprendió. Eran unos sollozos profundos, silenciosos, ahogados. El esfuerzo de la *nanny* por no hacer ruido era tal que sus hombros se convulsionaron y su cuerpo se agitó como si fuera una hoja y un vendaval estuviera soplándola. El conde se arrodilló a sus pies y la abrazó, prácticamente cobijada en su chaqueta.

—No llore, por favor, Elsi. Me desarma. Prefiero que me conteste mal. Hemos sido todos unos egoístas cargándola con esta historia. Ya estaba aparcada en nuestras vidas, pero usted ha vuelto con el maldito anillo y el recuerdo de Beryl… Perdónenos.

Mientras le hablaba, le acariciaba el pelo, que llevaba recogido en una coleta. La lumbre de la chimenea le había dejado la oreja caliente y Alejo la rozó con sus dedos, pequeña y perfecta, cuyo lóbulo se remataba con un diminuto pendiente en el que estaba engarzada una igualmente diminuta esmeralda.

—Sus pendientes son del color de sus ojos…

—E igual de redondos —hipó Elsa. Alejo se rio con una carcajada. Rodeó la cara de Elsa entre sus manos y la miró de cerca.

—Es la primera vez que hace usted una broma. Es humana. Me alegro tanto…

—Y yo lo siento tanto… Perdóneme, se lo ruego. Nunca había dado este espectáculo.

—Estoy seguro, pero es que nunca había estado usted metida en una historia con cuatro asesinatos de por medio y un asesino que es amante de su amiga y de una de las señoras de esta casa. —Sacó un pañuelo del bolsillo y se lo tendió—. Tenga, suénese y límpiese esas lágrimas. Me pierden las mujeres que lloran, sólo pienso en hacerles el amor en cuanto gimotean.

—Es usted incorregible —dijo Elsa, pero lo hizo con una sonrisa en la cara y mirándole a los ojos.

—No hay que tomarse la vida tan en serio y cuanto mayor es el drama, mejor desdramatizarlo. ¿No ha oído usted hablar del humor negro español? Es fantástico. ¿Se encuentra mejor? Dé un sorbo de vino, apenas lo ha probado.

—Gracias. Supongo que sí, que la tensión de las últimas semanas ha podido conmigo. En cuanto a lo que me preguntaba, es verdad, el anillo sigue en mi dormitorio. Hablé con *miss* Hibbs, pero huyó despavorida. Ahora, su frialdad conmigo es manifiesta. Yo sé que me quiere como a una hija y se le pasará. Pero Beryl era también su niña y creo que *miss* Hibss piensa que ha fracasado, que tiene parte de culpa en todo lo que ha sucedido.

Alejo estaba sentado a los pies de Elsa. La miraba de forma extraña, con una sonrisa de la que había desaparecido el rictus irónico y con los ojos de miel y canela brillantes, envolventes. Apoyó su gran mano en la mejilla de la joven en un gesto protector cuando ella le devolvió el pañuelo.

—Creo que se lo he llenado de lágrimas y algo más…

—En español se dice «mocos». ¿Por qué no se relaja? ¿Es que en Norland no les enseñan a bajar la guardia en algún momento?

—No cuando estamos trabajando.

—Pero ahora no está usted trabajando.

—Sí que lo estoy. Mientras esté en este palacete, quitando mis dependencias o fuera de mis horas, estoy trabajando.

—¿Y cuáles son sus horas de trabajo?

—Las veinticuatro horas del día, excepto los jueves, que libramos. Una *nanny* siempre está trabajando.

—Es una lástima, Elsa, porque es usted una mujer interesante, atractiva, con personalidad, y yo me muero por besarla y lo voy a hacer en este momento. Así que como está trabajando y yo soy uno de los señores de esta casa que le da trabajo, le ordeno que no se mueva… —murmuró Alejo cuando ya estaba sobre los labios de Elsa, suaves, carnosos, con sabor a la sal de las lágrimas. La besó despacio, mordiéndole suavemente el labio de abajo y luego el de arriba, abriéndoselos con la lengua y sin dejar de hablarle—: No se mueva, que sabe a lágrimas y vino y está usted trabajando…

Aunque hubiera querido, Elsa no habría podido moverse. Alejo le sujetaba la cara entre sus enormes manos con una ternura infinita y, tras investigar en su boca, siguió con sus ojos verdes entornados, en donde besó también las lágrimas que quedaban.

Por fin, Elsa pudo echar la cabeza hacia atrás.

—Por favor… —susurró.

—Pero ¿por qué se ha movido? No he hecho nada más que limpiarle las lágrimas. Es usted una desagradecida. Le limpio las lágrimas de los labios, después las de los ojos y ahora le iba a quitar las de la nariz y usted no me deja…

—Es usted incorregible…

—Y tú imposible. Me llamo Alejjjjjo, repítelo. Dilo bajito, por favor, con esa jota desastrosa…

—Alejjjjo… Vámonos. Tengo muchas cosas que hacer todavía.

Con la rapidez de una gacela que se escapa de su depredador, la joven se escurrió de brazos del Conde Rojo con suavidad y, en cuanto quedó libre, echó a correr hacia la puerta del pabellón y lo dejó allí plantado con un sencillo «hasta otro día».

Campos se quedó mascullando. Tuvo que reconocer que el hecho de que la presa se escapara le dolía más de lo previsto: le gustaba aquella mujer.

Ya en su habitación, Elsa se confesó que si Alejo la hubiera vuelto a besar, no habría podido escapar.

LAS DOS INGLESAS

Elsa, contenida como era, estaba desconcertada. Su yo más rígido, encarnado en *miss* Redfield, le abrió los ojos severamente.

—¿Cómo es posible, Elsi, que un beso y unas manazas grandes y tiernas te lleven a replantearte tu vida? Te estás volviendo loca. Mira a Jaime: esta criatura que estira sus bracitos hacia tu cuello, que patalea contentísimo cuando le untas el culete de polvos de talco, te adora. Es como tu hijo, con la ventaja de que vas a poder inculcarle los valores en los que crees: trabajo, honradez, belleza y firmeza. Harás de él un auténtico caballero. Y si no ocurre así, nadie podrá decir que fue culpa tuya. Para eso están los padres. ¿Qué más puedes pedir que dejar huella en una criatura que contribuirá a mejorar el mundo gracias a lo que tú le vas a enseñar? ¿Acaso eso no es suficiente para ti?

Y Elsa, en su papel de *nanny*, terminó de vestir a Jimmy, le cogió en brazos, fresco y seco, y se permitió una debilidad: mecerle unos segundos antes de devolverle a la cuna.

Hasta ese momento, todo había marchado según lo previsto. Por la mañana, Elsa se convertía en *miss* Redfield hasta en su porte, el cuello elevado con la elegancia del cisne. Sólo que desde la noche del pabellón, cada vez le costaba más ir al club para encontrarse con sus compañeras y los demás niños. Una vez allí, no siempre recordaba lo importante que era mantener la cabeza erguida, como si llevara un libro en la coronilla.

Al principio echó la culpa a lo violento que le resultaba hacer oídos sordos a los comentarios sobre la reunión de Múnich. No sin sorpresa y pese a su discreción habitual, las *nannies* habían descubierto que algunos de sus señores, apellidos notables de Puerta de Hierro, monárquicos para más señas, viajarían juntos a la ciudad alemana. *Miss* Bobby era quien más información tenía. Aunque su señor, el duque de Alba, no iba a acudir, había escuchado las conversaciones que mantenían su señora Tana y don Luis. Éste había hablado con el mismísimo don Juan de Borbón, aunque *miss* Bobby no sabía para qué ni en qué términos.

Que el asunto de Múnich era importante lo supo la *nanny* del Palacio de Liria precisamente cuando el mayordomo comentó que don Juan y don Luis habían mantenido una larga conversación telefónica, algo totalmente desacostumbrado, suponiendo como suponían ambos que tenían los teléfonos intervenidos.

Cuando salía este asunto, *miss* Hibbs se irritaba. ¿Para qué iba el generalísimo a molestarse en ordenar que los teléfonos del duque de Alba y de don Juan se intervinieran con la de cosas en las que tenía que pensar? Estaba convencida de que eran cuentos del mayordomo, que contaba

esas historias para darse importancia. Y *miss* Hibbs pensaba también que su admirada *miss* Bobby lo decía para que nadie se olvidara de que en Liria tenían mayordomo.

En ese punto de la discusión, y cuando los niños ya habían salido disparados hacia la sombra de los pinos —para sorpresa de *miss* Redfield y regocijo de las demás, junio era un mes cálido en Madrid—, *miss* Bobby miraba a Elsa, esperando que mediara entre ella y *miss* Hibbs con sus siempre oportunos comentarios. Pero para asombro de todas —menos para la nanísima—, Elsa seguía empujando el cochecito de Jaime, con la mirada ensimismada en pos de los niños. *Miss* McHuge, al quite de su amiga Elsa, salvaba la situación como podía: «Oh, vamos, ambas cosas son posibles. Puede que el duque de Alba tenga el teléfono intervenido y también don Juan, pero seguro que el generalísimo no tiene por qué saberlo ni haberlo ordenado. Esas cosas, lo de los espías, acordaos, se hacen de oficio».

Beryl se percataba de que Elsa no escuchaba. Su presencia era sólo física, porque su cabeza estaba muy lejos de allí. Pero aún no tenía fuerzas para abordarla. Saber que el anillo había llegado a Madrid con ella… Beryl se sentía traicionada por las dos criaturas que más quería en la vida. Pero no lograba perdonar a Beryl Pequeña ni entendía como Elsa, tan inteligente y sensata, se había dejado embaucar por la señorita Adams.

Desde que doña Lily entró en la vida de *miss* Hibbs hacía cuatro años, Beryl se había convertido de nuevo en la señorita Adams. Sabía que estaba castigando a Elsa porque ya no podía castigarse más a sí misma. Se sentía culpable de haber educado mal a la señorita Adams desde que se enteró del crimen de Jarabo. Es más, a medida que fue conociendo los detalles más sórdidos del asesino y de cómo utilizaba a las mujeres, cada día se culpaba más, aunque no tuviera ningún motivo real para estarlo, cosa que sabía. Se puede educar igual a todos los niños, con el mismo amor y el mismo cuidado, y unos salen mejor y otros peor. «Pasa entre hermanos, y hasta en las mejores familias», se repetía cada noche.

Sin embargo, no podía evitarlo. Y todas las noches, cuando cerraba los ojos, se le partía el corazón pensando en si su niña habría muerto ya. No tenía fuerzas para llamar a la vieja doncella y preguntarle por Beryl, así que Elsa cargaba con todo.

Ajena a la luz de curiosidad que aparecía en los ojos de *miss* Hibbs cuando la encontraba ausente y a la perplejidad de *miss* Bobby, Elsa seguía a lo suyo. El estado de modorra —según Genia, era la palabra que desde hacía semanas utilizaba Basi para referirse a la desgana de la *nanny*— se le acentuaba a la hora de la siesta, cuando las *nannies* lograban que las criaturas durmieran bajo la sombra de los pinos, tumbadas sobre una manta escocesa que, forrada por debajo con un plástico, impedía el paso de la humedad.

En esos momentos de silencio forzado, cuando las *nannies* hablaban en susurros y alguna sesteaba con los niños, Elsa volvía a perderse en el pabellón y en los brazos de Alejo sin hacer caso a *miss* Redfield.

Se habría comprendido mejor a sí misma si todo se hubiera reducido a una mera atracción, pero el asunto era otro. El zumbido de una avispa, el canto de los grillos y de las chicharras en esa hora pesada del día, la tenue brisa que corría por los cerros del monte, relegaban a *miss* Redfield a un rincón de su cabeza y Elsi tomaba posesión de todo su cuerpo y de su futuro.

«¿Dónde está escrito que me tenga que dedicar siempre a los hijos de los demás y no a los míos? ¿Es que de verdad una auténtica *nanny* tiene que renunciar a su vida privada, al amor? Estudié en Norland porque quería ser como Beryl y se lo debo; porque era lo que quería ella y lo

que le hubiera gustado a Eddie; para que mamá se sintiera muy orgullosa de tener una hija como la novia de Eddie. Y no voy a ser injusta, también porque me gustaba a mí.

»Pero si mi hermano no hubiera muerto, *miss* Hibbs no existiría, sólo quedaría Beryl, que a buen seguro sería la madre de mis sobrinos. Ella se enamoró. ¿Por qué no me atrevo a aceptar que a mí me puede suceder lo mismo? Elsi, les tienes miedo. ¿A ellas o a *miss* Redfield? En Norland lo sabías. Sabías que ser *nanny* o institutriz, estudiar para enfermera de niños, criar a los hijos de otras era el más hermoso de los oficios y también de los más duros. Ya lo dice el lema de Norland: "El amor nunca falla".

»Tú sabes que muchas de esas madres son unas incompetentes. Al fin y al cabo, no están preparadas y no tienen la obligación de ser madres de primera. Bastante tienen con atender sus tareas sociales, cumplir con sus maridos…

»Vamos, Elsi, qué bobadas te dices. Estamos en la segunda mitad del siglo XX. Las mujeres luchan en medio mundo para poder votar, ser libres, emanciparse de los hombres.

»Yo nunca dependeré de un hombre, no lo podría soportar. Yo sólo trato de ser feliz al lado del único hombre que ha sido capaz de conmoverme.

»Pero todo esto es una ridiculez que no se puede consentir y menos con un señor que se llama Alejo Campos de Sola y que dicen que es comunista».

Mientras daba vueltas a estas y otras ideas bajo el sopor de la siesta, Elsa había dejado colgando el sombrero de paja con cinta roja sobre sus hombros y unos rizos pelirrojos le caían sobre la frente. Tenía la cabeza recostada en un árbol y los ojos entornados. Oía la respiración de Jimmy en la silla. El manotazo que *miss* McHuge soltó al enorme moscardón que se había posado en su pelo rojo devolvió a *miss* Redfield a la tarde bochornosa de Puerta de Hierro y a Elsi al más profundo agujero de la masa esponjosa y exquisita que era su cerebro. Mientras caía en el hueco hojaldrado, se confesó que no sabía qué iba a hacer, pero, desde luego, Elsi no estaba dispuesta a quedar asfixiada a manos de *miss* Redfield. Si la vida le había puesto delante a un hombre como Alejo Campos, ¿por qué iba a rechazarlo?

El único problema, y grave, era que el conde había desaparecido desde aquella noche. Una tarde, en pleno ataque de añoranza y saltándose todas las reglas, se atrevió a preguntarle a doña Lily si sabía algo de él. Tenía unas gafas suyas que le había dejado para que se las arreglaran, pero no había vuelto a dar señales de vida, le dijo a la dama.

—Perdóneme, querida. ¿Alejo le dio a usted unas gafas para que las llevara a arreglar? Qué desfachatez. No entiendo a este hombre, no tiene límite.

—¡Oh, no, doña Lily! Fue todo un poco precipitado. Salíamos del despacho de su hijo, de una de esas reuniones sobre lo de Múnich, y don Alejo tropezó con la alfombra. Se le cayeron las gafas en la sala de billar y las pisó sin querer. Como tenía prisa, sacó otras de la chaqueta y me pidió que le guardara las rotas. Fui yo quien se las llevó a arreglar.

A doña Lily no se le pasaron por alto ni el tono solícito con el que la *nanny* se había apresurado a disculpar a su querido Alejo ni los excesivos detalles con que relató el traspiés del hombre, pero no dijo nada. Tampoco sabía muy bien qué interpretar de todo aquello. Ya lo pensaría.

—Está bien, está bien, *miss* Redfield. Me temo que tampoco le hemos dicho que Alejo desaparece a menudo de nuestras vidas. —La *nanny* no delató a Genia, que sí se lo había comentado—. Por recomendación de algún amigo, cuando se prepara alguna redada de tipo

político, se marcha. Se quita de en medio, como dicen él y mi hijo. Podemos pasar semanas o meses sin saber nada de él. Antes se ocultaba aquí, pero ahora mi casa no es un lugar seguro, y menos en estos tiempos. Los monárquicos también estamos mal vistos en El Pardo.

Aquella noche, Elsa echó de menos las manos de Alejo más que la primera noche tras el encuentro del pabellón. Los juegos de sus manos le dieron frío, no sirvieron para consolarla por primera vez en su vida y durmió mal: se le apareció en sueños la cara de Campos de Sola rodeada de cascos nazis.

A la mañana siguiente, cuando estaba abriendo las contraventanas de los balcones y el niño aún dormía, Genia entró más pronto de lo habitual.

—La señora duquesa la llama urgentemente a sus aposentos.

—¿Pasa algo, Genia?

—Al parecer, han detenido al señor duque y a otras personas muy importantes cuando volvían de Alemania. Los destierran a Fuerteventura, un sitio donde no hay ni agua, *miss* Redfield. Dicen que sólo alguna cabra.

Elsa cruzó el palacete sin apenas darse cuenta. Su paso apresurado revelaba la preocupación que sentía por el mensaje de Genia. Pese a los meses que llevaba en España, aún no distinguía bien entre la detención de un comunista que va a la cárcel y sufre torturas —como le había contado Genia que le podía suceder a Alejo— o la de un duque que vuelve de una reunión en Múnich sobre el futuro del régimen y la monarquía. Sus golpes en la puerta del dormitorio de doña Lily sonaron más fuertes de lo habitual.

—¡Pase, Elsi!

Doña Lily aún tenía el auricular negro de baquelita en la mano. Se había negado a deshacerse de aquel gran aparato y sustituirlo por uno de los funcionales de color gris de mesa o de pared que ya se habían impuesto en el resto del palacete. Esa mañana, sus ojos violetas parecían estar atormentados y aún miraban el aparato como si emitiera alguna voz. Lo dejó sobre la horquilla, se oyó el clic y miró a Elsa.

—Siéntese, querida Elsi. Era el ministro de la Gobernación. Manuel viaja en barco camino de Fuerteventura con Álvarez de Miranda, Miralles y no sé quién más. Al parecer, Gil Robles ha preferido el exilio antes que ser confinado con ellos en Fuerteventura. Seguro que le es más rentable políticamente. Me dicen que ha sido ese fanático de Gabriel Arias Salgado quien ha azuzado el enfado del caudillo.

—Todo eso suena grave, señora.

—Sí. Lo es. En fin, ya sé que es difícil de entender para usted, Elsi. La cuestión es que no sé durante cuántos meses nos quedaremos solas el niño, Vera y Beatriz, usted y yo.

Doña Lily parecía estar tranquila, salvo por la ira de su mirada. Aparentaba ser totalmente dueña de la situación. Como si ese hecho, que ella tuviera que tomar las riendas, dadas las circunstancias, le diera seguridad y fuerza. Elsa tampoco sabía valorar cuánto o cómo de importantes eran las influencias que la duquesa mantenía aún en los aledaños de El Pardo.

—No se preocupe, señora. Últimamente leo bastante los periódicos. —No dijo que lo hacía con la esperanza de encontrar algo que le diera alguna pista de por qué había desaparecido Alejo —. Ayer vi en *ABC* que llaman a la reunión algo así como «contubernio de Múnich». He

buscado la palabra en el diccionario. Me parece todo absurdo. Oí a alguno de los invitados de don Manuel que usted menciona cómo se peleaban con el señor Campos para que no fueran al encuentro ni comunistas ni falangistas…

—¡Huy, Elsi! ¡Cuidado con lo que piensa! Ya veo que ha escuchado usted a mi hijo y a Alejo. En este país la política es de hombres… Excepto cuando se llevan a mi hijo lejos de mí, claro está. Entonces es de mujeres. Por lo menos, es asunto de la duquesa de Peñalara, desde luego.

—Lo sé, doña Lily —murmuró Elsa con admiración.

—Tenga usted cuidado con lo que dice fuera. No todos son como Manuel, Alejo o yo, querida Elsi. El librepensador quedó sepultado en España hace más de veinte años, aunque yo me diera cuenta más tarde. Veamos, tenemos que organizarnos.

La *nanny* no pudo por menos que admirar la frialdad y el remango —palabra que le había enseñado Basi en la cocina— con los que la duquesa se disponía a afrontar la situación. Doña Lily se dobló las mangas de su bata rosa de raso, cruzó las piernas aún ágiles pero muy flacas y comenzó a mover la zapatilla mirando el aire que se daba el pompón de plumas que coronaba su pie derecho. Elsa la observaba en silencio, acomodada ya al otro lado de la mesa de desayuno que estaba al pie del balcón, con las puertas del gabinete abiertas de par en par al dormitorio de la duquesa. La cama, con el embozo abierto, estaba apenas deshecha: la duquesa no debía de haber dormido muy bien.

—Estoy a su disposición, doña Lily.

—Gracias, querida. Si, como me acaba de decir el ministro, es probable que Manuel pase el verano confinado en Fuerteventura y la noticia sale en los periódicos, lo más preocupante es que mi nuera decida regresar de Buenos Aires con la disculpa de que el niño no tiene padres en estos momentos.

—Pero nos tiene a nosotras.

—Eso a Marta le da igual. Si se aburre en Buenos Aires, le aseguro que regresará a Madrid en cuestión de días y eso puede ser terrible. Con el trabajo que nos ha costado estabilizar a las chicas…

Elsa se quedó preocupada, aunque a ella sólo le importaba el efecto que el regreso de Marta tuviera en Jimmy. El niño no era su hijo, volvió a repetirse mentalmente al tiempo que veía el rostro de Alejo Campos inclinado sobre ella y un escalofrío sacudía su cuerpo. La duquesa pasó por alto lo que Elsa tomó como otro fallo de su cordura.

—Por supuesto que interfiere, pero con cabeza de chorlito, que es lo que tiene sobre los hombros. No le dejará hacer su trabajo y si usted se impone, como espero, machacará a las niñas. ¿Sabe usted que Vera y Beatriz veían a su madre tomar cocaína?

Elsa se echó para atrás en la butaca, como si acabara de recibir una bofetada ante tal revelación.

—¡Qué horror, Dios mío! ¿Cómo puede una madre perder la cabeza así?

—No se engañe, Elsi. Marta ya estaba loca y era una enamoradiza antes de conocer a mi hijo y a Jarabo. Mi hijo fue la víctima propiciatoria, un noble bobo que encima no está arruinado del todo y que le dio un apellido rimbombante con el que tapar la boca a su padre. Pero eso es agua pasada. Creí que Alejo le había contado que todos ellos coqueteaban con las drogas.

Estaba claro que la duquesa sabía que ella y Alejo habían hablado. ¿Cuánto más sabría?, se

dijo con un nudo en el estómago.

—Desde luego, no podré decir que mis hijos y su pandilla no fueron los más avanzados en todo. Si viera qué espectáculos presencié más de una madrugada en el cuarto del fumador del pobre Cerroalto… En fin, que temo que si Marta vuelve, traiga más males que el importunarnos en su trabajo con Jaime. También se cruzará de nuevo en la vida de sus hijas y yo no tendré más remedio que aceptarlo o dejar que se lleve a mis nietos. Y eso no lo voy a consentir nunca.

—¿En qué puedo ayudarla? —interrumpió con ternura la *nanny*, a la vista de que la duquesa comenzaba a alterarse.

—¿Al final piensa usted irse de vacaciones a su casa de Jersey este verano?

Una sonrisa de alivio y satisfacción recorrió la cara de Elsa. Por fin encontraba algo material con lo que ayudar a su señora.

—Ya le comenté que haré lo que usted considere, así que estoy a su entera disposición si usted me necesita. Debo confesarle que no me gustaría dejar a Jimmy solo ni siquiera unos días ahora que ya nos hemos acostumbrado el uno al otro.

—Bueno, Genia puede quedarse con él si usted necesita descansar.

Elsa no respondió a la duquesa con la rapidez debida, pero no porque no estuviese de acuerdo con ella —que no lo estaba—, sino porque al no irse de Madrid podría ver a Alejo otra vez en algún momento, quizá antes de lo que pensaba. Fijó de nuevo su mirada en doña Lily, que se dio cuenta de inmediato de que la *nanny* no la estaba escuchando. Esta vez a la duquesa se le encendió la luz al observar el rostro distraído de la joven.

—Elsi… le decía que Genia puede cuidar de Jaime si usted necesita algún día de descanso.

—No, no. De verdad, doña Lily, me quedaré con el niño y con usted en Madrid encantada. ¿Puerta de Hierro abre en verano?

—Sí, claro, aunque con mucho menos ajetreo. Pero no tendrá que ir allí. Vera y Beatriz pasarán el verano en un colegio en Suiza, el mismo al que yo asistí en mi juventud.

»En cuanto a nosotros, Jaime, usted y yo, nos vamos al norte. Creo que ya le hablé en una ocasión sobre la casa que tenemos allí. Es una preciosa casona solariega que está entre dos pueblecitos, Abanillas y Portillo, muy cerca de San Vicente de la Barquera. Allí nadie nos molestará, como mucho, mis primos de Comillas. A Dios gracias, hace tiempo que no nos vemos. Viven en Barcelona y lo que les gusta es ir a Francia. Pero es probable que Alejo pase a vernos. Su viejo linaje es de allí y va todos los veranos. Él y Manuel disfrutaron de muchos veranos en la casona que los condes de Gandarilla, los abuelos de Alejo, tenían cerca de San Vicente. Salían a pescar de madrugada, a veces se perdían a por el mejillón con alguno de los amigos marineros que tienen allí. En fin, de eso ha pasado tanto tiempo…

Elsa tuvo que disimular la turbación que le había ocasionado la mención de Alejo. Sólo el hecho de que él pudiera acudir allá donde estuvieran doña Lily y ella le cortaba el aliento. Se sentía incómoda, profundamente incómoda con tanta inquietud. Se desconcertó aún más cuando sintió que el corazón se le aceleraba sin su permiso.

—Sí, ya me habló usted de su palacio en el norte.

—No, querida, no es un palacio. Es una casa solariega, rodeada de prados y montes suaves, como sus islas. Desde la segunda planta se ve el mar. Le gustará, es una *home*, un hogar en el sentido que usted entiende.

Miss Redfield sonrió agradeciendo el detalle y la memoria de la duquesa. Había pasado ya

bastante tiempo desde que la duquesa le había preguntado qué opinión le merecía el palacete cuando ambas paseaban un día por el jardín de Cerroalto, jugando a ser jardineras con unos bulbos que les había regalado la marquesa de Casa Valdés. Elsa había hecho partícipe a doña Lily de su pasión por la flores, de cómo habían recuperado el jardín de su casa tras la guerra y de su reflexión sobre lo que los ingleses entendían por hogar, un tema del que también habían hablado en más ocasiones.

—La casita de Santander le entusiasmará. Nos iremos lo antes posible, en cuanto nuestras amigas comiencen la desbandada. ¿Cuándo se marchan *miss* Hibbs y *miss* Bobby?

—La semana que viene. Doña Carmen y doña Cayetana sólo esperan a que los niños mayores tengan vacaciones en el colegio. *Miss* Hibbs se va al Pazo de Meirás y *miss* Bobby a Marbella, aunque dice que al duque de Alba no le gusta nada aquel lugar.

—No me extraña. Fíjese usted en mí y en *miss* Hibbs, que también odiamos Marbella desde los acontecimientos de marras. Estoy convencida de que allí comenzaron todos nuestros males. Ni Manuel ni Alejo tenían idea de lo que era la droga hasta aquel famoso verano. Por cierto, Elsi, ¿se han arreglado las cosas entre usted y *miss* Hibbs?

El rostro de Elsa se demudó. Apretó sus hermosos labios en un gesto que no dejó de impactar a la duquesa, porque la palidez de su cara alcanzó a las graciosas pecas. Unas pecas que a doña Lily le encantaban.

—No, señora. No hay manera de abordar el asunto con ella. Sigue muy tensa y me habla lo imprescindible.

—Perdóneme la indiscreción, pero ¿eso significa que el anillo sigue en su dormitorio?

—Así es, señora. Y me asfixia su presencia. Hay momentos, como cuando usted o Genia me visitan o don Manuel pasa a dar un beso a Jimmy, en los que creo que el escritorio va a echar humo por lo que quema esa cosa que hay en el cajón secreto.

—Lo entiendo, pero no se deje impresionar, que es usted británica y no mediterránea. Lo primero que vamos a hacer es sacar esa cosa, como usted dice, que vale un dineral y llevarla a otro lugar. Hay una caja fuerte en el salón de armas, graciosamente guardada por esas armaduras que tanto la asustan. Esta tarde mismo, usted y yo, que somos un par de mujeres de armas tomar, cambiaremos el anillo de lugar. ¿Le parece?

Elsa estuvo a punto de echarse a los brazos de doña Lily, de abrazarla y de esconder su cara en la bata de raso, pero recordó a tiempo que hacía muchos años que controlaba esos impulsos: desde que su madre había muerto y Beryl primero, y Norland después, le enseñaron que los sentimientos se deben enterrar en lo más hondo de una misma para que nadie pueda hacerte daño.

De todas formas, si hubiera seguido los dictados de su corazón, se habría quedado en el camino, porque en ese momento Rosa empujó la puerta del gabinete. Traía una bandeja con dos tazas de desayuno, una gran tetera y tres fuentes cubiertas donde la *nanny* adivinó que llegaban bollos calientes —a doña Lily le entusiasmaban los cruasanes pequeños desde su infancia con las *mademoiselles*—, huevos revueltos y pan recién hecho.

—Señora, se lo agradezco mucho, pero tengo que irme con Jimmy, he dejado a Genia allí…

—Siéntese, por favor, *miss* Redfield —ordenó la duquesa mientras cogía la tetera—. Vamos a terminar de organizar nuestro plan. Lo primero que hay que hacer es decirle a Basi que se viene con nosotras. Genia y Aurelio se quedarán aquí todo el verano para aguardar noticias. Quizá mi

hijo logre salir del confinamiento antes de lo previsto. ¿Podrá usted prescindir de Genia, verdad? La casa de Santander es pequeña, tiene tres plantas y diez habitaciones. La guardesa se ocupa de ordenar la limpieza diaria. Es una gran mujer. El único problema es que conoce a nuestra antigua ama de cría, pero es discreta.

Quien fue poco discreta fue Rosa: tardó en contarle el plan a Basi lo que le costó recorrer el trayecto hasta las cocinas tras dejar la bandeja servida.

—¿Qué dices? ¿Que nos vamos las tres a Santander con el niño? No caerá esa breva. Si mi niño Manuel sale pronto de esa isla, al lugar al que más le gustaría ir es a la casona. Pero ¿y doña Lily por qué no me consulta?

La cocinera dijo todo esto mientras bajaba el volumen de la radio, se secaba las manos con el delantal y salía rápidamente de sus dependencias camino de los aposentos de la duquesa, en donde entró en tromba, pegando un susto de muerte a las dos mujeres.

—¡Señora! Se les habrá quedado a ustedes la cabeza descansada con esa idea de irnos las tres y Jaimito a San Vicente, ¿no?

Y para asombro de Elsa, Basi se inclinó sobre la duquesa, le dio un beso en la frente, recogió la bandeja vacía y salió por la puerta igual que había entrado, sólo que aún pudo oír la risa de su señora y su «gracias, Basi». La joven pensó que ella nunca podría demostrar la espontaneidad y la complicidad que se acababa de poner de manifiesto entre la señora y su cocinera. Era algo absolutamente inconcebible y lo lamentó.

SEGUNDA PARTE

UN HOGAR EN LA CUESTA DE LAS ÁNIMAS

La Casa de las Ánimas fue el primer lugar en el que Elsa sintió que en España también podía tener un hogar. Cuando Aurelio paró el coche ante el portón principal de la casona, la *nanny* sonrió: si aquello era una casita, ella se había criado en una choza. Estaba situada en la Cuesta de las Ánimas, cerca de la iglesia y del cementerio medieval de Portillo de Bodaves. Una verja de barras forjadas acabadas en punta de flecha rodeaba la edificación. Por la señorial puerta principal, rematada en un arco de medio punto con piedra de sillería, pasarían los carruajes en tiempos remotos. A un par de metros a cada lado del portón se abrían otros dos enormes arcos que reposaban sobre dos capiteles desnudos. Ambos estaban acristalados y permitían ver varios macetones en el suelo. Otras plantas colgaban, metidas en enormes cestas de macramé.

El corredor de madera de castaño hizo las delicias de Elsi, cuyo entusiasmo fue en aumento al levantar la cabeza y observar el balcón que recorría la segunda planta. Sobre la puerta de doble hoja que daba al balcón, distinguió un escudo medieval bastante bien conservado, con un casco grande rematado en un enorme copete de plumas.

Estaba tan embelesada mirando el entorno, el color verde, húmedo y limpio, el olor de la tierra mezclado con la bosta, oyendo el sonido de los cencerros —sin duda, de vacas— que venía de algún monte a sus espaldas, que por un momento se olvidó de Jimmy y de doña Lily. Sólo cuando una mujer menuda, de pelo rizado rubio, vestida con pantalones y unas botas de goma y con un rostro franco y enorme sonrisa abrió el portón y se dirigió a estrechar la mano de doña Lily sin más arrumacos, volvió en sí y cogió a Jimmy de los brazos de Aurelio.

—Pili, ésta es *miss* Redfield, la *nanny* de Jaime.

—Ah, es usted la niñera —dijo la guardesa tendiéndole la mano.

Elsa se la estrechó con fuerza sin dudar, pese a lo insólito del hecho. No estaba acostumbrada a que una mujer saludase al estilo de los caballeros y, sobre todo, a que le hiciese a ella el mismo gesto que a la duquesa, en vez de una inclinación de cabeza, que quizá es lo que debía haber hecho ante doña Lily.

—No, no, Pili. En Inglaterra y en nuestra casa una *nanny* es mucho más que una niñera. *Miss* Redfield es como la segunda madre de mi nieto —se apresuró a corregir la duquesa.

—Doña Lily, querrá usted decir como la primera madre de su nieto. Porque lo que es la argentina, vaya con Marta si eso era una madre. Ya me mandó a decir algo el ama de cría desde el Pas, aunque me he negado a que viniera aquí con su boca sucia. ¡En qué hora la recomendaría!

La duquesa sonrió, hizo un gesto sacudiendo la cabeza y le dio una palmada en la espalda a Pili. Aurelio, cargado con las maletas, soltó una carcajada.

—Es agua pasada, Pili —murmuró la duquesa.

—¡Estos montañeses no se andan por las ramas, como verá usted, *miss* Redfield! —exclamó el chófer guiñando un ojo a la guardesa.

—Ya veo que sigues siendo la misma, Pili, hija de tu madre y de tu padre e incapaz de practicar la delicadeza —continuó la duquesa sin detenerse en el comentario de Aurelio.

—Señora, ya sabe que lo que ustedes, los de la capital, llaman delicadeza para mí son pamplinas. Yo con quien voy a ser delicada es con este rey, ¿eh, Jaimito? Estás enorme. ¿Qué? ¿Me lo deja usted, *nanny*? Que no se lo voy a quitar, mujer.

Elsa dejó que Jaime mirara expectante la simpática cara de Pili. La mujer le cogió en brazos y se giró para que descubriera un burro en los prados de enfrente. El niño quedó fascinado. Se marchó en los brazos de Pili como si la hubiera visto el día anterior, mientras Elsa se sorprendía a sí misma. Las reticencias que había sentido hacia Genia o Basi con respecto a Jimmy nada más llegar a Cerroalto brillaron por su ausencia con respecto a la guardesa. Algo extraño le estaba sucediendo: ¿estaba perdiendo su carácter británico?

—Doña Lily, me parece un lugar precioso. Y la casa es una maravilla. Esa señora, la guardesa, dice usted, es algo especial, pero me gusta.

—Es montañesa, Elsi. Son una gente distinta, del norte, directa y poco dada a los remilgos. Venga, deje a Aurelio con las cosas. Estoy deseando enseñarle la casona, el jardín y las vistas. Creo que se va a sorprender usted de cómo se parece todo a Inglaterra.

La duquesa no se equivocó. A Elsa la Casa de las Ánimas le produjo una enorme satisfacción y emociones sorprendentes. El portón de madera protegía una doble puerta acristalada, y el gran corredor, que funcionaba como porche, disfrutaba de tres hermosos ventanales que hacían de invernadero. Descubrió que daban al mediodía, como su habitación, cuyo balcón repleto de geranios rojos tenía la salida al corredor de arriba, desde donde se veían unas magníficas vistas de los Picos de Europa. Su dormitorio y el de Jimmy estaban comunicados y compartían el baño.

La casa era de piedra y madera, con unos tabiques gruesos, un hogar de campana gigantesca con dos escaños de obra a cada lado, un salón de dos ambientes, con cómodos sofás orejeros y tresillos tapizados unos en verde y otros en teja, haciendo juego con las grandes cortinas que cubrían los ventanales, que parecían de nueva construcción, aunque la piedra era antigua. Los ventanucos pequeños eran originales y lucían unas piedras de sillería entre cuyas grietas se veía el verdín oscuro que un día debió de ser musgo, desterrado por el uso de la calefacción.

Después de enseñarle las vistas de su dormitorio y la solana de la segunda planta, doña Lily subió y bajó los escalones que separaban la planta baja como si tuviera alas. Pasaron de nuevo por el salón y accedieron a la parte de atrás por una puerta que daba a un antiguo torreón de defensa. Se moría por enseñarle a su amiga —«sí, ya es como mi amiga, aunque tienes que tener cuidado, Lilita, hija, no te precipites», se dijo— el jardín.

La puerta se abrió tras un forcejeo con el viejo pestillo y entraron en un hermoso cenador blanco de hierro y de estilo romántico, con sillones y butacas de mimbre, repleto de cojines blancos de piqué con encajes. Una barandilla limpia, de granito en bruto y verdín, recta y sin arabescos se cortaba en un tramo para dar paso a tres escalones que bajaban hasta el jardín, donde empezaba el espectáculo.

Dos o tres filas de plantas de idéntica especie y en colores rosas precedían a otra clase diferente de un color rosa más intenso. Así se repetían media docena de flores distintas, pero todas de la misma gama: desde el rosa más claro hasta el fucsia intenso. Del fucsia pasaban al

morado de la lavanda, que formaba la franja más ancha. De los malvas, el colorido evolucionaba al azul añil, luego al azul ciruela, azul, azul verdoso, verde… En el verde, los arbustos sustituían a las flores en el protagonismo hasta perderse en un bosque de magnolios, fresnos y avellanos que se recortaba sobre una suave ladera, parte de cuyas cumbres estaban cubiertas por cuadrados de eucaliptos. En el centro, una enorme hendidura dejaba ver el mar.

—Es la Tina Menor, la desembocadura del río Nansa —murmuró la duquesa, tiesa como un palo y enormemente satisfecha del efecto que su jardín había causado en Elsa.

—¡Qué belleza! Prímulas, alegrías, petunias, geranios, pendientes de la reina, hortensias, agapantos y de nuevo hortensias… Y esa lavanda, doña Lily. Esto es una maravilla. No ha respetado usted nada, ni una norma. Se ha dejado llevar por los colores, sin tener en cuenta el tipo de flor —atinó a decir con admiración.

—Exactamente, querida. Pili no ha respetado ninguna lógica del jardín racional, sólo la del color que nos gustaba a ambas. Y yo la respeté a ella. Éste es el lugar en el que me he saltado las normas como me ha dado la gana. Y he logrado la paleta de colores que me gusta. ¡Y no lo ha visto usted en primavera! Tenemos una mezcla de violetas, iris, lilos enanos y flores silvestres en tonos rosa que la volverían loca.

—¿Pili se ocupa del jardín cuando usted no está?

—¡Oh, sí! Con su hermano. Hacía casi un año que no venía, desde el otoño pasado, pero mire lo que ha logrado. Yo le envío semillas, láminas a color y toda clase de ideas locas que cojo allá donde voy, aunque nos gusta más lo autóctono. En octubre recorrimos el monte en busca de bulbos silvestres. En primavera, la parte delantera la tenemos dedicada al teja y al amarillo, con los violetas. Plantamos campanillas, narcisos, violetas, más prímulas, pensamientos, que aguantan el invierno y los mantos de aquí, las calas, que son un lujo… En fin, tenemos todo el verano para entretenernos, Elsa. Ya le dije que este lugar le encantaría.

—Es maravilloso. Creo que podría vivir aquí toda la vida sin necesitar nada más.

—Eso pensaban Manuel y Alejo antes de marcharse a estudiar a Inglaterra y conocer a esas mujeres. Cuando mi nieta Vera tenía apenas unos meses, el primer verano después de que se casaran, Manuel y Marta vinieron a pasar las vacaciones. A la semana, Marta estaba en Madrid con la niña. Manuel se marchó unos días después, aunque se resistió. No volvieron nunca más, cosa que, debo decirle, no me importó. Que mi nuera piense que este lugar es un horror y que huele a establo me produce una enorme tranquilidad, porque sé que no se presentará aquí.

Elsa también sintió alivio al saber que aquel lugar sería el último al que iría la joven duquesa, aunque no se paró a pensar en el motivo. Se sentía tan feliz que incluso el Conde Rojo dejó de ser un peso en su corazón.

Si la duquesa y Elsa hubieran sabido que en esos momentos Marta Schwarsky y Alejo asistían a la agonía de Beryl en Lyon, buena parte de la felicidad que las inundaba se habría esfumado. Pero, afortunadamente para ambas, aún faltaban unos cuantos días para conocer la noticia.

LA LUZ DE DOÑA LUZ

Elsa y doña Lily aprovecharon las primeras jornadas de julio para disfrutar de una complicidad que cada vez estaba más lejos de lo que se suponía que debían compartir una duquesa y una *nanny*. Sin duda alguna, ni *miss* Hibbs ni *miss* Bobby hubieran aprobado aquella relación tan cercana. Al fin y al cabo, se trataba de una jefa y su empleada, por más distinguida que ésta fuera. En su disculpa, Elsa se decía que sus compañeras tampoco habrían comprendido el hilo establecido entre doña Lily, Basi y Pili, el alma de la casona en ausencia de los dueños.

Al día siguiente de instalarse ellas en Abanillas, Basi llegó a la Casa de las Ánimas. Lo hizo en el coche de línea, que paró a primera hora de la tarde delante del portón. Pili la estaba esperando y recibió a la imponente cocinera con un enorme abrazo. Sin soltarse aún, cambiaron unas chanzas, contentas de estar de nuevo en el puebluco. Después pasaron a preguntarse rápidamente por sus familiares más cercanos, algunos compartidos: «El primo Miguel está mejor, aunque sigue comiendo lo que le da la gana…».

En cuanto la cocinera estuvo acomodada, Aurelio volvió a Madrid con el encargo de cuidar, junto con Genia, el palacete durante el verano. Antes de marcharse, le contó a Elsa la razón de tanta familiaridad entre la cocinera y la guardesa. La familia de Basi procedía de aquel valle y había servido a los condes de Aguilera desde tiempos inmemoriales. Esa rama familiar era el tronco más importante de la estirpe de doña Lily por línea materna, parientes lejanos de los vecinos duques de Estrada, otra casa feudal de la comarca, venida a menos, pero en mejor situación económica que los Peñalara.

En la Casa de las Ánimas se había dado de comer a la mismísima regente María Cristina, y hasta el propio Alfonso XIII y una joven reina Victoria Eugenia se habían desplazado desde el Palacio de la Magdalena en Santander para pasar un día con doña Lily y sus padres.

Lo que no le contó Aurelio a Elsa fue por qué la duquesa sentía debilidad por aquel lugar, pese a que tenía otras fincas y casas repartidas por la península. Unos días después, mientras paseaban con el cochecito de Jaime por la cuesta hacia el cercano pueblecito de Portillo, Elsa le preguntó a doña Lily por la razón de aquel cariño hacia la casona.

—Supongo, querida, que se debe a la infancia. Como dijo el poeta, cada uno tiene la patria allá donde ha pasado su niñez. Este lugar fue mágico para mí en mi infancia. En todos los sentidos de la palabra.

Elsa se conmovió al oír a doña Lily citar a Rilke, uno de sus poetas favoritos. Además, el hecho de que se refiriera con tanto cariño a su infancia era un placer para alguien a quien le entusiasmaban las historias con niños.

—Para Manuel y Alejo también es un lugar mágico. Transmite una sensación de libertad

inigualable. Nunca he sido tan libre y feliz como durante los veraneos que disfruté aquí, corriendo por estos montes o escondida entre los maizales, con mi perro *Trampas* como única compañía. Dios mío, los sustos que me daba cuando frenaba en seco, en mitad de un prado con la hierba alta y se ponía al acecho. Daba un brinco, y la perdiz o la codorniz, o lo que fuera, se le escapaba. Entonces me miraba muy enfadado, quizá porque yo no había estado lo suficientemente quieta.

»Luego estaban las correrías por la plaza y los soportales de la iglesia, con los bordes de las enaguas empapados de salitre y arena si subía de la playa o de barro y boñiga si venía del monte. Al monte iba con Basi y sus hermanos. Basi era un poco más pequeña que nosotros, un trasto. Uno de sus hermanos fue mi primer amor, a los siete u ocho años. Era mi héroe y tenía un perro que, al contrario que mi *Trampas*, siempre volvía a casa con una pieza en la boca para llevar al puchero. Cómo les admiraba.

»Hoy todos son indianos y viven repartidos por México y Cuba. Desde luego, tienen más dinero que los Peñalara y ahorran con espíritu de pasiegos, como mi Basi. Fui muy feliz aquí, hasta que a mi padre le nombraron embajador y me llevaron a recorrer los maravillosos salones de la Europa anterior a la Gran Guerra.

A Elsa le emocionaban la fuerza y la nostalgia con las que la duquesa recordaba los días felices en aquella tierra. Sin duda alguna, la infancia marca de por vida. Ella misma lo sentía desde que habían llegado a aquel lugar: el verde de las suaves laderas, el olor de la lavanda y la brisa que traía impregnada la cercanía del mar la habían transportado a Jersey. Nada había más evocador que los olores.

—Doña Lily, ha tenido usted una vida apasionante. La envidio. Y aún le queda mucho por vivir.

—No se queje, Elsi. Usted también tendrá muchas cosas que contar a sus nietos. Desde la ocupación hasta las casas en las que ha trabajado en Alemania, Francia y España. No me diga que eso no es enriquecedor.

—No lo sé, señora. Ni siquiera creo que vaya a tener nietos. No entran en mis planes los hijos. Bastante tengo con los de las demás.

—¡Oh, por favor, Elsi! Usted no es *miss* Hibbs ni *miss* Bobby. Le llevan muchos años y no tiene por qué conformarse con los hijos ajenos. Aunque las admiro, hay un punto que no entiendo.

—Bueno, es nuestro trabajo. Y los hijos ajenos son nuestros de alguna forma, sólo que luego no nos exigen ser madres durante toda su vida. ¿Sabe qué es lo que yo más echaría de menos, señora? No tener una casa como ésta, un hogar que deja huella en las entrañas.

—Querida, su español mejora cada día. Ha dado con la palabra clave. Llevo en mis entrañas esta casa, igual que mis familiares. Creo que doña Luz del Pozo se encargó de ello.

—¿Quién es doña Luz del Pozo?

Doña Lily esbozó una sonrisa misteriosa. Era una tarde de sol y nubes, de esos días cantábricos en que el noreste juega caprichosamente con cielos cubiertos que tan pronto amenazan con una gran tormenta como un rato después el sol se rebela con la fuerza suficiente como para arrojar las nubes hacia Comillas. Se encontraban muy cerca del pequeño cementerio que se elevaba al final de la Cuesta de las Ánimas.

—¿Ve usted esa pequeña cúpula y el muro? Ahora es el cementerio de Portillo de Bodaves.

Hace seiscientos años era una iglesia medieval que levantaron mis antepasados, los Aguilera o los Estrada, no se sabe bien. Aquí reposa doña Luz del Pozo, Elsi, una mujer de mi familia más que notable. Le contaría la historia de doña Luz, pero con la tormenta que está a punto de desatarse sobre nuestras cabezas, le daría miedo. Además, mire, Jaime reclama nuestra atención.

El cielo, hasta hace unos momentos limpio, se había vuelto negro y amenazante, con unas nubes que parecían sopladas desde los tenebrosos pulmones de algún dios del infierno. Jaime pugnaba por incorporarse en el cochecito, manoteaba y parloteaba, sin duda exigiendo su merienda. Llegaron a la Casa de las Ánimas cuando ya los relámpagos y los goterones de la tormenta se empeñaban en hacer más ruido que los árboles, que, azotados por el viento, crujían sus ramas a ambos lados de la carretera de forma poco amigable.

Basi las esperaba a la puerta con un enorme paraguas negro en la mano. En cuanto las vio asomar, salió disparada hacia ambas. Sin prestar la menor atención a doña Lily y a Elsa, agarró la silla del bebé con fuerza, puso el paraguas abierto sobre el carrito y se adentró en el gran zaguán acristalado no sin antes lanzar un par de improperios.

—Ustedes estarán muy bien educadas, pero tienen la cabeza de chorlito. ¿Cómo no han vuelto a casa en cuanto ha amenazado tormenta? ¿Qué pensaban, doña Lily? ¿Refugiarse en el camposanto? Si cuando yo le digo que siempre será usted aquella chalada…

La duquesa y Elsa entraron riéndose, aunque empapadas. Basi ya tenía a Jaime de la mano en el suelo, dispuesta a llevarle a la cocina.

Cenaron a la luz de las velas porque la tormenta había dejado a todos los pueblos del valle sin luz, lo habitual cuando había galerna y los postes eléctricos eran víctimas propiciatorias del vendaval. Pili, al quite como siempre, apareció a darles el parte nada más cortarse la electricidad. La cosa iba para largo. Los pescadores estaban amarrando sus barcos con fuerza tanto en la Tina Mayor como en la Tina Menor. Faltaba por llegar un barco pequeño, que había salido al bocarte y la gente estaba preocupada. En San Vicente no saldrían a la mar al día siguiente. La borrasca avanzaba desde Galicia, donde ya llevaban más de dos días así.

Elsa estaba asombrada ante semejante eficacia y cantidad de información. No pudo contenerse.

—Pero, no entiendo, Pili, perdone. ¿Cómo puede saber todo eso si no hay luz ni aquí ni en los otros pueblos?

—En la casa del cura hay un americano que nos tiene a todos maravillados. Tiene una radio que no necesita electricidad y escucha lo que queramos: noticias de aquí, de Francia, de la BBC de Londres. Va camino de Santiago de Compostela —explicó Pili sin el menor esfuerzo por atribuirse el más mínimo mérito. A cada uno lo suyo era una filosofía que también formaba parte de su natural descaro. La duquesa sonrió al oírla.

—Cuidado con lo que escucháis por esa radio, Pili. Ya sabes que no hay que hacer caso de todo lo que se dice en estos tiempos.

La mujer se encogió de hombros y esbozó un sonrisa llena de picardía.

—Yo no sé hablar inglés para decirle que desconecte la Pirenaica, señora. Es lo único que habla. —Y se marchó hacia la cocina sin darle tiempo a responder a la duquesa.

Pili repartió por cada habitación de la casa un puñado de velas. Cuando se le acabaron las

palmatorias y los candelabros, cogió unas cuantas botellas vacías de La Casera y allí las sujetó.

—¡Ay, Pili! —dijo doña Lily, divertida, cuando la mujer llevó las velas al salón—. ¡Que va a ser una noche, no un año!

—Ya, y usted encantada por si viene doña Luz. Ya no sabe qué hacer con tal de asustar a Basi.

En muy pocas horas se había mencionado dos veces a aquella antepasada que estaba enterrada en la iglesia medieval. Elsa no dejaría que la duquesa se marchara a la cama sin contarle quién era esa dama. Ya podían seguir cayendo truenos y relámpagos, ya podían la lluvia y el viento golpear en los cristales del corredor: doña Lily no se escaparía sin hablarle de doña Luz.

Iluminadas fatigosamente por las velas y delante de la chimenea, cuando ambas ya habían cenado y Basi se había ido a ver si Jaimito seguía dormido —«a mí ya no me mete usted miedo esta noche, señora. No pienso soñar con doña Luz», espetó la cocinera—, doña Lily comenzó a hablar de su querida y admirable antepasada.

—Doña Luz vivió allá por 1750 y era el ama y señora de la Casa de las Ánimas. Estaba casada con un Aguilera. No sé mucho sobre sus orígenes, pero le gustaba leer y escribir, algo inusual en una mujer de hace trescientos años.[1] Casi tan inusual como que su marido la dejara ejercer esas aficiones. Mientras criaba a sus dos hijos varones, reformó esta casa y cuidó de su hacienda y sus operarios, como ella misma los llamaba. Quería decir criados o empleados. ¿No le parece una palabra más apropiada para quienes nos ayudan, aunque sea a cambio de dinero, Elsi?

Un trueno enorme hizo temblar las cristaleras del corredor y ambas mujeres giraron sus cabezas hacia la doble puerta del salón que se abría al enorme zaguán, justo a tiempo de ver cómo otro relámpago iluminaba en azul pálido las plantas que colgaban del techo, que a Elsa le parecieron cabezas colgadas boca abajo con sus melenas peinadas.

—No sé, doña Lily. Supongo que una sabe cómo es su señora, más que por el nombre que se da a quienes trabajan para ella, por el trato. No se conoce a las personas hasta que no se vive o se trabaja con ellas. ¿Cómo sabe usted que empleaba doña Luz esa palabra tan rara, operrr…?

—Operarios. Porque escribía, ya se lo he dicho. Me dejó unas cuantas cosas escritas. Y digo que me dejó, a pesar de los años que nos separan, porque desde pequeña me tomé sus textos como si fueran para mí. Los encontré primorosamente recogidos en pequeños cuadernos, amarillentos y atados con una cuerda, entre un montón de legajos en carpetas de cuero que guardaba mi abuelo en su despacho. En ellos cuenta el quehacer cotidiano, lo que gastaba en la hacienda, a cómo vendía el grano, cuánto le daban por la leche, alguna cosa sobre el tiempo y nada sobre su vida. Me quedé con ellos, asombrada de que ninguna mujer de mi familia se interesara antes por ella. Y fue doña Luz también quien se empeñó en escribir los lemas de esta casa sobre los escudos y las piedras.

—¿Dónde están esos lemas?

—Mañana se lo enseño. El que mejor se lee es el del escudo de la solana. Aquí llamamos solana al balcón. —La duquesa entornó los ojos y recitó—: «Ésta es la casa original Armas del Pozo, que reedificó don Juan del Pozo, señor de ella». Ya lo ve, fue doña Luz quien se encargó de la reedificación, y pese a lo avanzada que era para su tiempo, en el escudo atribuyó los méritos al marido, que estaba en algún lugar de América, como muchos de mis antepasados. Ella amaba esta casa profundamente. Guardó todo tipo de documentos y certificados de cada una de

sus etapas de construcción. Algunas propiedades datan del siglo XIII, como la iglesia y el cementerio medieval que hemos visto esta tarde. Describió la casa con palabras hermosísimas y caligrafía increíble. Se lo voy a enseñar.

La duquesa cogió una caja negra y grande, tallada con filigranas, que reposaba encima de la mesa que tenía a mano derecha. Sin duda, era de ébano. Sacó un cuaderno que a Elsa le pareció marrón, más que amarillento, manchado quizá por la humedad. La luz de las velas no era la más apropiada para ver el documento. Doña Lily se disponía a leerlo cuando otro trueno plantó a Basi en medio del salón.

—Me muero de miedo, señora. Haga el favor de guardar eso en su sitio. Sólo quiere usted asustarme y se va a despertar el niño, que no hace más que dar vueltas en la cuna.

Doña Lily soltó una risa contenida.

—Vamos, Basi, estás ya más que muerta. Como cuando éramos pequeñas y te negabas a escucharnos a tus hermanos y a mí. Quédate aquí, mujer.

Enfurruñada, Basi soltó su gran mandil con fuerza, se dio la vuelta y se marchó del salón mascullando.

—No tiene usted ninguna gracia. Al menos, a mí no me la hace. No sé a la zanahoria esa, pero a mí ninguna y ninguna.

—No le haga caso, Elsi. Escuche: «De plata águila sable coronada; de sinople roble con caldero sable pendiente de cadena; de sinople cruz floreteada de plata y sable y de oro sombreros gules como el cardenal, con borlas y una mano y cruz sable; bordura azur con sotueres de oro». No se preocupe. Ya sé que no entiende nada. Nosotros tampoco, sólo mi abuelo, que nos contó que describía la heráldica de la casa. Sinople es el color verde en heráldica, algo muy apropiado para estas tierras.

»Éramos unos niños y nos fascinaban las palabras de este texto: águila, sable, caldera, cruz, una mano… Nos parecía que daban miedo y con ellas nos inventamos leyendas para aterrar a Basi y a otros chicos de los alrededores, aunque tampoco necesitábamos esforzarnos mucho. Doña Luz nos hacía la competencia. Éstas son las últimas palabras que escribió, en 1751. Estoy segura de que dejó de escribir porque fue entonces cuando sucedió lo de su hijo Juan.

—¿Qué sucedió…? —preguntó Elsa en un susurro anhelante.

—Juan era su primogénito. A los nueve años se perdió por el bosque de las alisedas y nunca más apareció. Sólo encontraron su ropa destrozada y una de las botas que llevaba puestas cerca de un manantial al que acudía con su madre y gente de la casa para coger agua. Unos dicen que se lo comieron los lobos, otros que algún oso de los Picos de Europa de los que bajan a merodear por aquí… El caso es que doña Luz se trastornó. Recorrió el bosque con antorchas y quinqués en innumerables ocasiones, dispuesta a encontrar el cuerpo de su hijo. Hundía su cara en el manantial de las alisedas, creyendo que el pequeño se había escurrido en aquellas aguas que ella creía que eran mágicas. No descansaría, decía, hasta que no le diera cobijo en la iglesia familiar de Portillo. Más de una vez estuvo a punto de quemar el bosque con las antorchas. Su marido, don Juan del Pozo, acabó por venir de las Américas, allá donde estuviera, y mandó encerrarla en la torre que ahora son mis aposentos. Tiene unas vistas maravillosas a las tinas y al mar en su parte alta.

»Un día apareció colgada de una de las vigas de la torre, mirando al mar y a la Tina. Cuentan que sonreía y que se había puesto un hermoso vestido blanco, todo lo contrario al luto que había

llevado desde que Juan se perdió. Nadie supo cómo logró ahorcarse en la negrura de la noche. En el torreón no le dejaban velas de ninguna clase. Tuvo que ser muy hábil para atar y atinar a colgar de las vigas los cinturones de sus vestidos, con los que hizo una cuerda que luego se pasó por el cuello y un nudo de ahorcado perfecto. El caso es que la noche que se mató había tormenta, como ahora. Dicen que fue la luz de los relámpagos lo que la iluminó para colgarse de la viga del techo.

A esas alturas, Elsa estaba hipnotizada con el relato de la duquesa. Todo lo que la rodeaba parecía encajar a la perfección con la historia de la dama: la luz de la chimenea, los relámpagos, el sonido del trueno, un aullido de un perro que llamaba a muerto, el viento entre las ramas de los árboles.

—¿La aburro? —preguntó doña Lily al observar su mirada perdida.

—Oh, no, todo lo contrario. Estoy… ¿cómo diría usted? Fascinada.

—Me alegro, querida. El caso es que desde que doña Luz murió, su ánima recorre el camino desde el cementerio que le enseñé esta tarde, donde está enterrada bajo su modesta cúpula, hasta esta casa. Llama a las ventanas y pide que la acompañemos a las alisedas y al monte Cabana a buscar a Juan. Basi nunca quería venirse, pero sus hermanos y yo íbamos encantados con nuestros quinqués. Mis chicos, Manuel y Alejo, crecieron yendo conmigo. Cada noche que había tormenta cogían las linternas para ayudar a doña Luz a buscar a Juanito.

»A veces le oíamos susurrar entre los alisos, o eso nos parecía. Luego, dejábamos la ventana entreabierta de nuestras habitaciones para que ella viniera a vernos. Veíamos la luz que emitía su cara pálida y su ropa blanca. Si nos perdíamos por el bosque, no teníamos miedo. Ella nos guiaba siempre. ¿No le parece enternecedor que esa mujer, después de lo sabia que era, perdiera el resto de su vida buscando la luz para ir al bosque y encontrar a su hijo?

Elsa no respondió de tan boquiabierta como estaba con la historia. En su retina veía a Alejo y a Manuel con doña Lily, andando por el bosque con sus linternas, esperando a doña Luz. Y la ventana entreabierta…

—¿Lo ve usted, señorita zanahoria, como mi señora está loca? ¿Por qué no pudo enseñar a los chicos a coger caracoles, como hice yo? —exclamó Basi, entrando de repente en el salón. Se había quedado escuchando detrás de la puerta que conducía a la habitación de Jaime.

La duquesa se rio con ganas.

—¡Basi, lo sabía! Sabía desde el principio que estabas escondida por ahí. Oh… Estás muerta de miedo, doña Luz acecha…

Divertida, Elsa observaba a doña Lily: se había puesto de pie y, con las manos a la altura de su cara y de puntillas, caminaba hacia Basi como si fuera un coco. La cocinera retrocedió despotricando.

—Estaba aquí por si a *miss* Redfield le daba miedo. Ya no tiene usted edad para esas tonterías. ¿Les preparo un té?

La tormenta seguía iluminando a ráfagas la casa. Las ramas de los árboles fabricaban sombras fantásticas en las cristaleras del porche. Doña Lily pasó un brazo por los hombros de la *nanny* y sujetó la palmatoria con la vela en la otra mano. Salieron en pos de Basi hacia la cocina, donde el fogón aún estaba encendido.

Cuando Elsa franqueó el umbral y otro relámpago entró por la ventana de la cocina, iluminando la cara divertida, afable y resuelta de la duquesa, se dijo que ella también tenía el

suficiente coraje para acompañar a doña Lily al encuentro de Luz del Pozo con tal de encontrar al niño perdido.

Mientras saboreaban el té tranquilamente y contemplaban la tormenta, unidas por sensaciones intangibles, ni doña Lily ni Elsa se imaginaban aquella noche cuánto coraje necesitarían más adelante.

UNA LLAMADA DEL PASADO

Si doña Luz del Pozo llegó a Elsa de la mano de la duquesa una noche de hermosa tormenta, Alejo entró en la Casa de las Ánimas un día soleado de mediados de julio de la mano de la sorpresa y con el olor de la hierba en hacinas. Por puertas y ventanas penetraba el aroma de la siega después de que los montañeses aprovecharan el buen tiempo para cosechar y amontonar el forraje antes de que volviera otra semana de lluvias.

En cuanto vio su figura recortada en la puerta, a Elsa se le detuvo el corazón en la garganta, a punto de asfixiarla con sus latidos. El plato y la cuchara que tenía en las manos con la comida de Jaime no se estrellaron en el suelo del porche de milagro. No pudo sino soltar una exclamación.

—¡Alejo! ¡Señor Campos! ¿Qué hace aquí?

Doña Lily volvió la cabeza y entornó los ojos hacia la penumbra de la puerta. Dejó el libro que estaba leyendo y se levantó apresurada para ir a abrazarle.

—¡Hijo, qué alegría verte por aquí! ¿Dónde has estado? Estaba preocupada. Hace más de un mes y medio que desapareciste. ¡Hasta Elsi ha preguntado por ti!

—¿Elsi? Lilita mía —dijo Alejo con ironía al tiempo que la levantaba del suelo y daba una vuelta con ella por el porche—, ya veo que la *nanny* pelirroja te ha conquistado. ¿O más bien has sido tú a ella? ¿Qué son esas confianzas de Elsi? ¡Y mi ahijado! Chaval, estás guapísimo.

Sin pararse a pensar en que Elsa estaba dando de comer al niño, le levantó de la trona y le agitó en el aire, hacia su cara. Unas gotas de papilla le cayeron sobre la nariz.

—Por favor, don Alejo. Está merendando y va a vomitarle encima.

Alejo no le hizo caso y siguió con el niño en sus brazos.

—Está usted guapísima, Elsa. Tía Lily, ¿qué le has hecho a las pecas de esta mujer para que le salgan más aún? Está guapa de verdad, dan ganas de contar esas manchas que tiene en las mejillas.

Elsa se puso roja y sus pecas más aún. El descaro de aquel tipo la descolocaba. Doña Lily observó que sus orejas, que asomaban por delante de la gruesa trenza que le caía por la espalda, también se ponían tan coloradas que parecían a punto de echar humo.

—¡Alejo, por Dios! No seas gamberro. *Miss* Redfield, no le haga caso.

—¿Por qué no me va a hacer caso si le estoy diciendo que está guapísima?

Elsa logró mantener la cara inexpresiva, aunque sus ojos verdes echaban chispas, no se sabía bien si de ira o alegría. O de ambas cosas a la vez. Recuperó la compostura.

—Deme al niño, por favor, don Alejo. Tiene que terminar de merendar.

El hombre sonrió y se lo dio a la *nanny*.

—No puedes entrar aquí en tromba, hombre —le reprochó la duquesa en tono más que

cariñoso.

—Perdonadme. ¡Estoy tan contento de estar aquí! Y más aún de veros a vosotras, a Elsa, a ti, tía Lily, y al niño. Ya he estado con Basi fuera, que ha sido la que ha oído renquear mi Seiscientos por la cuesta. ¡Hacía tanto tiempo que no venía a esta casa! Nunca he vuelto a ser tan feliz como durante aquellos veranos. ¡Cómo te quiero, tía Lily!

—Vale, vale, zalamero. ¿De dónde vienes?

—De Madrid. He estado en Cerroalto con Genia y Aurelio y me contaron que estabais aquí.

—¿Sabes algo de Manuel?

—No me digas, tía Lily, que no es buena la historia. Tu hijo, el monárquico de don Juan y de don Juan Carlos, metido en ese lío del contubernio. Espero que no te hayas preocupado ni lo más mínimo.

—Por Dios, Alejo, no seas frívolo. Está confinado en esa isla.

—Con otros prebostes monárquicos, supuestamente liberales, democristianos y otras bobadas propias de esos pusilánimes. Tranquila, viejita mía, que estoy al tanto de cómo está. Y está estupendamente. Te traigo unas cuantas cartas y para después del verano le tendremos otra vez en casa.

—Alejo, como me vuelvas a llamar viejita mía, te facturo a Madrid o te buscas casa donde dormir.

—Perdona, no me había dado cuenta. Ha sido sin querer.

Elsa los observaba mientras terminaba de dar la papilla a Jaime. No entendió la irritación de la duquesa por el término «viejita» hasta mucho más tarde, cuando Alejo le contó que «viejita» era como la llamaba su nuera.

—Tengo que contarte algo importante sobre ese asunto, pero no esta tarde. Ahora lo que quiero es dar un paseo con vosotras y con Jaime al pueblo. Podemos ir hasta el cementerio.

—¿Tienes que contarme algo de Marta? —preguntó doña Lily con un rictus en el rostro.

—No exactamente. O sí. Tengo que hablar con vosotras dos, pero no hoy. Necesito descansar. Por favor, tía Lily, intercede por mí ante esta hermosa y despiadada mujer y dile que nos acompañe a pasear —rogó Alejo señalando a la *nanny*.

—Ya conoce el camino de la Cuesta. Vamos muchos días.

—¿Y también conoce a doña Luz? —interrogó burlón.

—Pues sí. Como siempre, doña Luz nos regaló una noche de tormenta nada más llegar para que Elsa pudiera conocerla —respondió doña Lily, desechando la sombra que había cubierto su cara unos segundos antes—. Te aviso, Alejo, de que Elsa ya no necesita instrucciones especiales para moverse por aquí, ¿verdad, querida?

—Depende de las circunstancias y de lo rápido que caminen ustedes, doña Lily. A este señor me cuesta más seguirle —replicó Elsa mientras quitaba el babero al niño.

Alejo sonrió complacido.

—*Touché*, *miss* Redfield. Ya veo que has mejorado tu percepción y humor desde hace cuarenta y cuatro días exactos.

—¡Ay, Alejo! —exclamó Lily—. ¿Por qué cuarenta y cuatro precisamente?

—Son exactamente los días que hace que no hablo con tu *nanny*. Los he contado.

A Elsa se le desbocó el corazón. Se giró hacia la pila y dejó el plato de la papilla. Abrió el grifo con mano temblorosa, se sirvió un vaso de agua y se lo bebió de un trago, con la esperanza

de que el corazón volviera a su sitio y con ello desapareciera la turbación que la embargaba. La duquesa pudo comprobar que su intuición no había fallado: algo muy especial sucedía entre aquellos dos. Pese a lo que pudiera pensar Elsi, a Alejo le costaba mucho más de lo que aparentaba jugar a ser frívolo y bienhumorado.

—Elsa, yo pongo a Jaime en la silla. Nos vamos con este invitado a pasear. Vaya a recoger lo que necesite. ¿No quieres tomar nada, Alejo?

—Así que ahora soy el invitado. Yo creía que ésta era mi casa —murmuró con sorna—. No, tía Lily, ya me ha dado Basi un vaso de limonada para mantener la tradición. Luego nos tomamos algo en el colmado de enfrente de la iglesia. ¿Sigue abierto?

—Sí, milagrosamente sigue abierto, pese a que cada vez son más los que cierran y se marchan a las Indias, como dicen ellos. Lo atiende uno de vuestros amigos de infancia, Guille.

—Perdónenme, ahora vuelvo —comentó la *nanny* al pasar por su lado.

—No se peine mucho, Elsa. Me gusta verla con esos pelos fuera de la trenza —pidió Alejo con una sonrisa en la que esta vez no había ni pizca de ironía.

Elsa no contestó, no fuera que la voz la traicionara ahora que su corazón y su estómago parecían ubicados de nuevo en el lugar que les correspondía. Irritada consigo misma, mientras subía las escaleras se dijo que disponía de unos minutos para recuperar la cordura, pese a que sabía que no estaba muy claro que quisiera volver a ser razonable. Su sangre atropellaba las venas de todo su cuerpo. «¿Por qué voy a renunciar a esto?», se preguntó con rabia mientras se lavaba la cara con agua fría.

Si algo había aprendido en su infancia, era a saber que todo podía terminar en cualquier momento. Su hermano Eddie había muerto sin poder casarse con Beryl y la vida de ésta se había arruinado; su padre había sido un cobarde que optó por la soga una vez que su hijo desapareció y la dejó, con poco más de seis años, sola con su madre, triste y amargada a los cincuenta.

Se miró en el espejo. No se peinó, pero sí se pellizcó las mejillas. Cogió una chaqueta de punto de color verde, como sus ojos, y bajó al zaguán.

Comenzaba a caer la tarde cuando dejaron la casona y enfilaron hacia Portillo. En los prados que había a cada lado del camino trabajaban yuntas de bueyes y caballos de tiro, con mujeres y hombres en el carro cargando la hierba. Alejo se puso la mano sobre los ojos, a modo de visera, para adivinar quiénes eran los que triscaban lo segado. Tan pronto lanzaba un silbido como gritaba un «eh, Miguel, ¿eres tú? Que soy Alejo», dejando asombrada a Elsa, que iba a su lado empujando el cochecito. La reacción de la duquesa era diferente, pero igualmente feliz. Agitaba una mano a modo de saludo, con un «buenas tardes, Ernestina, ya ves, aquí con el nieto y el *renegao*, recordando otros tiempos».

—Coño, si es Alejo, el *renegao* de Gandarilla —soltó un hombre en mitad del prado mientras tiraba el sombrero de paja y bajaba corriendo la cuesta. Cruzó el zarzo y se abrazó al recién llegado—. ¡Pero si estás igual, hasta tienes esa media melena larga de paje que sacaba de quicio a mi madre!

Miguel y Alejo se enredaron en una charla rápida llena de: «¿Te acuerdas de aquel día, y del otro, cuando Manuel se cayó y la Basi no nos encontraba?». A Elsa le costaba seguir el ritmo de la conversación, aunque se mantuvo al lado de los hombres, sujetando el cochecito de Jaime para

que no bajara rodando la empinada cuesta.

Doña Lily charló un rato con Ernestina, que no salió a abrazarlas porque «estoy llena de polvo, del que pica, Lily». Pese a la insistencia de la duquesa por abrazarla, fue imposible. Cuando continuaron con su paseo, doña Lily se adelantó a las explicaciones de Alejo.

—Son primos de Pili y de Basi. Miguel era muy amigo de Alejo y Manuel desde pequeño.

—Y lo sigue siendo. ¿Te acuerdas del día que hice la piquera a Manuel con el tirachinas y yo no quería volver a casa por si me castigabas? Estuve toda la tarde escondido con Miguel en lo alto del pajar. Decía que el tirador era suyo y que si me castigabas, también le tenías que castigar a él. Esas cosas no se olvidan nunca —recordó Alejo con una voz tan llena de nostalgia que a Elsa le sorprendió.

—Perdonen, pero ¿qué es eso de *renegao*? —preguntó la *nanny*.

La duquesa y su ahijado se rieron al unísono.

—Desde pequeño, yo me enfadaba muchísimo cuando me provocaban llamándome conde de Gandarilla. A veces me cantaban cosas como «conde de Gandarilla, qué bien te llenas la barriguilla», porque tía Lily siempre me tenía aquí acogido, en vez estar en mi casa de Gandarilla. La situación entre mis padres nunca permitía abrir aquella casona y a mi madre este Val de San Vicente le resultaba lo menos glamuroso del mundo.

A Elsi le pareció que la voz de Alejo adquiría un tono bronco, pero enseguida dejó el tema de sus padres y siguió hablando de sus hazañas infantiles.

—Una vez, Manuel y yo nos enfrentamos con palos, que para nosotros eran lanzas, naturalmente, contra Miguel, Guille y otros chicos del pueblo. Luego nos hicimos muy amigos. Dame el cochecito, Elsi, que te lleva lanzada cuesta abajo. No me gustaría que se te quedaran los brazos con los músculos de un hombre.

Mientras hablaba había soltado suavemente la mano de Lily, que iba cogida de su brazo. Puso sus manos sobre las de Elsa en el manillar del coche y a la muchacha no le quedó otro remedio que apartarse, como si las palmas de él abrasaran. Lily aparentó no ver nada y pasó la mano que antes reposaba sobre el brazo de Alejo por el de Elsa.

Fueron hasta el cementerio, donde Alejo aprovechó para añadir más detalles sobre doña Luz.

—¿Sabes una cosa? Las primeras semanas que pasamos en Beaumont College fueron muy duras. Manuel y yo rezábamos a doña Luz para que llegara con su luz fantasmagórica y se llevara a aquellos curas que nos amargaban la vida o nos trajera de vuelta a esta casa.

Cuando llegaron al final de la Cuesta de las Ánimas, doña Lily confesó que estaba cansada: demasiadas emociones en tan poco tiempo.

—Dejadme con Jaime en la puerta de casa y lleva a Elsi al colmado, Alejo. Que se tome una limonada de las de aquí. No se lo diga a Basi, Elsi, pero las limonadas del colmado son mejores que las de ella. No me pregunte por qué, ya que todos utilizan la misma clase de limones, los de aquí, que tienen la piel muy gorda y poca pulpa. No tengáis prisa, Basi y yo bañaremos a Jaime. Estará encantada.

Alejo se sintió feliz con la idea de irse a solas con Elsa y la *nanny* optó por permanecer callada.

«Es la primera vez que nos va a dejar bañar al niño a nosotras solas desde que llegó a casa. ¡Ay, Lily, hija, qué lista eres a veces! ¿Tendré suerte? ¿Será posible que al menos uno de estos dos chicos se enamore de una mujer buena?», se dijo la duquesa. Entró en la casa, con los

hombros encogidos apenas perceptiblemente y de la mano con su nieto. Estaba contenta.

—Elsa, ¿prefieres que demos un paseo hacia Luey, el pueblo de allá arriba? El camino es precioso. ¿Estás cansada? —preguntó Alejo, mirándola fijamente a los ojos y sosteniéndole la mirada.

—No, claro que no —murmuró ella asombrada de lo que le costaba vocalizar y sin poder dejar de mirarle.

—No he podido llamarte ni escribirte. Con lo de las detenciones del contubernio de Múnich, me aconsejaron desaparecer, pero no he hecho más que pensar en ti. Si esto me lo hubieran oído mis camaradas, me habrían hecho un consejo de guerra.

—No le he pedido explicaciones. No es asunto mío.

Elsa había recuperado el dominio de sí misma. Alejo la cogió de la mano, pero no bastó la naturalidad con la que lo hizo para que ella se lo consintiera.

—No, por favor…

—Necesito sentirte cerca —dijo cogiéndole de nuevo la mano sin dejar que se le escapara—. Así está mejor. Y te aseguro que aquí es correcto que te lleve del brazo. Por si tropiezas.

Elsa dejó su mano donde él la había llevado y por todo su cuerpo se extendió una cálida sensación. «Dios mío, ¿qué me pasa? Si Beryl me viera…», pensó. Nunca había sentido nada así, así que optó por darse una tregua. Quizá podría ser espectadora de sus propios sentimientos. La voz de Alejo la devolvió a la realidad.

—Ya sé que no necesitas explicaciones, incluso que no las quieres. Pero es que yo no me he podido escapar del recuerdo de tus labios ni del sabor de tus lágrimas. La ternura que me produces me deja tan perplejo como feliz.

—No creo que para ti sea una sensación nueva. Por lo que sé, no eres ningún inocente. Más bien todo lo contrario.

Se le escapó el tuteo sin querer, lo mismo que el tono de cierta irritación irónica que había adquirido su voz. Inmediatamente, se arrepintió de sus palabras.

—Elsa, ¡estás celosa!

—Por Dios, no digas bobadas, no sé lo que es eso…

—Venga, *miss* Redfield, dime que no te caigo mal, que te sientes un poco atraída por mí. Seamos amigos. Es cierto que tengo un pasado, pero también es cierto que es la primera vez en mi vida que me puede la ternura, te lo juro.

—No sé si podré ser tu amiga…

—¿Eso quiere decir que también te atraigo? He venido hasta aquí sólo para verte. Me he tragado ocho horas de viaje con tus ojos en mi nuca, pensando en tus labios…

—Para ya…

—Desde que Aurelio me dijo ayer por la tarde que estabais aquí, no dudé ni un segundo de que tenía que venir a verte, sentirte cerca. Y no me mandes que me calle. Estás guapísima, esta casa te sienta de maravilla. ¿Te gusta, verdad?

Estaba tan contenta que no se percató de que en un segundo Alejo se inclinó sobre ella, le sujetó la cara con las manos y rozó sus labios con tanta ternura que ambos comenzaron a temblar como hojas. La besó suavemente una y otra vez, mientras Elsa le dejaba hacer, flotando.

Agitados, Alejo la separó suavemente para esconderla en su pecho y acariciarle el pelo.

—Me muero por tus huesos, señorita zanahoria —murmuró con voz bronca.

Hundió la cara en su pelo pelirrojo, aspirando profundamente en su nuca, donde arrancaba la trenza, y la besó en el cuello.

—Esto es una locura —se oyó decir.

Alejo le mordisqueó el lóbulo de la oreja, le pasó un brazo por los hombros y la atrajo hacía sí como si la escondiera para él solo.

—Sí, es una locura, por eso no vamos a perdérnosla. ¿Verdad que no, Elsi?

El silencio de la joven fue compensado por la mirada brillante de sus ojos verdes, que volvieron a quedarse prendados en los de Alejo. Enfilaron el camino de regreso a Abanillas, repleto de curvas y adornado con grandes praderas moteadas de bosques de alisos, fresnos y eucaliptos entre los que se recortaba la silueta de los vecinos Picos de Europa.

Doña Lily no dijo ni palabra de lo largo que había sido el paseo ni preguntó a Elsa si le había gustado la limonada.

Fue a la mañana siguiente, mientras desayunaban en el porche alrededor de una mesa que Basi había llenado de requesón, quesada, sobaos, leche, café y té, además de huevos cocidos y chorizo, cuando doña Lily pidió explicaciones.

—Bien, Alejo: dinos con qué disculpa has venido a ver a mi querida *nanny*.

Mientras Elsa se quedaba helada ante la perspicacia de la dama, Alejo soltó una carcajada y pasó su manaza por aquella cara con pecas. La joven no fue lo suficientemente rápida para evitar la caricia ni el color púrpura de su cara. Le echó una mirada fulminante.

—Perdona, Elsa. No ha sido mi intención molestarte —se disculpó con cariño, pero inmediatamente el tono de su voz cambió—. Tía Lily, no se te escapa una, como siempre. Has acertado, quería ver a tu *nanny*, pero te aseguro que mi disculpa es excelente —hizo una pausa —. Vengo de Lyon. —Miró a Elsa con tristeza—. Perdóname, Elsi, desde que salí de Madrid no he hecho más que darle vueltas a cómo podía decírtelo sin hacerte daño. No sé hacerlo mejor.

Elsa ya se había puesto de pie lentamente, tapándose la boca con la mano en la que llevaba la servilleta. La duquesa y Alejo se levantaron también, pero les hizo una seña con la mano y negó suavemente con la cabeza.

—Perdónenme, ahora vuelvo —murmuró. Y se marchó del porche como una sonámbula.

Alejo hizo ademán de acompañarla, pero doña Lily le sujetó con inusitada fuerza para que se sentara de nuevo.

—Déjala sola. Te necesitará más tarde. ¿Qué ha pasado? Quiero la historia completa, ¿me oyes? —exigió con frialdad, muy lejos ya de la cálida mujer que se había sentado a la mesa un rato antes.

El conde no ocultó ningún detalle. Con la voz sin inflexiones de alguien que está muy acostumbrado a rendir cuentas sin sentimientos ante camaradas de partido, comenzó su relato.

No hacía ni una semana que había abandonado su escondite en un chalet de la sierra madrileña cuando, nada más llegar a su oficina en la revista de comercio, se encontró con una llamada desde Lyon. Era un recado de Beth, la vieja doncella. Devolvió la llamada y Beth, con voz cascada, le pidió que acudiera a Lyon. Su señora estaba muy enferma y quería verle. Mejor

que se diera prisa, o llegaría tarde.

Fue a París en el tren expreso de medianoche y desde allí viajó a Lyon. Tuvo suerte y no hubo problemas al pasar la frontera, como él había temido. Un par de años antes, la policía le habría detenido porque estaba fichado. No había dicho a nadie adónde iba. Su distanciamiento del partido le había venido muy bien. Si hubiera seguido en la clandestinidad, no habría podido salir de España sin un permiso expreso del secretario general, ahora enfrentado a él.

Durante la noche en el tren, y pese a lo poco dado que era a las concesiones sentimentales, se permitió una reflexión sobre las jugarretas del destino, en el que no creía. Cuando no sabía si iba a ver viva a la mujer que había sido su gran amor, la que le había marcado de por vida, lo hacía con la mente obnubilada por el rostro de Elsa. Una niña a la que en alguna ocasión, cuando Beryl le había hablado de *miss* Hibbs, mencionaba de pasada como su amiguita Elsi, que era algo así como la hermana pequeña de su *nanny*. ¿Qué tenían las inglesas que no hacían más que complicarle la vida?

Al cabo de un rato, el taxi paró en la casa de Beryl. Un jardín flanqueaba la enorme mansión, en la que de nuevo se escondía el destino.

A doña Lily no le contó la mezcla se sentimientos que albergaba cuando franqueó la puerta de la casa de su amiga, ni el aspecto derrotado de su marido, con el rostro cetrino y cara de pocos amigos, ni la tristeza profunda que consumía a la vieja doncella. Tampoco se paró a contarle el *shock* que supuso ver a aquella mujer que había amado tanto en su lecho, tan pálida y delgada que apenas se percibía su cuerpo a través de la liviana sábana que la cubría. Sólo la larga melena rubia y ondulada, esparcida cuidadosamente por los almohadones blancos, impolutos y rematados en encajes, daba a entender que aquella momia que le miraba desde la cama y trataba de sonreír había sido su gran amor. Se sorprendió cuando vio a Marta sentada al lado de la moribunda. Le miró con una sonrisa cínica y repugnante, sin rastro de pesadumbre.

Todo aquello le resultó irreal, absurdo. ¿Por qué estaba allí? ¿Cuándo había regresado de Buenos Aires?, se preguntó mientras se sentaba en el borde del lecho de la enferma, siguiendo las indicaciones de la huesuda mano de Beryl, que le cogió la suya entre sus frías palmas.

Como si adivinara sus pensamientos, Beryl, en un susurro, sin aspavientos y con sorprendente lucidez, le explicó para qué le había hecho ir. Necesitaba que la perdonara y que le hiciera un último favor: llevar una carta que había escrito unos días antes para su querida Beryl. En cuanto al anillo, se había dado cuenta de que había sido una egoísta al pedirle a su adorada y fiel Elsa que se lo diera a *miss* Hibbs. «Dile a Elsa que lo destine a algo bueno, por favor. Perdóname tú también. Y pide perdón a todos en mi nombre, empezando por Manuel y por doña Lily. Pero, sobre todo, ve con Elsa a ver a mi Beryl. Ahora vete, Alejo, no quiero que me veas así. Marta te acompañará a la puerta».

—No, gracias. Puedo ir solo. ¿Quién tiene la carta para *miss* Hibbs?

—Beth te la dará al salir. Haz las paces con Marta, por favor.

—No, eso no. Pero te prometo que *miss* Hibbs recibirá tu carta.

Sacó fuerzas de flaqueza para vencer el temor que aquella cara cadavérica le infundía y se agachó sobre las almohadas para darle un beso en la frente.

—Dime que me has perdonado, Alejo. Te quise mucho, de veras…

—No hables. Hace ya mucho tiempo que te perdoné, Beryl.

Ella le soltó la mano y le empujó hacia la puerta, pero no impidió que Marta le siguiera.

—¿Y para qué te siguió? —interrumpió doña Lily con voz metálica sin hacer un solo aspaviento ni decir una palabra de lástima hacia la moribunda.

—¿No me vas a preguntar cuándo murió?

—No. Ya me has dicho que está muerta. ¿Qué quería Marta?

—En ese momento no me dijo nada, simplemente me acompañó hasta la puerta y me escapé. Sin embargo, cuando llegué a Madrid, me encontré con un recado suyo y tuve que hablar con ella. Beryl ha muerto. Marta quiere volver a Madrid y recuperar a sus hijos. También quiere dinero.

—Quiere guerra.

—Sí, tía Lily, quiere guerra. Sabe que Manuel está confinado en Fuerteventura y dice que tú no tienes edad para cuidar de sus hijos.

—Pues si quiere guerra, la tendrá, Alejo. ¿Manuel sabe algo de todo esto?

—Por ahora, no. Tengo que escribirle mañana. Ayer le mandé información por vía no reglamentaria diciéndole que venía aquí. Tenía que contaros a ti y a Elsa todo esto. ¿Te das cuenta, tía Lily? Destinos tan alejados como el tuyo, el de Elsa, el de *miss* Hibbs y el mío han terminado en manos de una moribunda que nos obliga a que nuestras vidas se crucen otra vez. Pobrecilla.

—Lo de pobrecilla lo dices tú. Yo sólo puedo pedir que Dios la tenga en su gloria. Tendría que ser muy generosa para perdonarla a ella y a la otra el daño que os hicieron.

—Ella sólo fue otra víctima de Marta y de Jarabo. O mejor, de la vida de esos años locos para los privilegiados y de plomo para los desgraciados.

—Querido mío, a tus años y con tu cabeza me parece cómodo y egoísta que eches la culpa a la vida y a la política. No me creo que tú te escudes en ese dichoso destino al que los dos desafiamos continuamente. Hay que ponerse en marcha. Elsa y tú os vais mañana mismo al Pazo de Meirás a darle la noticia y la carta a *miss* Hibbs.

—¡Tía Lily! Me parece una broma que me pidas a mí, precisamente a mí, que me presente en el pazo, el nido de los Franco.

—¿Y no te divierte, hijo? Además, te pido el favor de que acompañes a Elsa. Más que un favor, lo que te hago es un regalo.

—Eres increíble. Te creces desafiando al destino.

—No me copies, que eso ya te lo he dicho yo hace un rato y hace años. Elsa posee coraje y tampoco cree en el destino más que tú y que yo. Vayamos a buscarla. Estoy segura de que hace rato que ha bajado, pero no ha querido interrumpirnos.

Elsa les aguardaba en el porche acristalado, jugando con Jaime. Alejo reparó de nuevo en lo guapa que era. El corazón le dolió al observar que tenía los ojos hinchados y tuvo que reprimir sus ganas de besarla. «Eres un imbécil, Campos. Ya no eres un adolescente», se insultó con calor.

DOS EN LA CARRETERA

Doña Lily tuvo que ejercer toda su autoridad para convencer primero y ordenar a Elsa después que se fuera de viaje con Alejo al Pazo de Meirás. Más *miss* Redfield y menos Elsi que nunca, la *nanny* opuso una resistencia férrea ante lo que se le presentaba como una aventura temeraria con el argumento de que su papel estaba al lado de Jaime, su principal y prácticamente única tarea. Pero la duquesa le clavó una lanza en el centro del corazón con suma habilidad.

—Escúcheme, *miss* Redfield, porque ya me estoy cansando de esta discusión. ¿Qué quiere? ¿Demostrarme que ama más a mi nieto que yo misma? ¿Que Basi y yo no vamos a saber cuidarle?

—No, por favor, doña Lily. Es que me temo que después le cueste a Jaime volver a hacerse conmigo.

—No diga usted bobadas, *nanny*. —Y de golpe la situó en lo que era: una *nanny*—. En una semana, mi nieto no va a olvidarla, y deje de tratarnos a mí y a mi cocinera como si fuéramos unas inútiles. Puede que usted encontrara a Jaime poco acomodado a las rutinas británicas cuando llegó, pero ¿acaso se encontró usted a un niño desatendido?

Elsa se sonrojó. Nunca antes doña Lily le había mostrado aquella dureza. La voz autoritaria de la duquesa la dejó perpleja, pero ella era mucha *miss* Redfield.

—No, señora duquesa. No encontré a un niño desatendido, pero don Manuel me paga para cuidar a su hijo.

—¡Don Manuel, don Manuel! Le pago yo, *miss* Redfield, y soy yo quien le está diciendo que acompañe a Alejo al pazo. ¿Cómo se le ocurre a usted que le va a dar la noticia de la muerte de esa chica a su gran amiga? ¿Por teléfono? ¿Eso es también muy inglés, querida?

Alejo intervino en la refriega a tiempo, temiendo que la *nanny* fuera a responder de nuevo. La conversación estaba tomando unos derroteros que le preocuparon. Estaba claro que aquellas dos damas tan educadas eran de armas tomar.

—Tía Lily, Elsa, ¿qué tal si paráis un momento? Me siento como en un partido de tenis. Tía Lily tiene razón en lo que dice —dijo mirando a la joven—. Hay momentos en la vida en que uno debe saber que lo primero es lo primero y creo que tienes que ser tú quien dé la noticia a *miss* Hibbs, por más doloroso que te resulte. Si pudiera librarte de ese trago, lo haría. Y yo te acompañaré encantado.

La voz tierna y sobria con la que había hablado no dejó resquicio para dudar sobre su sinceridad. Elsa murmuró un «gracias» y agachó la cabeza para que no pudieran ver sus ojos.

—Perdóneme, Elsi. —El tono de la duquesa volvía a ser el mismo que cuando se sentaron a desayunar—. Siento haber sido tan dura y que usted haya visto mi faceta más desagradable.

Supongo que alguna vez tenía que ser. Quiero decirle algo importante. Hace un rato, Alejo reflexionaba sobre cómo se han cruzado nuestros destinos en la vida: el suyo, el de *miss* Hibbs, el mío, el del mismo Alejo. Y todo por unos acontecimientos terribles que nos superan. Querida —cogió la mano de Elsa por encima del mantel blanco de hilo—, Jaime es muy importante para usted y para mí. Pero el futuro de mi nieto está también atado a esta madeja que nos envuelve a todos. Pelearemos. Ya se lo explicará Alejo por el camino. Ahora suba a preparar una maleta de viaje.

Elsa apretó fuerte la mano de la duquesa, le sonrió con sus ojos verdes aún velados y se levantó de la mesa.

—Tengo que hablar con Basi de todo lo que necesita Jaime.

—Elsi, no empecemos de nuevo…

—Sí, señora —acató la joven.

Subía por la escalera cuando escuchó la voz de Alejo desde el porche.

—¡Señorita zanahoria, una maleta para unos días, no un baúl para unos años!

Asombrada, *miss* Redfield descubrió que a Elsi no le habría importado preparar un baúl para pasar unos años con aquel hombre. Sacudió la cabeza mientras abría los cajones de la cómoda. Su ropa íntima era muy poco atractiva.

Basi preparó unos bocadillos para el viaje y Pili apareció con una garrafa de plástico grande llena de agua.

—Por si se te calienta el motor —le dijo la guardesa dándole la pesada garrafa.

—Gracias, Pili.

Unos rayos de sol se colaban entre las nubes cuando Elsa se montó en el Seiscientos. La cocinera se despidió de la *nanny* con un fuerte abrazo lleno de grasa y cariño. Ella no se separó de aquellos enormes brazos. «No se preocupe por el niño. Estará bien», le dijo al oído la poderosa mujer. Doña Lily se limitó a decirles adiós con la mano desde el zaguán.

Hicieron los primeros doscientos kilómetros sin hablar, salvo algún comentario esporádico de Alejo contra los numerosos camiones que cubrían aquella ruta del Cantábrico y lo complicado que era adelantar. Elsa observaba su perfil de vez en cuando y luego perdía la mirada por los montes y el mar que le brindaba el maravilloso litoral. Sólo abrió la boca una de las veces que Alejo intentó adelantar a un camión.

—¡Tenga cuidado!

El conde lanzó un exabrupto que ni siquiera entendió.

—Perdona. No he dicho el taco por el camión, sino por ti. ¿Volvemos a los formalismos del usted, *miss* Redfield? Porque la dejo en la próxima estación, con La Cantábrica, y yo me vuelvo a Madrid.

Elsa le sonrió y Alejo liberó una mano del volante para acariciarle la cara. La joven cogió al vuelo la mano y la apretó con ternura entre las suyas un rato. A partir de ese momento, y cada vez que salían de las curvas, él estiraba su mano derecha en busca del refugio de las de ella. Caía la tarde cuando entraron en Gijón. No parecía que Alejo tuviera prisa por llegar.

—No quiero correr mucho, no sea que este pobre coche nos deje tirados —comentó mientras aparcaba en la Plaza Mayor, junto a un hotel.

Elsa no contestó. Había decidido que *miss* Redfield se quedara en la Casa de las Ánimas y fue Elsi quien acarició con un dedo la palma de la mano que llevaba entre las suyas. No estaba dispuesta a soltarle ni un segundo. Le aterraba pensar que tenía que sentarse frente a Beryl, darle la terrible noticia y volver a hablar del anillo. Al menos, al lado de Alejo era capaz de recuperar la serenidad.

Alejo reservó dos habitaciones en el hotel y Elsa se quedó sorprendida con los formalismos. Ella tuvo que presentar el pasaporte y Alejo el documento de identidad. Ambos fueron debidamente registrados en unas fichas. A Elsa no se le pasó por alto la curiosidad con la que el recepcionista les miraba, aunque el hecho de que ella fuera extranjera era una ventaja, según le contó luego Alejo.

—Tienen que dar nuestros datos a la policía y a la guardia civil. Se ha quedado sorprendido por mi apellido. Desde Hendaya a La Coruña, todo el mundo conoce a los Campos de Sola protomártires y a mi tío el general. En fin, vayamos a cenar. —Estaban en la entrada del hotel. Elsa había subido a la habitación para dejar la maleta y asearse y había bajado ya—. Estás guapísima, señorita zanahoria, y la noche es nuestra. Desde luego, con una mujer de estas características, alta, pelirroja y vestida tan elegantemente, no voy a pasar desapercibido.

—¿Le pasa algo a mi traje? —preguntó Elsi, mirándole a la cara directamente, con descaro y ojos pícaros. Ni siquiera ella se percató de que estaba coqueteando.

—Dios mío, no. Y no me mires así, que hago el tonto aquí en medio. Tu traje es tan tan… no sé, ¿formal? Pareces una azafata, pero guapísima. No dejo de preguntarme cómo serán esas rodillas y esos muslos con una minifalda. Aunque preferiría verlos yo solo.

—Vaya, vaya. Así que tú solo. Muy macho español. Luego decís.

Elsa estaba disfrutando con el coqueteo, con su burla sonriente. Alejo la atrajo hacía sí.

—No me machaques, Elsi. Tengo que ser formal —dijo rozando con sus labios la sien de la muchacha.

La *nanny* se apartó un poco. Un temblor se había vuelto a apoderar de ambos.

—Tengo hambre. —Y echó a andar por delante de él.

Disipada la tensión, pero no el lazo que les envolvía, fueron capaces de mantener una conversación sin tocarse mientras cenaban. Alejo le explicó las propiedades de la sidra, le recomendó no probar el queso de Cabrales —el olor que salía de la mesa de al lado la disuadió —, y ella tuvo todo el tiempo del mundo para contarle los temores antes de la cita con *miss* Hibbs. Habló también de los años que habían compartido las dos Beryl y ella durante la ocupación y de su relación con Beryl Adams: cómo había dejado de ser un referente para ella desde un día de otoño en Kensington Gardens.

Alejo le contó su visita a Lyon y las amenazas de Marta. A los nietos de la duquesa les esperaba un futuro incierto si las intenciones de su nuera se cumplían. Él lucharía con todas sus fuerzas junto con doña Lily para que aquello no sucediera.

Les dieron casi las doce sin percatarse de la rapidez con la que había pasado el tiempo. A la salida del restaurante caía un leve chirimiri. Elsa se cogió del brazo de Alejo y recostó la cabeza en su hombro.

—Me gustaría que este momento no se acabara —le dijo mientras la atraía suavemente hacia su hombro—. Y eso que ni siquiera puedo besarte porque nos detendrían por escándalo público y tendríamos que llamar a Beryl al pazo desde el cuartel para que el caudillo viniera a buscarte. Sin

embargo, ni aunque apareciera en el puerto con el *Azor* y toda su tripulación sería capaz de arrancarte de mis brazos.

Elsa le puso un dedo en los labios, pero él se empeñó en contarle qué era el *Azor* y terminó hablándole de los salmones que le colocaban al dictador al final de la caña.

—¿Pero es que ni siquiera cuando hablas de amor puedes evitar hacer política?

—Ah, pero ¿ha notado usted, *miss* Redfield, que le estoy hablando de amor? Yo creí que sólo le hablaba de la pesca del salmón.

Sonriendo, entraron en el hotel y recogieron las llaves. Sus habitaciones estaban en la misma planta, pero no eran contiguas, como si el recepcionista hubiera querido alejarles de los peligros.

—Aquí todo el mundo mira por la honra —murmuró Alejo lleno de rencor en la puerta de la habitación de ella. Se inclinó, la cogió entre sus brazos y comenzó a besarla con gran ternura en la nariz, en las comisuras de la boca, en los lóbulos de las orejas, mientras Elsa se asfixiaba en sus brazos. Por fin, le abrió la boca y rozó sus dientes, exploró su paladar y regresó a sus labios. La *nanny* flotaba en una nube deliciosa de la que no quería bajar. Cuando la respiración de ambos empezó a agitarse y Alejo perdía sus labios en su hueco del cuello, ella le retiró suavemente y le acarició la cara.

—Hasta mañana —susurró.

—Elsa, nunca me había pasado esto. No de esta manera. Nunca.

—Te creo. A mí tampoco —le dijo mientras le daba con la puerta en las narices con una sonrisa.

La mañana amaneció con lluvia. Cuando Alejo bajó al comedor, se dio cuenta enseguida de que le tocaba desayunar con *miss* Redfield, no con Elsi. Allí estaba, seria, con el cuello por encima de la camisa blanca que asomaba sobre la chaqueta de punto beis y un pañuelo estampado de seda anudado a la garganta. Estaba concentrada en la lluvia que caía en la calle. Alejo se preguntó si no sería un poco masoquista la atracción que sentía por aquella mujer. Si la fiebre y la ternura que le provocaba no sería el deseo de romper aquel porte de enfermera de la Cruz Roja. Hasta entonces, había padecido por las mujeres o fiebre o ternura, pero no las dos cosas a la vez. Como si hubiera previsto sus pensamientos, Elsa se había recogido el pelo en un moño bajo; no se había hecho la trenza que a él tanto le gustaba.

—Buenos días, *miss* Redfield. Perdone, pero sigue estando usted guapísima hasta cuando se viste de *nanny*. ¿Ha dormido bien?

El comentario fue suficiente para que la mujer se echara a reír.

—Muy bien, señor conde. ¿Y usted?

Alejo encajó la respuesta con otra sonrisa, disipadas las sospechas de que tendría que emplear parte de la mañana en volver a romper las barreras de *miss* Redfield. Elsi estaba allí.

—Cuando te he visto con ese moño y esa cara tan triste, he pensado que me ibas a pedir que te llevara de vuelta a casa, con Jaime y esos purés apestosos.

—Son sanos, no apestosos. ¿Y no fuiste tú ayer quien me dijo que en los hoteles hay que dar una imagen seria porque la policía lo vigila todo?

—Bueno, sí. Pero no pensé que fueras a aplicar la norma tan a rajatabla. —Se sentó, con una taza de café en la mano que se había servido de pie—. No me hagas caso, estás guapísima y sólo

sueño con deshacer ese moño y perderme en ese pelo. Y no, no he dormido bien.

—No empieces, por favor. Hagamos un pacto. Si, como dices, llegamos esta tarde o mañana al pazo…

—El pueblo se llama Sada. Y el pazo se llama Pazo de Meirás.

—Déjame terminar y desayuna, que yo ya he acabado. Mi propuesta es que hagamos el viaje como dos excelentes amigos, que me expliques los lugares por los que pasamos, como hiciste ayer a ratos, pero que no hables ni de amor ni de política, ¿te parece?

El Conde Rojo se quedó meditando unos minutos mientras untaba mantequilla en una rebanada de pan.

—De acuerdo, aceptado. No hablamos ni de amor ni de política, pero, a cambio, ¿podré hacerte el amor y quererte?

Elsa creyó que se moría. Sólo alcanzó a murmurar un «Alejo» suplicante. Él se conformó con acariciarle la mano en vez de perderse entre sus brazos, que es lo que deseaba. Terminaron de desayunar en silencio.

Antes de salir de viaje, fueron a la central de teléfonos y Elsa llamó al Pazo de Meirás para comprobar que *miss* Hibbs había recibido el telegrama de la duquesa advirtiéndole de su visita. «Sí», le respondió una voz masculina al otro lado del hilo. *Miss* Hibbs la esperaba ese día o al siguiente. No tenía más que volver a llamar cuando estuvieran en Sada y la *nanny* bajaría a visitarla. Elsa no se sintió bien: era evidente que Beryl no había querido ponerse al teléfono. Alejo restó importancia al detalle.

De alguna forma, cumplieron lo pactado. Más relajados que la víspera, Elsa le iba preguntando por cada lugar que atravesaban y él le contestaba con lo mucho o poco que sabía. En más de una ocasión hubo de contenerse también en su verborrea, porque se dio cuenta de que, si bien sabía a la perfección todo lo que había pasado en aquellas zonas obreras antes y durante la guerra, no sabía nada, o no lo recordaba, sobre don Pelayo o la batalla de Covadonga. Dispuesto a que nada arruinara la magia del camino, hubo momentos en los que se inventó todo tipo de gestas.

Comieron en una pequeña tasca del camino. Alejo pidió pulpo, pero Elsa fue incapaz de probarlo. Es más, le miró con cierta aprensión mientras él se deleitaba mojando pan en el aceite y el pimentón.

—Veras qué bueno está en Galicia. ¿Qué te pasa? ¿Por qué me miras con esa cara?

—¿Cómo te puede gustar eso? Es correoso, da grima…

—¿Me dejarás de besar si me lo como todo?

—Eres incorregible.

Ella se dejó hacer un par de carantoñas y Alejo no insistió, porque era una tasca pequeña y la gente les estaba mirando. Tomaron un café de puchero y se metieron en el Seiscientos.

A media tarde y cuando al sol aún le quedaban unas horas para esconderse por el Cantábrico, Alejo dijo que estaba muy cansado.

—Estamos en la ría del Eo. Te entusiasmará. Es un lugar maravilloso, digno de visitar. Además, a partir de aquí, tenemos que meternos por el interior y nos quedan más de tres horas de camino accidentado. ¿Nos damos un regalo? —No esperó a su respuesta—. No quiero llegar hoy, no quiero separarme de ti. No quiero que este viaje acabe nunca, no quiero, Elsi.

Elsa estiró la mano para acariciarle la nuca. El temblor que recorrió el cuerpo de Alejo se

trasladó al suyo.

—Si mañana salimos temprano, ¿a qué hora estaremos allí?

—Antes de comer, siempre y cuando el tiempo sea bueno.

Alejo giró el volante y se metió en Ribadeo. Se alojarían en el magnífico Parador de Turismo. Se detuvieron ante la puerta y mientras Elsa admiraba las vistas sobre la ría, recordó que en el *hall* había un enorme retrato del generalísimo. Conocía aquel lugar porque había ido con la poetisa. Se sintió asombrado de no haberse percatado antes del detalle, no le remordía la conciencia en absoluto. Cogió las dos maletas en la mano y se dirigió a la recepción con la documentación de ambos.

Cuando estaba ya pidiendo las habitaciones, Elsa llegó y se puso a su lado. Se dirigió a la uniformada recepcionista con un exagerado acento extranjero que no se correspondía en absoluto con su buen español. Al oírla, Alejo miró hacia otro lado y apenas pudo reprimir una carcajada.

—Perdone, señorita. Soy *miss* Redfield, invitada de la familia Franco. ¿Cuánto falta para el Pazo de Meirás? No sé si mi secretario y chófer se va a perder. ¿Cree usted que este tiempo seguirá así de brillante mañana?

Elsa pronunció todo el discurso con las jotas exageradas. La recepcionista ni se percató: sólo había procesado que aquella joven era una invitada ni más ni menos que del Pazo de Meirás. Aturullada, estiró la mano para coger la campanilla, pero en ese momento intervino Alejo.

—¡Oh, no, señorita! No llame a nadie. La señora viaja de incógnito. Es una amiga de doña Carmencita, pero es una visita sorpresa. No moleste usted a nadie.

—Iba a avisar al director.

—Gracias, muy amable, pero los extranjeros aman la discreción.

Un aguerrido y joven botones les subió las maletas. Cuando Elsa oyó que Alejo le despedía con la propina, abrió la puerta de su habitación y llamó suavemente con los nudillos en la de, esta vez sí, su vecino. Alejo entreabrió la puerta y Elsa entró. Se abrazaron, escondiendo la cara del uno en el cuello del otro, en un afán por acallar las carcajadas.

De pronto, la *nanny* dejo de reírse, le acarició la cara y comenzó a besarle en los labios. Después le abrió la boca. Alejo la cogió en brazos y la arrastró hasta la monumental cama. Elsa se puso encima de él y comenzó a desabrocharle la camisa mientras él perdía sus manos por debajo de su chaqueta de punto y no retiraba sus ojos de los verdes de la joven, que eran como dos lagos profundos en donde se reflejaban los árboles más hermosos del mundo. La atrajo hacia su torso desnudo.

No bajaron a cenar. Mientras los últimos rayos de luz se filtraban por la ventana de cristales emplomados, se dedicaron a descubrirse, a recorrerse el uno al otro primero con una ternura infinita y después con una pasión que a ellos mismos les asombró. Hablaron y se amaron con las últimas luces de la tarde, con la oscuridad de la noche, con la lluvia sacudiendo en la ventana. Elsi pensó que era el rugido de las olas que les acunaban. Sólo al amanecer, y después de las palabras más tiernas que Elsa estaba segura que había oído en su vida, Alejo se quedó dormido, apretándola en sus brazos, sintiendo sus pechos jóvenes y perfectos en sus costillas, con una pierna por encima de la rotunda cadera de Elsi, de forma que sus sexos no pudieran separarse.

Cuando le oyó respirar rítmicamente, Elsa se deslizó muy despacio de entre sus brazos. Tanteó con cuidado buscando algo que ponerse hasta que dio con la camisa de Alejo en el suelo, allí donde ella la había dejado caer. Era inútil buscar su ropa, porque, en un juego interminable,

el hombre le había ido quitando cada prenda lanzándola por encima de su cabeza. Estarían esparcidas por toda la habitación. Se resignó a que él viera a la luz del día sus enormes bragas blancas de algodón. No sin esfuerzo, logró salir de la habitación sin hacer el más mínimo ruido y regresar a la suya.

Deshizo la cama. Tuvo la precaución de dar varias vueltas entre las sábanas y después dobló la almohada y se recostó, dispuesta a ver amanecer. Sintió la tentación de volver a su lado, a su calor y a su piel, pero en los pasillos del parador comenzaba a haber ruido. Elsi disfrutó de lo que le estaba pasando, acalló a *miss* Redfield y se dispuso a soñar despierta. De repente, se acordó de Beryl Hibbs. Saltó de la cama rápidamente y se encerró en el baño, como si el agua de la ducha fuera a lavar los malos pensamientos.

Alejo la vio entrar en la cafetería del parador. Estaba sentado en una mesa al pie de un mirador acristalado, con una hermosa vista sobre la ría y el pueblo de Castropol.

—Buenos días, señorita zanahoria —murmuró a su oído—. He estirado el brazo y no estabas. He llamado a la puerta de tu habitación y no contestabas. El abismo se ha abierto ante mí cuando he pensado que habías huido. Menos mal que al final, y cuando un camarero me miraba ya mal por el tiempo que llevaba delante de tu puerta, he oído correr el agua.

Elsa sonrió y le apretó los dedos.

—Por favor, para o nadie se va a creer que eres mi chófer.

—Y tu secretario, no lo olvides. Ser secretario es casi como ser una *nanny*. Por eso me puedo sentar aquí contigo para despachar asuntos, mi vida —dijo con una inmensa ternura.

—¿Has dormido bien?

—Desde luego, querida jefa. Me gustaría contarle la cantidad de pecas que me he comido durante toda la noche, por no hablar del cosquilleo que me producen los cabellos pelirrojos hasta en los labios.

Aquello fue demasiado para Elsi, que no pudo sostenerle la mirada y sintió que sus orejas ardían y sus dedos temblaban al sujetar la taza.

—Alejjjjjo… —le rogó en un susurro.

—Está bien, pero, dime, ¿qué vamos a hacer?

—Desayunar y marcharnos al pazo.

—Mi amada señorita zanahoria, pregunto qué va a hacer usted con el renegado conde de Gandarilla.

—Hay pocas cosas que una *nanny* pueda hacer con un conde, señor, por muy renegado que éste sea.

—Pero hay muchas cosas que un renegado puede idear para atar su vida a la joya más preciada. Más cuando ésta aparece cuando uno ya no espera nada.

—Por Dios, no me hables de joyas —pidió Elsi. Alejo le había contado la tarde anterior, sin darle mucha importancia, los deseos de Beryl Pequeña para la joya. Pero ella no quiso oír mucho más y le rogó que cambiara de tema y que la carta se quedara en su maleta hasta que viera a *miss* Hibbs.

—Perdóname —se disculpó Alejo. Le quitó la rebanada de pan de la mano y comenzó a untar mantequilla—. No quiero que te manches esos preciosos dedos —susurró sonriendo—.

Mira el espectáculo de fuera. La bruma de la ría nos trae imágenes de fantasmas a retazos. ¿Ves aquel pueblo? Se llama Castropol, desde aquí parece de cuento. A nuestra doña Luz le encantaría este paraje. Aunque creo que ella es feliz en su peregrinaje desde Portillo a Abanillas, alumbrando a los que estamos perdidos.

—Me fascinó la historia de doña Luz —dijo Elsi—. ¿Sabes? Yo nunca he creído en esas cosas, y me sentí feliz cuando doña Lily me dijo que vosotros tampoco. Pese a ello, en las noches de tormenta dejabais la ventana abierta para la señora del cementerio. Te confesaré una cosa. Desde muy pequeña, Beryl siempre me leyó muchos cuentos. Yo solía dejar la ventana de mi habitación abierta por si Peter Pan y los Niños Perdidos llegaban hasta Jersey, escapando de los bombardeos de Londres. Creo que una noche hasta vi la estrella de Nunca Jamás, la tenía localizada.

Alejo la miraba embelesado, sin perder detalle de lo que le contaba.

—¿Ves? Otra cosa que compartimos. Esta noche, mañana, pasado, todos los días dejaremos la ventana de nuestra habitación abierta para que puedan entrar doña Luz y Peter Pan. Te lo prometo, señorita zanahoria.

—Alejo. —La voz de Elsi se tiñó de solemnidad—. Ayer se me olvidó pedirte que, además de no hablar de política ni de amor, tampoco hablemos de futuro. Bueno, no se me olvidó. Pensé que ese pacto estaba implícito y no necesitábamos hablarlo.

—Así era, pero no puedo cumplirlo, querida. Al menos, quítame esta agonía que tengo hoy. Dime que volverás de la cita con *miss* Hibbs y que regresaremos juntos a la Casa de las Ánimas, queriéndonos. No sé si te acuerdas, pero tía Lily nos dijo que podíamos irnos una semana.

—No podría acudir a la cita con Beryl si no supiera que tú me estás esperando en algún lugar. Sobre lo otro, no me presiones.

Alejo optó por el silencio primero y cambió de asunto después.

—Desayuna, mi amor —pidió—. Y come. Está todo muy rico.

A Elsa se le iluminó la cara. Nunca en su vida un hombre le había dicho «mi amor». Nunca a ningún hombre le había parecido tan hermosa. Ella lo había notado en sus ojos. Alejo era diferente: acogedor, atractivo y sincero. Una oleada de felicidad inundó su cuerpo. «Pero esto no es la vida real, Elsa», se dijo. Sacudió su trenza y Alejo la miró con deseo. Aquel gesto fue como si las nubes de la ría del Eo arrastraran a las que revoloteaban en su cabeza.

Como era aún temprano, Alejo se empeñó en llevarla a dar un paseo por la playa de Las Catedrales. Elsa se descalzó y caminó por la arena húmeda. Después se sentó y Alejo no perdió ni un segundo en besarle, uno a uno, los dedos de los pies, bajo sus débiles protestas. La presencia de una barca con pescadores impidió que la cosa fuera a más.

Hicieron el viaje desde Ribadeo a Sada por el interior, una carretera que a Elsa le pareció también muy bonita, pero que no era comparable a las vistas del mar Cantábrico. A medida que se acercaban a su destino, el miedo comenzó a instalarse en el corazón de la joven. Afortunadamente, Alejo, siempre pendiente de estirar su mano para coger las suyas, de ponerle la palma en la rodilla con la mayor ternura y de susurrarle palabras como «calma, querida, todo va a salir bien, te estaré esperando y volveremos a casa esta misma tarde», le ayudó a mantener el ánimo.

Pararon en Betanzos poco antes de la hora de comer y buscaron la central de teléfonos. Llamó al pazo y se identificó como *miss* Redfield a la persona que se puso al aparato.

—¡Ah, sí, señorita! *Miss* Hibbs esperaba su llamada. ¿A cuánto está usted de aquí? ¿Está ya en Sada? —le interrogó la voz, con un timbre oficial.

—Estoy muy cerca. Llegaré a primera hora de la tarde. Pero todo depende de cuando *miss* Hibbs pueda recibirme.

—No se preocupe. *Miss* Hibbs ha dejado dicho que la espera a usted a las cinco de la tarde en el único banco de granito que hay en la plaza mayor de Sada. Los demás son de madera. Buenos días, señorita.

La comunicación se cortó y Elsa se quedó mirando el auricular negro con la misma expresión que unas semanas antes la duquesa había mirado el de Cerroalto, cuando le dijeron que su hijo estaba confinado en Fuerteventura.

Alejo observó su cara consternada y la cogió del brazo mientras él mismo colocaba el teléfono en la horquilla.

—¿Qué te han dicho?

—Que me espera a las cinco en un banco de ¿granito? —Alejo asintió— que hay en la plaza de Sada. Dice que los demás son de madera. Beryl ni siquiera se ha puesto al teléfono.

Alejo evitó hacer cualquier comentario sobre su última frase, pero sonrió.

—Querida zanahoria, a las cinco de la tarde es una hora muy taurina y tú eres una gran torera. Tomemos algo antes de salir para allá. Y relájate. Si habéis quedado en la plaza, habrá árboles, y yo prometo esconderme detrás de uno para estar vigilante y saltar cuando me necesites.

—Hasta con las cosas más serias tienes que bromear. Va a ser terrible para Beryl decirle que su niña del alma ha muerto. No sé si lo entiendes. Para Beryl siempre ha sido como su hija, pero al mismo tiempo ha sido su mayor fracaso.

—Bueno, algo compartimos *miss* Hibbs y yo. Yo también fracasé. No sabes los esfuerzos que hice durante años para apartar a esa criatura del mal camino. Fracasé igual que tu amiga. Quizá es el momento de reconocer que algo tuvo que ver ella en esos fracasos y dejar de fustigarnos. Díselo así a *miss* Hibbs.

—Por Dios, si le digo a *miss* Hibbs que ésa es tu reflexión y que tú me has traído, le da un síncope.

—Sí, cierto. Es probable que hasta te encierre para que no vuelvas conmigo, no sea que te corrompa como a su otra muchacha. Algún día habrá que escribir la historia de quién corrompió a quién. Sin embargo, la experiencia me ha enseñado que es mejor contar la verdad. Dile que te has enterado a través de mí. Tal vez incluso tía Lily le haya comentado algo.

—No, no le ha dicho nada. Recuerda que por eso estamos aquí, para no decírselo por teléfono. No sé, quizá a estas alturas ya da igual.

—En absoluto. Lo correcto y humano es decírselo en persona. Pero es importante que tú tengas las cosas claras cuando hables con ella.

—Las tengo. Otra cosa es el dolor que me producen.

Estaban frente a una taberna donde, por el olor, al menos «hay lacón con grelos», anunció

Alejo a la joven. Pero ella no quiso comer nada y él sólo tomó una tapa en la barra con una cerveza. Hicieron el camino hasta Sada en silencio. No necesitaban decirse nada. Alejo la cogía de la mano siempre que el volante se lo permitía.

LAS DOS NIÑAS DE BERYL HIBBS

Elsa vio a Beryl nada más doblar la esquina. Había sido una buena idea llegar con tiempo para ver cómo acceder a la plaza. La nanísima tenía razón: sólo había un banco de granito bajo los árboles, los otros eran de madera.

—Lo normal es que se siente mirando hacia aquí —le había dicho Alejo una hora antes—. Es la calle principal y pensará que vienes por ella. Por eso es mejor que entres por aquella otra. Te dará tiempo a verla, a tener más control de la situación.

Elsa le miró tan perpleja como agradecida.

—¿Y esa excelente idea?

—Ya ves, cosas que se aprenden en la clandestinidad. Lo que no termino de entender es por qué te cita aquí en vez de delante de La Terraza, que es el edificio más importante, ése tan bonito que acabamos de ver.

—Este lugar es más discreto. Y para Beryl, la discreción es una norma de vida.

—Ya. Pero la discreción llevada al extremo tiene un toque siniestro, mi señorita zanahoria. Queda casi una hora, vamos a tomar un café.

—Prefiero una infusión.

—Lo que tú quieras. Vamos al bar por el que hemos pasado hace un rato. Si hay mesas dentro, puedo esperarte allí. Y recuerda, te estaré guardando las espaldas.

Elsa estiró la mano para coger la suya. Le dio igual que alguien les viera. No necesitaron decirse nada más.

Había muy pocos metros desde el bar hasta la esquina que daba a la plaza. Elsa observó a su amiga de espaldas. La tarde era gris, pero no fría, aunque unas nubes procedentes del mar amenazaban lluvia. Absurdamente, reparó en unas bombillas de colores y sin encender que colgaban entre un árbol y otro. Se habrían celebrado las fiestas del Carmen. De repente, un sentimiento de gratitud la invadió al pensar en la calidez de la gente —daba igual que fueran Genia, Aurelio, Basi o los conocidos en Abanillas— frente a la contención en que ella y Beryl estaban entrenadas. Si ella tuviera hijos y fuera de aquellas tierras cálidas, ¿los educaría una británica o una alemana? Se encogió de hombros. Sin duda, estaba yéndose por los cerros de Úbeda —la frase de Basi— con tal de no recorrer el breve camino que la separaba de aquella mujer que incluso de espaldas imponía. Estaba sentada muy erguida.

—Beryl… —pronunció suavemente mientras le ponía una mano en el hombro. Que hubiera llegado hasta ella sin que la sintiera probaba que *miss* Hibbs estaba tensa o absorta. O ambas cosas a la vez.

Beryl se puso de pie y se volvió hacia ella. Llevaba un escueto monedero negro de mano, una

falda recta por debajo de la rodilla y una camisa azul cuyos picos asomaban por las solapas de la chaqueta. Sin pensar en lo que hacía, Elsa la abrazó con enorme cariño.

—¿Qué tal estás? —preguntó con la voz ligeramente quebrada.

—Bien —contestó con sequedad la nanísima, claramente molesta por la efusividad de la muchacha—. ¿Y tú?

Elsa se recompuso todo lo rápido que pudo.

—Bien, bien. Perdona. Creo que se me pegan un poco estas cosas de España.

Elsa sintió con enorme irritación que una oleada de calor la invadía. ¿Por qué se estaba justificando ante Beryl? ¿Por quererla? Nada más natural que querer a aquella mujer a la que debía tanto. Tiesa como un palo, se sentó frente a ella en el banco de granito. Allí estaban las mujeres de Norland. La más joven se dispuso a responder a la mirada fría e interrogante de la mayor.

—Te preguntarás qué hago aquí. Lo lamento, soy portadora de malas noticias. Beryl Adams falleció la semana pasada en su residencia de Lyon. Dejó esta carta para ti.

Ya estaba. Había hablado *miss* Redfield, la *nanny* perfecta. Elsa sacó la carta del bolsillo de su chaqueta. Era un elegante sobre de color crema, rematado con un filete dorado. Cuando levantó la cabeza para entregar la misiva a Beryl, descubrió que ésta estaba pálida como un cadáver. Sus labios no tenían ni gota de sangre y la palidez se extendía al cuello y a las orejas. Hasta el blanco de sus ojos era más blanco que nunca. Temió que se desmayara.

—Beryl, ¿te encuentras bien? —preguntó, dejando su mano sobre las de ella, que aferraban el monedero con tal fuerza que los nudillos estaban también blancos. Pasaron unos segundos en silencio. La cara de *miss* Hibbs no mostró ni una sola emoción, excepto un ligero temblor de labios y de barbilla que Elsa captó brevemente. Sus ojos eran absolutamente inexpresivos.

—Sí, perdona. Es la sorpresa —dijo mientras cogía la carta.

—¿Quieres saber algo más?

—Déjame que lea la carta.

—¿No prefieres leerla sola?

—No. A lo mejor dice algo que nos atañe a las dos. —Con un tono casi amenazante y enarbolando la carta ante los ojos de Elsa, Beryl añadió—: Quiero leerla contigo delante, pero te advierto, Elsa, que ni las últimas letras de una moribunda me harán cambiar de opinión con respecto a ese anillo manchado de sangre. No me haré cargo de él, que quede constancia de ello.

Elsa estuvo a punto de ponerse de pie y dejar allí a Beryl, pero apeló a su educación como *miss* Redfield y se quedó sentada.

—*Miss* Hibbs, la señorita Adams le dijo a don Alejo Campos de Sola que me haga cargo del anillo. Le dio un recibo firmado como documento por el cual puedo venderlo a cualquier joyero.

El silencio se instaló entre ambas mujeres, sólo roto por el trino de los pájaros de la plaza y por las voces de un par de niños que perseguían un aro.

—¿Campos de Sola la vio? —preguntó Beryl.

—Sí. La señorita Adams le llamó. Por eso le doy los detalles —contestó Elsa sin dejar de ser *miss* Redfield.

—Déjame leer la carta. Y perdóname, Elsi. Estoy muy tensa y no tengo mucho tiempo.

Miss Hibbs rasgó el sobre, del que únicamente cayó una delicada hoja de papel de seda, escrita con pluma estilográfica. La leyó apresuradamente y se la pasó a la joven mientras fijaba

su mirada perdida en un punto lejano de la plaza. No había encabezamiento.

Perdóname, *nanny*. Mi vida ha sido una equivocación desde que me separaron de ti. Sólo para ti he sido única y sólo contigo he sido feliz. Tenías razón. El día que dejé al descubierto mis sentimientos me hicieron daño, pero a cambio viví intensamente, algo que a tu lado no me hubiera ocurrido.

Mi *nanny* querida, no te tortures. Al final, ya ves, no has fracasado. Lo más intenso que tengo aquí, en esta maravillosa casa que aún comparto con la vieja Beth, son los recuerdos de mi infancia, los años pasados a tu lado. Tu casa en Jersey, el patio de atrás para los juegos silenciosos… hasta la sensación de hambre me consuela. Te quiero, Beryl. Necesito que sepas que si hubiera tenido un hijo, solamente te lo habría dado a ti antes de irme.

Hasta siempre, tu niña Beryl

P. D. Comprendí mi egoísmo con el anillo. Dejo encargada una solución que os libre de esa pesadilla.

Elsa devolvió la carta a Beryl justo a tiempo de que las dos enormes lágrimas que resbalaban por sus mejillas no mancharan la tinta. *Miss* Hibbs la atrajo hacia su hombro y le acarició el pelo.

—Contención, Elsi, contención —murmuró.

La joven se preguntó con enorme tristeza de qué material estaría hecha aquella mujer a la que ella quería tanto. Sintió lástima de ella. En un acto reflejo, y mientras disfrutaba de la mano grande pero delicada sobre su cabeza, una idea surcó sus pensamientos: «Sin el amor de Alejo, sin Lily y sin la Casa de las Ánimas, yo sería como ella».

Ya repuestas y contenidas, la nanísima pidió un par de detalles a Elsa sobre lo acontecido, y ella se los dio, sin omitir que Campos de Sola había visto allí a Marta y que había sido él quien había llevado la carta a la Casa de las Ánimas. Beryl no hizo más preguntas.

—Querida, me tengo que ir. El chófer del pazo debe de estar ya esperándome y tengo mucho trabajo con los niños. Gracias por venir hasta aquí. Sé muy bien el esfuerzo que has hecho dejando al niño. Dale las gracias a la duquesa de Peñalara. Y dile que en septiembre nos veremos.

Sin ceremonias, y ya ambas de pie, se despidieron con un abrazo convencional. Beryl se marchó por la calle principal mientras Elsa se quedaba pensando en lo equivocada que estaba *miss* Hibbs. No se sentía mal por haber dejado a Jaime con su abuela y con Basi. Y no sólo eso. Dos días antes y cuando doña Lily se había puesto farruca —palabra también de Basi— porque ella no quería dejar al niño, lo que había sentido en lo más hondo de su alma —el corazón era poco— había sido una enorme alegría por marcharse sola con Alejo, aunque en aquel momento había sido incapaz de confesárselo a sí misma.

Elsi pensaba en todo esto cuando echó una última mirada a la espalda de *miss* Hibbs. Se despidió de ella y de la muchacha de mano enguantada que soltaba un billete al agua en el puente de Le Serpentine. *Miss* Hibbs vestía un traje tan parecido al de aquel día que podía haber sido el mismo. Elsa se dijo que ella no seguiría el camino de Beryl Grande ni el de Beryl Pequeña.

Entró en el bar en el que la estaba esperando Alejo. Estaba en una esquina, tomando un chato de vino, con la mirada absorta e intentando pasar desapercibido. Elsa se apretó contra él e inclinó un segundo la cabeza sobre su hombro. Alejo sacó unas monedas que dejó en la barra y le pasó el brazo por la espalda, tratando de aparentar un gesto protector. Unos marineros les observaban desde una de las mesas. Salieron sin hablar.

Ya en el pequeño espacio del Seiscientos, confortable y cómplice, ella se volvió hacia él.

—Bésame, *renegao*. —Y puso la voz de peliculera.

Alejo soltó una carcajada y no necesitó ningún ruego más. Sólo unas horas después, de nuevo en el parador de Ribadeo, Elsa se echó a llorar y se escondió en su pecho tras haber hecho el amor como si le fuera la vida en ello. Después, le detalló el encuentro con Beryl y una parte de sus más íntimos sentimientos. Guardó algo para sí misma, aunque no sabía explicar por qué. ¿Para que no le hicieran daño como a Beryl Pequeña?

Pernoctaron unas cuantas noches en el parador. Durante el día, eran discretos. Por las noches, nunca supieron si doña Mara —así se llamaba la recepcionista que les atendió el primer día y que terminó teniendo cierto trato con ellos— llegó a sospechar algo. Si lo hizo, calló, quizá agradecida por la somera descripción de lo agradable que había sido resolver todo en una tarde en el Pazo de Meirás con su colega, *miss* Hibbs. Y lo hermoso que era el lugar, según le contó el primer día por la mañana una charlatana *miss* Redfield. Claro que a veces Elsi arrastraba la jota más de lo que debía.

El tercer día, durante el desayuno, doña Mara les llevó una quesada hecha especialmente para ellos y osó dirigirse a Alejo.

—¿A usted le gustó el pazo del generalísimo?

—Lo siento, doña Mara. Aquí doña *miss* Redfield, mi jefa, me dejó al cuidado del coche. Dice que en ese lugar los que tenemos la cabeza muy alta podemos perderla al enganchárnosla en el umbral de las puertas. Al parecer, todas están hechas a la medida, para testas bajas.

Doña Mara miró al hombre con curiosidad y Elsa tuvo el tiempo justo de esconder la cara en la servilleta y disimular una carcajada como si de un estornudo se tratara.

UN HOMBRE PARA ELSI Y *MISS* REDFIELD

Les costó, pero cumplieron lo pactado. Durante los días que pasaron en la ría del Eo, ninguno de los dos rompió el acuerdo sobre no hablar del futuro. Más difícil fue lograr que Alejo reprimiera sus ataques de ternura, la verborrea asombrosa que le invadía cuando terminaban de hacer el amor y la mantenía entre sus brazos, murmurando las palabras más tiernas que Elsa jamás había oído. A veces, ella le tapaba la boca con los dedos o con los labios, asustada de tanto amor en un cínico —la palabra se la había traducido él al español, no Basi—, una de cuyas máximas de vida era no tomarse las cosas muy en serio, salvo alguna cuestión de política y lucha social.

Durante aquellas horas de paseos y de pasión, Elsa se dio cuenta de que utilizaba el humor y la ironía, incluso el cinismo, que a veces a ella la sacaba un poco de quicio, para protegerse. Había sido un niño que había tenido una madre peculiar que le adoraba y que, pese a todo, se había marchado de su lado. Lo de Beryl Pequeña debió de ser el colofón para perfeccionar el muro que Campos de Sola se había fabricado para defenderse de los otros. Sin duda alguna, se dijo Elsa, el cinismo y la burla eran los materiales que cimentaban aquel muro. Pero el amor que sentían se había colado sin que el hombre hubiera podido evitarlo.

A ella misma no dejaba de admirarla ser la causante de tal cariño en un tipo aparentemente duro. «Y sin apariencias, Elsi —se dijo una madrugada, sintiéndole respirar a su lado como un niño enorme—. Es un tipo duro, pero también honesto y frágil». Estiró la mano y le apartó el pelo de la cara con mimo. Pero según deslizaba la yema de sus dedos por la frente grande y hermosa, camino de perfilarle las cejas, algo se le clavó en el cerebro: «¿Frágil? Cuidado, Elsa. Es tu amante, no tu niño. Tú sí que puedes ser frágil». Alejo abrió los ojos en ese momento, atrapó su mano y se llevó los dedos a los labios.

Envueltos en esa turbamulta de sentimientos, emprendieron el regreso a la Casa de las Ánimas. Hablaron poco, pararon lo necesario y se abrazaron y besaron en cada parada, agradeciéndole al machacado Seiscientos que en tan sólo cinco años había recorrido toda España que se calentara más de lo debido y les diera una disculpa para parar. El inexorable camino de vuelta se acortaba. La ternura convivía con la desolación y el miedo dentro del coche y el sentimiento iba en aumento a medida que se aproximaban a su destino.

—Nos quedan sólo algo más de veinte kilómetros, Elsi —anunció Alejo cuando pasaron por Llanes—. Quiero hablar contigo y voy a parar.

—No lo hagas. No quiero llorar y que doña Lily o Basi me vean descompuesta. Ve despacio. ¿Te vas a ir enseguida a Madrid?

—No quiero irme, pero haré lo que tú me digas. Aún me quedan unos días de vacaciones. Por favor, déjame decirte que nunca he sentido esto.

—Me lo has dicho cada noche.

—Quizá en esos momentos era más fácil. No sé qué planes tienes, ni siquiera sé los míos, pero no quiero estar lejos de ti. Volveré a Cerroalto mientras te decides.

—¿Mientras me decido sobre qué, Alejo?

—Sobre si quieres vivir conmigo. Ya está, ya lo he dicho. Piénsalo en vez de llamarme loco o cualquiera de esas otras cosas que se le ocurren a *miss* Redfield.

Para entonces, Alejo ya estaba al tanto de las peleas internas que la muchacha mantenía consigo misma. Él había solventado el problema la mañana en que fueron a pasear a la playa de Las Catedrales. Elsa le contó con mucho humor hasta las diferencias que había entre *miss* Redfield y Elsi a la hora de vestirse o de sentarse a la mesa.

—Por favor, señorita inglesa, transmita usted a *miss* Redfield de mi parte que no se ponga celosa con Elsi —rogó divertido y en un tono confidencial—. A veces hago el amor la primera vez con *miss* Redfield presente y la segunda, con Elsi. Tener a dos mujeres en una es lo que me hace ser tan competente.

Si creyó que ella se iba a amilanar, se llevó una sorpresa.

—Señor, transmita al señor conde que *miss* Redfield concluyó la primera vez que hizo el amor con él, que los problemas de tamaño del señor conde son infundados. Y Elsi quiere subrayar que la capacidad de don Alejo es la correcta para su edad, dada su experiencia.

—De acuerdo, transmitido —dijo mientras se reía y la atraía hacía sí, agradecido por la facilidad con la que ella era capaz de seguirle por el camino de la desdramatización de la vida.

Pero aquellos momentos ya habían quedado atrás. Ahora estaban dentro del Seiscientos, en un espacio cómplice que les había envuelto durante muchas horas, donde se habían sentido protegidos. Un espacio que en breve tendrían que abandonar o compartir con los demás.

—¡Vivir contigo! —susurró Elsa—. Estás loco. Por favor, démonos una tregua. Dejemos reposar todo esto, tenemos muchas cosas que hacer. Y acaba esta agonía ya, acelera y vayamos a casa para ver a la duquesa y a Jaime.

—¿A casa? ¿Te refieres a la Casa de las Ánimas? Pero no me has dicho que no a nada. Reconócelo.

Elsa sonrió con cariño, se inclinó y le besó en la mejilla.

—Toma, el último que te doy porque en la Casa de las Ánimas se acabó. No he dicho ni que sí ni que no a nada, Alejo. Déjame respirar, déjame pensar. Y tú tienes que hacer lo mismo.

Alejo asintió, le rozó la mejilla con los dedos y siguió conduciendo. Más pronto de lo que ambos habrían querido se encontraron frente al portón de la Casa de las Ánimas. Cuando Elsi se bajaba, Alejo estiró la mano y agarró un segundo sus dedos con fuerza al tiempo que le susurraba un profundo «te quiero». Salieron del coche como si abandonaran el seno materno. Basi ya cruzaba la puerta con Jaime de su mano.

La duquesa les recibió como si hiciera un mes que habían partido en vez de unos días. Haciendo gala de su discreción y elegancia, la dama dio por hecho que el camino había sido lento y pesado, por unas carreteras inmundas y con lluvia, pese a estar en pleno verano. Del resto, echó la culpa a aquel pobre Seiscientos que Alejo se había comprado con sus primeros sueldos en la *Revista de Cooperación Exterior* y que había sido el coche de todo el mundo, porque se lo había prestado a

todos sus amigos.

—Vendrá usted hecha un cuatro, Elsi. Yo, las veces que me ha llevado a los toros en ese cuadratín, he salido hasta con las rodillas hinchadas de lo apretadas que las llevaba para no dar en la parte de delante, la verdad.

Alejo se rio. Estaban en el porche, ante unas tazas de té y con Jaime sobre las rodillas de Elsa, que le hacía todo tipo de arrumacos y le partía trocitos de sobao.

—Tía Lily, salías con las rodillas doloridas pero por el miedo que pasas cuando conduzco yo. Ya sé que éste no es tu cochazo ni yo soy Aurelio —comentó un Alejo radiante. Doña Lily había notado su cara de felicidad nada más verle entrar.

La conversación continuó con las hazañas de Jaime con su abuela y Basi durante los días que ellos habían estado fuera. Sobre las primeras palabras del niño, que además de *nanny*, ya decía claramente «abu» y «Ba», según interpretaban la duquesa y la cocinera. El tiempo, el paisaje y la comida —incluido el pulpo correoso, como contó Alejo— ocuparon la charla hasta que Basi anunció la cena. Cuando se levantaron, doña Lily le pidió a Elsa que guardara los detalles de la cita con *miss* Hibbs para el día siguiente cuando estuvieran a solas. La joven ya le había contado al poco de llegar que había ido sólo ella al encuentro con *miss* Hibbs.

Esa noche, Elsa permaneció un rato detrás de la puerta de su habitación. Meditó sobre si debía echar el pestillo —algo que podía sorprender a Basi o a la duquesa si la buscaban por algún motivo— o podría fiarse de Alejo y dejarlo sin poner. Mientras miraba absorta el pestillo y sentía la respiración del niño durmiendo plácidamente en su alcoba, recordó que no había subido agua. Bajó a la cocina y se encontró con Alejo. Estaba sentado delante de una taza.

—¿No te has acostado aún? Tienes que estar muy cansado después de conducir tantos kilómetros.

—Te estaba esperando —respondió. La miró con tal arrobo que Elsa se puso roja.

—Pues he bajado de casualidad. Se me había olvidado el agua.

—Elsi… —rogó con voz ronca mientras estiraba una mano para coger la de ella.

Elsa sujetó la botella y el vaso que llevaba en las manos, le dijo que no con la cabeza y salió por la puerta con un sencillo «buenas noches, señor conde». Cuando subió, echó el pestillo sin el más mínimo resquicio de duda, dejó el vaso y la botella en la mesilla, dio un beso al niño —algo que antes nunca habría hecho— y le arropó. Se metió en la cama y abrió el libro. Esperó. Había hecho una apuesta consigo misma.

Pasó una hora, quizá hora y media, cuando sintió los pasos suaves de Alejo y cómo intentaba abrir la puerta. Una sola vez. Tuvo que contenerse para que no oyera su risa cuando le sintió alejarse, con un juramento que ella ya conocía. Decididamente, tenía la cabeza de chorlito. De modales, mujeres y niños aún no había aprendido nada, concluyó la joven.

El renegado conde de Gandarilla apareció a desayunar más tarde de lo habitual, cuando doña Lily y Elsa ya estaban terminando y Jaime correteaba agarrado a las sillas dispuesto a salir a dar un largo paseo. Alejo entró en el porche ceñudo y con una expresión tan gris como el cielo, que amenazaba lluvia desde primera hora, aunque Basi insistía en que terminaría levantando. Se sirvió el café y un sobao, y no dio nada más que los buenos días. Doña Lily y Elsa se miraron con muy diferentes sensaciones. La duquesa se encogió de hombros e hizo un gesto burlón

mirando a Elsa, mientras que ésta lanzó una mirada interrogativa y levantó las cejas hacia la dama. Alejo ni se inmutó, si es que las vio. Mantuvo la mirada perdida en las gotas que empezaban a caer fuera.

Al rato, la duquesa cogió a Jaime de las manos de Elsa y se fue hacia la cocina, poniendo como excusa que tenía que hablar con Basi sobre el almuerzo. No bien cruzó el umbral hacia el interior de la casa cuando Alejo se dirigió a Elsa.

—Echaste el pestillo —le dijo en un tono de reproche.

—Naturalmente.

—Lo echaste porque no te fías de mí.

—Ni tú tampoco. Si no, no sabrías que eché el pestillo.

—Me sentí ridículo. Sólo iba a desearte buenas noches.

—Claro. Ya lo hiciste en la cocina.

—No puedo estar aquí una semana, verte y no tenerte.

—Pero ¿y qué esperabas? Estoy con el niño, y éste es mi trabajo.

—No hay que disimular ante tía Lily. Ella lo sabe todo. Desde el primer día adivinó cuánto me gustas.

—¿Y crees que eso es suficiente para mí? Es mi trabajo, Alejo. No tengo la culpa de gustarte.

—Gustar no es el verbo. No me confundas. Sabes que te quiero.

—Por favor. Me prometiste dejarme respirar.

—No voy a poder. No puedo estar bajo el mismo techo y ser formal. No puedo. Creo que voy a volver a Madrid.

—Bien.

—Ah, ¿te parece bien?

—No he dicho que me parezca bien. Sólo he dicho bien. Una expresión, ¿no?

Basi entró con una bandeja para recoger las cosas del desayuno y Alejo no pudo contestar a Elsa.

—Ay, don Alejo. Está enfadado y tiene cara de pocos amigos. Señorita zanahoria, ¿qué le ha hecho usted? —preguntó la cocinera con humor.

Elsa odió sus pecas, sus orejas y el rubor que le encendió toda la cara.

—Nada, Basi. Se lo aseguro.

—Pues tiene la misma cara malhumorada que cuando tenía que dejar ganar a Manuel porque si no el otro no quería seguir jugando.

—Eso es, Basi, me obligan a perder otra vez cuando apenas había comenzado a ganar —dijo Alejo, levantándose bruscamente y saliendo del porche. Basi no se inmutó.

—No cedas, señorita zanahoria. Se le pasará —dijo la cocinera en tono cómplice y misterioso al tiempo que salía con la bandeja sin esperar respuesta de la *nanny*, asombrada por el tuteo.

A Elsa se le quedó un regusto amargo y no era del té. Mientras se dirigía a buscar a doña Lily y al niño, se preguntó si a ella se le pasaría. ¿Qué pensaba aquel hombre? ¿Que para ella era fácil dormir bajo el mismo techo que él? Pero aquél era su trabajo y no se le había pasado por la cabeza que se lo tendría que explicar. Para ella era una obviedad.

Comieron los tres juntos —desde que llegaron a la Casa de las Ánimas, doña Lily le había pedido a Elsi que la acompañara a la mesa— y a los postres Alejo anunció que se iba al bar a Luey, a echar una partida de dominó con los amigos de la infancia. Seguía ceñudo, aunque

intentó participar en la conversación de las mujeres, pero sólo le salían monosílabos a las preguntas de su tía. Lanzó un par de ironías sobre el tiempo y su carácter. No se quedó ni al café.

Antes de subir a echarse la siesta, la duquesa pidió a Elsa que fuera a verla al torreón cuando Basi subiese con el té. La *nanny* aprovechó la hora de la siesta del niño para ordenar la ropa de Jaime. Aunque las cosas entre ella y la cocinera habían cambiado mucho, era impensable que Basi adoptara su sistema de orden minucioso y hasta maniático.

Cuando sintió a la cocinera con la bandeja, salió de la habitación y le dejó al niño. A Elsa le gustaba la distribución del torreón de doña Luz. Se entraba por una puerta con arco de medio punto y llamador de aldaba, como si fuera el acceso a un castillo. Tres grandes escalones de piedra daban paso a la primera planta de la torre, donde la duquesa había dejado a la vista una gran chimenea, con la cornisa del hogar alto y con piedra de sillería tallada a cada lado con diferentes escudos de la casa. «Fue un regalo de mi padre. Al cumplir los catorce años, conseguí que me dejara quedarme con este cuarto. Mi madre nunca entendió mi pasión por esta torre. Decía que la dama de luz blanca podía llegar en cualquier momento, pero ni siquiera así me disuadió. Nunca me ha dado miedo», le había contado la duquesa.

Delante de la chimenea había dos butacas orejeras, varias mesas pequeñas y una *chaise-longue* tapizada en rayas rojas y verdes que tenía un par de mantas encima, y al lado una deliciosa mesa de alas, en caoba y repleta de libros y cajitas, recuerdos de los diversos lugares en los que había estado doña Lily en su juventud. A un lado de la chimenea había un ventanal en ojiva, original de la torre, desde donde en los días claros, como aquella tarde, se veía el mar.

Frente a la chimenea arrancaba una escalera con peldaños de piedra y barandilla de madera gruesa sin arabescos que daba acceso a un suelo de madera de castaño, ancho y confortable, barnizado por muchos años de aceite de linaza, más lejía y estropajo. Doña Lily había colocado allí una enorme cama con dosel, cubierto con una tela de terciopelo grueso que hacía de techo. Las cortinas de la cama —varias piezas sueltas de hilo blanco— se recogían en cada una de las cuatro esquinas.

«Siempre las tengo abiertas, salvo la que hace de cabecero, que me libra de las arañas», le había dicho a Elsa la primera vez que le enseñó la estancia. Doña Lily estaba orgullosísima de su dormitorio en aquella casa. Incluso había obligado a Elsi a tumbarse en la cama, recostar la cabeza y mirar de frente. Una ventana estrecha y antigua, con un cristal fijo, encuadraba perfectamente la tina en la que desembocaba el río Nansa. Era como una llaga en el centro, en el mar.

«Ésta tuvo que ser la tronera de la que se colgó doña Luz. Aquí también la llamamos saetera, Elsi. Quedaban los salientes de una escalera de piedra y un pasillo que recorría la pared de la torre. En algún momento, los soldados de mis antepasados debieron de lanzar flechas o saetas desde este lugar contra los suyos, hija, los piratas ingleses», le había dicho la duquesa a la *nanny* mientras ésta miraba embelesada el torreón.

Desde esa visita habían transcurrido tan sólo unas semanas, pero a Elsa le parecieron meses. La sensación extraña y de lugar aparatoso que le había transmitido el palacete de Cerroalto había desaparecido en la Casa de las Ánimas. Ni siquiera aquel dormitorio tan atípico la había descolocado. Sin duda alguna, aquella casa era la de doña Lily, la de su hijo y la de su ahijado,

pero también podía ser la de ella. Pero ahora tenía que dejar de pensar en bobadas, se dijo mientras se sentaba en el sillón orejero, enfrente del que ocupaba la duquesa.

Sin muchos preámbulos, la *nanny* le contó cómo había sido el encuentro con *miss* Hibbs. No omitió detalles, pero tampoco se recreó. Fue un relato sin adornos, pero transmitió las sensaciones más importantes que había notado en Beryl.

—Nunca dejarán ustedes de asombrarme, querida. Me admira el control de sus sentimientos, pero a veces pienso que eso no puede ser bueno para la salud. Pobre *miss* Hibbs. Por muy nanísima que sea y muy preparada que esté, estoy segura de que duerme mal desde que usted le dio la noticia —comentó cuando Elsa terminó de contarlo.

—Yo también lo creo, pero así estamos educadas, señora. Beryl me pidió que le dijera que se verían en septiembre.

—Desde luego, desde luego. Nunca podremos romper este lazo que nos ata desde los terribles acontecimientos de aquel verano. ¿Y le pareció bien que Beryl las liberara a ustedes de la carga del anillo? ¿No se ofreció a venderlo ella? Los Martínez-Bordiú podrían darle salida fácilmente entre los joyeros de Madrid. No tiene más que pedírselo a su señora.

—Oh, no. Pobrecilla. Fue una liberación para ella. Apenas si hablamos del dichoso anillo. Si le digo la verdad, cada vez que me acuerdo de que está en Cerroalto y de que tengo que hacer algo con él, se me hace un nudo en el estómago.

—No se preocupe, querida. Allí está bien. Esa supuesta maldad que usted atribuye a la joya no podrá traspasar el forjado de la caja fuerte. Se lo aseguro. Ahora, Elsi, tengo que hablarle de una cosa que no le va a agradar.

Elsa sintió que todo su cuerpo se ponía rígido como una tabla, a pesar de estar acomodada en un orejero con almohadón de plumas.

—Seré muy breve, Elsi. Sólo quiero decirle que lo de Alejo es muy serio. Le conozco y le quiero como a mi propio hijo, y le aseguro que ese hombre se ha puesto enfermo por usted, pero esta vez de verdad. Yo no soy la persona indicada para nada. Mi experiencia ha sido un desastre, mi querida *nanny*. Y la de mis dos chicos, Manuel y Alejo, también. Usted es lo mejor que le ha pasado a mi ahijado. Oh, no, Elsi. No empiece a mover la cabeza.

Elsa sacudió la cabeza hacia un lado y otro, suavemente y con su vista clavada en el borde de la alfombra de *petit point* que cubría el suelo de piedra. De sus labios, doña Lily sólo pudo entender un «lo siento, duquesa».

—No lo sienta. Estas cosas pasan. Estamos en pleno siglo XX, aunque aquí, en España, sea difícil de creer en estos momentos. Alejo está desarmado, entregado y perdido, Elsa. He hablado con él esta mañana. Estaba enfadado consigo mismo por haber caído en la trampa del pestillo —dijo entre risas.

—¡Dios mío! ¿Hasta eso le ha contado?

—¿Sabe una cosa, Elsi? Después de lo de Jarabo y la triste historia de Marta y Beryl, hubo noches en las que tuve a ese par de hombretones llorando como bebés en mi cuarto. Por separado, claro está. Así son los castillos: se derrumban de un soplo, como los de cartas. No quiero alargar esto. Sé el pudor que le da. —Sin embargo, continuó—: De todos modos, quiero que sepa que yo no les juzgaré jamás, Elsa. Lo único que deseo es que Alejo sea feliz, se lo merece. Ahora tendrá usted que pensar y tomar decisiones por los dos. Y va a necesitar mucho coraje, querida mía. Alejo tiene una vena rebelde, un carácter que le lleva a romper con todos los

convencionalismos. Lo único que quiere en estos momentos es estar a su lado. Y no tiene límites. Usted tendrá que marcarle los tiempos. Es partidario de las locuras, igual que su madre. Y más en este caso, que como él me ha dicho, tenerla a su lado sería lo único sensato que ha hecho en la vida. Yo estoy de acuerdo, pero no sé si es lo mejor para usted. No me diga nada. Lo sé, está desbordada y lo entiendo.

Elsa se había ido hundiendo en el sillón a medida que la duquesa hablaba. La taza de té temblaba en su mano y tenía los ojos empañados.

—Doña Lily, es todo una locura, un exceso en mi vida que jamás me había planteado. Es… ¿cómo le diría? Arrollador.

—Exacto. Lo sé, Elsa. No voy a decirle nada, ni en un sentido ni en otro. Ya le he dicho que necesitará de todo su valor para cualquiera de las decisiones que tome. No se precipite en nada.

—Pero ¿qué diría la gente? Una *nanny* con un conde… Es absurdo, de novela antigua.

—Bueno, estamos en 1962, querida. Si mi hijo, un monárquico de toda la vida, está encerrado en Fuerteventura por conspirar contra el régimen en un contubernio y el presidente Kennedy coquetea con Marilyn Monroe, ¿por qué no pueden estar juntos una *nanny* y un conde, rojo para más señas? Querida, apréndase la canción del año. «La vida es una tómbola», dice Marisol. Quizá a usted le ha tocado, aunque no sé si eso es bueno o malo —concluyó con una sonrisa que iluminó hasta sus vivos ojos azules y entonando la melodía suavemente.

Elsa se quedó callada. Reflexionó sobre las palabras de la duquesa. Ella tampoco tenía claro si lo que estaba despertando en su interior era bueno o malo.

Las gracias que Elsa iba a murmurar a doña Lily murieron en sus labios, porque la puerta del torreón se abrió sin que nadie llamara y apareció una Basi poco menos que descompuesta.

—Lily, la bruja de Marta ha estado en Cerroalto. Ha llamado Aurelio.

A Elsa no le sorprendió que la cocinera se comiera el señora duquesa o el doña. Desde que habían llegado a la Casa de las Ánimas, el trato se había relajado entre las dos mujeres en momentos especiales, dejando al descubierto que habían sido compañeras de juegos durante muchos años. Doña Lily soltó una exclamación poco correcta y saltó del sillón como un resorte.

—¿Cómo lo sabes?

—Ha venido el chico del bar. Aurelio ha puesto una conferencia y ha dejado un recado que el chico ha traído en un papel, apuntado. Mira: «La madre M. en Cerroalto. Que señora me llame».

Lily cogió el papel de estraza. La duquesa lo releyó un segundo.

—Voy al bar a llamarle. ¿Dónde está Alejo? —preguntó a Basi.

—Me ha dicho que se iba a Luey, a jugar al dominó.

—Gracias a Dios que está aquí. Si viene antes de que yo vuelva de poner la conferencia a Aurelio, que vaya a buscarme.

—Doña Lily, creo que Alejo pensaba irse a Madrid lo antes posible.

—Pues ese posible va a ser un imposible, Elsa. Conozco a mi nuera, y después de lo que me contó Alejo del encuentro en Lyon, si ha ido a Cerroalto es porque quiere a mis nietos. Y más. Quiere guerra y la tendrá.

La duquesa pronunció las últimas palabras mientras se echaba por los hombros una chaqueta de punto y salía con las últimas luces de la tarde camino del único teléfono que había en el pueblo.

—¿No la acompaña usted, Basi?

—No. Llamaríamos la atención y no quiere que nadie escuche la conversación. Es más, ella hablará poco o nada. Será Aurelio el que le cuente desde palacio qué ha pasado.

—Perdone mi indiscreción, Basi, pero esa mujer a fin de cuentas es la madre de los niños. ¿Qué podrá hacer doña Lily?

—Es una bruja, señorita Elsa. —A la joven le gustó el tratamiento en español—. Es madre porque atrapó a mi Manuel. Sería terrible que se llevara a los niños: doña Lily y don Manuel se morirían. Y me extraña que ahora los quiera, siempre los consideró un estorbo. No sé, algo trama si ha vuelto…

La duquesa volvió antes que Alejo. Entró en el salón con paso decidido cuando Elsa y Jimmy corrían detrás de Basi, que daba vueltas alrededor de un sofá, tratando de que el niño y la niñera no cogieran los lazos del delantal que le colgaban por la espalda y se lo desataran. Las risas de los tres quedaron suspendidas en el aire en cuanto la vieron. Más que regresar de hablar por teléfono con su chófer, parecía que volvía de la guerra, tal era el cambio operado en la mujer.

No hubo necesidad de que la preguntaran nada. Cogió al niño en sus brazos, se sentó, le puso en sus rodillas —no hizo caso de las protestas de su nieto, que sólo se calló cuando Basi le puso en las manos las lazadas del delantal, que había terminado por quitarse— y las miró.

—Ha aparecido esta mañana en el palacete. Rosa le ha abierto la puerta, porque cuando ha llegado, Genia y Aurelio no estaban. Genia se había ido a la compra y Aurelio a algo del taller para el coche. Se ha presentado con sus aires de siempre a Rosa, le ha dejado en la mano una maleta pequeña y le ha dicho que la llevara a su habitación, «la de mi marido», ha aclarado, que ella me buscaría en mis aposentos.

De acuerdo con el pormenorizado relato de Aurelio, que doña Lily no cortó durante los más de veinte minutos de conferencia, contestando sólo con monosílabos al chófer, Marta no creyó a Rosa cuando le dijo que ella estaba fuera y que no había nadie en casa. Subió las escaleras y atravesó todos los salones, hasta su mismísimo cuarto, donde entró a buscarla.

—¿Llamó antes a la puerta? —preguntó la duquesa al chófer, y ésa fue la frase más larga que le llegó a Aurelio.

—No lo sé, señora duquesa. No se me ha ocurrido preguntárselo a Rosa, pero si usted espera, voy ahora mismo.

—No, déjalo, Aurelio.

Marta sabía que Manuel estaba confinado en Fuerteventura, porque le dijo a Rosa que tenía que pasar por el despacho y la biblioteca para recoger algo que le había pedido su marido que le enviara. Rosa estaba muy preocupada, pero al ver con qué desparpajo se movía la argentina por toda la casa, abría y cerraba puertas y se servía una copa en la biblioteca mientras rebuscaba algo en el cajón de la mesa de Manuel no se atrevió a hacer nada.

—Dinero, sin duda —dijo Lily al teléfono.

—Eso pensé yo, señora. Se ha llevado algo de dinero en un sobre. Miró a ver qué había dentro y se lo metió en el bolso sin más, según Rosa. Claro, Rosa no sabe que don Manuel guarda ahí el presupuesto de la comida del mes y Genia no había cogido prácticamente nada, señora, porque no lo hemos necesitado al no estar ustedes.

Aurelio dijo que Marta sabía que las niñas estaban en un colegio en Suiza. Pero se quedó

sorprendida de que ella y Jaimito no estuvieran en casa. Según Rosa, cuando recorrió el palacete y se convenció de que no estaban, parecía decepcionada y muy, pero que muy enfadada. Pronunció tal cantidad de palabrotas que ni Rosa había sido capaz de reproducirlas ante Genia y Aurelio, y eso que estaba acostumbrada a oír a los mozos de su pueblo. Después, y cuando hubo acabado la copa que tenía en las manos, ordenó que le preparara la comida en el salón de confianza, que iba a comer. Como Rosa no sabía nada, cuando ella le preguntó si estábamos de vacaciones en Santander, la doncella dijo que sí.

Tras la voz de Aurelio, doña Lily oía los sollozos de Rosa y la voz de Genia, que aún debían de estar discutiendo. A la doncella le había caído una bronca monumental por desvelar que estaban en Abanillas.

—Bien, Aurelio —cortó la voz fría de la duquesa a la alterada de Aurelio—, dile a Rosa que lo deje estar y a Genia que ya vale. Hubiera dado lo mismo. ¿Y cuándo tendré visita, calculas tú?

—Mañana, señora. Cuando llegamos, me ordenó que preparara el coche, que se iba esa misma tarde. Comprenderá que me he negado en redondo. Cuando he llamado antes, se acababa de tomar el café. Ahora se ha marchado. Le ha dicho a Rosa que se iba de compras, pero que vendría a cenar. Y que mañana vendrá a buscarla un taxi a primera hora. Lo siento, señora.

—Tranquilos. Era inevitable. Gracias, Aurelio.

Lily colgó. Estaba segura de que la mujer del bar había intentado deducir algo de la larga conversación. De todas formas, pensó, daba igual. En un par de horas, la noticia de que la duquesa había mantenido una larga conferencia con Madrid volaría por la Cuesta de las Ánimas, desde Abanillas a Portillo. Por no hablar de lo que se iban a divertir al día siguiente si la sinvergüenza aparecía por allí, como todo parecía indicar.

Doña Lily deseó por unos segundos que doña Luz abandonara su tumba del cementerio al día siguiente y llegara hasta el Puerto del Escudo para empujar con un soplo de muerte al taxi en el que viajaría su nuera. «Eso sí, —pensó—, que el chófer no se muera». «Qué poco cristiana eres, Lily», se dijo. «Mis razones tengo», se justificó mientras franqueaba la puerta de la Casa de las Ánimas.

Alejo llegó con la última luz del sol hundiéndose por la Tina del Nansa. Venía tan taciturno como se había ido y con el rostro ligeramente enrojecido. Se sorprendió al encontrar a las tres mujeres en la cocina. La *nanny* estaba dando de comer a Jaime y Basi trasteaba en el fogón preparando la cena.

—¿Qué hacéis las tres aquí? —preguntó.

Se quedaron sorprendidas. Las últimas horas habían sido muy intensas. No habían parado de hablar del tema desde que la duquesa les había contado lo que le había dicho Aurelio.

Elsa cogió a Jimmy en brazos y se dispuso a abandonar la cocina.

—Estese quieta, Elsi. Alejo no quiere que usted se vaya…

—Por favor… —murmuró Alejo con una mezcla de fastidio y tristeza.

—¡Ay, Alejo! Has tomado más de un chato durante esa partida. Te voy a despejar en un minuto. Siéntate. Marta ha estado hoy en Cerroalto. Me temo que llegará mañana antes de comer —soltó doña Lily sin la más mínima consideración.

Alejo lanzó un juramento, luego dijo «perdón» y se dejó caer en una de las banquetas, al lado de Lily y frente a Elsa, que seguía con el niño en brazos.

—¿Cómo te has enterado? —preguntó mientras estiraba una manaza para atrapar la de su

ahijado, que jugaba con unas migas sobre el mantel. Apretó fuerte la mano del niño y miró con inmensa ternura a Elsa. Doña Lily fue escueta y rápida en el relato de la conversación telefónica con Aurelio. Alejo se quedó con lo más importante.

—¿Cuánto dinero tenías en ese sobre?

—No sé cuánto habrá necesitado Genia, pero creo que ha cogido poco. Entre tres mil y cuatro mil pesetas. Les dejé algo más por si había algún imprevisto.

Alejo volvió a maldecir, sólo que esa vez añadió una explicación: estaba seguro de que Marta se había ido con el dinero a comprar cocaína y alcohol y a buscar a viejos amigos de farra.

—Dudo que esta noche llegue muy pronto a casa. El taxi la tendrá que esperar un buen rato mañana.

—Hasta que Genia la despierte porque el taxista esté harto de esperar —remató la frase Basi, que volvió la cabeza hacia Alejo sin dejar de remover la bechamel que tenía al fuego.

—Dejaos de especulaciones. Tengo un plan —anunció doña Lily—. Eso que me ha dicho *miss* Redfield de que te pensabas ir ya para Madrid supongo que es una ofuscación, ¿no?

—¿Te lo ha dicho *miss* Redfield o Elsi, madrina? —preguntó Alejo, contento de que ambas mujeres hubieran hablado de él—. Estaba ofuscado, ya lo has visto. —Y miró a la muchacha—: Lo siento, Elsi.

Lo dijo con una voz dulce y profunda, sin importarle que Basi y su tía estuvieran delante. A la *nanny* se le hizo un nudo en la garganta mientras pronunciaba un «no pasa nada» y Basi atinaba con un «qué rico eres, hijo».

—Déjate de pamplinas, Basi, que se te quema la bechamel. Elsi, ese niño se ha dormido. Llévele a la cama y vuelva aquí. Tenemos trabajo. Esto es la guerra, querida.

LA BATALLA DEFINITIVA

A la mañana siguiente, todo el mundo estaba listo en la Casa de las Ánimas cuando aún el reloj no marcaba las nueve. Alejo metió a Jaime en el cochecito —se lo quitó a Elsa de los brazos mientras ésta protestaba con escasa energía—, y la *nanny*, el conde y el niño se despidieron de Basi y de doña Lily.

Se dirigieron hasta Portillo de Arriba. Al pasar por el cementerio, se pararon a descansar.

—Por Dios, doña Luz del Pozo, sal y dile a esta mujer que me quiera un poco, que soy bueno. Tú me conoces bien —bromeó Alejo con una mano levantada en ademán de sermonear a los muertos mientras con la otra sujetaba el cochecito.

—Alejo, no estamos para bromas.

—Todo lo contrario, amor mío. Estamos para bromas. Esta guerra la vamos a ganar y que Marta esté de camino es una señal.

—No te entiendo.

—No importa, sólo tienes que saber que te quiero.

Le rozó la mano y siguió empujando el coche hacia la casa de Pili. Antes de llamar a la puerta, se agachó y dio un beso en la mejilla a Jaime y otro a Elsa. Ella no tuvo tiempo ni de retirarse ni de protestar. Pili ya estaba en la puerta, con cara de sorpresa, pero tan cariñosa como siempre.

—¡Alejo! ¡*Nanny*! Pero ¿qué hacéis aquí tan temprano? —Tras una breve pausa, añadió—: ¿Pasa algo? —Abrió la puerta del todo y los empujó al zaguán.

El renegado de Gandarilla explicó sin entrar mucho en detalles que la *nanny* y el niño tenían que quedarse allí porque la loca de Marta se iba a presentar esa mañana en la Casa de las Ánimas. Pili resopló cuando oyó el nombre de la argentina.

—Bien, no hay problema. Tenemos de todo, díselo a Lily.

—Lo sabe. De todas formas, Elsi se ha empeñado en traer una bolsa con cosas del niño.

—Lo siento, Pili, espero no molestar —dijo la *nanny* con cierta timidez.

—Es inglesa, Pili, no le des más vueltas —añadió el hombre como coletilla—. Vendré a por ellos en cuanto nos hayamos deshecho de la tormenta.

Besó de nuevo a la *nanny*: tuvo la habilidad de hacerlo antes que al niño y a Elsi le volvieron a fallar los reflejos. Cuando quiso reaccionar, Alejo ya estaba inclinado sobre el cochecito para hacerle una carantoña a Jaime y guiñaba un ojo a Pili, que les miró gratamente sorprendida. Aquella muchacha pelirroja y de mirada verde y franca le había gustado desde el primer día. Alejo se marchó apresuradamente y ellas sintieron sus fuertes y rápidas zancadas alejándose.

Alejo y doña Lily se instalaron en el corredor acristalado que daba al porche. Basi había trasladado dos butacas de mimbre allí para que no tuvieran que estar sentados en los incómodos escaños que estaban junto a la pared, entre las plantas que colgaban de los cestos de macramé.

Alejo se había bajado del dormitorio un poco de lectura para matar el tiempo. Había recuperado de las estanterías de Cerroalto una novela de Faulkner a su vuelta de Lyon: *El ruido y la furia*. El escritor acababa de morir. La víspera lo había cerrado ante una frase maldita: «Uno no se cura de su pasado».

La duquesa optó por hacer ganchillo, puesto que dio por hecho que no iba a poder concentrarse en la novela que tenía empezada. Mejor tener las manos ocupadas con la vieja labor del pañito de ganchillo que llevaba años en aquella bolsa de tela al pie de su butaca en el salón. La última vez que había tocado aquella labor había sido unos años antes, cuando huyó de Madrid a la casona con Basi, Genia y las niñas para sacarlas del asfixiante ambiente que había en el palacete entre su hijo y su nuera. El hilo blanco amarilleaba en algunos ovillos, quizá debido a la humedad.

La mañana prometía ser larga. Ninguno de los dos habló mucho. De vez en cuando Alejo lanzaba a doña Lily un suave «¿cómo estás?» y ella respondía «perfecta» sin levantar apenas la cabeza de la labor. Si hubiera entendido algo de labores, habría observado que simplemente estaba tejiendo una larga tira de cadeneta. Basi entró con una jarra de limonada, la dejó en el velador y sin decir ni una palabra se dispuso a enrollar la cadeneta en forma de ovillo. Cuando terminó, la dejó en el regazo de la duquesa. Llevaba una falda de color rosa palo. Basi se marchó pero volvió a los pocos minutos con una chaqueta de punto de angora del mismo color que la falda y se la echó por encima a doña Lily, que la dejó hacer sin abrir la boca.

La duquesa se había impuesto no mirar el reloj, pero cuando oyó el motor de un coche renqueando por la Cuesta de las Ánimas, calculó que había pasado poco más de una hora desde que desde la iglesia había sonado la campana de llamada al ángelus. No soltó el ganchillo y miró a Alejo, que ya se había puesto de pie y salía hacia la puerta principal. El coche se había detenido allí. Lily oyó un portazo y una voz conocida e histriónica.

—Saque la maleta —ordenó una mujer—. Ahora le pago.

—Aguarde un momento, hombre. Tengo que hablar con usted —cortó Alejo. Se dirigió hacia el taxista que había traído a Marta en un flamante Citroën 11 negro con raya en rojo. Los escasos parroquianos que había en la taberna de la plaza observaban la escena—. No te muevas, Marta —amenazó con voz sorda a la mujer mientras pasaba a su lado. Y se volvió hacia el taxista—: No saque usted el equipaje del coche. La señora se vuelve a Madrid con usted en un rato. Espere aquí, que ahora le traerán algo de beber.

—Perdone, pero no me ha dejado parar más que una vez. Tengo que hacer aguas y descansar —protestó el taxista mientras se quitaba la gorra y se rascaba la frente, algo perplejo—. ¿Me va a pagar también la vuelta?

—Desde luego. La señora es una dama y le va a pagar todo —respondió Alejo. Se giró y cogió del brazo a Marta. La agarró tan fuerte que pareció que la metía en volandas en el jardín. El taxista buscó una tapia donde bajarse la bragueta antes de que le sacaran algo de beber.

—¡Suéltame! ¿Qué coño haces tú aquí? ¿Cómo has sabido que venía? —le increpó Marta mientras intentaba zafarse.

—Ésta es mi casa de toda la vida. Debería ser yo quien te preguntara qué haces tú aquí.

—¡Ja! ¡Tu casa! La vieja te ha querido siempre como mono de distracción para el idiota de mi marido —respondió ella sin ver aún a doña Lily, que estaba de pie al fondo, protegida por la oscuridad del corredor.

—Tan bien hablada como siempre, querida Marta —intervino la duquesa—. Suéltala, Alejo, deja que eche el veneno por el suelo mejor que en tu camisa, hijo.

—¿Hijo? Tú no tienes más que un hijo, que es mi marido, Lily. Y es idiota, no tienes más que ver que se ha dejado detener por tu amigo el generalísimo. ¿O ya no es tu amigo? ¿A qué juegas ahora? ¿A ser comunista como éste o prefieres la monarquía del bobo ese que se ha casado en Atenas? Me da igual. Llama a la criada, vengo a por mi hijo.

Marta lo soltó todo de un tirón. Alejo encendió un cigarro y doña Lily se puso enfrente de ella.

—Tu hijo, mi nieto, al que abandonaste casi nada más nacer, no está aquí.

—Está aquí, bruja. Ya sé que las niñas están en Suiza. Ayer llamé por teléfono al internado desde tu palacio para decir que iré a buscarlas. Y tú nunca te atreves a separarte del niño. Es tu cachorro. ¿Te has traído a éste para que le enseñe a ser un hombre y no un pusilánime como tu hijo? Será tarde, Lily. Eso se hereda. A no ser que herede la sangre de mi padre… Claro que no creo que eso te guste —espetó Marta entre risas.

Doña Lily no movió ni un músculo, igual que Alejo. Formaba parte del entrenamiento que la duquesa le había recordado a su ahijado la víspera: «No pierdas la calma. Recuerda que siempre os hace perder los estribos y ésa es su arma. Entrará soltando veneno. Querrá provocarnos. Por Dios, Alejo, contrólate».

La voz fría y sin matices de doña Lily se oyó en el corredor.

—Siéntate, Marta. —Y señaló el incómodo escaño que había a espaldas de las butacas de mimbre—. No te engaño, tu hijo no está aquí. Y dudo que puedas sacar a las niñas del colegio de Ginebra, la verdad. Pero hablemos. ¿Qué quieres? No has venido por el niño sólo. Ya me ha dicho Aurelio que te has llevado dinero del escritorio de Manuel. No es propio de una señora robar.

—Ese lorito de chófer, baboso y pelota. Es el dinero de mi marido, por tanto, el mío.

—Bueno, querida, en ese caso era el mío. Tu marido no tuvo tiempo de sacar dinero del banco y todas sus cuentas están embargadas desde que el generalísimo ordenó su confinamiento.

—No me líes, Lily. Quiero al niño.

—Me temo que no va a poder ser, querida. ¿Acaso no te acuerdas de que tras la muerte de Jarabo renunciaste a la tutela de tus hijos cuando firmaste la declaración ante mi amigo el general, el tío de Alejo?

—Mi hijo no había nacido entonces. Yo no he renunciado a nada y, además, ahora su padre está prácticamente encarcelado. No tienen padre y tú no eres su tutora ni tienes edad para hacerte cargo de ellos. Son mis hijos.

—Verás, Marta, hay algo que no te dije la última vez que nos vimos, cuando tuviste el acierto de anunciarme tu regreso a Buenos Aires para una larga temporada, tan cansada como estabas de estar atada a dar el pecho a Jaime. Veamos si recuerdo bien. Me ha dicho Aurelio que entraste en mis dependencias. ¿No notaste nada raro al encender la luz?

Marta posó sus ojos azules sobre los de su suegra con un toque de asombro. Su piel

transparente fue adquiriendo el color de la cal blanca que cubría la pared que tenía a la espalda y sus labios no se distinguieron del tono de su rostro. En segundos o minutos —ninguna de las tres personas que había en el corredor fueron conscientes del tiempo, la escena quedó congelada— por los ojos de la bellísima argentina pasaron miles de sensaciones: sorpresa, curiosidad y terror.

La memoria de doña Lily y la de Alejo, como si estuvieran dentro de aquella retina horrorizada, hicieron idéntico recorrido a la de Marta, aunque con la imaginación. Mientras Marta veía la luz de las litofanías encendidas cuando pulsó el interruptor del gabinete se acordó de Jarabo en la cama del chalet de Arturo Soria, alumbrado por la luz amarillenta y la sombra de las maravillosas lámparas que ella un día había robado de Cerroalto para que adornaran aquel lecho desenfrenado que había compartido con el asesino. El rostro del hombre mientras hacían el amor se perfiló perfectamente en su cerebro y en su retina y estuvo a punto de gritar.

Alejo, enfrente de ella, de pie con el cigarro en la mano, y doña Lily, sentada, siguieron el recorrido de la memoria de Marta. Ellos habían conocido los hechos en una habitación aciaga del Palacio de Justicia, donde el inspector de policía que llevaba el caso, Antonio Viqueira Hinojosa, había recibido a la duquesa, a su amigo el general Campos y al sobrino de éste. El inspector les confirmó una de sus tesis: lo fácil que era para los poderosos escurrirse cuando las cosas olían muy mal. Y aquellos jóvenes de familias bien del régimen habían terminado oliendo a podrido. Aunque unos más que otros. Al tal Jarabo no le iba a salvar ni el apellido. En cuanto a la dama, al general y al pipiolo, que encima estaba fichado por rojo, ya sabía que las circunstancias y las veleidades de los mejores hijos del régimen traían aquellos casos. Como no podía ir a más con Beryl y con Marta, Viqueira no se privó de dar todo tipo de detalles sobre las aventuras de Jarabo y sus amantes a la luz romántica de las interesantes litofanías que habían resultado ser del marqués de Cerroalto, por tanto, de doña Lily.

El general Campos comprendió desde el principio el hilo del pensamiento del policía y no frenó los detalles macabros y escabrosos de las juergas de Jarabo y su corte femenina. Hasta cierto punto, pensó, quizá aquella lección le sirviera al idiota de su sobrino y a su madrina. En realidad, la duquesa siempre había sido excesivamente liberal y por eso pasaba lo que pasaba.

Gracias a la generosidad narrativa y vengativa del inspector y del general, doña Lily y Alejo siguieron en los ojos azules de la mujer las imágenes de los recuerdos aterrados de Marta.

Fue la duquesa la que recuperó el dominio de la situación.

—Sí, Marta. Ya veo que recuerdas las litofanías. Quizá ayer, cuando las viste, no te percataste de su significado, ¿verdad? Sólo te importaba conseguir dinero y saber si el niño y yo estábamos en el palacete.

—No sé qué pretendes, Lily —murmuró Marta, algo más repuesta.

—Es muy sencillo. Recuperar la discreción para justificar tu presencia y la de Beryl en el chalet de Arturo Soria nos costó tanto como recuperar las litofanías que tú colocaste en las mesillas de Jarabo. ¿Sabes, Marta? La policía encontró tus huellas dactilares y las de Jarabo en mis maravillosas lámparas, querida. El general Campos logró que esa parte del sumario no se hiciera pública y tuvo la delicadeza de devolverme las dos piezas hace un tiempo.

»Tuve el presentimiento de que serían importantes para ti y para mí, por eso las puse en mi gabinete, para no olvidarte. Tus huellas, querida, siguen figurando en el sumario, con tu nombre completo y las circunstancias de por qué estaban allí: porque las robaste de Cerroalto. Te juro por mi hijo, por mis nietos y por todos los Peñalara que si intentas llevarte a mis nietos, haré que

te detengan, contaré la historia que no salió a la luz hace cuatro años y te aseguró que en menos de tres días, qué digo tres días, mañana mismo, hablo con los Luca de Tena o con los de *El Caso* y te verás implicada en el asesinato más vil de los últimos tiempos de este país. Tu nombre formará parte de los titulares.

»No me importa el escándalo, Marta. Tengo mi vida hecha, mi hijo está confinado y su prestigio tocado. Me queda poco dinero y ¿por qué no? Te aseguro que me produciría una enorme satisfacción verte en la cárcel. Estoy dispuesta a todo con tal de que mis nietos se libren de ti.

—Comprenderás, Marta, que yo no tengo ningún inconveniente en confirmar todo lo que te ha contado Lily —terció Alejo, con una voz tan carente de matices como la de la duquesa—. Y en demostrar también que el anillo que Beryl dio a Jarabo lo has guardado tú en Cerroalto, que es donde está. ¿Tú qué opinas, Marta? ¿Que Lily y yo somos capaces de hacer todo esto por los niños y Manuel o que no?

Marta miraba a los dos en silencio. Si alguien esperaba —como Basi, que estaba detrás de la puerta— que soltara alguna de sus habituales ordinarieces, se equivocó. Permaneció tiesa, fría y recostada en el escaño como una estatua. Doña Lily la miraba con idéntica frialdad y Alejo pensó que era una lástima que Manuel no estuviera allí para verla: aquella mujer bella y ajada, fría y calculadora era la verdadera Marta, no la loquita que amaba la vida intensamente y se perdía por ello, esa mujer que Manuel pensaba que era su esposa.

Marta no se molestó en contestar a Alejo. De sobra sabía que eran muy capaces de hacer lo que decían, aprovechando además que Manuel no estaba allí. Quizá con su marido delante habría podido jugar la baza de ser la madre de sus hijos, pero a Lily la conocía de sobra. El pacto tácito entre las dos cuando ella se marchó, harta de dar la teta a Jaime, de soportar a Manuel y de las pesadillas con el asesinato, fue que no volvería.

Pero Buenos Aires había resultado mucho más duro de lo que esperaba. La bruja de su suegra se había ocupado de poner en antecedentes a sus padres. Lily era capaz de pasarse a toda la sociedad española por la entrepierna con tal de salvar a sus cachorros. Ya lo había hecho cuando echó al imbécil de su marido de casa, harta de ser una cornuda complaciente.

En cuanto a Alejo, aquel idiota jamás le perdonaría que hubiera dominado a Beryl. Sabía que él la culpaba de todos los males de la joven inglesa, como sabía también que le resultaría muy divertido escandalizar al todo Madrid diciendo los nombres de todas las damas que habían pasado por el chalet de Arturo Soria, empezando por ellas. Marta sabía que había pedido el favor a su tío el general por Beryl, por Manuel y por Lily, no por ella. A él nada le hubiera parecido más justo que darse el gustazo de revelar los nombres de las damas que se había pasado por la piedra Jarabo y su descomunal miembro. Muchas eran las mismas que habían puesto verde a la madre de Alejo cuando se fugó con el noble italiano. No dudó. Lily y Alejo la llevarían a la cárcel aunque a ellos mismos les costara una parte de su prestigio. Les daba igual. Se puso de pie sin aspavientos y los miró.

—Está bien, sé cuando pierdo. Lo único que os advierto, Lily, es que quiero dinero. Mi padre me ha desheredado: en parte porque tú eres una chivata y en parte porque él es un cabrón.

—No tengo dinero, Marta. Ya lo sabes.

—Tú no, pero el flamante padrino de mi hijo, aquí presente, sí que tiene. Y desprecia ese dinero. Yo tampoco tengo mucho que perder, la verdad, según me habéis puesto las cosas. Me

voy a Madrid. Ya os escribiré.

—Quiero que te vayas de España, Marta —ordenó Alejo.

—No tengo dinero, ya te lo he dicho. Por mí, encantada. El calor de este asqueroso país, fascista y repleto de cínicos me repugna.

—Muy bien, pasado mañana Aurelio te dará un sobre. Pero esto no va a ser un chantaje permanente. El informe policial no va a desaparecer jamás, así que es mejor que desaparezcas tú.

—Ya veremos.

Marta se marchó del corredor acristalado, cruzó el jardín y se metió en el taxi. Los parroquianos vieron al coche girar en la plaza, al pie de la fuente de Abanillas, y el Citroën 11 descendió la Cuesta de las Ánimas camino de San Vicente de la Barquera.

Sólo Alejo oyó a doña Lily murmurar un deseo.

—Que doña Luz del Pozo te despeñe por el Escudo, querida. Por el bien de mis nietos.

Alejo se rio, la llamó atea, le dio un beso en la frente y se marchó camino de Portillo de Arriba a buscar a Jaime y a Elsa.

Alejo se quedó toda la semana siguiente en la Casa de las Ánimas. No volvió a intentar abrir el pestillo del cuarto de Elsa y, para asombro de las tres mujeres, se comportó como un novio de aquellos pueblos. Paseaba con la *nanny* y el niño, de vez en cuando pelaba la pava —en definición del propio Alejo— en el porche o durante algún paseo corto por el pueblo cuando Basi se ofrecía a quedarse con el niño, previo beso a escondidas del conde rogándole que librara a Elsi del niño. Una noche incluso se fueron a una romería a un pueblo cercano, La Acebosa, en el querido Seiscientos.

Cuando volvieron del baile —que vieron desde un banco, porque por más enamorado que estuviese, Alejo era incapaz de sacarla a bailar—, un beso estuvo a punto de hacerle perder la serenidad y ella de dejar que la perdiera. Fue Alejo quien recobró la compostura cuando estaba a punto de desnudarla allí botón a botón.

Elsa se dio cuenta de que era un peligro para sí misma, porque nunca, nunca jamás en la vida habría pensado que se pudiera perder el sentido en los brazos de un hombre de aquella manera. Había quedado anulada. Tomó nota de ello.

Dos días después, cuando Alejo emprendió el viaje a Madrid, Elsa le dejó que la besara en el porche sin importarle que estuviera delante doña Lily, que no se inmutó.

El mes de agosto transcurrió sin sobresaltos. Alejo llamaba por conferencia a Elsa al bar del pueblo y todo el mundo se había dado cuenta ya de que el renegado de Gandarilla y la zanahoria inglesa tenían algo más en común que el cuidado del niño y de doña Lily mientras Manuel estaba en Fuerteventura.

En el puente de la Virgen de Agosto se personó en la Casa de las Ánimas dispuesto a ejercer de novio tradicional cortejando a Elsa a cambio tan sólo de algún beso apasionado. Sin embargo, no pudieron evitar un día al atardecer darse un revolcón debajo de una higuera, cuando ninguno de los dos tuvo tiempo de medir que la mancha de verde no se quitaría ni de la camisa de Alejo ni de la falda de Elsi, para enfado de Basi, que les puso las peras al cuarto.

—Sois listos, pero idiotas. ¿Es que no os han dicho que donde está la hierba seca es en los pajares y no en los prados? El caso es darme trabajo —les amonestó a la mañana siguiente, para vergüenza de Elsa. Alejo y doña Lily se rieron.

Tras la conmoción por la visita de Marta, las cosas estaban tranquilas. Alejo le había dado una notable cantidad de dinero a través de Aurelio. Según supo Lily por su confidente de la policía, la argentina había desaparecido en algún lugar de Marruecos. Ahora sólo faltaba que su hijo regresara de Fuerteventura cuando el caudillo tuviera a bien que se le pasara el enfado por lo de Múnich. Debía de haberse irritado bastante porque había cambiado el gobierno a principio de verano y eso no era algo corriente en el generalísimo.

MADRID EN SEPTIEMBRE

A medida que el coche dejaba atrás Reinosa y el Páramo de Masa, la meseta castellana, amarilla, árida y luminosa, hizo mella en el ánimo de Elsa. A su lado, doña Lily y el niño dormitaban. Hicieron una parada en Burgos para comer. El calor era insoportable, pese a lo avanzado que estaba septiembre. Por orden de Basi, Aurelio había puesto un paño blanco de hilo en cada ventanilla en un intento de evitar que el sol quemara la piel de las mujeres y del niño.

Elsa pensó en todo lo que dejaba atrás. Pensó en la Casa de las Ánimas, donde unas horas antes habían dejado a Basi y a Pili cerrando. ¿Cómo podía cerrarse una casa viva, llena de conversaciones, risas, recuerdos, tristezas, alegrías y amor?

Un temor borroso había empezado a atenazar su alma desde que comenzaron a preparar la partida. ¿Cómo serían las cosas entre ella y Alejo en Madrid? Si desde que el zaguán se había llenado de maletas y baúles Basi había vuelto a llamar a doña Lily señora duquesa, se preguntó si ella no volvería a mirar a Alejo como el tipo cínico, algo loco y excesivamente idealista que ella había creído que era antes de aquel verano. Un señor rico que jugaba a ser un humilde obrero, concluyó en una reflexión no exenta de crueldad. Pero su estado de ánimo la conducía a la dureza.

«Tengo que pensar —meditó con los ojos entrecerrados—. El hecho de que vuelva a vivir en Cerroalto me resulta entrañable, pero me desestabiliza. ¿Cómo voy a cumplir con mi niño, con mis obligaciones, si me lo encuentro a todas horas por la casa? Es una situación totalmente excepcional… Claro que, por otra parte, excepcionales son también todas las circunstancias de esta casa», se dijo. El rostro relajado de doña Lily reposaba sobre el respaldo dando cabezadas mientras Jaime tenía la cabeza sobre el regazo de su abuela y los pies sobre el de la *nanny*. Le sujetaban, cada una con una mano, para que no se les escurriera de las piernas.

Habían sido unos meses muy intensos. Si alguien le hubiera dicho que en España, además de churros asquerosamente mojados en café con leche, un sol de justicia y a *miss* Hibbs, se iba a encontrar con aquella peculiar familia y los acontecimientos que estaba viviendo, ¿habría ido a Madrid? «Sí. Pese al horror de los asesinatos de Jarabo, pese a la tal Marta, pese a mi tristeza con Beryl Grande y Beryl Pequeña… Por nada del mundo me hubiera perdido conocer a doña Lily, a Jaime y a Alejo. Ahora bien: he roto las normas de Norland, he olvidado todo lo que había aprendido de Beryl. Pero ¿estoy arrepentida? No, en absoluto. Creo que es la primera vez que me comporto como una persona con todos los significados de la palabra. ¿Y adónde vas ahora, Elsi? No lo sé, *miss* Redfield. Déjame pensar, dame tiempo». Sus ojos verdes se terminaron de cerrar y entró en idéntico duermevela que doña Lily.

Durante los días siguientes la *nanny* no tuvo mucho tiempo para pararse a meditar en la

batalla interior que libraba consigo misma. Cuando llegaron a Cerroalto, les aguardaban varias noticias. La primera y la más agradable de todas, que Manuel estaba allí, esperando a su madre y a su hijo, acompañado de sus dos hijas y de Alejo.

La exclamación de doña Lily y la emoción con la que se fundió en un abrazo con su hijo sorprendieron a Elsa. Sin duda alguna, aquella duquesa no dejaba de asombrarla. Vio que doña Lily tenía lágrimas en los ojos. Después abrazó a Vera y a Beatriz, también más contenta que en otras ocasiones. Habían crecido y, aparentemente, parecía que habían madurado en Suiza.

En cuanto a Manuel, de nuevo el general Campos tuvo a bien intermediar para acelerar los trámites del fin del confinamiento, aunque en Fuerteventura aún quedaron retenidas algunas personalidades notables. A favor de Manuel había jugado el hecho de que don Juan de Borbón dejara en la estacada a los monárquicos, haciendo público que él, el heredero legítimo de la corona de España, ignoraba por completo lo que había sucedido en Múnich. Naturalmente, nadie creyó tal mentira, pero el general Campos se apresuró a conminar al hijo de Lily a que se apuntara a esa tesis, puesto que era un reconocido juanista. De nada sirvió que Alejo mantuviera ante su tío que Manuel y Lily cada vez eran más partidarios de don Juan Carlos. Tras unas palabras a su sobrino sobre el ejercicio del pragmatismo en la vida, le ordenó que escribiera a Manuel exactamente con las instrucciones que tenía que cumplir. Quince días después, Manuel estaba en Cerroalto.

Los dos hombres habían tenido tiempo suficiente para que Alejo le pusiera en antecedentes de la visita de Marta primero a Madrid y después a la Casa de las Ánimas, de la muerte de Beryl y del último destino en Marruecos de la que aún era su mujer. Campos, sin embargo, se guardó para sí su amor por Elsa y el dinero que había dado a Marta, para disgusto de Lily. No quería someter a su amigo a otro escarnio. Durante esos días, mientras Lily, Elsa y Basi todavía estaban en Santander, ejercieron de padre y de tío de las niñas. Incluso las llevaron al cine, a ver *Canción de juventud*, y soportaron con humor la pelea entre las dos. Tras ver la película, Beatriz se pasó al bando de Rocío Dúrcal y Vera se quedó con Marisol.

Aunque pasaban mucho tiempo juntos y se iban a tomar tapas y al cine, y Alejo quería a Manuel como un hermano, no le contó nada. Cada vez tenían menos en común, pero le seguía protegiendo como había hecho desde que eran pequeños. Era consciente de que si Marta aparecía de nuevo en Madrid, Manuel sería tan bobo como para intentar ayudarla. Estaban las niñas y Jaimito de por medio, pero los hombres nunca aprenden con determinadas mujeres. No se le ocurrió aplicarse a sí mismo esta reflexión.

Alejo se instaló en el pabellón del jardín, precisamente el lugar que Manuel había arreglado para él y para Marta. No dio muchas explicaciones de por qué iba a vivir allí, así que Manuel no sabía exactamente si volvía porque necesitaba un techo más o menos seguro.

Doña Lily estaba tan contenta de tener a Manuel en casa y de lo cambiadas y guapas que estaban sus nietas —pese a su parecido con la madre— que se tomó la presencia de Alejo en el pabellón del jardín como lo más natural. Elsa incluso tuvo la corazonada de que había sido ella quien le había sugerido a Alejo que se instalara allí, para permitirse cierta independencia e intimidad, en vez de volver a ocupar el dormitorio cerca del de Manuel que había usado en su juventud.

A Elsa, la solución sólo le pareció un parche. Pasado el primer momento de alegría del encuentro y cuando Alejo ya le había dejado una nota en la mano, con un «te espero en el

pabellón», mientras le rozaba suavemente la mejilla al abrazarse todos al llegar, se dio cuenta de que si Aurelio o Manuel, incluso Rosa, la veían salir de la casita del jardín se moriría de vergüenza.

Recordó la primera vez que había estado en el pabellón con él, el día que él le rogó cuando la besó: «No se mueva, que sabe a lágrimas y vino y está usted trabajando…». Un cosquilleo le recorrió la espalda y el corazón. ¿Iba a ser todo así ahora? ¿Y durante cuánto tiempo?

Al día siguiente de su llegada y cuando las costumbres no habían tenido tiempo de regresar a su sitio —Elsa tuvo que decir elegantemente a doña Lily que prefería comer en sus dependencias y ésta no la corrigió—, la duquesa se presentó en sus habitaciones para anunciar que había llegado a un acuerdo con sus nietas.

—Celebraremos un baile, Elsi. He prometido a las niñas, a Manuel y a Alejo que durante la primera parte, por la tarde, festejaremos el cumpleaños de Jaime y luego habrá un guateque para los amigos de las niñas y todas sus compañeras, querida. Y después de la cena me voy a dar el gustazo de recordar a todos cómo era un baile al estilo de los de mi juventud. Voy a preparar invitaciones como se hacían en mis tiempos y carnés de baile. Incluso habrá una orquesta en el teatrillo. La cena será moderna y clásica a la vez y, desde luego, será en el comedor de gala.

A Elsa sólo se le pasó una imagen por la cabeza: ella, vestida con su traje recto, sobrio y oscuro, de doble botonadura y su falda por debajo de la rodilla, al lado de un montón de mujeres con pelos cardados y faldas estrechas que movían las caderas hasta dar con las rodillas en el suelo, tal y como había visto hacer a la *au pair* americana con Vera y Beatriz.

—¡Ah, muy bien, señora! Será un día ideal para que Jaime y yo vayamos a Puerta de Hierro. E intentaré trasladar la cuna a mi habitación un par de días antes para que el ruido no le despierte y no extrañe el lugar. Las niñas lo pasarán muy bien, estarán muy contentas, supongo.

—Creo que no me ha entendido, *miss* Redfield. He utilizado la primera persona del plural: celebraremos. Naturalmente, usted será una de las principales invitadas a esa fiesta, además de mis nietas. Alejo ha planeado el baile conmigo. Y será el momento de dejar claro a todo el mundo que usted es, en esta casa, más que una *nanny*, Elsi.

Un golpe de ira le subió por el cuerpo.

—Perdone, señora duquesa, ¿y quién es don Alejo para decidir por mí, si yo voy a ir a ese baile o no? Me parece fuera de lugar. Y usted ya sabe que no quiero herirla.

—Querida, no se lo tome así. Acabo de cometer una enorme imprudencia. Mi muchacho…

—Doña Lily, es un hombre, no un muchacho.

—Sí, es cierto. Pero para mí, y más ahora, será siempre un muchacho. Le decía que he cometido un error porque Alejo pensaba decírselo esta misma mañana, en el desayuno, cuando ha pasado a despedirse antes de ir a trabajar. Pero ya le he dicho que usted ha recuperado las costumbres de la casa y que no desayunaba en el comedor con todos nosotros.

La duquesa la miró preocupada y se dio cuenta de lo difícil que iba a ser todo. Los convencionalismos iban a complicar la vida a aquella joven por la que ella sentía una gran simpatía y debilidad. Es más, daría cualquier cosa para que se quedara con Alejo toda la vida. Aquello no iba a ser un camino de rosas. Además, Elsi estaba educada en unos principios que, equivocados o no, eran muy sólidos. Sintió un estremecimiento de miedo: los principios podían

ser una losa de la que uno no podía escapar cuando, sencillamente, se era una *nanny*, una niñera, una doncella de lujo; una empleada, al fin y al cabo.

—Lo siento, *miss* Redfield. He metido la pata. Perdóneme —dijo doña Lily. Y salió de la habitación sin ni siquiera dar un beso a su nieto. Iba atribulada y preocupada.

Todos los temores de Elsa desaparecieron la primera noche que se perdió en los brazos de Alejo en el pabellón. Éste, harto de la situación incómoda en que la *nanny* les ponía a todos con sus escurridizas huidas —hasta había acortado el tiempo de los tés con doña Lily, con la excusa de que tenía mucho que hacer— y la vuelta a los viejos modales de los primeros tiempos en que llegó a Cerroalto —tenía desconcertadas a Basi y a Genia, aunque esta vez a la primera menos que a la segunda—, pidió a Rosa que avisara a *miss* Redfield un día que estaban cenando en el comedor él, Lily, Manuel y la condesa de Viga. La señora duquesa quería que acudiera al comedor.

Doña Lily miró sorprendida a su ahijado y rápidamente añadió:

—¡Ah, sí! Por favor, Rosa, que *miss* Redfield venga para acá y Genia se quede con el niño. Dígale que lo he ordenado yo.

Elsa apareció en el comedor con cierta curiosidad. Supuso que querrían preguntarle algo sobre los niños. Se había puesto apresuradamente la chaqueta azul marino sobre la camisa blanca y entró abrochándose los puños de la blusa. Unos mechones de pelo escapados de la trenza le caían sobre la frente: no le había dado tiempo a colocárselos.

Sintió la mirada expectante de doña Lily, la viva curiosidad de Terelu, la indiferencia de Manuel y el arrobo, la ternura y la caradura de los ojos de Alejo, que la envolvieron de arriba abajo nada más entrar en el comedor.

—Elsa, gracias por venir. Alejo y yo…

Alejo la cortó.

—Terelu, ésta es Elsa Redfield. Seguro que ya sabes quién es. Sin embargo, lo que seguro que no sabes es que estoy absolutamente enamorado de ella, dispuesto a hacer cualquier locura, y ella se resiste. Y eso que tía Lily me apoya. ¿No es guapísima? Manuel, cierra la boca, que se te está cayendo la sopa.

Miss Redfield se quedó clavada en el suelo unos segundos mientras Terelu lanzaba un: «¡Hijo, cómo te comprendo! ¡Es tan exótica!». Esos segundos fueron los que necesitó para darse la vuelta y salir del comedor con un: «Perdón, duquesa, no estoy acostumbrada a las impertinencias».

—Eres bobo, Alejo. Elsi, por favor, no le haga caso…

Pero Elsa ya se perdía por el mismo camino por el que había venido, pese a que sintió un juramento detrás de ella y una silla que se caía al suelo. Los brazos de Alejo la atraparon justo en la sala de billar.

—Lo siento. No puedo más, no sé qué hacer, me voy a volver loco. Ya está hecho, perdóname, perdóname…

Elsa parecía una estaca entre sus brazos. Sin embargo, poco a poco se fue relajando a medida que Alejo le rogaba y la besaba en el cuello pidiéndole perdón en todos los idiomas que sabía.

—¡Eres impresentable! Déjame, no lo estropees y vuelve a la mesa. Es imposible, todo es

imposible contigo. Por favor, el daño ya está hecho. Vuelve al comedor.

—No sin ti. Gracias a Terelu se va a enterar todo Madrid. Ven conmigo y siéntate a la mesa. De acuerdo, me he pasado, pero utiliza tu saber estar, te lo ruego. Y después castígame todo lo que quieras.

Para su asombro, Elsa le dio un beso suave en los labios, que sabían a vino, se colocó la chaqueta y la falda y echó a andar delante de él hacia el comedor. Entró como una reina. Lily rogó a Manuel que separara una silla «para Elsi» y la sentó a su lado tras posarle un segundo la mano en la mejilla.

—Como puede ver, doña Terelu, el señor Campos tiende a la exageración con tal de salirse con la suya —comenzó a hablar Elsa—. Gracias, doña Lily. Sólo voy a tomar sopa. ¿Qué tal ha pasado usted el verano? ¿Y sus flores?

Doña Terelu se apresuró a responder con una sonrisa, como si lo más normal del mundo fuera que las *nannies* en Madrid se sentaran a comer con los señores y tuvieran el control de la situación.

Alejo había vuelto a su sitio. Miró a Elsa con descaro.

—Pero vamos a ver, Alejo, ¿lo que has dicho es verdad o se trata de una broma de las tuyas? —dijo Manuel incapaz de soportar más la duda—. *Miss* Redfield, ¿es verdad que este chaveta quiere casarse con usted?

La carcajada de los otros comensales no sacó a Manuel de la perplejidad.

—Manuel, ya me has oído: he dicho que estoy enamorado de ella con locura y que haría cualquier cosa por ella. Y no me retracto. Pero ella no quiere.

—¿Incluso casarte? Pero el matrimonio va contra tus ideas, contra tu religión… Señorita Elsi: es un aventurero.

Elsa agradeció a Manuel la advertencia con un asentimiento de cabeza y una sonrisa, y doña Lily cambió inmediatamente de tema, dando por zanjada la broma, no sin antes decirle algo a Terelu:

—Y ya ves cómo está Alejo, hija. Y yo encantada. Hasta ha vuelto a casa. Hablemos del baile. ¿Cómo organizamos lo de las niñas?

Cuando Terelu se marchó, Alejo cogió a Elsa del brazo y, delante de doña Lily y Manuel, le rogó que le acompañara al pabellón.

—Tenemos que hablar. Lo siento mucho, de veras. Pero esto ya no tiene remedio.

—Elsi, vaya con él. Lo ha estropeado, pero al final nos va a salir todo bien. Mañana hablamos de su traje y del baile. Me temo que todo Madrid va a querer venir a ver la fiesta del conde rojo y la *nanny* de Jersey con la disculpa de que es el primer cumpleaños de mi nieto.

Aturdida, Elsa siguió a Alejo pensando que estaba en una casa de locos. Ella misma estaba también perdiendo el juicio por momentos. Aquello iba muy deprisa. Cuando Alejo abrió la puerta del pabellón, la abrazó y tiró de ella hacia la chimenea ya encendida, Elsa perdió la noción de la realidad. «¿Y cuál es la realidad, *miss* Redfield? Esto es real, aquí y ahora», se respondió.

Las últimas barreras se derribaron cuando comenzó a besarla tras la oreja y le deshizo la trenza. Cuando la respiración de ambos se confundió en un único jadeo, Alejo paró y le rogó: «Júrame ahora mismo que en ese puñetero baile sólo vas a bailar conmigo y todos se enterarán de que me quieres. ¡Júramelo!». Elsa le mordió el lóbulo de la oreja y susurró: «¡Te lo juro!».

Dos días después, cuando Elsa apareció en Puerta de Hierro a media mañana, con los tres niños —las muchachas iban a montar a caballo aprovechando que era sábado—, percibió la extraña mirada de *miss* McHuge, la curiosa de *miss* Bobby y la distancia sin matices de *miss* Hibbs. No forzó la situación y, tras los saludos habituales, se dispuso a esperar a las niñas en la pradera, bajo los pinos, jugando con Jimmy, hasta que éste cayó rendido sobre la manta. Sólo entonces tuvo tiempo de pensar con calma en lo que había ocurrido y trazar sus planes.

Un par de tardes después, Elsa salió de compras sola, a la calle Serrano. Regresó con una bolsa grande, cerrada, y otra con unos zapatos. Tuvo que empujar a Genia y a Basi, que se querían colar en su dormitorio rogándole encarecidamente que las dejara ver el vestido y los zapatos del baile.

—Mañana, lo prometo. Que yo no soy Cenicienta ni ustedes el hada madrina.

—Pues lo pareces, señorita zanahoria —se marchó murmurando Basi.

BAILE EN CERROALTO

Doña Lily había sido una de las mejores anfitrionas de España hasta que descubrió las infidelidades del sinvergüenza de su marido e intuyó las burlas de buena parte de los de su clase social. Entonces, decidió mandar a todos a paseo y cerró las puertas de su palacete a quienes intentaron denigrarla y mentirle. Se quedó con los escasos amigos verdaderos, los leales, y mantuvo su casa abierta sólo para lo importante, como las relaciones sociales de su hijo y su ahijado, o ahora, de sus nietas.

Doña Lily era mucha doña Lily. No en vano había sido una de las damas principales de Europa en su juventud. Desde que se había deshecho de su marido, porque no estaba dispuesta a aguantar lo que muchas de sus amigas aguantaban, se había solidarizado con otras mujeres que atravesaban malos momentos, ya fueran de una clase social o de otra. Seguía sin soportar, por ejemplo, ni una sola broma sobre Zita Polo y la marquesa de Llanzol, asunto sobre el cual el todo Madrid, desde Puerta de Hierro a la calle Serrano, seguía haciendo chistes pese al tiempo transcurrido.

Había sido una de las primeras personas en apoyar los talleres para las mujeres encarceladas y formaba parte, cada miércoles, de un par de costureros sociales en conventos que colaboraban con las prisiones en labores y talleres de las presas. A menudo se esforzaba por que las labores de éstas fueran justamente remuneradas por sus amigas, que compraban verdaderas obras de arte hechas por las prisioneras para el ajuar de sus hijas. No siempre lo conseguía. Estas y otras tareas de corte social la habían mantenido en contacto con los de su clase, pero todo volvió a diluirse a raíz de los escándalos de su nuera y el terrible caso Jarabo, donde, una vez más, la hipocresía le dio náuseas.

Ahora las cosas habían cambiado. Para aquel 12 de octubre de 1962 había decidido echar el resto, y motivos tenía. No le importaba que fuera día festivo. Y si acaso lo tuvo en cuenta, fue porque pensó que alguno de los invitados a la cena vendría con su uniforme militar, y eso siempre daba postín.

Estaba contenta: celebraba el primer cumpleaños de su nieto, el primer guateque de sus nietas, el regreso de su hijo Manuel de su absurdo confinamiento en Fuerteventura, su santo y, lo más increíble, oficializaba la relación entre su ahijado Alejo Campos de Sola, el conde rojo y *renegao* que sacaba de quicio a los de su clase, y una de las mujeres más admirables que había conocido nunca: Elsa Redfield. Ojalá su hijo Manuel hubiera encontrado una *miss* Redfield.

Aquel asunto, además, le divertía, siempre y cuando alejara ciertas dudas que la asaltaban cuando recordaba la rectitud de la *nanny*. Era una cuestión que rompía todos los convencionalismos y que iba a irritar a la mayoría de los que asistieran a la cena y al baile. Eso le

producía un enorme regocijo —igual que a Alejo—. Ambos habían pactado no decir nada y limitarse a actuar. Verían si alguno de los invitados se atrevía a hacer algún desplante justo cuando el hijo y nieto de protomártires del régimen y dueño, al fin y al cabo, de uno de los apellidos de más raigambre de la aristocracia y la oligarquía española que aún tenía influencia en el poder parecía que regresaba al buen camino. Eso sí, imponiéndoles a una *nanny*. O como dirían sus examigas: a una vulgar niñera, encima extranjera.

Doña Lily disfrutó como una niña preparando la gran fiesta. A partir del té de las cinco se celebraría el cumpleaños de Jaime, con figuras de azúcar glasé y piñata gigante y exclusiva de Casa Paco, además de una tarta de merengue, con adornos en azul, para sus amiguitos, que no pasaban de la media docena.

Elsa, por el contrario, seguía perpleja y preocupada por el jaleo que comportaba todo aquello. No lograba entender la fiebre que se había adueñado de toda la casa, hasta que un día Basi, con su natural clarividencia, se lo aclaró.

—Pero, *miss* Redfield, es bien fácil. ¿No le gusta el carnaval ni las fiestas de disfraces? Hace años, en esta casa se hacían las mejores de todo Madrid y la duquesa, por primera vez en muchos años, tiene motivos para volver a celebrarlas y vengarse de tanto imbécil. Lo vamos a pasar en grande. ¡Anímese, señorita zanahoria, que va a ser famosa!

Elsa sonrió. Realmente, la cocinera era todo un personaje. Vivía su amor con Alejo con la misma intensidad que las radionovelas de las cinco, momento en el que ordenaba callar a todo el mundo.

Elsa, finalmente, se dejó llevar por el júbilo de la fiesta, pero sin tanto entusiasmo como los demás. Hasta la *au pair* estaba nerviosa. Un día estuvo en la cocina con doña Lily y Basi intentando explicarles cómo se preparaban los sándwiches, tarea harto complicada. Al final, fue Elsa quien salvó la situación, haciendo pan blanco en los moldes para el *pudding*.

Los mejores momentos de los preparativos fueron cuando ensayaron la música. En una excursión asombrosa, las niñas habían ido con doña Lily y la *au pair* a comprar discos «de 45 para el *pick-up*» y regresaron con Elvis Presley, Marisol y con un tal Raphael que había ganado un concurso en Benidorm. Alejo y Manuel no se quedaron atrás y llevaron sus discos de The Platters, Paul Anka y Domenico Modugno, cuyo *Volare* Manuel se empeñó en bailar con sus hijas en medio de la primera sala de la galería, donde se instalaron dos *pick-ups*.

—¿Te has enterado, *nanny*? Papá y el tío Alejo van a hacer de pinchadiscos en la fiesta —informaron eufóricas a Elsa.

Una tarde que volvían del club, cuando faltaban dos días para la fiesta, Elsa y Aurelio se quedaron de una pieza al bajar del coche. El palacete parecía poseído por mil voces que brotaban de cuadros, tapices, armaduras o escapadas de las puertas que daban a la escalera principal. Con una curiosidad no disimulada, el chófer y la *nanny*, con Jaime de la mano, se encaminaron hacia las galerías. Ya en la primera, Elsa y Aurelio fueron testigos de un espectáculo que les hizo reír con ganas.

En medio de la galería, con la tarima de madera sin alfombras, Beatriz, Vera y la *au pair* se movían a ritmo de *twist* e intentaban que los que las rodeaban —Manuel, Basi, Genia, Alejo y la mismísima doña Lily— sacudieran las caderas, las rodillas y los tobillos como les estaban

enseñando. Rosa se mantenía expectante en una esquina, mirando a todos y con una bandeja en las manos que ni se había percatado de que estaba vacía. Aquello era la locura más divertida que había visto en su vida y Lily de Peñalara era la repera, como le había dicho Basi.

No bien los aprendices de bailarines se dieron cuenta de que tenían más espectadores, cogieron a Elsa y a Aurelio de la mano y les metieron en el corro. Las niñas le dieron la mano a su hermanito y le pusieron en el centro con ellas y la americana. Los primeros pasos de Jimmy bailarín no se hicieron esperar y la euforia fue generalizada, aunque doña Lily y Basi, rendidas, tuvieron que sentarse en las sillas de seda del siglo XVIII que estaban apoyadas en la pared. Era curioso ver a aquellas dos mujeres asfixiadas por el *twist* descansar en semejantes asientos.

De repente empezó a sonar otra canción y Alejo cogió a Elsa por la cintura. Se deslizó con ella por la sala mientras Genia hacia lo mismo con Aurelio, Beatriz con su padre y la americana con Vera. Jimmy, recostado en las rodillas de su abuela, observaba a su tío Alejo inclinado sobre su querida *nanny*. Le estaba cantando al oído: «*Perdóname, te necesito, perdóname, te lo suplico…*». Sólo muchos años después, Jaime de Peñalara se enteraría de que aquella canción que marcó a tantas generaciones la cantaba una pareja llamada Dúo Dinámico y que fue una de las pocas, poquísimas veces que su padrino había bailado en la vida.

Las niñas y la *au pair* estaban terminando de explicar a los dos hombres qué discos debían alternar —tarea nada fácil, porque el acuerdo entre las hermanas era complicado por culpa de Marisol y Rocío Dúrcal— cuando Rosa, más repuesta del aturdimiento que Elsa —que tras el baile con Alejo estaba mareada, no sabía si de amor, de alegría o de susto— regresó para anunciar que los músicos de la orquesta para el baile esperaban abajo a doña Lily.

La duquesa se puso en pie contentísima, rogó a sus hijos que pararan los dichosos tocadiscos y se dirigió a sus nietas.

—Ahora os vais a enterar de lo que es un baile, queridas: desde el vals a la polca.

—Tía Lily —dijo Alejo divertido—, no te confíes. Cuando Manuel y yo hablamos con ellos, les preguntamos si sabían también tocar *swing* y foxtrot. ¡Y saben!

—¡Ja, queridos! Yo sé bailar como nadie el foxtrot y vais a entender enseguida dónde ha nacido eso que llamáis *twist* —dijo doña Lily. Y para asombro de todos se dirigió hacia el pasillo. Dio dos pasos largos, dobló sus aún buenas piernas, puso sus brazos en alto y se deslizó por la galería como si un príncipe la elevara por el aire. Los presentes se quedaron boquiabiertos, especialmente sus dos nietas, que nunca habían visto el estilo de su abuela en una pista de baile. Elsa fue la primera en aplaudir, con un clarísimo «¡bravo, doña Lily!» que sorprendió a todos.

Después, en el pabellón, sentados ambos ante la chimenea y mientras Alejo le acariciaba el pelo, Elsa se confesó.

—Dudo que en el baile lo vayamos a pasar tan bien como hoy. Ha sido una tarde inolvidable. No me hagas rabiar ese día, Alejo —rogó la muchacha recostando la cabeza en su hombro.

—No te haré rabiar. Te lo prometo. Pero no juegues a ser *miss* Redfield de aquí al baile. Es una fiesta, recuérdalo, y todos en esta casa tenemos mucho que celebrar, tú también.

Elsa no quiso contestarle que aún no tenía claro qué era lo que tenía que celebrar ella. Estaba decidida a mantenerse en el presente, de acuerdo con el pacto que Elsi había hecho con *miss* Redfield, pero no sabía durante cuánto tiempo podría alejar el futuro.

Por fin, llegó el día del baile. Para asombro de Elsa, todo el aparente caos vivido durante las semanas anteriores había desaparecido. Regresó con Jaime del club a primerísima hora de la tarde, para que el niño pudiera echar una siesta y estar impecable para recibir a sus amigos junto con sus hermanas. Ella había dejado su ropa lista, cuidadosamente colgada y metida en fundas blancas en su habitación.

Mientras Aurelio se despedía de ella rápidamente, con un «tengo el tiempo justo de cambiarme, *nanny*», Elsa se percató de que había dos apuestos criados que no conocía. Iban vestidos con libreas de terciopelo azul, botonaduras doradas hasta el cuello y guantes blancos y esperaban al pie de la escalera principal. La saludaron con una inclinación de cabeza.

—Buenas tardes, señorita Redfield.

Cómo sabían su nombre fue un misterio que le aclaró después Genia.

—Ay, *nanny*. Es que Basilia y doña Lily han recuperado lo mejor de sus viejos hábitos. En la última semana han hecho venir al personal de servicio, muchos conocidos desde hace tiempo, de casa de doña Terelu y del general Campos. Sólo ha habido que enseñarles los nombres de algunos de ustedes.

A Elsa le sorprendió gratamente la información y el detalle. Confirmaba así que doña Lily y los Peñalara en general —ahí incluía a Alejo también— seguían siendo gente con la cabeza amueblada, una duda que a veces la asaltaba, sobre todo cuando se acordaba de la escena que Alejo le había relatado de la discusión de Marta y la duquesa en la Casa de las Ánimas o la vivida por ella misma en la galería con los *pick-ups* y la familia y los empleados desatados. No podía evitarlo: su *miss* Redfield a veces estaba más viva que nunca y machacaba a Elsi.

Su primera impresión al ver a los elegantes criados de librea quedó firmemente confirmada cuando a las cinco menos cinco de la tarde bajó a la primera galería, donde estaba convocada la fiesta de cumpleaños y donde, según todos los planes, sería luego el guateque.

Allí estaban todas las *nannies*, las últimas de Madrid, las últimas de Puerta de Hierro, con sus criaturas, todos vestidos de forma muy similar, con idénticos zapatitos, pantalones de cuadros príncipe de Gales a la rodilla y camisitas de viyela o con estampados de Liberty que igualaban a hermanitos y hermanitas.

Jimmy iba impecable, con su pantalón de cuadros, una pequeña pajarita floja a juego con los pantalones sobre la camisa blanca y una chaqueta de punto con botonadura de barco. Los zapatos eran de cordones y los calcetines de idéntico color que la chaqueta. Castaño claro, alto para sus poco más de doce meses, el futuro duque de Peñalara estaba guapísimo, con su raya peinada al lado y su media lengua, con la que saludó a su abuela con un amago de beso en la mano y luego a cada una de las *nannies* presentes, siempre de la mano de Elsa. Los «oh, oh, qué ricura» con los que el coro contestó al gesto del niño fueron música celestial para *miss* Redfield, que no había logrado restablecer las relaciones fluidas con sus compañeras, ni siquiera con su querida Beryl ni tampoco con *miss* Bobby. Se saludaron correctamente y la miraron con cierta curiosidad.

Elsa iba tan impecable como su niño, para orgullo de doña Lily. Se había permitido un lujo: bajar sin la chaqueta sastre o de punto que siempre confirmaba la línea austera de todas ellas. Llevaba una falda estrecha que marcaba su figura, con un tablón por delante y un corte por detrás, en un suave gris perla. Metida por dentro de la falda, que le quedaba como un guante

sobre sus caderas bien hechas, lucía una camisa crema, impoluta, de cuello romántico abotonada hasta arriba y con una lazada que, graciosamente, llevaba atada a un lado del cuello. Su melena pelirroja, brillante, estaba recogida en una cola de caballo con una cinta de terciopelo del mismo color que la falda. Se había quitado los consabidos zapatos de suela de goma y lucía unos negros preciosos de salón, con un adorno a un lado. «¡Es perfecta!», se dijo con admiración la duquesa. Y la saludó con un beso en la mejilla ante todas las invitadas, lo que elevó el rubor de Elsa y de todas sus pecas.

La *nanny* de los Castresana, la de los March, la de los Coca, la de los Urquijo, la de los Ulloa, la de los Alba, la de los Martínez-Bordiú, la de los Fierro… Doña Lily había conseguido que fueran todas, sin duda impulsadas y empujadas por la curiosidad de sus señoras y de aquel Madrid tan aburrido —sólo Cayetana de Alba era capaz de organizar algún desfile de lujo o fiesta con actores extranjeros que animaban la capital— y deseoso de averiguar cómo era una fiesta de cumpleaños y guateque para niños y adolescentes. Y, sobre todo, muy interesadas en ver cómo se combinaba eso con un baile de los de antaño, como doña Lily misma había aclarado en las invitaciones enviadas, donde había incluido graciosos carnés de baile tradicionales.

Para las damas solteras, carné de nácar; para las casadas, de marfil, y para las viudas, de ébano. La duquesa hizo llegar al dormitorio de la *nanny* un maravilloso y resplandeciente carné de nácar, mientras que ella se reservó uno del ébano más negro y puro que encontró entre las antigüedades de su amigo Cerroalto.

La primera parte de la fiesta fue todo un éxito, en palabras de las doncellas, que, dirigidas por Genia y Rosa y adornadas con su mejor uniforme de delantales y cofias blancas, todo almidonado, sobre trajes del mismo azul que las libreas, iban trasladando el parte a la cocina cada vez que regresaban a por más sándwiches, patatas fritas, panchitos y botellas de naranjada con muchísimas burbujas. A Basi no dejaba de sorprenderla que unos bocadillitos hechos con aquel pan de molde, untados con una pasta que había preparado *miss* Redfield unos y otros con rosbif trinchado en finas tiras y mostaza con pepinillo tuvieran tal éxito. Mucho más que los de fuagrás.

Genia se estaba encargando del guateque mientras Basi se ocupaba de los preparativos de la cena, que se serviría a las nueve en punto en el comedor de gala. Iban a hacer un bufé. A la cocinera le habría encantado desplegar la grandeza de la mesa para más de treinta personas, pero la forma ideada con la señora duquesa daba más juego. El comedor se abriría tras el breve jerez que daría la bienvenida a las madres, padres y abuelos de la prole casi al mismo tiempo que las *nannies* los llevaban de vuelta a casa.

Genia entraba y salía con bandejas y trozos de tarta y no perdía la oportunidad de hacer partícipe a Basi de las reacciones y comentarios de las *nannies* sobre los discos que don Manuel y don Alejo ponían en los *pick-ups*. Elsa incluso se atrevía a mover las caderas. Otra extravagancia de los Peñalara. Cosas que se le estaban pegando a *miss* Redfield, sin duda, que se estaba olvidando del primer consejo de Beryl Hibbs: ni los niños son hijos tuyos ni ellos son tu familia verdadera.

—Lily, ¡eres la bomba! —dijo Terelu a su amiga con un abrazo y muerta de risa cuando presenció la escena de los hombres poniendo discos para las jóvenes criaturas. Después, la acompañó a sus dependencias para que la duquesa se cambiara de ropa. Había que hacer los honores a la segunda parte de la noche.

A esa hora, Genia cogió a Jimmy de la mano y Elsa y el niño dijeron adiós a cada de uno de sus amiguitos. Manuel y Alejo hicieron de anfitriones y se encargaron de despedir a las *nannies* y a los niños con una elegancia y unos modales que parecía que lo habían hecho toda la vida. Cuando Genia observó la cara de Elsa mientras presenciaba la escena al salir —la doncella se había convertido en su principal admiradora—, respondió a su pregunta sin formular.

—*Miss* Redfield, no sé por qué se queda perpleja. Me temo que se le olvida que don Alejo y don Manuel han estudiado en los mejores colegios españoles e ingleses y, que yo sepa, modales y protocolo se incluyen en esas enseñanzas. Elsa, son unos auténticos caballeros.

—Claro, Genia. Pero no siempre ejercen de ello.

—Se equivoca. ¿Me puede usted decir, durante todo el tiempo que lleva en esta casa, cuando don Alejo o don Manuel no la han tratado a usted como a una auténtica dama, además de como a una amiga?

Elsa no contestó y aún reflexionaba sobre las palabras de la doncella cuando dio un beso a Jimmy, que, agotado, se fue con la mujer hacia el baño. Ella se dirigió a su dormitorio para cambiarse. Antes de cerrar la puerta que comunicaba con el gabinete y el cuarto del niño y que siempre estaba abierta, la *nanny* volvió sobre sus pasos y le pidió a Genia que no cerrara el dormitorio del niño. Quería que la doncella la viera vestida. Aunque estaba absolutamente segura de que había elegido correctamente, necesitaba confirmarlo con otros ojos.

No sólo los ojos de Genia le mostraron a Elsa su admiración. Le bastó entrar en el comedor de gala para saber que había acertado. Atravesó el salón y bordeó el magnífico bufé, servido en una mesa y dispuesto en dos pisos, donde uno podía servirse lo que quisiera —desde ensaladas muy francesas a pavo trinchado, rosbif, merluza en frío, quesos, patés, frutos secos— y luego sentarse en alguna de las mesas más pequeñas colocadas alrededor, todas magníficamente vestidas con manteles de hilo.

Elsa avanzó entre las mesas, firme y elegante, pero sin esconder el suavísimo contoneo de su cuerpo, enfundado en un vestido verde de seda salvaje, largo hasta justo por debajo de la rodilla, entallado en la cintura por delante y por detrás y con cuello barco. Llevaba los mismos zapatos de salón que en la fiesta de los niños. Y nada más.

Ése fue su éxito, porque su melena suelta, pelirroja y ondulada que le caía en cascada por la espalda, a lo Rita Hayworth, era su principal adorno. Habría sido un error ponerse guantes o cualquier otra joya teniendo aquella cabellera de fuego, que, junto con su estatura y las curvas de su cuerpo, dejaba a todos boquiabiertos. La duquesa de Peñalara, Terelu y Alejo la esperaban en una de las mesas. Alejo retiró la silla y la sentó entre ella y doña Lily, al tiempo que le cogía la mano y se la besaba sin la más mínima prisa.

—Tranquila. Estás bellísima, mi vida —murmuró, mirándola a los ojos. Elsa le devolvió la mirada con sus ojos verdes muy abiertos. Sólo entonces se percató de que vestía de esmoquin y estaba ¡guapísimo!

—Tú también —respondió.

—Querida Elsi, estás maravillosa. No podrías haber elegido un tejido más apropiado, ni un color más a juego contigo y tus ojos, ni un peinado más sencillo y espectacular a la vez. Levanta la cabeza, Elsa, nos están mirando todos. —Doña Lily apoyó su mano en la de la muchacha con

sumo cariño y sonrió moviendo la cabeza haciendo un gesto de saludo a cada una de las mesas que les rodeaban.

Doña Terelu, con el rostro rebosante de felicidad y diversión, se sentía tan feliz como en los tiempos en que su amiga y ella protagonizaban las mejores peticiones de mano del país y parte del extranjero. Estaba eufórica.

—Lily, habrá tema de conversación hasta después de Navidades como mínimo. Lo mejor va a ser ver cómo se las apañan las revistas para sacar a *miss* Redfield. Les encantará lo de la *nanny* y el conde, pero en esta sala hay más de una que llamará a los Montiel o a los Luca de Tena para decirles que cómo es posible que escriban sobre esas banalidades y un conde rojo.

Todos sonrieron, hasta Alejo, pero Elsa tomó nota del comentario.

Doña Lily y el general Campos abrieron el baile. Se deslizaron con soltura por el salón de espejos venecianos donde se reflejaban los cientos de bombillas de las lámparas de cristal de Murano. Bailaron como si lo hubieran hecho tan sólo unas semanas antes y no hacía años.

Pese a las reticencias que siempre había tenido hacia la liberal y ultramonárquica doña Lily, el general —como medio Madrid de su generación— se olvidó de que la duquesa era ya una dama más que entrada en años y con nietos porque sus ojos, a ratos azul mar, a ratos violeta —«Liz Taylor se los ha copiado a Lily de Peñalara», dijo una vez un príncipe ruso—, devolvían la juventud a todos aquellos que la habían conocido hacía décadas y habían soñado con ella. Iba vestida de lila, como su mirada, y sobre el vestido llevaba un ligero chal de gasa también violeta que arrancaba en su garganta y tapaba parte de la hermosa gargantilla de perlas de herencia familiar como si fuera una ordinariez mostrarla en todo su esplendor. El chal se balanceaba en su espalda dulcemente cada vez que daba un paso de baile.

La fiesta se animó rápidamente. Sonaron compases de vals, polcas, foxtrot, *swing* y hasta alguna copla. Conscientes de que eran el centro de atracción del baile, Alejo no se separó de Elsa ni un segundo. La presentó a viejos y no tan viejos conocidos, con un sencillo «*miss* Redfield, una amiga muy querida» o «una amiga muy especial». Cuando se toparon con un par de amigos más íntimos —uno incluso había estudiado con él y con Manuel en Beaumont College, Javier—, se la presentó, encantado, como «la mujer de mi vida».

Sólo obligó a bailar a Elsa cuando la orquesta atacó *Ojos verdes*. La arrastró a la pista de baile.

—No es muy original, pero es lo primero que pensé cuando te tuve enfrente, señorita zanahoria. «*Y fueron dos verdes luceros de mayo tus ojos* pa *mí*» —le cantó suavemente. La atrajo hacía sí y juntó su mejilla con la de Elsa, que durante toda la canción se dejó llevar, perdida su vista en los frescos pintados en el techo del salón de baile. Aquellas escenas de danza giraban con menos prisa que su cabeza. Cerró los ojos y se relajó, dejándose mecer en los brazos de Alejo.

La noche fue tan perfecta como atípica. Aunque para Elsa fue menos divertida que la loca y encantadora tarde del ensayo, disfrutó con el *glamour*, algo inusual en una ciudad poco acostumbrada a aquellos fastos de elegancia. Sólo doña Lily, que había paseado su juventud por los mejores salones, incluidos los neoyorquinos, y admiraba a las locas americanas que había conocido por Europa, se podía permitir celebrar un guateque, un bufé y un baile tradicional. Eso contó Genia a Rosa y a Basi en la cocina que había dicho una vieja condesa. La cocinera y el personal de servicio que había participado en el banquete se disponían a cenar las sobras, que

eran abundantes. Sin embargo, no estaban todos, así que Basi sugirió que para los chismes se esperara al regreso de Aurelio y Pedro, el mayordomo de doña Terelu, amigo de todos. El éxito tenían que disfrutarlo juntos.

En el zaguán principal, flanqueado con las estatuas de esclavos negros venecianos que sujetaban los velones enormes que alumbraban la gran escalera, Aurelio y Pedro ayudaban a las señoras a colocarse los abrigos mientras Manuel, Alejo y doña Lily —con una estola de visón sobre los hombros— hacían los honores de la despedida.

Elsa se asomó a la barandilla en busca de Alejo y observó el espectáculo. Iba envuelta en un mantón que le había dejado doña Lily la víspera. Le parecía todo tan irreal… Estaba ensimismada y mirando con discreción cuando vio al general Campos acercarse a su sobrino. Le rozó con la mano enguantada de su uniforme en el codo. Ambos se apartaron.

—Gracias por venir, tío —oyó que Alejo le decía al general mientras le apretaba la mano.

—Bien, Alejo. Me gusta verte vestido así. Ahora, dime una cosa, ¿te vas a casar con la *nanny*?

Elsa retrocedió un paso y se colocó junto a una armadura, pero era absurdo: estaban justo debajo de ella y no la podían ver. Alejo tardó unos segundos en contestar.

—Pues… no sé, tío. Yo no me he hecho la pregunta así de directa, la verdad. Y a ella tampoco se lo he preguntado. Ya sabes lo que pienso del matrimonio, con lo que he visto entre todos vosotros. No sé, si ella quiere, sí, supongo que sí. Pero lo que desde luego quiero es vivir con ella. Espero que no me montes un lío con esto.

—No, sobrino. Ya eres mayorcito. El lío te lo vas a montar tú solo. —Se oyó una palmada en la espalda y, desde donde estaba, apoyada en la pared y más tiesa que la armadura, Elsa vio al general perderse por las oscuras calles de Madrid.

EL CORAJE DE *MISS* REDFIELD

La fiesta dio mucho de sí en Puerta de Hierro y en los salones de Madrid. Durante unas semanas, doña Lily volvió a asistir a todos los actos a los que la invitaban sólo por cotillear. La escasa estima que sentía por los de su clase no había variado. Intentaba hacer partícipe a Elsa, cuando tomaban el té o la visitaba en sus habitaciones para ver a Jaime, de todas las especulaciones que se hacían sobre ella y Alejo. La *nanny* había dejado de acudir los jueves por la tarde a Manila: le resultaba muy difícil estar con sus compañeras, sobre todo, con *miss* Hibbs y *miss* Bobby, aunque esta última más que crítica parecía curiosa.

La duquesa notaba a Elsa distinta y distante.

—Más bien ida, señora duquesa. Se queda mirándonos fijamente sin vernos —le comentó una tarde Basi a su señora cuando la *nanny* salió de la cocina con frutas para preparar la papilla del niño, pero se dejó sobre la mesa los plátanos, el ingrediente principal.

La duquesa y ella habían entrado juntas en los territorios de Basi porque doña Lily la había acompañado desde sus habitaciones para terminarle de contar lo último que le había dicho su amiga Terelu. Se decía en Madrid que Manuel y Alejo estaban casi peleados, porque ambos querían quedarse con la *nanny*, algo que a doña Lily le hacía gracia.

Elsa se marchó de la cocina con Jaime y con la fruta, camino de sus aposentos, pensando en que era cierto que la relación entre ambos cada día era más tensa. Los últimos enfados, tal y como le había contado Alejo, se habían producido por varios motivos. Franco preparaba penas durísimas contra los anarquistas, a los que se acusaba de atentados terroristas durante ese verano. Y lo que terminó de desatar la tensión entre ambos, para asombro del propio Alejo, fue el hecho de que éste gastara una serie de bromas sobre Muñoz Grandes y la regencia, en vez de las bobadas borbónicas con las que seguía soñando Manuel, pese al chasco de Múnich. Aquel día, según Alejo, Manuel había sacado los pies del tiesto sin ton ni son.

Elsa le escuchaba en silencio. Seguía amándole como el primer día, pero a medida que la relación se había estabilizado entre ambos —una o dos veces a la semana, se quedaba hasta tarde en el pabellón— y la casa entera les trataba como novios, algo extraño crecía dentro de ella. Un liquen verduzco iba extendiéndose por sus entrañas, encogiéndoselas lentamente. Con cada arrebato que sufría al lado de Alejo, ya fuera físico o de corazón, aquella cosa que tenía dentro la estrujaba sin piedad y sin ruido.

La tensión entre él y Manuel podía inclinarle a marcharse del pabellón. Al fin y al cabo, aquélla no era su casa, por muy ahijado de Lily que fuera y por mucho que la duquesa hubiera desempeñado el papel de madre. Pero Elsa sentía que aquella vida era realmente cómoda para él. Más a menudo de lo que ella quería, recordaba la charla entre tío y sobrino la noche del baile.

¿Es que ella quería casarse? Como el propio Alejo, Elsa se dio cuenta cuando le oyó responder al general que ella tampoco se había planteado nada, pero no porque no creyera en el matrimonio, sino porque nunca se le había pasado por la cabeza que pudiera llegar a enamorarse de un conde, a ser correspondida e incluso a convertirse en condesa. Estaba hecha un lío y le habría gustado que Alejo abordara el futuro con ella alguna vez, igual que le hablaba de política, de cine, de música o de amor.

Un domingo de principios de diciembre, Aurelio y Genia instalaron un enorme árbol de Navidad en la entrada. Mientras, Elsa, Jaime, Vera, Beatriz y la duquesa iban abriendo las cajas donde estaban las figuritas de Navidad primorosamente guardadas. Iban a poner el nacimiento, el primero de Jaime. Las niñas y la abuela estaban felices y le dejaron abrir la caja en la que estaban las familias de animales.

Elsa le enseñaba los bichitos y le hacía el ruido de cada uno de ellos. De repente, a Beatriz se le cayó un pastor de barro con un haz de espigas a la espalda y se rompió. La abuela, que adoraba aquellas figuras desde que era una niña, lanzó una exclamación y a la muchacha se le saltaron las lágrimas. Presta, Elsa se dispuso a recoger los trozos.

—Los pegaremos, no os preocupéis. ¿Cómo se llama el nacimiento en español? —preguntó mientras se agachaba.

—Belén. Portal de Belén, Elsi —respondió doña Lily.

Elsa la escuchó pero no pudo contestarle, porque al levantarse, la cabeza se le fue al tiempo que el estómago se le subía a la garganta. Salió disparada por el pasillo sin decir nada mientras se tapaba la boca para evitar una arcada. Llegó a tiempo de vomitar en su baño.

Poco después, con la cara pálida y algo de frío, se personó en el comedor y le dijo a la duquesa que tenía la tensión baja de toda la vida, por eso al agacharse se había mareado ligeramente. Doña Lily estaba tan entregada al portal de Belén con sus nietas que no se paró ni un segundo a reflexionar.

Pero Elsa sí que lo hizo. Sabía desde el primer día que había hecho el amor con Alejo que aquello podía suceder. Sabía que ni ella ni él habían tomado la más mínima precaución y que él, en ocasiones y con enorme ternura, le había dicho que ojalá la dejara embarazada. Pero lo decía en pleno éxtasis de amor y ninguno de los dos volvía a abordar el asunto.

Aquella noche, y tras confirmar lo que ya sospechaba desde hacía semanas, se sentó en el borde de la cama y abrió el balcón que daba al jardín. Veía la luz del pabellón. Alejo la estaba esperando. Escribió una nota, poniendo como excusa que no podía ir porque tenía jaqueca, y le pidió a Genia que se la diera a Alejo, dando así por sentado que la doncella sabía que ella pasaba allí muchas noches, ésas en las que precisamente Genia se quedaba con Jaime hasta la madrugada y de las que nunca hablaban al día siguiente.

Dejó el balcón abierto y se metió en la cama, sabiendo que Alejo no se atrevería a trepar por allí. Y pensó durante horas. Obligó a *miss* Redfield a hacer todo tipo de preguntas crueles a Elsi, y ésta las respondió.

—¿Te gustaría casarte con él?

—Me gustaría que me lo pidiera. Pero no creo que pueda vivir a su lado, es demasiado intenso, demasiado posesivo, demasiado egoísta, demasiado entregado a sus ideales…

—¿Por qué no tomaste precauciones para no quedarte embarazada?

—Porque no deseo seguir cuidando toda la vida a los hijos de otras.

—Luego, ¿lo hiciste aposta? Confiesa que tenías esa esperanza.

—Ni lo confieso ni lo desmiento. No tengo la respuesta, quizá tú sí, *miss* Redfield, que eres la Santa Inquisición.

—¿Cuándo se te ocurrió esa descabellada idea?

—Creo que desde que Beryl Pequeña tiró el billete a Le Serpentine. Y me reafirmé en ello el día que Beryl Grande dejó la plaza de Sada derrotada, encorvada, y prácticamente con el mismo traje que llevaba veinte años antes. Entonces supe que yo no haría lo mismo que ella. Quiero a mi hijo.

—¿Y se lo vas a decir a él?

—No. No me dejaría marcharme. Ni él ni la duquesa.

—Pero él te ama, lo sabes, Elsi. Le harías feliz… A él y a todos.

—Puede ser. De momento. Pero terminaría odiándole porque nunca será un buen padre ni yo una buena esposa. Ya lo dijo Manuel: es un aventurero, y como tal le quiero. No daré a mi hijo un padre tan complicado.

—¿No darás a tu hijo o tú no tienes valor para quedarte al lado del aventurero? ¿Tienes miedo a que te engañe o a que te infravalore? Al fin y al cabo, no perteneces a su misma clase social.

—Puede ser. Supongo que todas las mujeres tenemos miedo de que nuestro amor un día descubra que no somos tan guapas ni tan inteligentes como ellos creen. Lo de la clase social no me preocupa, sus principios sobre esa cuestión son sólidos.

—Luego eres tan egoísta como él…

—Es distinto. No quiero compartir con él lo que llevo dentro. Le evito que me decepcione.

—Vaya respuesta de egoísta.

—Puede ser, *miss* Redfield, pero es lo que pienso.

—¿Te llevarás el anillo o se lo dejarás?

—Me lo voy a llevar. Él tiene mucho dinero, más del que desearía, aunque sé que ayuda mucho a doña Lily a mantener el palacio. Pero sería una jugarreta para él y para la duquesa dejarles el anillo. Mi obra de caridad será librarles de ese horrible recuerdo. Y, además, ya sé lo que voy a hacer con él. Sé por qué quería Beryl Pequeña que yo lo destinara a algo. Eso haré.

—¿Cuándo te irás?

—Antes de Navidad. Dentro de unos días. Diré que he llamado a Londres y que una amiga me necesita urgentemente. Nada más.

—Eres un monstruo. ¿Y qué hará doña Lily con Jaime?

—Enviaré a Genia una carta desde la estación, indicándole que le diga que no voy a volver. Pero se la dará cuando el tren ya esté lejos. No saben si me voy en tren o en avión. Yo tampoco.

—Te he ganado, Elsi. Mantienes tus principios.

—No, *miss* Redfield, has perdido. Tendré un hijo propio y una vida propia, algo de lo que tú querías privarme. No voy a vivir a través de otras personas, tenlo por seguro.

Elsa se durmió de madrugada. Soñó que cogía un tren en la estación de Atocha y que se subía a él con un cucurucho de churros en la mano.

Epílogo

Londres, 10 de julio de 1988

Estimado Jaime, conde de Peñalara:

Me llamo Belén Redfield. No sé si mi apellido le dirá algo, pero hace muy poco me enteré de que mi nombre se lo debo a usted. Según mi madre, un día de diciembre de hace muchos años un grupo de mujeres estaba poniendo lo que iba a ser su primer pesebre cuando mi madre preguntó cómo se llamaba el nacimiento en español. Su abuela, doña Lily, respondió que «Belén, Portal de Belén».

Espero que con estas pocas líneas de encabezamiento haya logrado atraer su atención. Afortunadamente, mi madre me bautizó como Belén y me ahorró lo de Portal. Yo acabo de enterarme de esta historia después de veinticinco años sin saber nada de todos ustedes: mi familia paterna.

¡Oh, no se asuste! Somos primos muy pero que muy lejanos y no tengo derecho a nada de sus familiares. Esto también me lo ha dejado claro mi madre.

No quiero liarle más. Le cuento el motivo de mi carta. Soy licenciada en Filología Hispánica e intérprete del gracioso cuerpo de su majestad la reina Isabel II de Inglaterra. En el próximo otoño, por fin, podré ir a España, a Madrid, como traductora de la reina. Supongo que estará usted enterado de que visitará España en octubre.

Desde mi infancia, mi madre me inculcó una profunda pasión por su país, me enseñó el idioma y me animó a que continuara estudiándolo en la universidad. Lo tuvo muy fácil, porque no me ocultó que mi padre era un señor español alto, moreno e inteligente. Sin embargo, nunca me dijo cómo se llamaba. Siempre me contó que había sido ella quien había escapado de España sin que mi padre supiera siquiera que yo estaba en camino. Es más, aunque él y su abuela Lily la buscaron por todas partes, ella no apareció.

Ahora, con sus cincuenta años bien cumplidos y cuando ya me ve hecha una mujer, ha tenido a bien contarme la historia completa de mi vida, revelándome que fue profundamente egoísta. No quiso compartirme con nadie del palacete de Cerroalto, pese a que toda su familia la adoraba. Y a pesar de las grandes tensiones que ha sufrido nuestra relación como madre e hija desde mi adolescencia, nunca supo darme una razón lo suficientemente profunda como para que yo me creyera su decisión. Siempre ha mantenido que quería ser una persona libre. En fin… se me hace difícil entender por qué tuvo que privarme de un padre si era tan magnífico como ella sostiene.

No quiero hacerle partícipe de mi psicoanálisis, que para eso ya pago a un argentino que hace años que vive en Londres.

El caso es que, por fin y como ya le he dicho, he logrado que mi madre me cuente la historia completa de mi vida cuando ha sabido que voy a España con el séquito de la reina. Esta vez no me ha podido decir que no, porque es mi trabajo. Hasta ahora, sólo he podido conocer Barcelona y la Costa Brava. Y todo gracias a la invitación de una amiga, que también se licenció en Filología Hispánica. Sus padres tienen una casa en Tossa de Mar.

Lo que quiero decirle, sin más preámbulos, es que, según mi madre, mi padre se llama Alejo Campos de Sola, es su padrino y conde de Gandarilla. Supongo que le dejo tan asombrado como yo lo estoy desde hace semanas. No es para menos, pero no se imagina usted las ganas que tengo de conocerles. Me encantaría saber si tiene usted interés en que vaya a visitarle cuando llegue a Madrid. Tenemos prácticamente los mismos años y creo que, incluso, a lo mejor podemos tutearnos. Si usted me responde a esta carta, claro.

Por cierto, ha sido facilísimo encontrarle. Mi madre me dijo que seguro que usted había sido alumno del Beaumont College, como su padre y su padrino. Y, efectivamente, allí está su dirección, en la Asociación de Antiguos Alumnos del colegio.

También están la de mi padre —con perdón, espero que no le moleste— y la del suyo, pero no quiero arriesgarme a que esas direcciones sean antiguas o que ellos ya no estén. Mi madre dice que la del palacete de Cerroalto, que figura como la dirección de su padre, es difícil que sea correcta, puesto que su abuela debe de haber muerto, y con ella se habrá devuelto el palacete. No entiendo mucho todo esto, pero es lo que me dijo mi madre que le transmitiera. Tal cual, ahí va.

Sea como fuere, el caso es que me encantaría conocerle y tomar un café en Madrid con usted.

Atentamente,

Belén Redfield.

P. D. Releo la carta y no tengo tiempo para rehacerla. Si lo pienso mucho, tal vez no la eche al correo.

Perdone. Mi madre fue su *nanny* durante un año. Se llama Elsa Redfield. Fundó y dirige The House of Souls, La Casa de las Ánimas, en las afueras de Londres. Es una escuela para niños problemáticos. La pudo poner en marcha gracias a la generosidad de una amiga suya y de mi padre, Beryl Adams, según me ha contado.

Por cierto, si no me cree usted, pregunte a los suyos si no decían «conde de Gandarilla, qué bien te llenas la barriguilla». Mi madre me lo transmite como una frase mágica. ¡Qué emocionante me parece todo!

*** * ***

Portillo-Abanillas (Cantabria)
28 de agosto de 1988

Estimada Belén Redfield:

Soy Jaime. ¿Te acuerdas? Me enviaste una carta hace algo más de un mes. Lamento no haberte podido contestar antes, pero, por consejo de mi padre, he tenido que esperar a hacer unas cuantas gestiones. La primera, localizar a mi padrino y asegurarme de que viene en breve a pasar unos días aquí, a la Casa de las Ánimas. Al fin y al cabo, es su casa, es lo único que le pidió a mi abuela Lily en herencia, pese a que durante muchos años él pagó todos los gastos del palacete de Cerroalto y de esta casa.

Mi padre, Manuel, me ha pedido que empiece por contarte eso, que es lo primero que debería saber tu madre. Yo sí que sé ahora la historia completa, con todos los detalles, porque me la han contado mi padre, Genia y Pili. Estas dos últimas forman parte de esta familia desde antes de que yo naciera y son amigas de tu madre. O al menos, lo fueron, aunque les costó mucho entenderla y perdonarla. Están deseando conocerte.

Debes saber que tu padre, Alejo, aún no sabe nada de tu existencia. Está en México, dando unas conferencias sobre la Transición con una delegación de diputados españoles y se ha quedado allí unos días de vacaciones. Ha sido Manuel, mi padre, quien me ha aconsejado que no le dijera nada por teléfono. Mantiene que esta noticia es lo único que le puede matar de un infarto, más incluso que la de un golpe de Estado.

Querida prima lejana, no hubiera hecho falta que me dieras tantas pistas. Ni siquiera la del conde de Gandarilla y lo de la barriguilla, que ha provocado una enorme carcajada en mi padre. (Está enfermo y esta noticia le ha resucitado, por cierto). Sólo con el tono de la carta que me has enviado habríamos podido adivinar que eras hija de Alejo Campos de Sola.

Como a ti, todo esto me apasiona y me parece alucinante en estos tiempos. ¿Qué tal si nos llamamos ya por teléfono? Incluso estoy dispuesto a ir a verte a Londres. Adoro esa ciudad y aquí hace un calor de muerte. Podríamos planear tu visita a España en octubre. Se me está ocurriendo un plan divertidísimo, propio de tu madre y mi padrino. ¿Has visto una película que se llama *¿Qué pasó entre tu padre y mi madre?*, de hace unos años?

Te adjunto mis números de teléfono: el de aquí y el de mi trabajo en el Ministerio de Asuntos Exteriores.

Esto sí que es una aventura para contarle a mi padrino, el aventurero. Por cierto, que sepas que no tiene ni esposa ni hijos. Que yo sepa, claro. Es lo que él diría.

Un abrazo, prima lejana,

Jaime.

P. D. Exígele a tu madre que te hable del anillo de Beryl. Yo ya me sé la historia.

Agradecimientos

Esta historia le debe mucho a la sociedad BBermejo&MGalaz (por orden alfabético). Son mis queridas editoras. A las tres nos encantan los tomates verdes fritos y los textos asamblearios, con permiso de la lideresa, Ana Rosa Semprún. Mi enorme gratitud por sus sugerencias, correcciones —la, le li, lo, lu, toma y coge— y lo mucho que nos reímos. No tiene precio.

Este texto es también deudor de otras muchas personas, como Silvia Moroder de León y Castillo —el alma de la fundación ANAR—, Carmen Martínez-Bordiú, Jaime de Salas, Carmen Fierro, Javier Ayuso, Tom Burns y todos aquellos amigos que se reconocerán —por el nombre, apellido o circunstancias— en las páginas de las aventuras de Elsa Redfield y *miss* Hibbs.

Varios libros me han ayudado a situar la acción: *Real Club Puerta de Hierro*, editado por el propio club y Ediciones El Viso, con texto de Mariola Gómez Laínez; los textos publicados sobre la Casa-Museo del Marqués de Cerralbo, desde *En torno a la mesa*, hasta la historia de *El marqués de Cerralbo*; y *Patrimonio histórico artístico de Val de San Vicente*, de Javier Ortiz Real, editado por el Ayuntamiento de Val de San Vicente.

Debo advertir que esta plumilla se ha permitido varias licencias en estas páginas. Por ejemplo: es realmente difícil que Beryl Hibbs y Beryl Adams, la amante de Jarabo, se conocieran, pese al poco tiempo de diferencia entre la estancia de una y otra en España. Que ambas se llamaran Beryl es una feliz coincidencia. La Casa de las Ánimas —el palacio de los Del Pozo, en realidad— está desplazado unos dos kilómetros, desde Abanillas a la Cuesta de las Ánimas, en Val de San Vicente. Norland College, la escuela de *nannies*, nació en el corazón de Londres y en los años ochenta se trasladó a Bath.

Por supuesto, gracias a las ausentes *miss* Hibbs, *miss* Bobby, *miss* McHuge, *miss* Mary y demás *nannies* presentes aún en el corazón de tantos y tantos *niños bien* a los que intentaron criar, educar y enseñar valores importantes. No siempre tuvieron éxito. Para los curiosos y amantes de las anécdotas: cuando en los años ochenta Isabel de Inglaterra visitó España y se instaló en El Pardo, el personal de palacio —que fue residencia del dictador— hizo cola para saludar de nuevo a la ya muy octogenaria Beryl Hibbs, por quien mostraron más devoción y curiosidad que por la propia Isabel II, según Tom Burns.

Por último, ni que decir tiene que si algún amable lector sabe qué fue del anillo de brillante —o brillantes— de Beryl y Jarabo y nos lo quiere contar, no tiene más que enviar la historia a la editorial Espasa.



ANA Ramírez CAÑIL. Periodista nacida en Rascafría (Madrid) hace cincuenta y dos años.

A los diecinueve años comenzó en el periodismo económico por necesidad, aunque se convirtió en vicio cuando cruzó la información económica con la política. Ha trabajado en *Cinco Días*, después de unos meses de prácticas en el diario *El Alcázar*; en la revista *Mercado* (cuna de una generación de profesionales de la prensa económica) y en los orígenes de *La Gaceta de los Negocios*.

Entre 1984 y 1985 vivió en Nueva York. Ha sido redactora jefe del semanario *El Siglo*, directora de «Informe Semanal» y delegada de *El Periódico de Catalunya* en Madrid.

Notas

[1] Dada la época en la que está ambientada la novela, a principios de los años 1960, es posible que se trate de una errata del libro y que realmente se refiera a doscientos años. (*N. de la E. D.*). <<